



CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO

278.95
SOLC

SEARCHED
INDEXED
SERIALIZED
FILED
MONTEVIDEO

MARIANO SOLER
Primer Arzobispo de Montevideo.

CATOLICISMO Y

PROTESTANTISMO

*A la Biblioteca del Seminario
Mayor Interdiocesano, con el
PROLOGO DE ARTURO E. XALAMBRI
Homenaje más cordial en Jesús*
COLECCION "BALMES" N.º 9

9-VI-946



EDITORIAL DIFUSION, S. A.
CALLAO 575 - BUENOS AIRES

Con las debidas licencias.

HECHO EL DEPÓSITO INDICADO POR LA LEY 11.723
DE PROPIEDAD INTELECTUAL

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

ARZOBISPADO
DE
MONTEVIDEO

La Editorial " Difusión " que tantos prestigios ha conquistado en nuestro medio por su tesonero apostolado del buen libro, jalona hoy su noble trayectoria, presentando esta nueva edición de " Catolicismo y Protestantismo ", del eminente Prelado que fué Monseñor Mariano Soler, primer Arzobispo de Montevideo.

En estos momentos en que nuestra América latina se ve invadida por una ola de protestantismo que viene a sembrar la confusión en nuestras filas, todo esfuerzo tendiente a neutralizar esa propaganda, poniendo en evidencia la verdad de nuestra fe católica y los errores del Protestantismo en cualquiera de sus formas, será siempre eficaz.

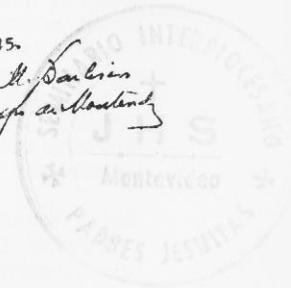
De ahí la oportunidad de este libro, que aunque escrito hace algunos años, no es extemporáneo, como quiera que la verdad no envejece y es siempre fecunda y oportuna.

En sus páginas el docto Prelado expone la doctrina del Catolicismo con firmeza, claridad y vasta erudición; y con lógica irrefutable rechaza los errores del Protestantismo; formando así un tratado apologético de gran fuerza y eficacia.

Deseamos que este libro se difunda como semilla fecunda, que regada por la bendición de Dios, germine y fructifique en las almas de buena voluntad.

Montevideo, Octubre de 1945.

+ Antonio M. Soler
Arzobispo de Montevideo



ESBOZO DE UNA VIDA PRÓCER

EL EXCMO. MONS. DR. MARIANO SOLER

El sacerdote... debe ser hombre moderno, en el buen sentido de la palabra, como es la Iglesia, que se extiende a todos los tiempos, a todos los países...; que bendice y fomenta todas las iniciativas sanas y no teme los adelantos, ni aun los más atrevidos, de la ciencia, de la verdadera ciencia. — Pfo XI.

(Enc. sobre el Sacerdocio Católico⁽¹⁾, 20-XII-1935).

CERNÍASE sobre la cultura cristiana rioplatense una de las plagas más temibles y devastadoras, por impotencia para contenerla y destruirla, Era la invasión del libro espúreo de doctrina irreligiosa y de emponzoñada literatura. España y Francia, manantiales librescos de nuestra cultura, a causa de la guerra nos privaban de su producción católica. En cambio, el libro heterodoxo e intoxicante, fácilmente editable aquí, nos inundaba con incontenible creciente de diluvio. ¿Cómo abastecer al pueblo de libros sanos, en forma sistemática, copiosamente y con real baratura? ¿De qué manera sostener nuestras bibliotecas que adolecen de pobrismo, necesitadas y urgidas de remozar sus acervos?

En el desolado horizonte surgió el arca iluminante y salvadora del libro ortodoxo y popular, de la EDITORIAL DIFUSIÓN, guiada por un nuevo Noé de la cultura popularizada que adoctrina y afirma en la verdad, fecundiza el bien y aun enamora de lo bello. Navega con viento próspero, aunque en mar de sacrificios que la realzan, esta arca editorial católica que engendra y saca a luz de su seno cien y mil dobladas ediciones de obras de popularidad, no reñida con la prestancia de autores y títulos, que en millones de ejemplares numera la bendición del Señor de toda Sabiduría. En el arco de esta

alianza por el libro católico, que une a toda Hispanoamérica con irisada lumbre de verdad y de paz evangélicas —ninguno ha publicado que desdiga de esa honda pacificación—, puede leerse la divisa de José M. Estrada: *Españar libros es diseminar luz*(²). Luz propia y viva de la Fe razonada que encamina al Reino de Dios.

Una fulgente lámpara más enciende ahora la EDITORIAL DIFUSIÓN con la obra *Catolicismo y Protestantismo* del Excmo. Mons. Dr. Mariano Soler, primer Arzobispo de Montevideo, cual si esta editora intentase recordar y agradecer la lámpara votiva que hermosea la Basílica de Luján, con la que en 1894, el gran Prelado uruguayo incrustó en tierra sagrada argentina, un pedazo de la fraterna tierra oriental.

La primera edición póstuma de una obra de Mons. Soler, alúmbrase, precisamente, en Argentina y con ocasión gloriosa del próximo centenario del nacimiento de su autor (1846 —25 de marzo— 1946). Semejara que Mons. Soler quisiera con esa su obra corroborar rectamente, y plenamente adherirse desde ultratumba, a la *Carta Pastoral Colectiva del V. Episcopado Argentino acerca de la amenaza del protestantismo*(³), documento tan preciso y claro en la doctrina como emanada de altísima cátedra, tan sereno y firme en sus conceptos, sin que falte la caridad, y tan autorizado hasta el punto de ser la misma voz eclesíástica de Hispanoamérica: voz resonante y levantada de los Obispos en su repudio de la herejía protestante y de sus actitudes ofensivas a la unidad católica y patriótica. La Iglesia Romana, una vez más, y en esta oportunidad por su esclarecidísimo Episcopado en Argentina, tiende a los protestantes el único puente de conciliación: su doctrina sin variaciones, su magisterio indefectible y su caridad en crecimiento para que retornen a su regazo divinamente soberano y maternal.

Al abrirle ancho pecho el muy apostólico don Luis Luchía Puig, a la insinuación que le hiciera de publicar el mencionado libro de Mons. Soler, rindió amablemente mi voluntad para que le trazara un prólogo como devotísimo solerista. Siendo yo, según concepto thebussiano, "aprendiz de todo y maestro de nada", no alcanzaré a remontar el prólogo pedido con el pensamiento cervantino de que "fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse" por referirse a quien, en subida frase de su condiscípulo en Santa Fe el

(1) *Colecc. de Enc. y Cartas Pontificias*. Ed. Poblet, Buenos Aires, 1944, n.º 45, p. 767.

(2) *Ob. completas*, Miscelánea, Buenos Aires, 1903. *La educ. personal y las bibliotecas populares*, t. I.

(3) Dada el 25-1-1945. Ed. de "El Pueblo", Buenos Aires.

insigne Obispo Mons. Dr. Gregorio Romero, "es una gloria americana y un adalid de la Iglesia Universal"(⁴).

Hay figuras que escapan del marco más rico y magnificante. Tal es su talla gigante. El escenario obligado para las águilas del pensamiento y de la acción, no es, por cierto, una jaula por ingente y áurea que ella sea. Necesitase colocar tales figuras en la cumbre de una época, en el centro de la vida de un pueblo, y, todavía rebasando las fronteras de otros pueblos, para divisarlas en toda su luminosa integridad.

Así la figura ciclópea de Mariano Soler, desde estudiante a primer Arzobispo de Montevideo, que, aun cuando se le despojara de la majestad y alteza de su jerarquía episcopal, seguiría siendo figura ciclópea. Las líneas fundamentales y perfilativas de este egregio varón, para el que lo estudie hondamente, se unimisman en la personalidad trina del *sacerdote*, del *sabio* y del *patriota*, y como espíritu céntrico y culminante del desenvolvimiento eclesiástico, intelectual y civil de la República Oriental. Son tres aspectos que triplemente lo immortalizan: inmortal en el seno de la Iglesia, que es firmamento tan poblado de astros que, para esplender en ella, tuvo que fulgir con excelsas virtudes y talentos. Inmortal en el campo de la Ciencia, en la que fué eclosión de progreso, ráfaga incesante e incitadora de empresas culturales, fuente desbordada de estudios y de libros sólidos y convincentes armonizadores de la Fe y de la razón; que si se manifestó ínclito vindicador del dogma, no menos se mostró ínclito campeón de la ciencia. Inmortal en el ara de la Patria para la que fué, y es, y perdurará —mientras la comprensión y la gratitud enfloran en la dignidad de los orientales—, como antorcha prócer de su cultura y de su gloria, de sus holocaustos y de su libertad. Habría que recamar en oro sobre trofeos y cubrir de palmas, tantísimas frases como divisas, que el grave y ardoroso presbítero, rezumante de fe, al iniciar su batalla por la Iglesia y la Patria, no cumplidos sus seis lustros de edad, hace relampaguear en sus escritos: "...Juré por amor a mi patria querida ser obrero incansable de su civilización y progreso en la escuela del catolicismo..." ¡Libertad, Ciencia y Religión deben ser la espada y el escudo de nuestra defensa. Seremos invencibles!"(⁵).

¡Y fué invencible!

La "Madre de los espirituales" que se contempla fronteira a la nave mayor de San Pedro en el Vaticano, Santa Teresa de Jesús, la maestra seguida singularmente por Mons. Soler en su tratado ascético "Las moradas del cielo en la

(4) Discurso en las exequias de Mons. Soler.

(5) *Ensayos de una pluma*, Montevideo, 1877.

tierra" (1896), al partir de Roma, ya doctorado en Teología y en Derecho Canónico, le transverberaría su pasión de Dios y le aguerriría para los divinos combates de la actividad más pasmosa, y los de la pluma, una de las más fecundas y pensadoras. Arribó a Montevideo el 15 de octubre de 1874, celebración de la santa avilesa, cuyos son los versos que aplicándolos al novel sacerdote, lo pronostican y retratan:

*"¡Oh, qué grande es la destreza
De aqueste nuestro guerrero!"*

Y del sacerdote que vino a vivir y sobrevivir todo su sacerdocio en su Uruguay, también en la fecha teresiana —por esas junturas providenciales que tanto embelesan a las almas que discurren en el Señor—, sus restos mortales se desembarcaron ^{el 13/} y enterraron —y fué con no vista apoteosis de gran príncipe—, (el 15 de octubre de 1908, después de treinta y cuatro años de ser invencible y triunfador aun en lo mucho que sufrió y aparentó derrota; por lo que merece se le cante este víctor que acabala los otros versos de la "dulce incendiaria" carmelita:

*"Ya ha ganado la corona,
Y se acabó el padecer,
Gozando ya el merecer,
Con muy encumbrada gloria.
¡Oh venturosa victoria
De nuestro fuerte guerrero!"* (6).

Cada época de la Iglesia muestra los altibajos naturales a las cumbres: alturas de su doctrina y de sus prohombres; bajos de las herejías y de sus enemigos. La década en que iba a medir sus armas el adalid uruguayo —y también las sucesivas—, amalgamaba, como en el potaje de las brujas de Macbeth, los ingredientes ideológicos de la tenebrosidad masónica, el racionalismo con vaguedades espirituales, la evolución pontificada por Darwin, Huxley y Spencer, y materialista y atea por el falsario de la embriogenia Haeckel; la moral kantiana con la voluntad legisladora y determinativa del deber liberado de lo sobrenatural; el cientifismo endiosado como panacea de todos los problemas y con el incognoscible positivista que alicorta la inteligencia humana al desvincularla de la Divina Inteligencia. El librepensamiento sin freno y sin más allá, que se acunó en el libre examen protestante, y que azorado ve sacar de sus premisas liberales y laicistas las secuelas prácticas del socialismo y de la anarquía. La ignorancia religiosa, escandalosamente atrevida y soberbia, atacaba a la Iglesia con las

(6) *Ob. completas*. Ed. M. Aguilar, Madrid.

mutilaciones de sus dogmas, el falseamiento renanista de textos bíblicos, y la fatigosa reiteración por milésima vez, de objeciones mil veces refutadas apodicticamente. Y valga como ejemplo entre tantos otros, lo que acontecía con Draper, cuya es la traducción española de su "Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia", año 1876, que fué impugnada con el desmenuzamiento analítico más penetrante y documentado o desde la atalaya de los principios metafísicos, en los preciosos libros de una pléyade de publicistas hispanos: Cámara, Ortí y Lara, J. Rubió y Ors, M. Mir, Comellas Cluet, Mendive, y por el uruguayo eminente Francisco Bauzá, a quienes siguen ignorando los que copian todavía el maltrecho Draper (7). Es que prepondera el doctorado de la serpiente paradisiaca que ahuma inteligencias admirables con el "haceos dioses", a la postre para ser pigmeos frente a la Religión. Víctor Hugo, en su poema "El Papa", enfrenta al Pontífice con soberbios reyes, y pone en su boca esta sentencia tan recordable hoy, al empinamiento totalitario y a la democracia bullanguera: "Desde la altura de Dios no veo más que una planicie".

Conjurábanse por entonces, legiones de temibles enemigos para atacar a la Iglesia, hombres y gobiernos, y "destruirla" con el empeño ciego de no ver la historia de la misma Iglesia, en la que se cumple la afirmación de Lacordaire: "Cuando todo parece perdido, es la hora de las grandes almas". En esa época, de la sacrilega y cruel confinación del Papa en el Vaticano, Dios suscitaba poderosos capitanes del movimiento católico que eran, citando unos pocos: en Inglaterra, Newman, Faber, Manning; en Alemania, Ketteler y Windthorst; en Francia, Veuillot, Mun, Monsabré el dominico que nos legó su maciza y elocuente "Exposición del Dogma". En España, con pasmo de todos por su saber y encarnando la más pura catolicidad de la raza, Menéndez y Pelayo, Mariscal del ejército de controversistas católicos, "de los campos, decía, donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas" (8). Y en Suramérica, que nació católica y ha de ser siempre católica, se yerguen los adalides Eyzaguirre y Walker Martínez, en Chile; García Moreno, en Ecuador; Manuel A. Caro en Colombia y en Argentina, es un cuadrilátero aguerrido y luminosísimo: Félix Frías, Pedro Goyena, Achával Rodríguez, acaudillados por José M. Estrada encarnación de excel-situdes apostólicas.

Esa es la etapa en que Uruguay clama por el caudillo que no conoce todavía, pero que lo necesita y le urge para aca-

(7) Obras muy agotadas. Téngolas reunidas en mi biblioteca. También la de Cornoldi, S. I., trad. del íd.

(8) *Ensayos de Crítica Filosófica*. V. Suárez, Madrid, 1918, p. 807.

balar la sacrificada existencia del santo Obispo Mons. Jacinto Vera, que misiona la campaña oriental hasta el agotamiento y hasta morir por ella y en ella; y con el dolor de la carencia de agricultores de almas en su heredad espiritual, en la que se había de iniciar y constituir todo lo que era formación de apostolado seglar.

Empero, ya ha llegado del Colegio Pío Latino Americano, el caudillo eclesiástico que actuará sincerónicamente con aquellos precitados caudillos de Europa e Hispanoamérica, para emancipar almas de su materialización, catolizar el progreso de la patria y obtener triunfos a la Iglesia con el galardón de la ignaciana mayor gloria de Dios que le inspira, sostiene y alienta.

¿Qué trae ese levita moderno para que en el llano levante en cortos años, el asombroso monte de sus empresas y enraíce en sus collados proyectos gigantes para el futuro? Lo que trae es su acendradísimamente cultivado amor a "El vínculo de la virtud y de la ciencia", título de su primer discurso impreso⁽⁹⁾, e indubitado lema de todos sus estudios y operaciones.

Además, está penetrado de un fuego invisible al exterior por la proverbial impasibilidad de su efigie. Es el fuego de aquella zarza ardiente de Moisés, que no se consumía ni dejaba rastros; el fuego de "El que es y que nos lo había enviado", como el Señor a Moisés, pero con ese fuego trasuntado en amor eucarístico, "ardiendo en aguas muertas llamas vivas".

Y traía también, un dorado ideal que le enseñó la meditación de la historia: la regeneración de los pueblos y de las sociedades es batalla y es laurel de la juventud consciente de su virilidad y de su cometido de avance incontenible en la verdad y de valor indomable en el esfuerzo por alcanzar evangélicamente, horizontes anchurosos y realizar sublimes hazañas a la luz de Jesucristo. Suya es esta condensación lematizada: "La juventud ilustrada es la esperanza de los pueblos y el instrumento providencial de las mejoras sociales, del progreso y de la civilización"⁽¹⁰⁾. Y por eso ama tan cálidamente a la juventud que se desvive por formarla en una educación cristiana superior. En medio a su personal robustez física, sueña un epitafio de gloria para su tumba, a lograrlo a pulso y en las contiendas de educador infatigable e iluminado: "Amando la juventud mereció bien de la patria, de su civilización y de su progreso". Esa inscripción de justicia que he reiterado tantas veces hablando a los jóvenes, tócale a la juventud cincelársela

⁽⁹⁾ Trabajos literarios de la Acad. Literaria establecida en el Coleg. de la I. Concepción de Santa Fe. Imp. y Lib. de Mayo de C. Casavalle, Buenos Aires, 1881.

⁽¹⁰⁾ Alloc. inaug. en la apertura del 2º curso del Liceo Universitario, 1877.

al que fué Primer Arzobispo uruguayo de la Juventud. Así cumplirá agradecida el pensamiento de Ozanam: "La verdadera gloria es el agradecimiento de la posteridad"⁽¹¹⁾.

Es el mismo amor, cuajado de ideales como un cielo de estrellas, que le induce a dedicar "A la Juventud Americana", en amplio prefacio, una de las obras más densas de pensamiento y con videncias de genuina democracia cristiana para América, "La Sociedad moderna y el porvenir" (1890), señalando a la juventud "la misión de trabajar mejor y más eficazmente que sus padres..." Y es por la indeclinable confianza, que no le abandona, en la juventud, que ya sexagenario, en 1905, pero con la ardorosa llama de sus años más briosos, escribirá el 1er. Arzobispo de Montevideo, en documento de enérgica paternidad aconsejadora: "...Es pues, cuestión de vida o de muerte dirigirnos a la juventud; es lo más consolador que vemos en el horizonte, como esperanza de salvación; y puede afirmarse que el párroco que no ame entrañablemente a los jóvenes y no se desviva por ganarlos y atraerlos, jamás podrá reformar a su pueblo o parroquia... Pido, pues, encarecidamente al Clero secular y regular todo su celo y esfuerzo en favor de la juventud, pero con mucho cariño y mucha paciencia..."⁽¹²⁾.

¡Qué sepa la juventud, si, que por asentaría en la vanguardia del apostolado —su lugar de pujanza, de encendimiento y de valor— el Prelado ciñó corona de espinas! Sólo la magnanimidad de su mitra pudo ocultar dentro de ella la espinada corona. "Se ha abusado de la moda de escribir la historia omitiendo las cosas desagradables". Así habló al Cardenal Manning el Pontífice que abrió los archivos secretos del Vaticano, León XIII (Gibbons, "El Embajador de Cristo"). Cargo sobre esa repulsa la responsabilidad de no callar que una incomprensiva parcialidad del clero, fué hostil a la organización federada de la juventud. Ningún dolor es estéril cuando se abraza a la cruz y se caldea en el Sagrario. Por eso la fecundidad de sus lágrimas, lágrimas del corazón y del alma de tan amargado Pastor, fruteó las espinas, al través de los años, con la juventud católica de la animosa "F. J. C. U." y la de hoy, blasonadas con "piedad, estudio, acción y sacrificio".

Y he aquí que el 24 de junio de 1875, comienza a hacer fecunda esa vibración encumbrada e intermitente de beneficiar a la juventud a la que rodean incontables peligros por la enseñanza irreligiosa. Funda el Club Católico, primer antemural y estadio de intensa formación culturalista cimentada en el

⁽¹¹⁾ Cartas, Ed. Difusión, Buenos Aires, 1945, t. I, p. 86.

⁽¹²⁾ Memorándum confidencial. Montevideo, 1905.

Credo católico. Obra tan sólida y benditamente fundada que se transformará en "casa solariega" de las instituciones católicas que van surgiendo en Uruguay, y que hoy septuagenaria prosigue realizaciones y culmina ensueños acariciados por Soler, presbítero u obispo, pero también... ¡soñador! Y en ese Club establece el "Liceo Universitario", que organiza y prospera y dota de valiosos museos, laboratorios y biblioteca, girando su estimuladora pedagogía en programas modernísimos que vastamente explanados, publica en folletos, mientras se rodea o suscita un docto profesorado. Y no vacila, con su energía y sesudez, en parangonar el Liceo con el mejor colegio del país. Constituyó el "Liceo Universitario", la primera universidad libre de la República, dotada de Facultad de Ciencias y Letras que su videncia de Adelantado científico y pedagógico, creó setenta años atrás, en una era de atraso del país, y que los inicuos alardes laicistas del presente, todavía, en pleno progreso moderno, no la cuentan en Montevideo. Se dictaba un curso de Jurisprudencia y actuaba la Sociedad Filomática, que él constituyó, para discutir y ahondar en las ciencias.

Ese Liceo era la cátedra múltiple y autorizada que se imponía frente a la Universidad hierofántica con su dogmatismo racionalista, seductor y deformante de un alumnado novicio e inexperto. Era la cátedra donde la ciencia resplandecida por la religión, enseñaba a ser sabios por la virtud y a ser virtuosos por la sabiduría, en un ambiente tan propagado y corrompido por las lecturas perversas, que Mons. Jacinto Vera juzgábalas el motivo "más grave y doloroso" que afligía su ministerio. De ahí que publicase el 11 de febrero de 1879 su primera pastoral como primer Obispo montevideoense, acerca de "La inmoralidad e irreligión a causa de los malos libros"⁽¹³⁾. Además, en ese clima hostil a la Iglesia, y entre la grita librepensadora, en ocasiones desahorada, y el despotismo estatal, el "Liceo Universitario" era una cátedra firmísima de liberación: se enseñaba a ser libres en la Verdad y en el orden.

Apareció en 1877 un baluarte racionalista con la fundación del Ateneo, potente absorción de diferenciadas sociedades y clubes de ilustración, actitud laudable en sí; censurable por su inquina e intolerancia anticatólicas. Las conferencias que dictaba el Pbro. Dr. Soler en el Club Católico, de afirmación espléndida y vitalizadora de las almas y de la sociedad por la fe ilustrada, hallaron en el Ateneo un eco de negación, estéril y retrógado. ¡Hasta para existir la heterodoxia necesita de la verdad católica! La Iglesia es siempre un presente indes-

⁽¹³⁾ Montevideo. Tip. "El Bien Público", 1879 (11 p. a dos cols.). En el 60º aniv. de su publicación, por devota promesa al Siervo de Dios, Mons. Vera, la reproduce en dos ediciones, gratis.

tructible porque es eterna, y con la seguridad divina de que es siempre sepultura de sus opositores y enemigos.

La honra de erigir la tribuna libre para controvertir los problemas trascendentales del hombre, le corresponde al Pbro. Dr. Mariano Soler. Su premio fué sostenerla invicto. Cruzado de la Fe y paladín de la Ciencia, en cierto aspecto precursor del mandato de León XIII, "id al pueblo", no únicamente acepta la pública polémica, sino que va al encuentro de sus adversarios que no le arredran ni por lo preparados e inteligentes, ni porque son legión, ni porque le insulten, silben y amenacen. "El siempre allí, en la tribuna —dice su brillante discípulo y parlamentario Dr. Vicente Ponce de León—, envuelto en su negro manto, sin inmutarse, imperturbable, contestando fuerte a los que gritaban, suave y persuasivo a los que llevaban lealmente la idea de exponer dudas". Y resaltando esa actitud combativa que es sello hidalgo de la hidalga raza española, el Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay D. Antonio Bachini, en memorable discurso diglo de la pluma y del espíritu de Rodó, decía: "...batiéndose con todos en la controversia inmediata, vivaz, que recuerda el Foro y los Pórticos..."⁽¹⁴⁾.

Más que el Foro y los Pórticos, y más que una brillante ágora ateniense me evoca la venerable y no vencible ágora hiponense, de San Agustín, en sus famosas conferencias contradictorias de maniqueos y donatistas. En la discusión pública de "El Génesis y la Geología"⁽¹⁵⁾, año 1878, con un eximio *abogado médico*, el Pbro. Dr. Soler da la muestra más notable y escultural de un controversista católico, moderno. Asienta su tesis y la desenvuelve con tanta precisión y claridad en la doctrina bíblico-teológica, cuanta seguridad y lealtad en la tesis científica. Narra y comenta el Hexámeron, día a día, según la Revelación; y de inmediato, período a período cosmogónico, lo que la ciencia afirma con la geología y la paleontología. Las dificultades exegéticas no entrañan conflictos, si se deslindan el verdadero fin bíblico y las hipótesis de los verdaderos hechos científicos. L'apparent, el geólogo más enamorado de su ciencia, y de los más sabios en ella, con verdad y belleza de versículo bíblico, estampó: "Si tuviera que resumir en cuarenta líneas las adquisiciones más auténticas de la geología, copiaría el texto del Génesis, es decir, la historia de la creación del mundo tal como la ha trazado Moisés"⁽¹⁶⁾. Antes había discurrido, dilemático e inobjetable, quien en el ámbito de las ciencias físicas

⁽¹⁴⁾ Discursos pronunciados en las exequias de Mons. Soler.

⁽¹⁵⁾ Lib. N. A. Barreiro y Ramos. Montevideo (162 p.).

⁽¹⁶⁾ I. Kologrivof, S. I. *Ensayo sobre una suma católica contra los "sin Dios"*. Ed. Excelsa. Buenos Aires, 1945, p. 32.

imperera como acatado rey, Juan B. Ampère: "...o Moisés era tan aventajado en las ciencias como nuestro siglo, o escribió con divina inspiración"⁽¹⁷⁾.

El contrincante del Dr. Soler, movido por ofuscaciones irreligiosas, alardeaba de refutar el Génesis valiéndose de las ciencias geológicas. Expuso oralmente su tesis y cuando cortesmente, por lo menos, se debía oír la contrarrefutación católica, en el mismo local del Ateneo, una mayoría interrumpidora se desgañitaba por sofocar con vivas y mueras las razones ilvantables del Dr. Soler, braveando con enfurecidas amenazas para acobardarlo. Impertérrito cobra nuevos bríos, cual un Anteo de la controversia que al golpearle la tierra ruín de los denuestos, acrece sus energías y alientos y los convierte en inexpugnables. Sin arredrarse por riesgos ni turbarse por injurias ni incomodarse por la pedrea que rompe vidrieras, muy creída la parte adversa de que era dueña del campo, el Pbro. Soler prosigue su controversia desde el Club Católico, y asienta que va "más que el del Génesis, a vengar el honor de la patria" porque se "dió publicidad a los errores de lesa geología, de lesa historia y de lesa erudición... y los pueblos del extranjero que los leyeran, podrían hacer solidaria a nuestra patria de semejantes errores científicos... pues que fueron pronunciados en un centro científico, cual es el Ateneo del Uruguay, y no por un miembro cualquiera, sino por el Vicepresidente de la Sección de Ciencias Naturales, el doctor Otero..." Y es mucho más lo que alega y protesta, con tanta alteza cuanto virilidad, con tan poderosa dialéctica y con tan honda ciencia, que no deja atajo ni brecha al adversario, sin que le falte el agustino ingenio para el sutil castigo. Y así comenta el ultraje oscurantista que recibiera: "¡Bien para la verdad y ominosa mengua para el error!... Sucedió, señores, lo que allá en la Sociedad Antropológica [de París] cuando el sabio Quatrefages impugnó victoriosamente el darwinismo: una turba de antropoides perfeccionados ahogó su voz con continuas interrupciones, porque de otro modo no se podían refutar sus razones..."⁽¹⁸⁾.

En tanto su opositor, hombre de ciencia, dogmatizaba he-rejías científicas, el Dr. Soler, filósofo y teólogo, arguía, lo que es más de admirar, con la vigorosa disciplina del sabio en las ciencias naturales, que se ha de contener la fantasía y ser más científico para no admitir un "fósil mitológico", tal como el panegirizado por su contrincante: el "eozoon canadiense", rechazado como primerizo del reino animal, y con el que presumía la victoria de dar un tumbo al orden de la

⁽¹⁷⁾ J. Mir y Noguera, S. I. La Creación, Madrid, 1903, t. I, p. 58.
⁽¹⁸⁾ *El Génesis y la Geología*. Montevideo, 1877.

narración mosaica y un molimiento al Pbro. Soler. ¡Cuán encumbrado criterio orientaba a nuestro eclesiástico que, con el genial Menéndez y Pelayo, sabía "hermanar en estrecho y fecundísimo abrazo la ciencia sagrada y la profana, a no llamar ciencia a lo que no es más que deslumbramiento y trampantojo, y a no temer tampoco, con pueril y apocado recelo, ninguna verdad científica, ni estudio alguno que lo sea de veras; porque, ¿cómo una verdad ha de ser contraria a otra verdad, ni una luz a otra luz...?"⁽¹⁹⁾.

A los aparatosos argumentos que se le opusieron en esa su más reñida controversia, igual que en otras por escuadrones de gente tallada en el saber, les acontecía lo que a las varas de Faraón hechizadas en culebras y devoradas por la vara de Moisés y Aarón: ninguno quedaba en pie ni vivo, sino vencidos y muertos. El carácter recio y pujante del sacerdote de treinta y dos años, era el que exigía el desborde de anticlericalismo de esa época, para tenerlo a raya y sentar principios de respeto a las personas y de cultura para los principios. Los atropellos al Club y las amenazas de muerte a su persona, no iban a debilitar su deber de velar por la verdad, ni su valentía para defenderla con la ofrenda de su misma vida, si!

El sacerdote católico, por antonomasia, es dos veces ciudadano: de Dios y de la patria. Así se sintió siempre el Padre Soler en su catolicidad y en su uruguayidad. Subido a Prelado, se superará en prudencia, mansedumbre y fortaleza, y en la persecución cruel exclamará con sobrenatural entereza: "...¡por la causa de Cristo, podré sucumbir, pero rendirme, no!"⁽²⁰⁾. De ser guerrero Mons. Soler, jamás habría motivado se le increpara como acerado y famoso periodista a un ilustre adalid, porque morigerando su voz de parlamentario, olvidaba que había sido capitán de coraceros, y que su sable también debía ser una elocuencia. En Soler, bajo su sotana vestida con dignísima humildad, persistente asomaba la blanca veste del cruzado, bien que su espada fuera la ciencia esgrimida por la virtud y al servicio inmutable de la Fe.

¡Qué lección magnífica la del joven sacerdote para enardecer a la juventud y enseñarla a calzar la armadura ennoblecida y a esgrimir bizarra las armas de la preparación científica y apologética, en contra de la sofistería de la impiedad que, como vegetación malsana y ponzoñosa, extiende su raigambre en centros liceales, universitarios y facultativos! Con torpe gaia algunos profesores se creen omniscientes porque se han especializado en el rancio coleccionismo de objeciones anticatólicas, siendo, en expresión quevedista, "doctos a oscuras y

⁽¹⁹⁾ Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Santander, 1942, t. I, p. 118.

⁽²⁰⁾ *A los católicos*. Discurso. Montevideo, 1906.

graduados en tinieblas" en lo concerniente a las respuestas apodícticas a sus ataques. Son, en verdad, según calificación del medular publicista Washington Paullier, "demoledores del orden tradicional atacados de teleofobia"⁽²¹⁾.

¡Y qué lección de apasionamiento por todo lo que es ciencia activada y religión vivida! Hermánase Mons. Soler por esta similitud al sabio abate Francisco Moigno, quien al decir del célebre químico y Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de París, Juan B. Dumas: "durante cincuenta años ha marchado a la cabeza del movimiento científico". Moigno se autobiografiaba plasmando rasgos tan propios de Mons. Soler, al mostrar el caudal de sus títulos de sabio a fin de invocar con plenitud de derecho, a la ciencia y probar su armonía con la Fe: "...tengo por el progreso científico una pasión loca, y se me ha visto siempre en la primera fila de sus promotores. Libros, periódicos, folletos, lecciones, conferencias, conversaciones, todo lo he puesto en práctica para hacerlo accesible a quienes lo deseaban y hacerlo aceptar a aquellos que lo rechazaban"⁽²²⁾.

¡Cómo se multiplicaba Mons. Soler en la iniciativa sin rezagarse en la ejecución! Su desenvolvimiento era tan activo que sólo parecía actividad; tan intelectual que sólo parecía inteligencia; de tanto saber que semejaba existir para estudiar con esa su memoria calificable, al modo de la del célebre jesuita el Doctor Eximio, "de cera para percibir y de bronce para retener". ¡Qué físicamente ágil, esclarecidamente espiritual y sobrenaturalmente dócil, para superar todos los vacíos y levantarse por encima de todos los obstáculos y caldear los desánimos, vencer flaquezas y arrastrar e impulsar a todos, igual que la ola gigante que absorbe a las que le preceden y se aumenta con las que le siguen! Su dinamismo apostólico, perseverante se ungía de piedad. Por eso, oraba para trabajar y trabajaba como si orase. ¡Todo era oración en él! Y la suprema oración al pie del Sagrario, donde iba a retemplar la pluma que redactaba sus prodigiosos libros. Esa su pluma que escribió, como para tallarla en un comulgatorio, esta sentencia: "...En toda obra de piedad y de propaganda religiosa la Eucaristía es el principio, es el alma: todo para ella y por ella"⁽²³⁾.

¡Cuán magnamente lo definió el magno talento oratorio del Pbro. Dr. Luis Hargain: "Como del Verbo Encarnado podía decirse del joven sacerdote recién llegado de Roma: en él se encontraba la vida y la vida era luz, que iluminaba a los hombres de buena voluntad (Juan, I, 4)"⁽²⁴⁾.

⁽²¹⁾ *Ciencia, Filosofía y Laicismo*. Ed. Sta. Catalina. Buenos Aires, 1939, t. I, p. 118.

⁽²²⁾ Moigno. *Los esplendores de la Fe*. Barcelona, 1881, t. I, p. VII.

⁽²³⁾ Pastoral del 1er. Congreso Eucarístico Nacional, Montevideo, 1894.

⁽²⁴⁾ Oración fúnebre en sus exequias.

Y Soler que era clara luz de Cristo y vida de Cristo en su vida —dones visibles a su alma por el claror de su humildad—, no podía reducir o clausurar la indescriptible "usina sagrada de su corazón" que le conducía a grandes y maravillosas empresas. Porque, además, entendiendo con la ascética del opimo forjador de caracteres, Ignacio de Loyola, "que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras"⁽²⁵⁾, a fuego de Sagrario, que es duradero, y no de efímeras fosforescencias humanas, ejecutó prodigios de labor intensa que reclamaban en esa época, el país y la Iglesia, y otras obras que él columbraba para el porvenir de ambas. Hoy, presente de aquel porvenir, se corrobora y bendice su don profético, por ejemplo, de crear el Arzobispado, que el 19 de abril de 1947 celebrará su cincuentenario. Y todo fué con espíritu longánime. La más reina de las reinas, Isabel la Católica, ante un monumento que halló muy por debajo de lo esperado, dijo reprobándolo: "¿esta nonada me habedes fecho?" Mons. Soler tampoco entendía de tales nonadas. Su elevación y amplitud, de los más augustos labios que supieran comprenderlo, sacarían un decir aprobando, ¡cuánto hacéis que tanto amáis!

Amaba la ciencia, con sed y hambre de ciencia; amaba la Iglesia, con potencial de mártir; amaba la patria, como el héroe la bandera. Y con ese volcánico amor que activaban la ciencia, la religión y la patria, ¿qué obras no planteó y cuáles no hizo? Es el periodista, ya brioso apologeta de "El Mensajero del Pueblo", que se asfixiaba en las columnas breves de ese bravo semanario, y crea el diario católico, que sale a luz el 1º de noviembre de 1878, para ser hasta hoy, invencible David de la causa de Dios. Y salió dirigido con la pluma del doctor Juan Zorrilla de San Martín, toda de luz de aurora por lo que encerraba de promesa y de luz cenital, por lo que alcanzaría de madurez y prestigio con Zorrilla y en la sucesión ilustre de sus directores.

Y engolfándose más en sus conferencias y adiestrando conferencistas, polemizaba acerca de "El darwinismo ante la Filosofía de la naturaleza" (1880), que reeditó en 1883, pero ampliado, porque, ¡cuánto vibraba y fulgía en Soler que el último adelanto científico fuera una conquista más que adelantarse a la gloria de Dios! Y analizaba y discutía tocante al "Racionalismo y Catolicismo" volviendo por el ascendiente de la racionalidad de la razón católica, hilo de Ariadna en el laberinto de Creta de la razón racionalista, rastrera y ensoberbecida. Bregaba infatigable por la educación que se sublima con el Divino Pedagogo Jesucristo, y respondía al "neutra-lismo" descatalogante de la enseñanza del Estado en las escuelas

⁽²⁵⁾ Ejerc. espirituales. Contemplación para alcanzar el amor. Gladium. Buenos Aires, 1938.

—vivero de negaciones, solapado “contra” a todo lo que la Iglesia afirma—, con tanto ardor en los argumentos que estimaba imprecaciones al tenor de los Santos Padres, Doctores y Padres Santos, cuando en el riesgo letal de las almas de su rebaño, gritaban “¡al lobo!”, previniendo los desastres del error y de la impiedad. Su “Refutación protesta...” (1881), es de una férrea lógica balmesiana y multitud de conceptos, aun hoy, son candentes como una marca de hierro al fuego.

Y al mismo tiempo desempeñaba funciones de Fiscal de Curia, luego de Provisor Eclesiástico y ~~con este cargo~~ ^{mas tarde} ~~el~~ Cura Párroco del Cordón y a la par Diputado Nacional. Nunca descuidó sus obligaciones, por absorbentes que fueran, y sólo pospuso los estorbos a sus funciones, porque descansos no los conoció ni los quiso. Cabe repetirse aquí de su Fiscalía: “¡Qué bien cuadraba este ministerio al Dr. Soler, defensor del derecho, y cuyo mismo porte físico, erguido sin arrogancia, parecía el símbolo de la rectitud inflexible!” Trazo es éste de su primer biógrafo R. P. Dr. José María Vidal, S. S., destacado escritor y poeta, escriturista, cuya es la obra que con diestro talento de investigador ha salvado de la borrosidad del tiempo y del olvido, tradiciones, hechos y documentos que jerarquizan su biografía como prístina fuente documentaria —excelente e incomprendida faena que suelen no justipreciar los biógrafos noveladores—, granjeándole reconocimiento y loor nacional⁽²⁶⁾.

La sotana del ministro de Dios, que fulge unción en Mnos. Soler, va cubierta ahora, con un ático y ágil manteo como de un caballero y paladín. Sencillo porque es sabio y humilde, grave porque la responsabilidad es de agobiar, pero amable porque la caridad le dicta sincera cortesía, sereno como que siempre es señor de su espíritu, entra en la Cámara de Representantes a ocupar una banca de Diputado por Canelones (1879-1882). En ese ambiente engolado de la época, con hombres de cerradas barbas, atuendo de levita y porte señorial, y ante los prestigios de ilustres mentalidades o de ya hábiles parlamentarios, tales José L. Terra, Martín Aguirre, José C. Bustamante, Idiarte Borda, Francisco Bauzá, A. Pedralbes, y otros, se impone la prestancia del sacerdote de treinta y tres años, cuyo rostro está diseñado por el carácter, en el que la inteligencia tomara por solio la amplitud de su frente, y, como dice Zorrilla de Balme, “con la mirada hundida en el pensamiento” (Resonancias del Camino).

No ha ido al Parlamento a disfrutar muellemente de un título decorativo ni a dar lucimiento a sus talentos doctorados, ni

(26) *El primer Arzobispo de Montevideo*. Ed. D. Bosco. Montevideo, 1935, 2 vs.

a convertir su escaño en trinchera partidista, cosas que le repugnaban. Ha ido dispuesto a aceptar todas las cargas inherentes y a no huir las contingencias más opresivas en días de riesgosa inquietud política; a enfrentarse a toda responsabilidad por lo que se doctrina, se combate y se vota en esta faena pública de procurar con diligencia y rectitud que las leyes sean la expresión más lúcida y más hacendera del pensamiento nacional; faena que juzgada con severa conciencia más que de lauros y provechos es de fuertes desazones y duros sacrificios. El ha ido a servir a la patria y no a servirse del país. Si su símbolo pudiera ser la vara del alcalde castellano de tiempos pretéritos, habría repetido con enérgica llaneza:

*“Quiera el divino poder
de que hoy comienzo a usar,
que se me llegue a quebrar
cuando la vaya a torcer”.*

¿Qué dinámica no se impondría y a qué heroica conjugación del tiempo de dormir con el de velar se obligaría para desplazarse como Párroco, Fiscal, Profesor y Director del Liceo, publicista y miembro de la Comisión de Legislación, y luego de la de Fomento, en las que también actuaba de informante? Es que se había conformado en el orden y en la puntualidad. En un viaje marca la rémora que hubo de vencer: “...carecen de la noción del valor y de la preciosidad del tiempo”. Por eso él respetaba el ajeno y centuplicaba el propio.

Entendido y eficiente se muestra en proyectos y soluciones aún extraños a sus estudios, pero que su talento, su meditación y su sensatez penetraban buscando el bien de los ciudadanos y la elevación nacional cimentada en principios superiores. Desperdigada anda su labor legislativa en los catorce volúmenes (XXXIII al XLVI, inclusive) del “Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes”. Si los libros de Mons. Soler, por agotados permanecen casi inéditos para las generaciones actuales, sus discursos parlamentarios son en absoluto desconocidos. Bauzá mismo en sus “Estudios Constitucionales” (1887), al juzgarlo en su faz de comentarista católico de la Constitución, se basa en sus opúsculos —de los que teie entusiasta elogio—, bien que éstos contengan las argumentaciones de aquéllos, pero sin la palpitanza de interrupciones que nunca desechó y que contestaba con certería, tanta como las que él formulaba seguro y feliz. Es admirable que el sin par controversista guarde en la Cámara una continencia polémica que se ciñe a lo estricto en las interrupciones, dejándolas pasar por alto cuando no son

de importancia. Alguna vez fué implacable en la interrupción; sin duda quiso propinar lección merecida.

Pocos son sus discursos. Seguramente practicaba que preciso es discursar menos para legislar mejor. Fué parco en la oratoria porque no se pagaba con "salvas de elocuencia", y la sobriedad vistió sus discursos. No habría expresado con el silencio de Zenón, aleccionando la parlería de una embajada: "Decid que en Grecia hay un hombre que sabe callar", porque el Dr. Soler superaba ese mérito: sabía callar hablando, es decir, no hablando todo lo que podía sabiendo.

El clásico Cormenin expone que "en cada orador hay dos hombres muy distintos: el hombre del fondo y el hombre de la forma...". En el diputado Dr. Soler todo era fondo. Poseía el "nervos et ossa" de Melchor Cano, la osamenta y nervadura de potente dialéctico, la ordenación y claridad de sus ideas, la diferenciación lógica pero esencial de su cometido que no era de prevalente teólogo en la Cámara, sino de legislador que recordará la Biblia a su tiempo, pero que usa de la Constitución siempre. Se parapeta en ésta para prevenir, detener e inutilizar ataques. Su nota tónica es estar en actitud y con antititud de comprensión. Como al pastor protestante que en una ciudad ataca a la Iglesia por antirrepublicana y se le demostró la esterilidad de su discurso porque el más republicano del país era el arzobispo (lo refiere Ireland), así el diputado Pbro. Dr. Soler mellaba ciertas enunciaciones porque se sentía en esa Legislatura el más constitucionalista y el más amante de la libertad, de aquella artiguista que "ni ofende ni teme", y que él descubrió que venía a ser una glosa de la exclamación de Tertuliano: "*¡Non terremus, non timemus!*".

Adoptada esa digna modalidad, cuando se trató de la necesidad del principio religioso en la enseñanza y cuál sería la religión que la informaría, el teólogo desembarazó todo el campo de lucha al legislador, con esta valiente y desinteresada afirmación previa: "...voy a hacer una manifestación acerca de lo que pienso sobre la importancia de que se sancione o no semejante enmienda; esto es, de que no vaya a creerse que de esto dependería la suerte de la religión cristiana, del catolicismo: porque el catolicismo es superior a todo lo que se quiera hacer en favor y en contra de él... Y si no, dígalo la experiencia de diecinueve siglos. No es cuestión de una razón más o menos que se quiera poner hoy. No vengo a hablar, por consiguiente, en favor de ese punto, ni en contra, por el miedo que tengo de que el catolicismo sufra, porque el catolicismo nunca perece ni nunca lo pueden matar... Sin embargo, vengo a decir lo que

creo hay el deber de hacer, llenando los deberes del cargo que represento como legislador..."

Y cuando un diputado quiere cerrarle o cercenarle su discurso reputándolo "fuera de la cuestión", le responde el Dr. Soler coronándose con bravos y aplausos de la barra: "Estoy en la cuestión. Yo creo que sería la más grande obra que se hiciera; que si se diese ese ejemplo, de adoptar la libertad completa de enseñanza en la República Oriental sería la más grande de las conquistas de la democracia moderna".

En esa sesión acaba su discurso con esta bizzarria tan suya, tan soleriana: "Voy a terminar, señor Presidente, porque veo que incomodo a algunos señores Diputados que tienen miedo a la libertad..." (Aplausos en la barra y algunos silbidos). "Deben ser *demócratas* los que silban a la libertad". (Bravos y aplausos en la barra).

En el resonante escenario de la Cámara el Sr. Honoré, diputado adverso pero noble, reconoció los valores del Dr. Soler. "...Persona que por sus méritos científicos ha hecho un servicio real a nuestra juventud estudiosa, despertando en ella el gusto por las ciencias naturales... Ciencia que antes les era completamente desconocida. A este punto de vista, mucho se le debe de gratitud. Y también debo decir, que merecen, en mi concepto, muchísima estimación las doctrinas esencialmente liberales [de libertad] que acaba de verter en este recinto...".

Cuando se copile la oratoria parlamentaria católica de Uruguay con los grandes discursos de Bauzá, Zorrilla, Gallinal, Ponce de León, Secco Illa, Antuña, etc., y de nuestra formidable avanzada que actúa hoy en la Cámara, los discursos de Mons. Soler, reparadoramente deberán ocupar el pórtico principal de ese templo de elevación patriótica. Y pueda reiterarse como de un personaje bíblico: "...Y lo introdujeron por la puerta superior en el palacio del rey, y colocáronlo en el real solio" (II Paral., XXIII, 20).

Muerto Mons. Vera (1881) —sobre quien pronunció tres magistrales y muy sentidas oraciones fúnebres en el mes de su muerte— el talento del Dr. Soler ganó una grande victoria que laureó su hondísima humildad: la de persuadir a sus admiradores influyentes que no le incluyeran en la terna obispal. Humildosa delicadeza del que, por su alta visión y con su franco y decisivo carácter, indujo al Gobernador Lorenzo Latorre, a que cesara el Vicariato Apostólico de Uruguay, y la República se honrara y beneficiara con el Obispado (15 de julio de 1878). Este valer para subir, pero haciendo que otros suban en preeminencia, es sólo de privilegiados del Señor, que más los sube cuando menos ascienden.

¡Cuánto aleccionamiento ejemplar a aquellos que cercenan, arrojan y desbaratan méritos ajenos, para alzarse sobre pedestales de indignidad! ¡Y cuánto arguye de generosidad y desinterés, diadema de las subidas acciones! Lo ha dicho Mons. Gustavo Franceschi: "La dignidad suprema del hombre finca en el ejercicio desinteresado de sus facultades superiores..."⁽²⁷⁾.

En las venas del Dr. Soler creyérase que corría sangre de los Treinta y Tres Orientales. A su patriotismo no le aventaja sacerdote alguno de los más ardorosos y eminentes desde las gestas de la independencia oriental. Avívase repetidamente la llama de su amor patriótico. No es un sentimentalismo oratorio o literario, que no condice con su carácter ni temperamento, sino que se muestra fogosa y elevada concepción de idealidad educativa y de la juventud, o de toda su grey cuando sube a la Prelatura. "Levantad por doquiera templos a la patria que tengan por inscripción *ciencia y virtud*". Presidente de la Sociedad de Ciencias y Letras, que fundará, entre otros proyectos sorprendentes, basados en memorabilísima "Memoria"⁽²⁸⁾, propuso elevándolo en 1884 al Gobierno de la República, la creación de un Observatorio Nacional Astronómico, en el Cerrito de la Victoria, con red de servicios físico-meteorológicos extendidos en los departamentos del país, y con miras a un eficaz servicio de señales.

"Hechos, hechos y más hechos", es el estribillo de un personaje dickensiano. Vale decir: razones eruditas, fundamentos científicos, proyectos prácticos y también la apología católica: el hecho más trascendental. Historia los observatorios principales, establece la imperativa necesidad de que Uruguay no quede rezagado en el concierto de las naciones más adelantadas, y adquiera los elementos que él plantea y desenvuelve, cosa de que la nación sea eficiente colaboradora del progreso universal. ¡Siempre mirando el adelantamiento de la patria y su honra ante las otras naciones, como si fuera un estadista heredero de la mirada genial de Artigas!

Visionario de ésas y otras muchas más visiones miríficas, nero concretas y practicables, fué Mons. Soler. En el primer insuperado monumento de la pluma que se le erigiera, dice su autor Zorrilla de San Martín: "El país lo seguía con esfuerzo: a las veces, se le quedaba muy atrás, y lo abandonaba; él volvía entonces la cabeza, se encontraba solo, y regresaba tranquilo al presente desde el porvenir"⁽²⁹⁾. Si fuera posible agregar algo, diría yo: su pueblo estaba frente a un coloso cuya propia sombra le impedía verlo.

⁽²⁷⁾ Obras completas. Ed. Difusión. Buenos Aires, 1945, t. I, p. 235.

⁽²⁸⁾ Sociedad Ciencias y Artes. Memoria presentada por la 14^a C. D. con los antecedentes sobre el Observatorio Nacional. A. Rufus y Cia. Montevideo, 1886 (77 p.).

⁽²⁹⁾ Huerto Cerrado. Imp. Dornaleche y Reyes, Montevideo, 1900.

Si la sensatez y cordura patrióticas gobernaran cuando una nación recibe el regalo providencial de un personaje de la plenitud de Soler, haría viable la civilización cristiana de la sociedad. Pero, el egoísmo y el engrimiento en el mando, despotizan y exigen crucificar a los redentores. Intolerable era entonces la sinceridad de la predicación católica frente a los atentados y ultrajes al matrimonio sacramento, y la condena ideológica del cúmulo de laicísmos intolerantes y oprobiosos metidos en las leyes, a pretexto de libertad para ultrajar la libertad más lícita y más legítima. Y en ese entonces la palabra de Mons. Soler era una espada arcangélica. ¿Quién podrá justar con ella en noble lid? Había, pues, que perseguir y violentar y amenazar de muerte a Mons. Soler, que podía anticiparse a exclamar, como en 1888 lo haría el gran paladín argentino Estrada: "¡Yo soy una libertad!"⁽³⁰⁾.

Prudencia decisiva y feliz del Obispo Ilmo. Mons. Inocencio María Yeregui, fué alejar del país a su dilectísimo Vicario Dr. Soler, del que escribió impugnando al despótico Ministro Cuestas: es el "sacerdote oriental más ilustrado y por todos conceptos recomendable y virtuoso". ¡Cuán temido era Soler y cuán sin temor alguno de parte de su valiente e intrépido corazón! Las frustradas amenazas de muerte privaron de un mártir que había jurado morir antes que ceder en la lucha; como que en su pecho podía cruzarse la heráldica barra de acero que "se quiebra, pero no se dobla"! Empero fué mártir de agravios y calumnias que él remarca de origen masónico: había combatido esa secta tenebrosísima, en 1881 y 1884, en libro y folletos irrefutables. Antes, entonces y después, la calumnia proteiforme se cebaba en su personalidad. "Una calumnia bien inventada basta para matar moralmente a un hombre"⁽³¹⁾, máxima masónica ejercitada en particular contra el clero. En Soler el fango de la calumnia fué sello, firma y rubrica del verso de Darío:

*"... aunque el diamante todo
Se encuentre de fango lleno,
El valor que lo hace bueno
No perderá ni un instante.
Y ha de ser siempre diamante
Por más que lo manche el cieno."*

Sándalo del sacerdocio, herido despiadadamente por las furias impías, sangraba con el aroma de la Sangre de Cristo para perdonar; pero, ¡eso sí, sin cejar en su fortaleza de campeón davídico de la Verdad!

⁽³⁰⁾ Ob. completas. Discursos. Buenos Aires, 1905, p. 595.

⁽³¹⁾ J. M. Vidal, obra citada, t. I, p. 102.

De esa vía dolorosa iba a salir la culminación de "el más hermoso ideal" de Mons. Soler. "Yo había soñado viajar por el mundo y deseaba conocer la humanidad prácticamente..." Emprende un viaje que dura dos años, a través de Europa, Oriente y América. Viaja no al modo del turista que sólo lleva el paisaje en los ojos, ni con las minucias del geógrafo, o con la inquietud del aventurero, sino como el escrutador que se adentra en la Filosofía de la historia —apasionamiento de su investigar—, y ahonda en lo trascendental del desenvolvimiento de los pueblos, sociedades e instituciones; y cata y sopesa sus progresos y sus regresiones a la lumbre del criterio religioso, filosófico, político, social. Retorna al país luego de honrarlo doquiera pasara: León XIII le había confiado una misión especial, que le avistaba con personajes de alcurnia religiosa y civil en América, tratando del grandioso Colegio Pío Latino Americano. Y como para borrar mejor los vejámenes que le dieron en su suelo, brinda a Uruguay dos obras que otorgan al país la prioridad de ser el primero donde se ha escrito y publicado sobre las bases: del etnólogo americanista en "América Precolombiana" (1887), y del viajero filósofo en su "Viaje por ambos mundos" (1888). La alteza de este varón que en su estirpe cuenta gente blasonada: el guerrero Arnaldo Soler (de las campañas del Rey Jaime de Aragón), el beato Pedro y Pedro Segundo, mártir; y con su rutilante divisa: "Con sol fueron y volvieron y en la batalla vencieron", hace que su vuelta a la patria sea con más resplandeciente sol del que saliera y, además, vencedor de sí mismo y de sus enemigos; que tal es la victoria del perdón.

Un viajero de los que buscan placer sin nadecer, sentirfíase harto de aquella andanza de dos años. El viajero arqueólogo, calidad de excelencia de Mons. Soler, sintió en cambio, espolcados sus sueños de vivir la historia en los monumentos muertos. Sabio, quiso admirar por sí los misterios descifrados por Champollion, Rawlison, Oppart, Menant, y tantos más, constituidores de la Egiptología y Asiriología. Sacerdote, desde 1877 experimentó el acicate de los estudios orientalistas penetrando en las obras del célebre sulpiciano Vigouroux, y aspiró a convertirse en apologeta experimental enfrentando cada ruina, inscripción, monumento, a cada crítica racionalista de los Libros Sagrados. Patriota, le rebosó el orgullo de que un uruguayo acometiera, entre otras, una "excursión única" planteada en el conjunto de las que se realizaron anteriormente por avezados exploradores.

Un total de dos mil páginas en cinco obras, ilustradas con mapas y grabados, contienen sus estudios de Americanología y sus viajes por los países bíblicos, desde 1887 a 1897. Su apasionamiento arqueológico le ensimismó de tal ma-

nera en la contemplación de las ruinas de Nínive, que alarmó a los conductores de la caravana. Notorio es que la Providencia veló por quien tan providenciaísta se demuestra en sus escritos. Milagrosamente libró su vida de que pereciera en la destrucción de un tren en el cual viajaba hacia las ruinas de Corinto, y del que, contra sus propósitos, bajó para comer. Omitió en sus libros la narración de accidentes y vernescas aventuras, que apenas si las enuncia cuando no calla por juzgarlas "personales y sin interés". El ilustre doctor Jacinto Casaravilla, que le acompañó en su viaje a "Las ruinas de Palmira" (1889), refirió la avería de una barca en que bogaban, cerca de una catarata y no se explica cómo llegaron a la orilla. Tambión contó que atravesaron ríos, como el Eufrates, con el agua al cuello, entre salvajes y salteadores... En otro viaje, en circunstancias semejantes o peores, por sitios inundados y pantanosos, escribe Mons. Soler, que echaron ocho horas para avanzar sólo tres kilómetros... En cambio, su inigualable resistencia de jinete, a caballo o en camello, que es "un poco" diferente, rindió jornadas de diecisiete horas, dejando estupefactos a sus guías y escolta. Y por ese su cabaigar de criollo maldonadense, un trayecto que otro Obispo lo colmó en tres meses, Mons. Soler, en trayectoria mayor la limitó a treinta y cinco días... En su viaje de 1897 —ya cargaba más de cincuenta años a cuestas—, cabaigando a "mata cabalios", culminó con asombro de los más veteranos, un viaje de dos meses en treinta y ocho días. Si su "dragoman" se extraviaba, él con sus mapas y su brújula —lo que le ponía en sospecha de brujo—, rectificaba rápidamente su ruta. Le sedujo rehollar las huellas del éxodo del pueblo de Israel, y las reholló en cansador camello y por "las viejas y casi abandonadas rutas". De noche cabalgó para ganar tiempo. Y de noche, con peligro de escollarse, navegó para librarse de la temible tribu de los Samma.

Las innumerables molestias y contratiempos del sin par arqueólogo uruguayo, las sufría gozosamente por el sagrado ideal que le alentaba con las comprobaciones asiriocaldeas que le iban convenciendo, irrefragablemente, de que "la ciencia contemporánea confirma como únicos orígenes religiosos de la humanidad los enseñados por la Biblia"⁽³²⁾. Quizá su contrariedad más sentida por irreparable, fué que le hurtaron valiosos ladrillos cuneiformes de Babil. Su coraje y su intrepidez le vinculan, en el pretérito, a los más eximios preladados de la Conquistista hispana; y en lo coetáneo, no desmerece de un Aquiles Ratti (Papa Pío XI), el alpinista del Monte Rosa y del salesiano D'Agostini, en los Andes Patagónicos.

⁽³²⁾ *Viaje por Asiria y Caldea*, p. 273. Obra de las más extensas y notables que dedicó con profunda emoción y cariño al ilustre y malogrado joven ALBERTO HEBER JACKSON.

Aun así Mons. Soler está fuera de ese majestuoso encuadramiento de viajero entre viajeros eximios, porque lo supera. Imagínome la muchedumbre de excursionistas y exploradores, no solamente ilustrados religiosos sino de congregaciones, peculiarmente marianas, que se detuvieron extasiados en Ortás, ante los miríficamente idílicos Jardines de Salomón, mostrando sus piscinas de fecundante riego... Ni en sueño, ni por pensamiento, a nadie en tantas décadas, se le ocurrió perpetuar monumentalmente ese paraje donde los siglos no han destruído la Azucena del Huerto Cerrado, ni la limpia Fuente Sellada del paraíso de Salomón.

¡No había aparecido aún el vidente!

Un orientalista osado, pensador grave y uruguayo ardiente, iba a ser el hortelano a quien María, Virgen y Madre de Dios, daría fuerza de inspiración y de amor que encendido hace. "Al visitar por vez primera el Hortus Conclusus de Salomón, símbolo de María, me asaltó espontánea la idea del Santuario a María del Huerto... He aquí la sede clásica, propia y natural de María del Huerto... Quizá fuí el primero que allí la veneró..."⁽³³⁾. En el Prelado no rimaba el poeta que versifica, pero si se estremecía el poeta que sueña y el poeta místico que hace. ¡Sólo así podía concebirse el genial poema salomónico mariano de Mariano Soler (por María salvado en la niñez de ahogarse), en el cual las estrofas iban a ser piedras de un santuario nacional argentinouruguayo, a María del Huerto en Palestina! Ese "santuario marial", que le llamó León XIII, es en sentir de Zorrilla, "una gran voluntad convertida en piedra". En piedra que palpita, porque en ella entrañó su corazón gigante Mons. Soler; en piedra que habla y que canta, porque allí están fusionadas las voces de amor y de gratitud de Argentina y Uruguay alabando a la Purísima y Virginal Hortelana, que con los colores de su manto, tiñe de azul nuestras banderas hermanas.

Titánica lucha le exigió suscitar la comprensión y la generosidad para tal empresa titánica. Torpeza e injusticia sería negar otros sacrificados colaboradores. Más tiene viso de axiomática esta aseveración de Zorrilla: "...Es indudable que la historia de los pueblos o de las grandes causas no es otra que la biografía de sus grandes hombres".

¡Con qué deleite y honra he citado a Zorrilla! Leerlo tocante a Mons. Soler en su "Huerto Cerrado", es orear el espíritu con una ráfaga de poesía, persistente y entonadora, descorriendo el velo de esa vida heroica y santa. ¡Cómo se amaron el poeta y el sabio, dos símbolos antonomásticos de

(33) Hortus Conclusus. Montevideo, 1906.

Uruguay! ¡Y cuánto penetró el poeta al sabio, y cuánto se valió el ministro de Dios, del poeta, vidente de Dios!

Inempañable reflector del historial patrio y eclesiástico, el vacío de renombre que se hizo por su voluntad, más lo exalta cuando se reflexiona el vacío de luchadores (no es olvidar las excepciones), la mezquindad de recursos, la menguada preparación de mentes alicortadas, la lejanía absurda del país asiático que más, en ese tiempo, se columbraría como tierra de fantasía; y tantas más cosas que pudieron retrasarle en sus empresas y acobardarle en sus impulsos. Mons. Soler quizá lo ignorase —y si así fué era digno de pensarlo porque lo practicó— aquello de un príncipe de Gracián, que en su juicio sutil de una espada de maravillosa hechura, ensalzó su notoria y criticada cortedad, por la razón más ennobleciente: para un caballero heroico "lo que le falta de acero, lo suple el corazón de valor"⁽³⁴⁾.

¡Qué denuedos del corazón supliendo cortedad de aceros, se impuso Mons. Soler! ¡Y qué silencios, de perlas en el fondo del océano, de sus amarguras sufridas silenciosamente en las hondonadas de su corazón! Una de las raras veces que descubrió honduras de sinsabores, apuntó que su vida era una perpetua contradicción. ¡Cabía exceptuarse nada menos que él, de esas contiendas espirituales que demandan parecerse a los santos quienes, en decir de Cervantes, "conquistaron el cielo a fuerza de brazos", lucha en la que radica, en pensar del Ilmo. Dr. Torras y Bages⁽³⁵⁾, "el atletismo cristiano"? ¡No era él, eso mismo, un atleta vencedor en la palestra donde se justa armado de amor, de caridad y alado de fe y de ciencia? ¡Qué extraño que él, que se decidía a su despojamiento total y que iba a ingresar en el franciscano Convento del Salvador de Jerusalén, por ser, eso mismo, campeón de Jesucristo, "el atleta típico", tuviera que sufrir renunciando a su vocación religiosa, "la más opresora realidad" y cargar con la cruz del Obispado?

Trató don Raúl Montero Bustamante —pluma de esplendor en las hispanoamericanas letras—, quien compendia ese hecho de esta suerte: "Jamás un hombre se ha sometido a más ruda prueba. Transformado el sayal de monje a que aspiraba por el hábito morado de los príncipes de la Iglesia, hizo de su vida una férrea escuela de virtudes..."⁽³⁶⁾. No obstante, la Orden Franciscana no perdió esa vocación, ni su monje de carácter de bronce para resonar en la más dulce humildad. El

(34) Obras escog. de filósofos. Bib. de Aut. Esp. Madrid, 1905. Gracián, "El héroe", IV.

(35) Obras escogidas. Barcelona, 1913, t. III, p. 171.

(36) La Semana Religiosa. Montevideo, 10, X, 1908 (Reproducción de "La Prensa" de Buenos Aires.)

Excmo. Mons. Dr. Juan Francisco Aragone, que con ternura filial cuidó de él, ya grave en Roma, ha dicho: "...El sayal franciscano que él quiso vestir, si no logró hacerlo exteriormente, lo llevó interiormente, vistiendo el espíritu del Seráfico Padre..."⁽³⁷⁾. Leyendo la "Carta Pastoral" (1891) de Mons. Soler, del día de su consagración obispal, se asegura el convencimiento de que este gran atleta de Dios, ha temblado ante el peso enorme de la responsabilidad de su investidura y de que su humildad franciscana suspiraba por la celda y no por el episcopal dosel.

León XIII puso en esa elección el certerísimo vistazo del águila. Y puesto que fué Papa sin dejar de ser poeta, valga para loa de su providencial acertamiento, lo que parecidamente ocurrió con el célebre Cardenal Fray Francisco de Cisneros; que si la historia lo documenta la poesía de Pemán lo hermosa. Dice la Reina Isabel, en el pemaniano poema:

*"Y ahora sé bien que no he errado
al hacer el nombramiento
que tan santo horror le ha dado."*

.....
*"¡Buen Arzobispo será,
pues que no lo quiere ser!"* (acto 1º)

W. Starkie, el muy cabal biógrafo de Cisneros, asevera: "...cuando le hicieron Obispo supo ostentar el mismo señorío que el más rancio Grande de España"⁽³⁸⁾.

Si Fray Mariano se habría humillado en el polvo de su celda jerusalénica —con desmedida humildad antes había renunciado el nombramiento de Patriarca de Jerusalén—, el Ilmo. y Rvmo. Monseñor Dr. Mariano Soler no se contentó con ser Obispo. Quiso una cruz mayor para sí; una cruz de condecoración mayor para la Iglesia uruguaya; y para la patria, un más elevado rango entre las naciones cristianas y ante el Padre Santo con su potencia moral que le encima sobre todas las potencias. Y fué Arzobispo, que más se abrazó y embrazó la cruz: toda su fuerza y toda su gloria. Se lo cantó el poeta:

*"Toda tu alma en tus blasones luce,
—Absit gloriari nisi in cruce—,"*⁽³⁹⁾
¡y en esa lumbre alienta tu memoria!"

Y fué Arzobispo y habría sido Cardenal por lo que valía y le amaba León XIII, que en el Concilio Pleno Latino Ameri-

⁽³⁷⁾ Boletín Eclesiástico de la Arq. de Montevideo, X, 1930.

⁽³⁸⁾ *La España de Cisneros*. Ed. Juventud, Buenos Aires, 1945.

⁽³⁹⁾ "Mi sola gloria es la cruz". *Floresta Eucarística*. Montevideo, 1938, Antología por A. E. Xalambrí. Soneto del Dr. Mario Façao Espalter.

cano (1899), le designó para el discurso de apertura. A su cargo estuvo el de iniciación del XVI Congreso Eucarístico Internacional de Roma: honras para Mons. Soler, orgullo para Uruguay. Su confianza en el Señor del Sagrario, hacía cierto en su grave ministerio el versículo de Isaías (XL, 31), que libra de temor al débil, enardece al fuerte y que a todos nos fortalece y levanta: "Los que tienen puesta en el Señor su esperanza, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán".

Y fué Arzobispo humilde y recio, sincero y paternal, sin las torpes o hábiles simulaciones de la diplomacia laberíntica; sin que le dominaran lamentables impresionismos de los hombres o de las cosas, impresionismos que abajan y desfiguran hoy lo que ayer encumbraron al cielo; sin perderse en detalles por la poderosa vitalidad de sus principios, sin absorciones de cometidos subalternos que estorban ascender a empresas que requieren la visión de conjunto, clara y amplia, con la colaboración de esfuerzos secundarios, pero no prescindibles. Aduce el eximio historiógrafo Rafael Algorta Camusso, este expresivo rasgo: "...apoyando todo lo bueno sin destruir nada, aceptando las iniciativas ajenas con entusiasmo. Si todo es para gloria de Dios, decía, ¿cómo no lo va a aceptar y prestigiar el Prelado?"⁽⁴⁰⁾. Su talento práctico abarcó en armónico conjunto las obras y empresas de la causa católica, sin menoscabar a unas por la trascendencia de otras, y sin jamás amilanarse por trabajos verdaderas hazañas por el ideal. Zorrilla de San Martín lo cincela en esta fúlgida gema: era "un acabado símbolo de lo que caracteriza nuestra raza: la coexistencia del idealismo puro y de la acción enérgica y fecunda".

Y fué el Arzobispo que siguió estudiando y meditando y escribiendo con anchurosidad de océano, anheloso por asentar sobre fundamentos basálticos e indestructibles, la apología católica y a la par erigir el edificio de una vigorosa cultura nacional. Sus libros son magníficas e invencibles Torres de David para la defensa y el esplendor de la Iglesia de Cristo. Fué pensador constructivo, que desenvolvía y ahondaba los problemas, las circunstancias, las luchas del momento, actualizando del pasado lo bueno, previendo situaciones y consecuencias y adelantando soluciones. La Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, tiene en él un tratadista magistral y elocuente en su obra "La cuestión social" (1895). Se ha resaltado de su don cuasi profético, la idea y proyecto de "arbitraje obligatorio" y otros puntos de política y derecho internacionalista. Su tesón empenosísimo de escritor se propuso y cumplió con desinterés que

⁽⁴⁰⁾ El Bien Público, Montevideo, 15-7-1944.

impresiona (nunca lucró con sus decenas y más decenas de libros que difundía generoso o daba a favor de obras católicas), divulgar y defender el doctrinal de la Iglesia, valiéndose de los magistrales estudios y trabajos de Balmes y Donoso Cortés, Maistre y Chateaubriand, Ortí y Lara, Cámara y Mir, Ráulica, Lacordaire, D'Huist, Félix y Bougaud, Dupanloup y A. Nicolás, Veuillot, Ozanam y Montalembert, Moigno, Hettinger, Cantú, Gaume, Vigouroux, Llanas, Vicent... También los publicistas antagónicos Laurent, Ranke, Taine, Macaulay, Thiers, Vogue, Guizot, Renán, Leroy-Beaulieu. Lo prominente es el sinnúmero de maestros y príncipes del pensamiento y de las letras católicas, que citó, expuso, fundió, comentó, recreó con la nueva y palpitante vida que les infiltró el propio y original y certero discurrir de su pluma ubérrima y con su extraordinario talento para el plan, la forja y la arquitectura del contenido de un libro. Comparable es en ocasiones, su faena meritísima de compilación o fusionamiento de materiales con que alumbraba un flamante y esperado libro, a la faena y procedimiento de San Isidoro de Sevilla, elogiadísimo por Menéndez y Pelayo, que en sus "Orígenes y Etimologías" acumuló y metodizó un saber enciclopédico de proporciones gigantes y para el cual "toma de otros las piedras, y él levanta la fábrica". Fábrica que en Mons. Soler asume magnitud de fortaleza inexpugnable, o de palacio del saber o de templo de elevación espiritual. De poder aislarse en una biblioteca moderna, habría alumbrado partos aún mayores de maravillas de pensamiento y erudición. Porque la estudiosidad fué de las virtudes más resplandecientes de Mons. Soler; y asemajaba entrañar en ella, un voto secreto de su carrera sacerdotal, siempre encauzada en impulsión de progreso y con afanes encendidísimos de probar con sus libros que si "el hombre con sus pies pisa la tierra, con su inteligencia besa el trono de Dios."

La erudición de sus escritos y su innumerable cantidad⁽⁴¹⁾ le adjudican, como si para él se hubiera discurrido, la ingeniosa frase que suscitó la sabiduría de Varrón: "Leyó tantos libros, que no se comprende cómo le quedó tiempo para

(41) El autor de este "Esbozo", con dificultades reunió sus obras, muy agotadas, y compuso la primera bibliografía soleriana, que la alumbró en 1.500 ejes. gratuitos. El Bien Público, en sus números del 30-9-1928 y 25-9-1930 la dió a luz. La rev. "Idealismo" (IX-1934) y "Revista Nacional" (I-1941), la reprodujeron bajo la erudita firma del Esc. Ramón G. Pereira Pérez, el primero en publicar un repertorio biográfico de Monseñor Soler. No es dable sacarla aquí por su extensión, que en la ya citada "Biografía" del R. P. J. M. Vidal, ocupa ocho páginas. El destacado periodista Arnaldo P. Parrabère, también publicó en su "Homenaje al Arzobispo sabio y patriota", 1942 (auspiciado por el Consejo Superior de los Círculos de Uruguay, elegante folleto de 48 pp.) casi todo a su costa y gratis, un valioso documental bibliográfico reunido por él. Cuatro bibliotecas parroquiales lucen en su testera el nombre del Arzobispo. Una más se fundará en San Carlos, conmemorando el centenario del nacimiento en esa ciudad.

escribir ninguno; y escribió tantos que no se sabe cómo tuvo tiempo para leer tal cantidad".

Me represento a Mons. Soler en su lecho de muerte y ya en sus últimos suspiros, con su alma serena y santa, encaminado al juicio de Dios, asido del manto virginal de "su" María del Huerto, y precediéndole el cortejo de sus libros y folletos, reverberando cual estrellas de gloria, al Señor de toda Ciencia. Algo así como ensoñó el sapientísimo y célebre Migne, que le serían valedores ante Dios los centenares de volúmenes que componen la edición estupenda de su Patrología Latina y Griega. Y me represento al Señor diciéndole, como otrora a Santo Tomás de Aquino: "Bien escribiste de Mí, ¿qué recompensa quieres?" A lo que Mons. Soler respondería con la frase del aquinense: "¡A Vos sólo, Señor!"

En América española, quizá, sea el obispo sin par por la conjunción tan inclita de la sabiduría y de la virtud, del sacrificio y de la integridad valentísima, de la acción perdurable por su visión aquilina e inspiradora; y porque le inflama "el celo vigilante y sin fronteras", como le califica su biografiante insigne R. P. José M. Vidal, con afortunados testimonios. Insta Mons. Soler a los orientales bonaerenses, que allanen noblemente, las dificultades económicas del adalid de adalides José M. Estrada, atropellado y desposeído en sus derechos de cátedra. En marzo de 1887 oficiaba una misa⁽⁴²⁾ en la Basílica de Luján, por la salud de este mártir de la libertad católica. Alienta a los católicos de Chile en horas de persecución, crisol de la magnanimidad de la Iglesia. Estimula y esfuerza al Dr. Benjamín Sánchez en una decena de cartas a proseguir su notable "Filosofía de la Historia"⁽⁴³⁾, cuya es la advertencia donde consta cómo Mons. Soler sugiriera a Menéndez y Pelayo una moderna filosofía de la historia que su pasmoso saber, talento y genio coronarían, y la elevada respuesta que le dió el célebre polígrafo. El internacionalista de vastísimos horizontes, propone una "Liga Católica de América Latina"; da pasos conducentes a que las Filipinas, arrebatadas a España por la guerra de Estados Unidos, mantengan su filiación hispánica; y muéstrase con una concepción digna de los Vitoria, Suárez y Soto, proponiendo al Congreso Jurídico Iberoamericano de Madrid (1892) la idea y proyecto de "arbitraje obligatorio" con otros puntos de política y derecho internacionales, que dan relevancia a su don profético⁽⁴⁴⁾. Escribe a Mons. Dr. Mariano Espinosa, con quien fraterniza en el episcopado rioplatense, insinuándole razonadamente la formación de un Primado

(42) La lámpara votiva de los orientales... (R. P. Salvaire). Buenos Aires, 1896, p. 48.

(43) Buenos Aires, Imp. J. A. Alsina, 1899. 2ª ed. (XVI más 622 pp.).

(44) El Bien Público, 26-IX-1934.

para el Arzobispo de Buenos Aires. Fué hombre de verdadera paz internacional en la disidencia chilenoargentina de ultracordillera. Alea vehemente y alumbradora su fe y esperanza en la democracia cristiana, afirmando en 1890, lo que parece de vibrante actualidad: "Yo creo en un destino especial de América, deparada por la Providencia para ser la tierra clásica de la democracia cristiana... Tantas fuerzas perdidas por la incredulidad... aunadas con las de la Iglesia, que es la más grande potencia moral del mundo, apresurarían el advenimiento glorioso de la verdadera democracia en nuestra América hermosa, esa virgen del mundo, que los pueblos adorarán un día como la tierra prometida de las libertades públicas"⁽⁴⁵⁾.

¡Qué mucho, pues, si se le juzga en su época, el obispo de más encumbramiento en América española, por su universalidad que no desdice del más puro nacionalismo hermanado a la religión! ~~Escribía~~: "Sólo Dios es grande; pero a su lado es grande también la patria que él nos ha dado...", escribió Mons. Soler⁽⁴⁶⁾. Y en este enlace de dos grandezas, eterna una, temporal la otra, se oye la voz en él de Mons. José Benito Lamas "en los dos grandes sentimientos que inspiraron su larga y agitada vida"⁽⁴⁷⁾, como en lo sabio se ve a Mons. Larrañaga, y en lo santo se perciben reverberaciones de Mons. Vera, y en la grave hidalguía se siente a Mons. Inocencio M. Yeregui, de igual modo que se palpa el providencialismo de Mons. Isasa, la abnegación de aquella oculta inteligencia de Mons. Stella, el ensimismamiento eucarístico de Mons. Semería, y el ardor espiritual en antítesis con Mons. Camacho: en éste, expansivo y en Mons. Soler, concentrado; pero entrambos poderoso. ¿Y por qué enmudecer los nombres de otros prelados ya que acuden a cortejar su gloria? ¿Por qué no asimilarle en lo patriótico y en su embelesamiento por los Santos Lugares a Mons. Esquiú⁽⁴⁸⁾, y también en lo austero si en el comer y en el holgar Mons. Soler ponía espanto a la destemplaza? ¿Por qué privarle de la evocación y compañía por su anhelosidad e ilustración difusiva con un Mons. Juan de Zumárraga, en Méjico, que introdujo la imprenta en América; o en Argentina con un Mons. Fernando Trejo y Sanabria, prefundador de la Universidad de Córdoba; o con el beato Mons. Antonio María Claret⁽⁴⁹⁾, tan de España y tan de América, por su pasión en

⁽⁴⁵⁾ *La Sociedad moderna y el porvenir*, t. II, p. 79.

⁽⁴⁶⁾ Pastoral ordenando preces por la Patria... 1901.

⁽⁴⁷⁾ Eustaquio Tomé. *El V. Apostólico de D. José B. Lamas*. Montevideo, 1941.

⁽⁴⁸⁾ Manuel Gálvez. *Vida de Fray Mamerto Esquiú*, Club de Lectores. Buenos Aires, 1944.

⁽⁴⁹⁾ R. P. Félix. Cruz Ugalde, C. M. F. *Vida anecdótica del B. A. M. Claret*. Ed. Claretiana. Buenos Aires, 1940.

escribir y publicar innumerables libros, escalones de su gloria y de su cielo?

¡Todo lo alcanza y lo merece esta su majestad de Sinaí!

¡Qué altitud necesitaría nuestro Arzobispo para posarse en sus vuelos de escritor! ¡Qué Himalaya para esta águila del pensamiento, que él humildó para ser entendido por el pueblo; y también para sus hechos asombrosos de jerarca, que él quiso aprisionar humiladísimos y santos en un convento franciscano, despojado de todo, menos a su pluma de la aspirada por S. Juan de la Cruz, "soledad sonora"!

Mas, sin soledad y en el estrépito mundanal, su pluma de Arzobispo no enmudeció, ni declinó en lo combativa, aunque se alzó más serena en la amplitud de su autoridad y de su doctrina. Prueba de ello es este libro "Catolicismo y Protestantismo" —entre los muchos citables y comentables—, que reeditado notablemente por DIFUSIÓN, hará que Mons. Soler, como el Cid ya muerto, por la causa de Jesucristo y de su Iglesia, gane nuevas batallas.

Arduísimo empeño sería explicar una obra nueva y original acerca del protestantismo, después de los jalones seculares —inamovibles a las refutaciones más blindadas y acometivas de los teólogos reformistas—, que cimentaron con proceridad de genios tres *B* catastróficas para la Reforma: el jesuita San Roberto *Belarmino*⁽⁵⁰⁾ con sus "Controversias", prodigio de doctrina y de argumentación que acallando y encallando la herejía, le consagró el irrefutable; y que por su don de elegancia compitió la gravedad de su obra, en lo vendible, con la más apetitosa novela. *Bossuet*, autor de la "Historia de las variaciones de las iglesias protestantes", que en sólo su título labró a la Reforma acta funeraria de sus principios; ce-dazo historicoteológico de la invariabilidad católica, donde lo residual protestante, por sutil que fuera, no pudo pasar. Una honra más, y de altos quilates, para DIFUSIÓN⁽⁵¹⁾ porque es la segunda vez que se edita en español la obra de Bossuet, de la que Gibbon al convertirse epígrafió: "leí, aprobé, creí". *Balmes*, que en su "El protestantismo comparado con el catolicismo" —otro ganarse laureles DIFUSIÓN⁽⁵²⁾ al reeditarlo—, alió el filósofo, el teólogo y el pensador en uno de los exámenes más profundizados y convincentes que ha producido el talento al relacionar la cultura y la Iglesia, y lo que se arroga el protestantismo: ruinas son las de éste para la civilización; progreso

⁽⁵⁰⁾ Ha divulgado su biografía en Uruguay con su libro *Tres hombres para nuestra época*, Félix Chiappini. Mosca Hermanos, 1943.

⁽⁵¹⁾ Edición de 704 pp. Buenos Aires, 1945, resaltable por su grata presentación aunada a un precio asaz bajo.

⁽⁵²⁾ Dos vols. con un total de mil pp. Digna edición, en dos tiradas, que honra el centenario de la salida a luz del último tomo de ella en Barcelona, 1844.

y bien y esplendor es la Iglesia. Balmes se granjeó de uno de los más singulares y penetrantes apologistas de Francia, Augusto Nicolás, conceptos de máximo encomio por esa "su excelente y bellísima obra que ha dispensado a cualquiera el escribir después de él sobre esa materia." Lo mío, dice A. Nicolás, "es una ligera tienda al pie de un grandioso monumento"⁽⁵³⁾.

Insistiré en que no seducía ni inquietaba a Mons. Soler el prurito de la originalidad del literato, sino que le acuciaban la verdad del sabio y el celo del ministro, evitando o venciendo los asaltos de la heterodoxia. Mons. Soler no rebatía la Reforma ni para acercarse a aquellos genios, ni para superar también a los eminentes opugnadores Moelher, Wisseman, Perrone, Hettinger, Newman, y otros, sino como vigía al que no se le puede sorprender, armado de los poderosos bagajes en cada momento de la lucha trabada por la astutez de la herejía. No le preocupa: yo escribí esto, admirarlo; sino, esta es la doctrina, seguidla.

En 1880 sacó a luz su "Ensayo de paralelo entre el catolicismo y el protestantismo" (190 pp.), análisis sobrado para que la inteligencia más despierta en la búsqueda sincera de la verdad, enjuiciando principios y efectos sociales, políticos y del progreso, abraza afirmativamente la religión católica. Esas primeras erupciones reformistas en el país, me recuerdan al brioso polemista Pbro. David Buletti, que en 1879-80 publicó sus "Conferencias histórico-morales sobre el protestantismo" (504 pp.), impreso en el pueblo Rosario Oriental, donde controvertió con agresivos pastores disidentes. En 1883 aparecieron dos opúsculos suscritos por C. V., que atribuyo a Mons. Soler por su estilo y citas que le son connaturales. Uno titulado "Protestantismo y catolicismo" (32 pp.), encaminado a contener las audacias evangelistas y metodistas en la República. Otro "Impugnaciones y sofismas contra la Iglesia católica" (17 pp.), que completa el precedente. Ante las recrudescencias e invasiones reformistas Mons. Soler, promulgó el 8 de febrero de 1902, su Pastoral "Catolicismo y protestantismo". Razones decisivas y perentorias por las que un verdadero cristiano no puede ser protestante sino católicoromano, subtítulo que encarna una definición terminante. Es un volumen de XXXII más 334 pp., que en su parte pastoral, lo reprodujo en un opúsculo adicionado, de 61 pp.

Analiza Mons. Soler el principio del examen individual que interpreta la Biblia, sin magisterio, sin lógica, sin preparación adecuada la mayoría y en perpetua contradicción cada protestante de una secta con los de otra y de las centisubsectas en que se ramifican y descomponen. Considera esa fe que se pre-

⁽⁵³⁾ *Del protestantismo...* Lib. Religiosa, Barcelona, 1893.

cipita entre vorágines de dudas porque no la sostiene, orienta y regula una Iglesia; con tantas morales cuantas interpretaciones de su fe; sin culto porque carecen de símbolo; excluyentes de la divina autoridad infalible para erigirse en orgullosa autoridad individual, indefectible, y para divinizarse responsabilizando al Espíritu Santo de las inspiraciones interpretativas más absurdas que se les ocurran. Estudia Mons. Soler el cristianismo concretado en la Iglesia fundada por Jesucristo, Hijo de Dios. No el desfigurado por la Reforma que se esfuma en vaguedades y que cabe alegorizarse en ese Jesucristo reformista todo lo que es paradoja y contradicción, subjetivismo y racionalismo. La Iglesia no es sólo la Biblia, que ella guarda e interpreta, sino además la tradición y la misma fe: Iglesia con su autoridad pontificia que nace en San Pedro e ininterrumpida doctrinal e históricamente, con sus notas esenciales de unicidad y unidad, de católica, apostólica y santa. Estas son las divinas piedras de toque con que va probando la falsedad y viciocidad protestante, para inducir la vitalidad y esplendidez divina de la Iglesia católica. Responde Mons. Soler a objeciones reformistas y dedica un vasto capítulo a precisar el principio de "tolerancia", tan protestantizado para que no haya compuerta al torrente de sus herejías; tan liberalizado que duele ver cómo hace desbarrar a personas que presumen de ortodoxas, con proposiciones heréticas: es la corrompida suplantación del fundamento capitalísimo de la autoridad divina por la desorbitada libertad humana.

Suprímense en esta reedición, algunos capitulitos de la obra, sin destrabarla, porque de actualizarlos habría que rehacerlos. La obra de Mons. Soler en cuanto al tesoro de su doctrina es de permanencia vitalísima. Y si no pudo alcanzar determinados aspectos y avances del protestantismo moderno, ella se acabala con la obra "Violando la Clausura"⁽⁵⁴⁾, escrita por el sabio jesuita uruguayo R. P. Juan F. Sallaberry. El R. P. Camilo Crevelli, S. I., singularmente en la más acabada de sus publicaciones "Los protestantes y la América latina"⁽⁵⁵⁾, confirma y avalora y amplía apreciaciones del P. Sallaberry.

Es una impugnación contundente y atenaceante y trituradora exhibición de comentados documentos e informes del "Congreso protestante de Pocitos", realizado en 1925, entre actitudes de secreto masónico. Es una estocada que dejó insacable el estoque en el talón de Aquiles del protestantismo.

⁽⁵⁴⁾ Montevideo, 1925 (192 pp. más 448 pp. de apéndice con doce informes: 25 x 18 cms.). Se editó por la esforzada "Federación de la Juventud Católica del Uruguay", en la presidencia meritoria del Esc. Avelino C. Brena.

⁽⁵⁵⁾ Publicaciones del P. Colegio Pío Latino Americano, Isola del Liri, 1931.

Cítase de Federico el Grande: "Si se quiere reducir las causas del progreso de la Reforma a principios sencillos, se verá que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor, y en Francia de la novedad." Puede agregarse a estos trazos fulminantes, este otro: en América es obra de la política.

Nosotros queremos la Biblia, pero a la sola luz del Vaticano.

Para los hispanoamericanos el protestantismo se parece al tordo, que sin trabajo alguno, se aprovecha del nido ajeno. Cómodamente los protestantizadores quieren anidar en la ímproba y sacrificada labor civilizadora de la Iglesia católica. Y no sólo pretenden aprovecharse de la Iglesia, sino constreñirla en su desenvolvimiento y señorío. La Iglesia, pues, ha de prevenir y defender a sus fieles de las infiltraciones del protestantismo, que llevan toda la perniciosidad del pájaro que posado en la copa de la palmera de nuestros encantadores palmares rochenses, deja abonada la semilla de un parasitario higuerón que ramificándose por la esbelta palma "butiá", de dulces y aromáticos frutos, la ciñe y estrangula si a tiempo no se la desarraigaba y se destruye su solapado abrazo.

Y aunque la Iglesia, por las promesas de Jesucristo nada tema en la divina sinergia de su constitución, imperecedera, se duele por la conturbación y asfixia espiritual de las almas que debe perfeccionar o convertir. "Cuando el caos es el arquitecto, la torre será Babel", dijo Víctor Hugo. Y el protestantismo se ha especializado en esta edificación babélica.

Y la armoniosa arquitectura de todo lo que católicamente realizó Mons. Soler —adictísimo al sentir de la Iglesia y al obrar del Papa siendo resaltables sus pastorales sobre el Pontificado—, es que se puede colegir cuántos males mayores se habrían producido y cuántos bienes se habrían perdido para la Iglesia y para la patria de no haber actuado un carácter tan firme como roca granítica; un talento tan robusto y sapiente que dejó huella de león en todo lo que pensó; una visión tan limpia y alta; un desinterés tan sublime y patriótico en su universalismo; una pluma tan erudita para combatir errores y legarnos las huestes de sus libros que conformaron y aguierrieron el pensamiento católico en muchos lustros, constituyendo una biblioteca por sí solos. Es un fanal de primer orden en la cultura e historia de Uruguay. Que de esta suerte fulgirá siempre para los que sepan vivir el presente amando la tradición, por gratitud a lo pretérito y para esperanzarse y fortificarse en el futuro, con la lección de experiencia de un varón providencialísimo trazando para la Iglesia y la patria, un seguro y radiante camino de Dios. Asista desde ultratumba Mons. Soler al pueblo oriental, como la bíblica columna de nube du-

rante el día, y columna de fuego por la noche delante del pueblo de Israel (Ex. XIII, 21, 22).

Empero, ¡que su intelectualidad deslumbradora no ensombrezca nunca su bondad insignemente caritativa! Porque este publicista tan certero en la maraña ideológica y tan preciso con su brújula en la inmensidad del desierto, perdía su certeza y su brújula cuando la caridad golpeaba a las puertas de su munífico corazón. Entonces... ¡lo daba todo!

¡Qué hermosas florecillas soleristas y vitalizadas por fragancias de las florecillas seráficas!

¡Cuánta exactitud para su viaje de agonía desde Roma, sin retorno a la patria adorada, hay en esta estrofa de Antonio Machado:

*"Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar."*

Ahí está adivinada la florecilla de su testamento. Si con gracia de pura cepa hispana dijo el Pbro. Dr. Lorenzo A. Pons⁽⁶⁶⁾, de su biografiado Mons. Vera que su testamento "habría podido hacerlo en una uña", creo yo que el de Mons. Soler, con alguna abreviatura, habría cabido en una posdata del de Mons. Vera... Esto en lo que se refiere a los bienes; porque en lo tocante a la virtud es tan conmovedor que en sólo un pecho desmedido pudo haber la humildad y ternura evangélica de rogar el perdón: "a todos aquellos a quienes de cualquier modo haya ofendido y a los que en el ejercicio de mi ministerio hubiese causado algún mal, que me perdonen por amor de Dios: así como yo perdono de todo corazón a los que me han ofendido". De los primeros, ninguno; de estos otros, legiones que persiguiendo a la Iglesia, e injuriándole encrudecieron sus dolencias y acibararon sus días: ¡sombras del mal necesarias a ese cuadro de luz!

Sólo así, desprendido de equipajes y de bienes, pero colmado de méritos en el ejercicio de lo magnánimo, pudo imponerse una determinación tan conmovedora y heroica como ésta en su gravedad de enfermo: "¡Quiero irme aunque sea en un caballo de madera; quiero morir en mi patria!"

El caballo de madera lo cabalgó su potentísimo espíritu idealista. ¡Era el Clavileño de Don Quijote!... ¡Cuántas veces lo habría cabalgado antes, en ruta sidérea hacia su encantado Hortus Conclusus de Palestina!

¡Y no pudo morir en su patria...! ¡Ya era inmortal en ella!

⁽⁶⁶⁾ Biografía del I. y R. J. Vera y Durán. Montevideo, Tall. A. Barreiro y Ramos, 1904, p. 217.

Su cuerpo sí, volvió para reposar hasta su resurrección gloriosa, en la tierra de donde salió y donde sólo supo trabajar. ¡Bien está yacente, pues, en su mausoleo de doble inmortalidad: la de Mons. Soler y la del genial escultor José Luis Zorrilla de San Martín!

Encierra ese mausoleo la potencialidad de promover un peregrinaje hacia él, de confortación de la juventud, del clero, de todo espíritu contemplativo y superador. ¡Qué excelsitud la de esa cuaterna alegoría de la Sabiduría, la Piedad, el Cruzado y el Peregrino, que hace pensar que de la hornaza sobrenatural del corazón gigante de Mons. Soler, sale un río de vida que anima con cuadruplicada existencia de inmortalidad las mármoreas imágenes...! Apoya sus pies sobre un águila en majestuoso despliegue de sus alas. En algún momento, como en una visión, parece que Mons. Soler va a dejar su reposo y a erguirse para enseñarnos que el buho en que el sarcasmo volteriano quiso convertir a la Iglesia para destruirla, es la imagen y símbolo exacto de la irreligiosidad, porque la Fe y la Ciencia armonizadas son el águila caudal que sólo puede existir y desplegar sus alas en revuelo altísimo y resplandeciente en la ilimitada espaciosidad de la Iglesia! Y parece decirnos: asemejaos en el estudio de la Religión y de la Ciencia al águila que se remonta al sol, y la Iglesia cada vez más encumbrará vuestro vuelo y más ensanchará vuestros horizontes! ¡He aquí la manera de ensanchar las fronteras de la Patria, dilatando el pensamiento de sus hijos!

Igual que cantó Ricardo León del que hoy sigue siendo el Campeador del realismo y el Quijote de la idealidad de la cultura española. Menéndez y Pelayo, también como católicos y uruguayos, podemos parodiar al insigne poeta, y con brioso amor y ensalzamiento justo, decir de Mons. Soler: "¡Era la patria!"

¡La patria que nació bajo el sol de la Iglesia!

Surge de la fusión del SACERDOTE, del SABIO y del PATRIOTA en Mons. Soler —trípode en que he asentado este esbozo—, una ingente figura monolítica que se encuadra en este pensamiento del 3er. Arzobispo de Montevideo Mons. Dr. Antonio María Barbieri que, con la serie de sus libros prolonga y honra la de los publicados por Mons. Soler: "Hay en la historia de la humanidad hombres y hechos gloriosos; cada nación tiene los suyos, y hay algunos que han traspuesto los límites de su propia patria, y el mundo los considera propios" (57).

ARTURO E. XALAMBRÍ.

Montevideo, 8 de setiembre de 1945.

(57) *La verdad en el éter*. Montevideo, 2ª ed., Mosca Hnos., 1938, p. 311.

INSTITUTO TEOLOGICO DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

IMPUGNACION SUMARIA DEL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO

Existe un hecho admirable y único en la historia del cristianismo. A través de casi XX siglos viene resonando en el orbe entero la profesión de fe que enseñaron los Apóstoles de Jesucristo en el símbolo o credo formado por ellos, poco antes de separarse para repartirse el mundo en la predicación del Evangelio: *¡Creo en la santa Iglesia católica!*

Pero, desde entonces y a través de todos los siglos, sólo la Iglesia de Roma, fundada sobre el príncipe de los Apóstoles, ha continuado llamándose la *Iglesia católica*. Sus mismos adversarios no han podido negarle esta designación, y, como observaba ya S. Agustín, cuando a los mismos herejes se les pregunta: *¿dónde está la Iglesia católica?*, todos designan la Iglesia de Roma. Así, ninguna otra rama del cristianismo puede repetir esta profesión de fe: *Creo en la santa Iglesia católica*, sino que se ve obligada a decir: "Creo en la Iglesia luterana, anglicana, calvinista, evangélica, metodista, cristiana o alguna otra denominación de las *mil sectas* protestantes que existen separadas de la Iglesia romana, tan antigua como el cristianismo y única que lleva el sello divino, consignado en el símbolo de los Apóstoles: *Yo soy la Iglesia católica*."

De manera que todas las iglesias separadas, cismáticas o protestantes, pronuncian su propia condenación al pronunciar el credo de los Apóstoles, pues ninguna puede decir *creo en la santa Iglesia católica*, como nos manda el símbolo apostólico.

Y esto sólo, ¿no resuelve ya la cuestión acerca de la verdadera Iglesia de Jesucristo? El divino Redentor dijo

a sus Apóstoles y en ellos a sus sucesores: "Id e instruid a las gentes, bautizándolas y enseñándoles a observar todo lo que os he mandado; el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará." ¿Queremos ser cristianos obedeciendo este mandato de Jesucristo? *Creemos en la santa Iglesia católica*, como nos declara el símbolo de los Apóstoles; pues *el que no obedeciere a esta Iglesia será tenido por gentil y publicano*, según nos declara el mismo Jesucristo.

¿Cuál será, pues, la razón de profesar con certeza la doctrina de Jesucristo, y cuál la garantía del verdadero cristiano? Esta y ninguna otra: *Creer en la santa Iglesia católica*, creer en la enseñanza de la Iglesia católica; enseñanza que está contenida, en verdad, en la Biblia y la tradición, aunque para cada fiel existe la obligación simplemente de obedecer a la Iglesia, porque ella sabe a qué atenerse para cumplir su misión de enseñar a todas las gentes hasta la consumación de los siglos. Pues si cada individuo, para creer en la Iglesia, puede y debe antes convencerse de los títulos que legitiman la misión divina de la Iglesia, demostración que haremos en otra parte, no puede ni tiene derecho a exigirle cómo ella cumple con su misión; porque entonces cada individuo sería superior a la Iglesia desde que se convertiría en juez de la misma.

Y además, sería inútil la misión de la Iglesia, ya que cada fiel se supondría con la ciencia suficiente e infalible para fallar sobre el cumplimiento de esa misión y sobre la ortodoxia o verdad de la enseñanza dogmática de la Iglesia.

Y sin embargo, ésta es la base del protestantismo en cuanto admite, como única regla de fe, la sola Biblia, interpretada según el criterio privado de cada cual, lo que constituye la destrucción del cristianismo en su base.

¿Qué es, por tanto, el protestantismo con respecto a la Iglesia de Jesucristo? Tanto los católicos como los protestantes de buena fe, tienen necesidad de formarse una idea bien clara sobre esta cuestión; pues todos desean militar en la verdadera Iglesia de Jesucristo. Pero, como no todos tienen ni el tiempo ni los medios de estudiarla detenidamente, vamos a presentársela reducida a su más

simple expresión, y a examinarla en lo que tiene de más decisivo y perentorio.

Y no podrá negarse la oportunidad de tratar esta cuestión, pues se pretende convertir nuestra República en tierra de conquista protestante. Hemos tenido en nuestro país un enviado extraordinario del metodismo episcopal, venido de Norte América; tenemos pastores metodistas, anglicanos y evangélicos, y además la titulada *Liga de cristianos*, nada menos que para libertar o *emancipar a la América latina del yugo papal*; esto es, tenemos una invasión protestante para descatolizar estos países; pues lo que llaman *yugo papal* en lenguaje protestante, no es otra cosa que la autoridad de Pedro, continuada en los Papas, sus sucesores, y que no es sino *el suave yugo de Jesucristo*, según la expresión bíblica.

Pues bien; vamos a demostrar que el protestantismo, lejos de representar el cristianismo o el Evangelio, no es en el fondo más que un sistema de incredulidad, que reposa sobre la misma base de todos los otros sistemas de error, y cuyo desarrollo completo sería la destrucción del cristianismo. Bajo cualquier aspecto que se le considere, se llega a esta terrible verdad, que sale de su misma esencia y está escrita en toda su historia.

I

En efecto, el principio fundamental del protestantismo consiste en que la razón de cada individuo, interpretando la Biblia, debe ser su única regla de fe.

El protestante, en verdad, no podría tener otra regla de fe, puesto que es su razón sola la que determina para él el sentido de la Biblia. Ahora bien; como nadie puede creerse infalible, ni por consiguiente estar seguro de que la fe que él se ha formado no contenga *error*, nadie puede tener una fe *cierta*.

Nótese, en efecto, que sería necesario que su razón falible tuviese una regla cierta para determinar el sentido de la Escritura. Pero desde que se establece que la

razón de cada hombre es juez de la verdad, todas las reglas que se le pueden dar se reducen a ésta: *todo lo que parece claro a vuestra razón es verdadero.*

Mas ¿quién no ve que se trata precisamente de saber cómo el protestante se asegurará de que no se ilusiona al pronunciar, según su sola razón, que tal dogma está contenido claramente en la santa Escritura, y que tal otro no lo está?

¿Pretenderá que a este respecto toda ilusión es imposible?

Entonces que se declare infalible; pero mientras no llegue a este extremo de insensatez, estaría obligado a confesar que no posee la certidumbre de su fe, puesto que no reposa más que sobre su sola razón, que tiene necesidad de una regla, y que la regla que se le da no es más que su propia razón, sujeta al error.

Además, las interpretaciones individuales de la Biblia, siendo necesariamente tan diversas como los juicios de cada individuo, sucede que cada protestante tiene contra su interpretación individual las de todos los otros que la entienden de diversa manera. Ahora bien; de tantas interpretaciones diversas, una sola es la buena, si es que alguna lo es. ¿Con qué fundamento cada protestante podría asegurar que ha tenido el privilegio de encontrarla? La explicación de la Biblia, que su razón cree ser la verdadera, al tener contra ella tantas probabilidades como hay de explicaciones contrarias admitidas por otras razones individuales ¿por qué carácter incontestable ha de encerrar la verdad, la verdad que es una sola?

El dirá que ha examinado los pasajes de la Biblia, que los ha comparado e ilustrado los unos con los otros. Sea; pero cada uno dirá lo mismo, y tiene las mismas razones para creer en la eficacia de su examen.

Cuanta más confianza tenga en su examen particular, como el único medio establecido para conocer la verdadera religión, tanto más su convicción particular deberá titubear al verse combatida por tantas convicciones diferentes, igualmente fundadas sobre el único medio establecido para discernir la verdadera religión. Así, rechazando la interpretación de los demás, porque es

opuesta a la suya, y forzado a dudar de la suya, por estar contradicha por todas las otras, quedará reducido a no saber lo que debe creer ni lo que cree, esto es, a *dudar*; y la *duda* no se compadece con la *fe*.

En fin, si cada protestante no tuviese contra su propia explicación de la Biblia más que las otras explicaciones de cada protestante, debería en verdad quedar en la *duda*; sin embargo, como las interpretaciones de los demás protestantes, al reposar también sobre su razón particular, son igualmente inciertas, variables y opuestas a las otras, no presentan autoridad alguna a la que sea razonable ceder.

Además, el protestante, al admitir su propia razón como juez supremo de la fe, declara por esto mismo que se cree más capaz de entender el verdadero sentido de la Escritura que la Iglesia toda entera, y que su explicación particular debe prevalecer sobre la tradición constante y universal. En vano la Iglesia testificará contra él la fe de todos los tiempos. Despreciará su testimonio, y, afirmándose en su propio sentido, le dirá: "Tú te has engañado; yo soy quien lo dice." Pero, ¿qué es esto, preguntamos, sino el orgullo, y lo que es más deplorable, el orgullo mandado como regla y como disposición necesaria para llegar al conocimiento de la religión?

No; no hay fe posible para el protestante; lo que él llama *su fe* no es más que una opinión, tan vana e inconstante como sus demás opiniones. La religión, la fe divina, no es para él más que una manera de ver, un sistema y nada más. Deberá siempre temer el haberse equivocado, y jamás podrá pronunciar con plena certeza la primera palabra del cristiano: *creo*. Y por más que haga, la *duda* será siempre el fundamento de su símbolo o credo religioso; pues carece de un *medio cierto* para interpretar la Biblia, ya que su razón es falible.

Y en verdad; esos pobres hermanos nuestros, dan lástima y compasión, al oírles llamarse cristianos; pues ¿cómo pueden saber en qué consiste *la fe cristiana*, el cristianismo, si andan a merced de todas las interpretaciones y carecen de *credo infalible*, único digno de obligar la conciencia?

Un cristianismo fundado en la libre interpretación individual, es una verdadera paradoja; es el capricho de cada cual aplicado a la Biblia, de donde pueden sacarse tantos cristianismos como interpretaciones individuales.

Pero hay más; considerado en otro aspecto, el principio del protestantismo conduce también directamente a la destrucción de la fe.

¿Sábese lo que se hace cuando se dice a los hombres: no creáis sino según vuestro examen particular? Es decir claramente a la mayoría de los hombres: *no creáis en nada*. En efecto; no se puede desconocer que la discusión de los textos de la Escritura está por encima de la capacidad de los ignorantes, de las personas sin letras, del pueblo, en una palabra, esto es, de la más grande porción del género humano.

Los autores protestantes lo han confesado con frecuencia, por más terrible que fuese esto para el protestantismo; pero obligados por el simple buen sentido, comprendían que sería asaz absurdo sostener que el pueblo pudiese ver claro en la discusión del sentido de la Biblia, sobre el cual los sabios no pueden ponerse de acuerdo; y que quien no sabe leer, por ejemplo, pudiese determinar el sentido de un libro.

Pues bien; si el examen particular es impracticable para la mayor parte de los hombres, y si él es sin embargo, según el principio de los protestantes, el único medio de conocer la verdadera fe, se sigue rigurosamente que la mayoría del género humano debe desesperar de conocerla, y quedarse sin cristianismo.

He aquí pues, el término fatal de esta doctrina, tan halagadora desde luego para el orgullo, y en seguida tan humillante. Se exalta la razón del hombre para rebelarlo contra la autoridad de la Iglesia. Se le dice: no temas nada; afirma, niega, dogmatiza a tu antojo, pues te bastas a ti mismo; y he aquí que por no haber querido creer más que en sí mismo, está condenado a no creer en nada.

Así, es de notar que si el pueblo, en ciertas regiones protestantes, conserva aún alguna fe y algo de cristianismo, no es en virtud de los principios de la Reforma, sino rechazándolos en la práctica. Es porque de hecho

regla su fe por la enseñanza de sus pastores; porque siente muy sensatamente que, si quisiese formularla según las discusiones superiores a su alcance, la perdería al instante.

Pero, si la fe cristiana es imposible a la mayor parte de los cristianos, el cristianismo no podría ser la verdadera religión, que es necesaria para todos y debe estar al alcance de todos. Así, el protestantismo pretende que es el cristianismo verdadero y el puro Evangelio; y en sus principios, el cristianismo no sería la verdad, sino un conjunto de sectas arbitrarias. He aquí su última consecuencia, y todo protestante que no la deduzca, no se entiende a sí propio, y es inconsecuente con su principio fundamental.

II

Limitándonos a estas consideraciones tan sencillas como decisivas, todavía no se comprendería, sino de una manera incompleta, cómo el protestantismo, por su efecto necesario, opera la destrucción del cristianismo.

El género humano ha creído siempre que la verdadera religión no puede ser un pensamiento individual, sino que debe existir una institución o sociedad en donde fuese profesada; y la existencia de esta sociedad religiosa, depositaria de la verdadera fe, se hizo más manifiesta después que Jesucristo ha declarado solemnemente que establecía sobre la tierra su Iglesia, esto es, una sociedad espiritual, perpetua, una, universal, fundada sobre la profesión pública de la fe cristiana. "Tú eres Piedra, (Pedro) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Iglesia que San Pablo llama la columna de la verdad.

Ahora bien; es evidente que la sociedad espiritual o la Iglesia, no puede existir ni concebirse sin un *credo* o símbolo de fe; porque ¿cómo la Iglesia podría profesar la fe, si ésta no se expusiera públicamente? Pero, desde que se da a cada individuo el derecho de formar por sí mismo su creencia, según la propia interpretación de la Biblia

¿quién no ve que un símbolo de fe es la cosa más rigurosamente imposible que pueda imaginarse?

Un símbolo contiene lo que es necesario creer; pero, ¿cómo determinar lo que es necesario, cuando cada individuo tiene el derecho de escoger lo que debe admitir o rechazar? Reconocer este derecho ¿no es declarar formalmente que no se reconoce ningún dogma, cuya fe sea necesaria? Cada cual podrá tener sus opiniones meramente individuales; pero jamás se formará una regla de fe a la que estén obligados a someterse. Si os apercebís de algún dogma en la Biblia y lo creéis, según vuestra razón, otro individuo lo rechazará, si su razón no lo percibe o percibe lo contrario, pues debe rechazarlo en virtud del mismo principio que os lo hizo admitir.

Así, el luterano admite la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, porque su razón descubre este dogma en la Biblia; pero la razón del calvinista, que no está obligado a ceder a la del luterano, no cree en ella, porque cree ver lo contrario. Así también, la razón del luterano y la del calvinista están convencidas de que la divinidad de Jesucristo está claramente expresada en la Biblia; pero como el sociniano, interpretando igualmente la Santa Escritura según su razón, cree encontrar lo contrario; deben aquéllos reconocer que en virtud del principio común de los protestantes, el sociniano debe rechazar lo que ellos aceptan. Recórranse todas las verdades reveladas y sucederá lo mismo con todas; no se encontrará una sola de la que pueda afirmarse que es necesario creer para ser cristiano.

Interrogado, en efecto, el protestantismo, si le obligáis a indicar las verdades cuya fe es necesaria al cristianismo, no puede responder. Las confesiones de fe en las iglesias protestantes, por lo demás, son opuestas, no declaran ni pueden declarar sino una cosa: que sus autores partiendo del principio de la interpretación particular han reconocido en las Escrituras ciertos puntos y rechazado otros; ellos representan sus opiniones particulares y nada más. La misma Reforma lo confiesa y desde hace tiempo ella ha hecho justicia a esos vanos simulacros de símbolos. Preguntad a los miembros de la comunión

protestante que aún se intitula *de la confesión de Augsburgo*, si se creen obligados a profesar todos los artículos que contiene.

Esta pregunta les hará reír.

¿No se sabe acaso lo que se piensa en la misma ciudad de Calvino de las confesiones de fe calvinistas? Y ¿no se sabe también que es una máxima recibida entre el clero de la Iglesia anglicana que se pueden firmar las fórmulas de fe sin creer interiormente, y que, en virtud de tan extrana máxima, sus miembros juran sin titubear sostener todos los artículos de la fe anglicana, cualesquiera que sean sus opiniones sobre la doctrina que expresan? El protestantismo ve sin sorpresa este escándalo, uno de los mas grandes que se ha dado al mundo cristiano.

El acto más augusto del hombre es el juramento, como el objeto mas augusto del juramento es la fe; no pudiendo por tanto, concebirse nada mas sagrado que esta palabra del hombre testificando por el nombre de Dios su fe en la palabra de Dios. Y sin embargo, eso no es para ellos mas que una formalidad.

El protestantismo siente tan profundamente su impotencia para establecer su fe, que declara atrevidamente con un obispo anglicano, que el *protestantismo consiste en creer todo lo que se quiere y en profesar todo lo que se cree*. La Reforma oye sin sorpresa este lenguaje y no reclama, porque sabe muy bien que expresa la doctrina que ha prevalecido entre los protestantes.

Obligada la Reforma protestante a reconocer que no puede indicar lo que es necesario creer para ser cristiano, acaba, desesperando de la causa, por sostener que es inútil saberlo. Ella dice a los pueblos presentándoles la Biblia: "La verdad está contenida en este libro; pero ¿qué es la verdad y que es el cristianismo? Yo lo ignoro. ¿Creéis en la Trinidad, en la divinidad de Jesucristo, en las penas eternas? Sois cristianos. ¿No creéis en ello? También sois cristianos. Cualesquiera que sean vuestras opiniones personales, desde que pretendáis encontrarlas en la Biblia, esto basta."

"¿Quién osaría determinar lo que es necesario creer?"

La Iglesia católica lo hace y lo ha hecho en todos los tiempos, y por eso nosotros la repudiamos; mas para nosotros, para quienes la religión *consiste en creer todo lo que se quiere*, no podríamos hacerlo sin repudiar y condenar nuestras propias máximas."

"Confieso que puede parecer sorprendente que Dios haya hablado a los hombres sin que éstos puedan saber lo que ha dicho; pero como no podría ser de otro modo sin que el protestantismo fuera falso, es necesario creer que así es. ¡Permaneced tranquilos en esta incertidumbre y estad seguros de que se puede ser cristiano sin saber lo que es necesario creer para ser cristiano!"

Mas, para cualquiera que raciocine, lo que con certeza se deduce de este lenguaje es que para ser cristiano es necesario dejar de ser protestante.

III

Al destruir la fe, el principio del protestantismo destruye también la moral, cuya base necesaria es la fe. Todo deber supone en el espíritu la creencia de una verdad que lo determina: el protestantismo, permitiendo todas las creencias, permite por lo mismo *todas las morales*. No puede establecer una moral *cierta*, porque la razón de cada individuo es el único juez; ni una moral *común*, porque debe ser tan diversa como las opiniones de cada persona; ni moral *fija*, porque debe seguir todas las variaciones de las opiniones individuales; ni moral reconocida como *obligatoria* para todos, porque siendo la razón de cada hombre independiente de la razón de otro, sobre la moral como sobre los dogmas, nadie puede obligar a otro a aceptar la moral que adopta para sí, como no lo puede obligar a admitir los dogmas, las opiniones que admite para sí, contenidas en la Biblia.

Un hombre sostiene, por ejemplo, que las buenas obras son inútiles para la salvación, y que el hombre, una vez justificado ante Dios, está seguro de salvarse, cualesquiera crímenes que cometa después. Un protestante,

a pesar del horror que pueda causarle semejante doctrina, que destruye la moral por su base, no podrá condenar al que la profesa, puesto que éste, al adoptar esta doctrina, que su razón cree encontrar en la Biblia, no hace más que usar el derecho de la interpretación particular, reconocido por los protestantes. Y de hecho, estas abominables máximas han sido formalmente sostenidas por los dos corifeos del protestantismo, Lutero y Calvino, que las establecen como el fundamento de su moral, y pretenden encontrarlas muy claramente en la Biblia.

Partiendo del mismo principio, los anabatistas sostenían que para ejecutar las órdenes del cielo, debían dar muerte a los impíos, confiscar sus bienes, establecer un nuevo mundo y otros horrores que, en efecto, ejecutaron. Las otras sectas protestantes, alarmadas, se sublevaron contra esta doctrina; pero como descansaba igualmente sobre el principio común de la interpretación particular, estaban obligados a tolerar esa moral, para que se tolerase la suya y se respetase el principio protestante del libre examen particular.

El homicidio ¿es un crimen que excluye de la vida eterna? Sí; respondían muchas sectas de la reforma; no, respondían los socinianos, a no ser que se convierta en costumbre. ¿Quién será el juez entre ellos? ¿La razón? Pero cada uno invoca la suya. ¿La Biblia? Cada uno la interpreta a su manera. La moral de los socinianos debía, pues, incluirse en la tolerancia común.

Que se presente un fanático con la Biblia en la mano sosteniendo, como el fundador de los *familistas*, que es *bueno perseverar en el pecado a fin de que la gracia pueda abundar*, o como los *antinomianos*, que *el adulterio, el incesto y el homicidio hacen al hombre más santo en la tierra*; que sostenga en una palabra cuanto quiera, será siempre lo mismo.

No existe punto alguno de la moral cristiana al cual el protestantismo pueda afirmar que es necesario someter la conducta, por la razón de que no existe enseñanza alguna de la que pueda afirmar que es necesario creer o someter su razón; y del mismo modo que su símbolo puede reducirse a este solo artículo: "Yo creo todo lo que me

parece verdadero"; su código moral puede reducirse a éste: "Yo debo practicar todo lo que me parece bueno"; fórmula de moral con la que todo hombre, cualesquiera que fuesen sus pasiones, podría conformarse, como podría conformarse, cualesquiera que fuesen sus errores, con la fórmula de fe correspondiente a ésta.

• • •

Después de todo esto ¿cómo hablar del culto, y qué podría ser en el protestantismo?

El culto es la expresión de la fe; pero como no existe ningún símbolo de fe entre los protestantes, tampoco existe ni puede existir ningún culto obligatorio.

Habiendo variado y cambiado continuamente la fe entre los protestantes, el culto no ha podido ser sino un cambio perpetuo; o si al cambiar la fe, el culto permanece idéntico, no será entonces más que un simulacro engañoso de una fe que no existe.

En fin, como la fe se reduce en el protestantismo a opiniones individuales, por más opuestas que sean, el culto será, por una contradicción monstruosa, la expresión común de opiniones opuestas, o bien, será necesario establecer tantos cultos cuantas sean las opiniones diferentes en el espíritu de los hombres.

Así, el culto protestante presenta por todas partes los síntomas de una disolución muy próxima. La predicación forma la parte principal; pero hoy día, a los mismos ojos de los protestantes, carece de todo carácter religioso.

Al principio la Reforma suponía confiadamente que el Espíritu Santo debía asistir con un socorro particular a sus ministros en la explicación de la Biblia; pero, después que ha visto que el Espíritu Santo les ha enseñado sucesivamente los dogmas más opuestos, y que, por tanto, no debía enseñarles ninguno, pues no podía contradecirse, se desvaneció ese respeto religioso; y el ministro que sube a la cátedra para explicar el Evangelio no es más que una persona cualquiera que viene a explicar *su modo*

de ver a otros hombres que tienen el mismo derecho de tener también el suyo.

El protestantismo conserva aún la plegaria a nombre de Jesucristo; pero ¿qué significa después que no se sabe entre los protestantes si Jesucristo es Dios o no es más que un hombre?

¿Cómo no ve la Reforma que si es Dios, es una impiedad no adorarlo, y que si no lo es, adorarlo es una idolatría, y que así en la incertidumbre en que se encuentra sobre Jesucristo, su culto, colocado en esta alternativa, espanta la conciencia?

En cuanto a la *Cena*, que los protestantes habían conservado siempre como la parte sagrada de su culto, un gran escándalo ha hecho saber al mundo entero, qué ideas se han formado de ella hoy día. Cuando en la época de la reunión de luteranos y calvinistas, de quienes dijo un sabio protestante: *se unen para morir juntos*, los ministros anunciaron que darían a unos la *realidad* del cuerpo de Jesucristo, y a los otros la *figura*, siguiendo la creencia de cada uno ¿qué han hecho sino declarar a la faz del mundo que el protestantismo ya no sabe qué creer respecto a la Cena, como en todo lo demás, y que el acto más augusto del culto cristiano no es a sus ojos sino una ceremonia cualquiera, sobre cuyo significado no se entienden?

Los ministros protestantes, al dar la comunión, dicen a los que vienen a recibirla: "¿Creéis recibir el cuerpo de Jesucristo? —Sí, responden los luteranos—. Recibid el cuerpo de Jesucristo. —¿Creéis recibir la figura del cuerpo de Jesucristo? —Sí, responden los calvinistas—. Recibid su figura."

Los protestantes pretenden que celebran la Cena como Jesucristo y los Apóstoles la celebraron; pero sería necesario demostrar que el Salvador y sus primeros discípulos han empleado aquella fórmula, y que ellos tampoco sabían lo que hacían, esto es, si recibían la figura o la realidad.

Y ¿qué diremos del bautismo, ese signo sagrado tan antiguo y tan universal como el cristianismo? Este sacramento, tan solemnemente establecido por Jesucristo, es

considerado en varias regiones protestantes como un rito inútil, y la Reforma, abandonando con indiferencia el carácter distintivo del cristiano, borra la última señal que aún la distinguía de los pueblos infieles.

¿Puede, por tanto, admirarse que tantos protestantes muestren una repugnancia invencible por un culto vacío de fe y cuyo nombre de cristiano no es hoy día, necesario es confesarlo, más que una flagrante falsedad? Ese culto se sostiene del mismo modo que las formas de un cuerpo sin vida subsisten algún tiempo después que el alma se ha retirado; pero muy pronto comienza la putrefacción y todo se reduce a polvo.

En el fondo, para demostrar que el protestantismo, plenamente desarrollado, no es otra cosa que la destrucción del cristianismo, no era necesario entrar en todas estas consideraciones: una sola basta. Para el protestante, todo el cristianismo está fundado únicamente sobre la Escritura; no hay por tanto cristianismo para él, sino en cuanto posee un medio cierto de reconocer los libros inspirados.

¿Cuál puede ser este medio? ¿La tradición de las iglesias protestantes? No, porque esa tradición no remonta más que hasta la apostasía de Lutero. ¿Será la tradición de la Iglesia católica? Tampoco, porque los protestantes rechazan varios libros que la Iglesia católica admite como divinos. ¿Al menos tienen para los libros del Antiguo Testamento la tradición del pueblo judío? De ningún modo, porque la Reforma ha separado de la Biblia muchos libros que los judíos veneraban como inspirados.

No queda, pues, a cada protestante, más que su sola razón para pronunciarse sobre esta cuestión fundamental, como sobre todas las demás; y a no suponerlo infalible en su decisión, el fundamento de su fe no es más que una incertidumbre, una duda.

Además, un protestante debe rechazar o admitir cada libro del Antiguo o del Nuevo Testamento, según su razón particular, único juez de la inspiración, esté o no convencida de su autenticidad.

Los primeros jefes del protestantismo usaron de este derecho, rechazando varios libros de la santa Escritura;

y todo protestante, en virtud del mismo derecho, puede rechazar otros; y del mismo modo que no existe dogma que el protestante no pueda negar, sin cesar de ser cristiano en los principios de la Reforma, no hay libro alguno de la Biblia cuya divinidad no pueda negar ni dejar igualmente de ser cristiano, según los mismos principios.

Se deberán tolerar todas las disensiones sobre la autoridad de los monumentos de la revelación, como se está obligado a tolerar todas las disensiones sobre la doctrina que contienen, puesto que las unas y las otras están igualmente fundadas sobre esta independencia de interpretación para cada protestante en materia de fe, que es la base del protestantismo. Y después de estar obligada a declarar que no sabe en qué consiste la verdadera fe, pero que por lo menos sabe que está contenida en la Biblia, la Reforma se ve forzada, cuando se la persigue hasta su última trinchera, a confesar en fin, que ella no sabe tampoco lo que es la Biblia.

Después de esto, que se hable todavía de cristianismo y que se conserve su nombre, se comprende este resto de pudor; pero la conciencia universal, que no se deja imponer con un nombre, no deja de pronunciar contra la Reforma este terrible anatema: *No hay cristianismo para ti; ni sabes lo que es la Biblia.*

IV

He aquí juzgado el protestantismo con toda imparcialidad en el terreno de su propio principio fundamental y al alcance de toda persona racional y sensata. Veamos ahora su historia. Sus primeros autores, dándose a sí mismos su misión, anunciaron que venían con su propia autoridad a reformar la Iglesia.

Pero, ciegos, escuchad lo que habéis hecho. Desde que una vez rechazada la autoridad católica, proclamasteis la independencia de cada individuo en materia de fe, otros reformadores se levantaron a vuestra vista para continuar vuestra obra. Ellos reformaron vuestra enseñanza, como

habíais reformado la de la Iglesia. Habíais dicho: rechazamos ciertos dogmas, porque chocan a nuestra razón; y éstos dicen: rechazamos otros dogmas, que vosotros admitís, porque nuestra razón no los puede admitir.

Vosotros les habíais preguntado: ¿Quiénes sois vosotros? Ellos os han preguntado a su vez: ¿Quiénes sois vosotros para contradecir a la Iglesia? Y no habéis podido responderles. Alarmados por vuestra propia obra en su mismo nacimiento, previsteis desde entonces los progresos lamentables y descubristeis con asombro en el porvenir, esas guerras interminables de opiniones, esa confusión inmensa de doctrinas, esa destrucción gradual de la fe, que legabais a la posteridad. Y sin embargo, vuestros presentimientos siniestros estaban lejos de igualar la realidad: no habíais visto todo lo que habíais hecho; pero habéis hecho todo lo que nosotros vemos.

Apenas habíais descendido a la tumba, cuando nuevas sectas, despertadas a la palabra de rebelión que habíais lanzado en el mundo, rasgaron los restos de la fe que habíais conservado, y destruyeron sucesivamente todo el símbolo de la religión.

Todas estas sectas, que partían del principio común de los protestantes, tenían un derecho igual a la tolerancia: fué necesario tolerarlas a todas; se pudo sostener todo y negar todo sin ser excluído del cristianismo, y la Reforma, muerta para siempre con ese germen venenoso de división, ella misma ha levantado la voz para proclamar su testamento de muerte, repudiando en el centro mismo del protestantismo, la divinidad de Jesucristo, por un acto auténtico. El Consistorio de Ginebra ha prohibido a sus ministros predicar sobre la divinidad de Jesucristo; y esta apostasía solemne, que debiera arrancar a la Reforma un grito de indignación, si aún fuese cristiana, ha sido ratificado por el escándalo de su silencio. Entonces todo quedó consumado para ella; la obra del protestantismo llegó a su término y ya nada le queda que reformar en el cristianismo.

¿Qué podríamos añadir a este testimonio de la Reforma que se reprueba a sí misma? Existe otro más terrible quizás. Preguntad a todos esos hombres que tra-

bajan sin cesar por destruir el cristianismo, racionalistas e incrédulos de todos los matices, preguntadles si no consideran al protestantismo como el gran medio e instrumento que ha preparado y prepara cada día la revolución del anticristianismo, que meditan establecer en el seno de la civilización moderna.

En los países en que predomina, la obra avanza con una rapidez asombrosa, por el efecto mismo de la enseñanza protestante, aboliendo formalmente los dogmas cristianos: en las naciones católicas, su plan y designio es comenzar por introducir en ellos la Reforma, pues el medio infalible para ellos de hacer incrédulos a los pueblos, consiste en hacerlos desde luego protestantes. Y no se trata de vistas particulares, ni de un designio secreto; es un plan paladinamente confesado; interrogados a este respecto, están todos de acuerdo en sus respuestas.

Pero no hay que admirarse de ello. Saben por la historia del protestantismo, que una vez rechazada la autoridad de la Iglesia católica, los espíritus abandonados a sí mismos, se dejan arrastrar en todo sentido, y que muy pronto, en medio de tantas variaciones e incertidumbres, los pueblos sin regla cierta para reconocer la verdad, acaban por disgustarse de toda creencia.

La máxima fundamental de los protestantes, de no reconocer ninguna autoridad en materia de fe, siendo idéntica a la máxima fundamental del liberalismo racionalista, bástales desde luego a los incrédulos que el protestantismo, con visos de religiosidad, haga triunfar su principio, seguros de que el tiempo desarrollará todas las consecuencias.

He aquí, por qué le demuestran gran deferencia y hasta interés, por su propaganda; en sus obras, las más impías, se complacen en hacer su elogio, casi con tanta complacencia como el de su propio sistema; procuran de mil maneras hacer germinar entre los pueblos católicos el deseo de hacerse protestantes, aunque más no sea por razones de economía y prosperidad material, como a vender la conciencia por un plato de lentejas. Cuando se irritan por los progresos de la religión, llaman a la Reforma en su auxilio, la saludan como al precursor que

debe allanar los caminos a la incredulidad, y perdonándole de buen grado los restos de su cristianismo expirante, porque saben bien que en el fondo están de acuerdo con ella, reservan todo el furor de sus ataques para la Iglesia católica, que es la única que rechaza inexorablemente todos los errores, porque sólo ella es la verdadera y más alta expresión del cristianismo.

Esta sola señal bastaría para abrir los ojos a los creyentes: este favor al protestantismo por parte de la incredulidad, es la mejor demostración apologética del catolicismo y su Iglesia.

Y ¿qué verdadero creyente no se consternará por esa alianza y esa fraternidad del protestantismo y de la incredulidad? ¿Qué golpe podría despertar al protestantismo, si esa señal de muerte no lo conmueve? Vosotros, los que rehusáis creer en la grande y universal Iglesia católica, que os dice: venid a mí y yo os salvaré de la incredulidad, creed al menos en la incredulidad que os dice: basta que reine el protestantismo, y yo respondo de mi triunfo.

V

Si el cristianismo parece necesariamente allí donde se establece a cada hombre como señor de su cristianismo, no puede subsistir sino allí donde cada individuo reconoce, por regla de fe, la autoridad de la Iglesia, que recibió de Jesucristo la misión de enseñar a los pueblos. Búsquese en el mundo esta autoridad, una, perpetua, universal, ¿es difícil reconocerla en la Iglesia católica? Desde que no se trata más que de encontrar esta autoridad necesaria, ya no hay discusión: incrédulos y protestantes, todos se ponen de acuerdo para declarar que está allí, o bien, en ninguna parte: no hay a este respecto más que una sola voz en el mundo. ¿Quién no sabe, en efecto, que sólo la Iglesia católica está en posesión, desde el origen del cristianismo, del poder de enseñar la fe por vía de autoridad, y que la regla de fe católica ha sido siempre la tradición universal y perpetua de la Iglesia? ¿Quién no sabe que por su misma constitución la Iglesia católica es

la encargada de enseñar en nombre de Jesucristo: "quien a vosotros escucha a mí me escucha" como dijo el Salvador? Anterior a todas las herejías, su autoridad no tiene otro comienzo que el de la misma religión cristiana.

Todas las sectas tienen la data de su origen y el nombre de sus fundadores, que están obligadas a llevar, y es el carácter indeleble que les recuerda sin cesar que no son más que sectas, separaciones de la Iglesia, mientras la Iglesia católica era en el principio, como es hoy día y en todos los tiempos; y es de ella que todas las herejías han recibido todo lo que han conservado de cristianismo. Fuera de ella, todo varía, porque fuera de ella no hay más que opiniones individuales, mientras que su testimonio universal, perpetuamente transmitido de siglo en siglo, conserva sin alteración el depósito de la fe primitiva; ella sola posee su símbolo, el mismo en todo el universo. ¿Quién no reconoce en estos caracteres la Iglesia de Dios, y dónde se encontrará sobre la tierra una institución y una autoridad que se le asemeje?

Jesucristo ha dicho: "Si alguien no escuchare a la Iglesia, sea tenido por un gentil y un publicano." Nótese que no dice: "si alguien no escuchare a la Iglesia de su país, o aquella de entre las diversas iglesias a la que pertenezca por su nacimiento o por sus prejuicios"; no supone varias iglesias entre las cuales cada uno sea libre de escoger a su modo. El no supone más que una sola y única Iglesia suya. Esta debe ser, al mismo tiempo, única, universal y subsistente en todos los siglos; ella debe hablar a todas las naciones y hacer oír su voz de un extremo al otro del universo.

No es tampoco una Iglesia invisible y compuesta de elegidos solamente, que cada cual coloca donde mejor le place, según sus prejuicios; es la ciudad situada en la cumbre de la montaña, que todos los pueblos ven desde lejos y a la que todos deben obedecer, pues si alguien no lo hiciere será separado de la sociedad de los hijos de Dios como un pagano y como un publicano.

Por tanto, el cisma que forma muchas iglesias a pesar de Jesucristo, que no quiere más que una, es el mayor de los males religiosos.

En vano los protestantes pretenden que la antigua Iglesia había caído en ruinas y en disolución por su idolatría, de manera que fué necesario formar otra.

Si la Iglesia visible hubiese podido ser un solo día falaz e idólatra, Jesucristo se hubiese guardado bien de decir absolutamente y sin restricción, para todas las naciones y todos los siglos: "Si alguien no escucha a la Iglesia." Hubiese inducido con ello a error a sus hijos; no hubiese dejado de decir todo al contrario; "si alguien escuchare a la Iglesia durante los siglos de error y de idolatría en que caerá, sea considerado por vosotros como un pagano y un publicano."

Esta prohibición expresa de escuchar a la Iglesia, debería, según el plan de los protestantes, haber sido hecha para casi todos los siglos, puesto que por su propia confesión, el mundo ha estado durante casi todos los siglos, desde los Apóstoles hasta la pretendida Reforma, sin tener otra Iglesia que la que enseñaba la doctrina, administraba los sacramentos, celebraba el santo sacrificio, honraba a las imágenes y suplicaba la intercesión de los santos, como aún lo hacemos los católicos. Lejos de decir: guardaos de escuchar a la Iglesia durante esos siglos de oscuridad, Jesucristo dice al contrario, para todos los días sin excepción, hasta aquel en que vendrá a juzgar el mundo: "Si alguien no escucha a la Iglesia, sea para vosotros como un gentil y un publicano." Y asegura por lo demás, que esta Iglesia, lejos de caer en idolatría y hacer con esto necesario el cisma, estará fundada sobre la piedra, de manera que las puertas del averno, esto es, los consejos del error, no prevalecerán contra ella. Esto es, prometer precisamente que, lo que los protestantes dicen haber sucedido, no sucedería jamás: era la indefectibilidad de la Iglesia docente.

Jesucristo dijo además, al conferir los poderes a su Iglesia: "Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...; y he aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos." Es al cuerpo de los pastores a quien se dirige para confiarle el ministerio de la instrucción y de la administración de los sacramentos. El habla de una Iglesia visible que tiene un cuerpo de pas-

tores, con pueblos conducidos por ellos, pues se trata de una Iglesia que se ve, que se oye, que se cree, que enseña, que decide, que bautiza. Además, declara Jesucristo que su Iglesia será representada como *un solo rebaño* con *un solo pastor*; pero esto sólo puede verificarse en la Iglesia católica que reconoce un solo Jefe para toda la cristiandad.

En fin, el hecho está perfectamente de acuerdo con la promesa de Jesucristo; había predicho que la cizaña se mezclaría con el buen grano en el campo del padre de familia; y es lo que ha acontecido. Se han introducido en la Iglesia relajaciones y abusos que ella lamenta y que procura reformar, labor de todos los siglos, como lo prueban sus concilios y cánones; pero esta reforma no debe jamás hacerse por medio del cisma y la separación. Al contrario, N. Señor declara: "Dejad esas dos especies de granos, el buen trigo y la cizaña que crezcan juntos hasta la época de la siega, que es la consumación de los siglos, por temor de que al arrancar el mal grano no destruyáis también el bueno." Es con esta paciencia, con este tacto, este celo por conservar la unidad que es necesario trabajar por una suave y pacífica reforma. Pero destruir la autoridad y la jerarquía de la Iglesia, es arruinar la obra de Jesucristo y hacer imposible la verdadera reforma.

Si se quieren ver las consecuencias del cisma protestante, échese la mirada sobre las iglesias llamadas reformadas. ¿Qué han reformado, mientras que la Iglesia católica, a pesar de las debilidades inherentes a la naturaleza humana, ha trabajado desde el Concilio de Trento en una seria reforma del clero y de los pueblos? Las iglesias protestantes, semejantes a ramas separadas del árbol, no han hecho más que secarse visiblemente, llegando después a dividirse en una multitud de sectas opuestas, a no conservar apenas más que el nombre de cristianas.

Y ¿cómo había de ser posible la reforma otorgándose a cada individuo el derecho de libre interpretación de las Escrituras? Eso no ha producido sino el caos y la destrucción. ¿Qué se diría de una sociedad, de un Estado que tuviese leyes escritas; pero en donde todos los particulares fuesen libres de aceptar o rechazar las decisio-

nes de los magistrados? Cada uno con el código en la mano, querría corregir los juicios y sentencias de los magistrados, y se disputaría en lugar de obedecer. Semejante sociedad permanecería en el estado más ridículo y más deplorable, y ésa es la situación de las iglesias separadas: cada uno cree y obra como mejor le place, amparado en la interpretación de la Biblia.

Mas ¿cómo podría suponerse que Jesucristo, el divino legislador de la Iglesia, la haya abandonado a un desorden semejante, que el menos prudente de los legisladores humanos no hubiese dejado de prever y prevenir?

Es, pues, necesario una autoridad viva, que hable, que decida, que explique el texto sagrado y promulgue los deberes y verdades del orden moral y religioso; de lo contrario, no existiría la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia, que tiene la misión de enseñar a las naciones y de hacer observar todo lo que ha mandado Jesucristo. A esa Iglesia única es a la que debe escucharse y obedecerse para conseguir la salvación. *Creo en la santa Iglesia católica*, como nos manda el símbolo de los Apóstoles.

Hecha esta exposición sumaria del protestantismo comparado con el catolicismo, vamos a proceder a una demostración más completa de los puntos en ella mencionados.

P R E A M B U L O

Por más que ya dejamos expuesto de la manera más evidente, aunque sintética, que el protestantismo, como sistema religioso, es la disolución del cristianismo, en vez de ser, como pretende, el puro Evangelio, pues hemos deducido esa demostración de su principio fundamental, cual es el criterio privado aplicado a la Escritura; deseamos sin embargo, ampliar esa misma demostración para hacerla más irrefragable.

Pero además, queremos probar que el cristianismo verdadero y completo es el catolicismo, esto es, la Iglesia católica, para cuya demostración nos basaremos especialmente en la célebre apología del cristianismo por Hettinger; pues deseamos proporcionar a los fieles y a los mismos protestantes sinceros, un breve tratado apologético sobre la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Por lo demás, tenemos la convicción de que la propaganda protestante en nuestro país, como en toda América, producirá el gran beneficio de despertar los espíritus indiferentes e interesarlos en la importante cuestión de la divinidad del catolicismo.

Mas, para conseguir nuestro intento, aduciremos "las razones decisivas y perentorias por las que un verdadero cristiano no puede ser protestante, sino católico-romano", pues hasta ese terreno puede elevarse la polémica; y estamos seguros de llevar la convicción a los espíritus que de buena voluntad y sinceramente buscan la verdad y tienen interés en su propia salvación. Estos pueden ser convencidos; mas no los que por odio sectario, sólo se proponen atacar a la Iglesia con todos los modos y medios, sin que se les importe un bledo la verdad religiosa.

La demostración que haremos puede considerarse como una especie de ecuación matemática: primero probaremos que, según la fundación de Jesucristo, el cristianismo y la Iglesia son una misma cosa, esto es, que no hay cristianismo verdadero sin Iglesia; y en segundo lugar demostraremos que esta Iglesia de Jesucristo no es ni puede ser otra que la Iglesia católica, por ser la única, entre todas las pretendidas iglesias cristianas, que posee las notas distintivas o características de la Iglesia fundada por el divino Redentor. Y aparecerá entonces que *la Iglesia católica es semejante al océano que, conservándose por encima de todos los ríos, a todos los recoge en su seno*, pues contiene todas las verdades parciales que se encuentran esparcidas en las múltiples sectas cristianas; de manera que sólo ella viene a ser la verdad completa, el cristianismo integral y universal.

Sin embargo, por lo que ya queda demostrado en la *Impugnación sumaria del protestantismo*, resulta que éste comete la más flagrante contradicción al atacar al catolicismo, ya que, según su principio fundamental del libre examen de la Biblia, debe consentir que todas las iglesias cristianas crean lo que les parezca más conforme en la interpretación de las Escrituras; pues no existe derecho para negar que se interprete también como creen los católicos.

Y sin embargo, mientras entre las mil sectas cristianas protestantes reina la paz, por más que sean contrarias entre sí, todas persiguen a la Iglesia católica, aunque ésta tenga tanto derecho, por lo menos, como cualquiera de ellas, para creer que su sistema y organización están basados en la Escritura. ¿Qué significa esto, sino que ella sola es la verdadera?

Además, ¿cómo calificar la pretensión de nuestros propagandistas protestantes al decirnos: *nosotros venimos a enseñar el verdadero cristianismo, el puro Evangelio; la Iglesia católica está en error, no enseña la pura doctrina de Cristo?* Pues, ¿quién les ha dado un criterio infalible para monopolizar *el libre examen* de la Biblia? Esto significa que son muy cándidos o que nos tienen por tales; pues como lo hemos demostrado apodócticamente,

en virtud de este libre examen, ellos destruyen la Iglesia de Jesucristo, y ni siquiera pueden estar ciertos de saber en qué consiste el verdadero cristianismo, ni probarán jamás que han recibido de Jesucristo misión alguna para enseñar el puro Evangelio en la Iglesia, pues su origen data de la rebelión del fraile apóstata Martín Lutero en 1517. ¡Qué fatalidad! Hasta para atacar a la Iglesia tienen que servirse de los frailes y clérigos apóstatas, como además de Lutero, lo son Calvino, Zwinglio, Giordano Bruno y otros.

Así pues, a los que de buena fe aceptan o propagan el protestantismo, con cualquier denominación que sea, metodista, episcopal, anglicano, calvinista, luterano, evangelista, adventista, les diremos: pensad y reflexionad que trabajáis por la destrucción del cristianismo, en vez de propagar el puro Evangelio, como decís; pues os hacéis instrumentos de incredulidad y del anticristianismo, con la intención inocente, quizás, de defender el verdadero Evangelio.

Y esta afirmación no la podéis atribuir a espíritu de parcialidad, pues es Mr. Guizot⁽¹⁾ quien declara que "el primer resultado de la Reforma fué la multiplicación de sectas, la licencia prodigiosa de los espíritus, la destrucción de toda autoridad espiritual y la disolución de la sociedad religiosa en su conjunto." No vengáis, pues, a aumentar las causas de nuestras divisiones y a fomentar la indiferencia religiosa y la incredulidad, con el pretexto de defender el verdadero cristianismo, que destruíis.

(1) Hist. gen. de la Civil. en Europa.

I

EL CRISTIANISMO Y LA IGLESIA

SUMARIO: La Iglesia y las iglesias separadas. — No hay más que una sola Iglesia de Jesucristo. Artículos fundamentales. — La Iglesia es la manifestación concreta del cristianismo. — Las pruebas de la divinidad del cristianismo demuestran la divinidad de la Iglesia. — Separarse de la Iglesia es separarse del cristianismo: la herejía. — La Biblia no es la única regla de la fe. Escritura y tradición. — Sin la Iglesia no sólo no existiría la Biblia, sino tampoco la fe. — La sola Biblia no basta. Su interpretación por la Iglesia. — Sólo de la autoridad de la Iglesia procede la certidumbre de la fe. — Sin autoridad no hay Iglesia de Cristo. — Sin la infalibilidad no hay autoridad en la Iglesia de Cristo. — *Notas adicionales:* Reflexiones para los doctores protestantes.

La Iglesia y las iglesias separadas

Para todos los cristianos, cualquier denominación que tengan, el ideal debe ser el cristianismo, la doctrina de Cristo, en toda su pureza y majestad.

El cristianismo con su verdad y su grandeza, con la fuerza que ejerce para elevar al hombre, para salvarle y conducirlo a la felicidad, es el cristianismo que satisface a nuestro espíritu y colma nuestro corazón; porque él solo puede arrancarnos del suplicio de la duda, que devora a los no-creyentes, libertarnos de la inmundicia, salvarnos del pecado, así como de todas nuestras miserias; nos proporciona un bálsamo para cada una de nuestras heridas, arroja su brillante claridad por encima de la noche de la tumba, y proyecta sobre nuestra existencia terrestre la luz de la eternidad, ensanchando hasta el horizonte de las mismas aspiraciones de este mundo, pues sin él no hay verdadera civilización.

Pero todo lo que Jesucristo nos ha dado de verdad y de gracia, nos lo ha dado por la mediación de su santa Iglesia, que llama *mi Iglesia*, para significar que es *única*, y a la que invisiblemente rige como su Jefe y a la que anima con su Espíritu; la Iglesia pues, es el órgano de la verdad de Cristo, de su espíritu y de su gracia.

Ha empezado a cumplirse el vigésimo siglo de existencia de la Iglesia, que nos conduce como por la mano hasta Jesucristo; sus definiciones dogmáticas y sus reglas de fe han formado el punto de partida y el fundamento de las creencias cristianas en todo el mundo y en todos los siglos, y no conocemos al cristianismo fuera de la Iglesia y sin la Iglesia, por más que haya tenido que luchar con toda clase de cismas y herejías. Esa Iglesia por antonomasia, todos la conocen, por ser tan antigua como el cristianismo, es *la Iglesia católica*.

Así como por su medio nos regeneró Jesucristo en el bautismo, así también sólo por ella podemos saber cuál es la fe. En donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y si éste no habita en nuestra Iglesia, bien podemos decir que no habita en ninguna otra parte.

Esto es lo que suponemos y creemos los católicos. ¿Tenemos razón? La doctrina de la Iglesia católica es la doctrina verdadera, garantida, completa, pura, de Jesucristo.

Pero la comunidad de la Iglesia católica existe en el mundo, aunque no sola; porque a su lado, o más bien, enfrente de ella está el *protestantismo*, la llamada Reforma protestante, esto es, las iglesias separadas.

Mas, a la verdad, el protestantismo no es una comunidad, sino todo lo contrario, es una denominación *común*, aunque negativa, que se aplica a una infinidad de confesiones diferentes, que hoy pasan de mil, con denominación conocida; sectas enemigas, contrarias, que aceptan la denominación de *protestantes*; y esa denominación sirve para designar todo lo que se ha separado del lazo de la unidad católica; de esa Iglesia católica, que es la única que existe desde el principio.

Ahora bien; ¿estamos seguros de que ninguna otra confesión, excepto la de la Iglesia católica, conserva la

doctrina de Cristo en toda su pureza, que sólo la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Cristo? ¿No podría suceder que todas hubieran abandonado la idea cristiana pura, y que ninguna por consiguiente fuese la verdadera Iglesia? No, esto es imposible, porque entonces esta frase del Señor: *Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*⁽¹⁾ sería falsa, porque la obra de la redención sería inútil, y porque esta obra, en lugar de ser la salvación del mundo y el eje de la historia universal, no sería entonces nada. Cuando los donatistas, para justificar su apostasía, sostenían que la verdadera Iglesia de Cristo había desaparecido de la tierra, San Agustín respondía indignado: "Nadie podría decir esto a menos que estuviera fuera de la Iglesia: es una frase impía, detestable, vana, temeraria, irreflexiva y perniciosa."

¿Se dirá que todas las confesiones y todas las sectas son verdaderas, y que son formas o expresiones diversas de un mismo pensamiento fundamental? Esto es también imposible, porque si todas fuesen verdaderas, ninguna lo sería. ¿Y cómo estas doctrinas tan múltiples, tan opuestas, podrían ser todas verdaderas y todas cristianas? Una cosa tan mezclada, tan diferente, tan heterogénea como el conjunto de las confesiones cristianas, una Babel de contradicciones, que en cada cuestión dice constantemente sí y no, no puede en manera alguna ser la Iglesia de Jesucristo, esta creación la más sublime del Dios eterno, este templo del Dios Padre en la humanidad, consagrado con la sangre de Jesucristo, y que ha recibido la unción y el sello del Espíritu Santo.

¿Diremos que todas las confesiones son verdaderas y falsas a la vez? Verdaderas en cuanto a la esencia del cristianismo, que es común a todas; falsas en cuanto a las cuestiones no esenciales, cuestiones demasiado estrechamente concebidas en las diversas confesiones, más o menos exclusivamente sostenidas, según la medida del tiempo y de la civilización, de suerte que a pesar de discrepar entre sí acerca de cuestiones secundarias, las confesiones formarían, sin embargo, en conjunto una gran Iglesia (ideal) de Dios, a la cual todas las particularida-

(1) S. Mat., XXVIII. 18.

des no pueden hacer perder su carácter de unidad, y que triunfa de todas las divergencias y oposiciones de opinión. Esta manera de ver las cosas ha nacido en el protestantismo, que con benevolencia siempre la miró para cohonestar su apostasía y el caos de sus sectas distintas; pero no es admisible, como vamos a demostrarlo.

No hay más que una sola Iglesia de Jesucristo. Artículos fundamentales

Esta distinción de cuestiones principales y de cuestiones secundarias no tiene fundamento alguno ni en la Sagrada Escritura, ni en la antigua doctrina eclesiástica. "Enseñadles, dice el Señor, a observar todo lo que yo os he confiado."⁽¹⁾ No hay más que un Señor, una fe, un bautismo, nos enseña el Apóstol⁽²⁾; y amonesta que se conserve la unidad del espíritu viviendo en la unidad de la Iglesia, y quiere que se guarde de los falsos doctores y de los falsos profetas⁽³⁾.

Además, ¿con qué señal, con qué criterio se ha de conocer lo que es esencial y lo que no lo es? Lo que claramente está contenido en las Sagradas Escrituras, se responde, esto es lo esencial. ¿Pero todo el mundo está acorde sobre este punto? ¿Acaso lo que parece claro a uno, no puede ser oscuro o enteramente incomprensible para otro? Por otra parte, todas las enseñanzas de la revelación forman un todo y un gran conjunto perfectamente uno, en el cual una verdad se apoya sobre otra y sirve de apoyo a una tercera. La verdad enseñada por Cristo es un edificio perfectamente acabado, bien construído y sólidamente cimentado, del cual no se puede quitar una sola piedra sin que todo el edificio se desplome⁽⁴⁾.

Todas las enseñanzas particulares no son más que medios que concurren al gran fin de la revelación, la sal-

(1) *Matth.*, XXXVIII, 20.

(2) *Ephes.*, IV, 5.

(3) *Ephes.*, IV, 13.

(4) Un solo hueso bastaba a Cuvier para reconstruir al animal al que este hueso había pertenecido; ¡tan grande es en la naturaleza la unidad típica de los organismos! La relación de un dogma con el conjunto de los dogmas no es menor en el cristianismo.

vación de las almas: he aquí por qué no hay ninguna que sea indiferente o carezca de importancia; pues ¿podía Cristo revelar alguna cosa indiferente?

La confesión de Augsburgo, de la que todos los años se hace el elogio obligado en todas las escuelas protestantes, dice H. Leo, la confesión de Augsburgo declara en su artículo VII "que la santa Iglesia es una y debe siempre permanecer una; que se compone del conjunto de todos los fieles, entre los cuales ha sido predicado el Evangelio" y esto quiere decir, observa, Döellinger⁽⁵⁾, que antes del nacimiento de las sectas y confesiones protestantes existía ya una Iglesia, una y santa, con una predicación irreprochable y con los sacramentos legítimamente administrados. ¿Es posible que al lado de una Iglesia, una y santa, se establezca una segunda y una tercera? La Iglesia, que hasta el año 1517 fué una y santa ¿ha dejado repentinamente de serlo, porque se formaron nuevas sociedades separadas de ella, que la acusaron de no tener más que una falsa doctrina y unos sacramentos ineficaces, y esto sin que, según confesión de los mismos separados, se haya jamás extraviado de una manera esencial? Los autores y los signatarios de esta confesión ¿han acaso podido comprender este artículo en el sentido que la Iglesia una y santa se componía de un número indefinido de confesiones particulares, diferentes entre sí por la doctrina, por los sacramentos, por la organización, y que mutuamente se acusan de error?

Es, pues, una cosa clara como la luz del día, que no hay ni puede haber más que una sola verdadera Iglesia de Cristo, por la que el manantial de la gracia y de la verdad corre puro y todo entero. El verdadero cristianismo está allí donde se encuentra la verdadera Iglesia; ahora bien, la verdadera Iglesia fué siempre la Iglesia una, la Iglesia católica. A la catolicidad del fondo corresponde una catolicidad en la forma. La Iglesia, el reino de Dios, que Cristo fundó sobre la tierra, debe necesariamente mostrarse como tal en la historia; es decir, como un todo que sea uno, que sea completo y perfecto.

(5) *La Iglesia y las iglesias.*

El verdadero cristianismo está en la verdadera Iglesia y en ninguna parte más, *pues el que no escucha a la Iglesia debe ser tenido por gentil y no como cristiano*⁽⁶⁾.

¿Cuál es, pues, la relación del cristianismo con la Iglesia?

Sin la Iglesia no es posible el cristianismo: un cristianismo sin Iglesia es un ser carente de razón, una hueca e inconsistente abstracción que no existe, que no existió jamás. Así como la idea de la humanidad no pasa al estado real más que en el hombre, así también el cristianismo no se realiza como luz y vida de la humanidad, sino en la Iglesia: ésta es la manifestación concreta del cristianismo.

Entre la idea de la humanidad y su realidad, hacemos una distinción que no sale de nuestro pensamiento, y a la cual no corresponde ninguna diferencia real; lo mismo sucede con el cristianismo y la Iglesia, a los cuales intelectualmente se les puede distinguir, aunque en realidad son absolutamente idénticos; establecer una diferencia real entre sí y separarlos, sería suprimir a uno de los dos. El cristianismo es la Iglesia, y ésta el cristianismo.

La Iglesia es la manifestación concreta del cristianismo

Por el mismo acto con que fundó Jesucristo su religión, fundó también su Iglesia; es decir, la sociedad visible de todos los fieles que viven sobre la tierra, sociedad en la que, merced al ministerio doctrinal y pastoral establecido por El, su espíritu continuamente vive, su palabra instruye, su gracia salva.

Por el mismo acto con que creyeron en El sus discípulos como enviado por Dios, se unieron a El como miembros de su cuerpo místico, fueron admitidos en el número de fieles y ciudadanos de su reino celestial, de ovejas de su rebaño.

Así, no despliega menos solemnidad, menos autoridad cuando funda su Iglesia, que cuando envía a sus Apóstoles a predicar su religión, a la vez antigua y nueva. *Todo poder me ha sido conferido en el cielo y en la tierra.*

(6) *Matth.*, XVIII, 17.

Por esto, id, enseñad a todos los pueblos, y bautizadles⁽¹⁾. *En verdad te digo que tú eres Pedro (Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*⁽²⁾.

Al hechar los cimientos de la fe, el Señor funda también su Iglesia; la predicación de la verdad y la fundación de la Iglesia son un solo y el mismo designio del Padre, que Jesucristo vino a cumplir sobre la tierra⁽³⁾. Esta identidad del cristianismo y de la Iglesia es tan íntima, que para disfrutar de los beneficios del cristianismo es preciso vivir en la Iglesia; y todo hombre separado de la Iglesia es como un miembro que, separado del cuerpo, se muere y se corrompe, porque no participa de la vida del alma. "El que no escucha a la Iglesia, sea tenido por vosotros como un gentil y como un publicano"⁽⁴⁾. El alma no está más íntimamente unida al cuerpo, que el cristianismo a la Iglesia: ésta es el cuerpo de Cristo, y el Apóstol llega hasta decir que es el mismo Jesucristo⁽⁵⁾.

La identidad del cristianismo y de la Iglesia, es uno de los principales dogmas de la fe cristiana. *Creo en la santa Iglesia católica y apostólica*; es decir, en una Iglesia que es de todos los tiempos y lugares, y en la que Jesucristo vive y reina. El lazo de que hablamos es tan indispensable como el que, uniendo el alma con el cuerpo, constituye el hombre; tanto que San Cipriano, el gran obispo y mártir, ha dicho: "El que no tiene a la Iglesia por madre, no puede tener a Dios por Padre". No es cristiano el que no está en la Iglesia. "Aquellos que están con Dios y con Jesucristo, dice San Ignacio, están también con el obispo, y aquellos que se convierten y se agregan a la unidad de la Iglesia, pertenecen a Dios."

Así el deseo que Jesucristo tuvo de que se predicase su doctrina en el mundo, se confunde con la voluntad que tuvo de fundar la Iglesia. La difusión del cristianismo entre los pueblos no es otra cosa que la extensión de la Iglesia; la comunidad de fe no se efectúa ni se sostiene

(1) *Matth.*, XXVIII, 18.

(2) *Matth.*, XVI, 18.

(3) *Joan.*, IV, 34; XVII, 4.

(4) *Matth.*, XVIII, 17.

(5) *I Cor.*, XII, 12.

sino con la comunidad eclesiástica. El Maestro no habita, visiblemente al menos, sobre la tierra; pero su doctrina continúa haciéndose escuchar por boca de los Apóstoles: *El que a vosotros escucha, a mí me escucha; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia*⁽⁶⁾. San Pedro es el primero que anuncia la fe en Jesucristo resucitado: los demás Apóstoles predicán después de él, de concierto con él, y reconocen su primado⁽⁷⁾. La Iglesia ensancha sus límites, a medida que aumenta el número de fieles, y los Apóstoles, inspirados por Dios, eligen ayudantes, vicarios y sucesores, les imponen las manos y les transmiten de este modo los poderes que ellos recibieron de Cristo, de suerte que son así establecidos para regir la Iglesia de Dios.

El cristianismo hace, pues, su entrada en el mundo, no como una filosofía entregada a todas las variaciones de las opiniones subjetivas a los humores y caprichos del hombre, no como un sistema de conceptos, metódicamente deducidos unos de otros, no como un conjunto de proposiciones y demostraciones, sino que se ha presentado como una vida nueva, en la que el hombre debe entrar todo entero, como un cuerpo constituido que anima el espíritu de Cristo, como un reino cerrado, en el cual exclusivamente abundan la luz y la vida, y fuera del que extiende su imperio la mentira y la muerte. En este reino ha establecido el Señor mismo a los pastores y doctores para la santificación de los fieles y edificación de su cuerpo místico, a los cuales deben los fieles respetar y obedecer: *quí vos audit me audit*. (Luc., X, 16).

Las pruebas de la divinidad del cristianismo demuestran la divinidad de la Iglesia

Así, pues, todo lo que demuestra la virtud del cristianismo, demuestra por lo mismo la divinidad de la Iglesia. Por el carácter elevado de su doctrina, reconocemos la divina misión de Jesucristo; pero la misión que ha dado a su Iglesia, a los pastores y doctores que ha nombrado, las promesas que le ha hecho, los plenos poderes que le ha le-

⁽⁶⁾ Luc., X, 16.

⁽⁷⁾ Gal., II, 2.

gado, todo esto forma una parte asaz considerable de esta doctrina.

La rapidez prodigiosa con que se propagó el cristianismo, en conformidad con las profecías del Señor, ha sido para nosotros una demostración convincente de su verdad, una señal evidente de que una providencia enteramente especial ha intervenido en la marcha de los sucesos, y de que un poder sobrehumano acompañaba a los Apóstoles en sus correrías a través de los pueblos. En la Iglesia y por la Iglesia se ha difundido el cristianismo, a la Iglesia se le han hecho estas promesas, y a ella se le debe su cumplimiento.

Siempre de pie en medio de la tormenta incesante de los siglos, invencible en el combate que sostiene contra sus enemigos de dentro y de fuera, contra las potencias visibles e invisibles, contra la mentira, el pecado y la prevaricación, el cristianismo con su conservación y duración nos revela claramente la invisible mano que sostiene y dirige la obra de Cristo.

Por la Iglesia ha podido el cristianismo sufrir victoriosamente la prueba de los siglos, por la Iglesia ha hecho el Señor la promesa de permanecer perpetuamente y hasta el fin en medio de ella, aunque de una manera invisible, y de no permitir jamás que prevalezcan contra ella las puertas del infierno.

La confesión gloriosa de tantos millones de mártires, desde los Apóstoles muertos por Nerón, hasta los misioneros cuya sangre corre todavía hoy bajo el hacha de los salvajes, es un testimonio tributado a Jesucristo; sí, pero es también un testimonio tributado a la Iglesia, madre de estos mártires que les ha enviado, que les ha dado valor para morir, a la que han confesado al expirar y en cuyo seno descansan sus huesos.

El mismo Señor Jesucristo, que apela a sus acciones milagrosas para que den testimonio de la misión que ha recibido de su Padre, ha prometido también a los fieles que les hará ver en la Iglesia iguales maravillas, si no todavía mayores. Los milagros que refiere la historia de los Apóstoles, y que señalaron la aparición del Evangelio como la obra de Dios a los judíos y paganos, estos mila-

gros ¿no han sido por ventura obrados en la Iglesia y por los jefes de la Iglesia para ser una confirmación divina de su predicación y de la fe que anunciaban? Estos milagros demuestran la divinidad del cristianismo tal como ha sido organizado y constituido, es decir, prueban la divinidad de la Iglesia en la que y por la que han sido obrados.

Está, pues, demostrado hasta la evidencia que no hay cristianismo sin Iglesia, que el verdadero cristianismo no encuentra su realidad más que en la Iglesia. "En donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios". Hay, pues, un sentido profundo y una gran justicia de expresión en la manera habitual de hablar empleada por la *Historia de la Iglesia*, para señalar el desarrollo del cristianismo en todo el curso de su existencia⁽¹⁾.

El cristianismo, y por consiguiente también la Iglesia, es obra de Dios. Todo lo que en el cristianismo lleva el carácter de divino, pertenece a la Iglesia; la esencia del cristianismo es la esencia de la Iglesia; la gloria del cristianismo es la gloria de la Iglesia, el poder y los efectos del cristianismo son el poder y los efectos de la Iglesia por Jesucristo, que la ha fundado y que en ella vive y obra.

He aquí por qué *tantos caminos conducen a Roma*: toda verdad que al hombre interesa, todo gran pensamiento cristiano que a ella fuertemente se adhiere y hasta el fin la sigue, conduce necesariamente al espíritu investigador hasta esta Iglesia que lleva en su seno la unidad, la plenitud y la totalidad de todas las verdades religiosas y humanas. En ella reside Cristo, centro luminoso de donde emanan todos los rayos que llevan la luz a las regiones más remotas de la vida natural y sobrenatural, y hacia el que tienden todos los seres con toda la energía de su esencia para encontrar en El cada uno su propia perfección⁽²⁾. Todo aquello, pues, que ataca a la Iglesia, ataca necesari-

(1) "El cristianismo visible, vivo y eficaz no es otra cosa que la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de la verdad cristiana y en ella se deja ésta conocer. Por la Iglesia entra el cristianismo en la historia, es preciso que se muestre a los ojos, y que entre en la realidad por el hecho del hombre. Como tal está sujeta en sus miembros a los extravíos y enfermedades de todo género, pero lleva en sí misma la vida del Espíritu Santo, merced a la cual no sucumbe jamás y triunfa de todos sus males". Radowitz, *Conferencias sobre el presente*, p. 346.

(2) De aquí proviene que hay tantos motivos diferentes de conversión cuantas son las personas que se convierten.

riamente al cristianismo; el protestantismo durante los tres siglos de su historia es de ello una convincente prueba.

Sin Iglesia y fuera de ella no hay verdadero cristianismo. Transportémonos al tiempo en que el último de los Apóstoles que vivió con el Señor acababa de expirar, y preguntémosles: ¿en dónde está ahora la Iglesia de Jesucristo, dónde sus pastores legítimos, dónde los sacramentos y la doctrina verdadera? Encontraremos la respuesta en estas palabras del Señor: "Todo poder me ha sido conferido en el cielo y sobre la tierra; así, pues, id, enseñad a todos los pueblos y bautizadles, enseñándoles a guardar fielmente todo lo que yo os he mandado. He aquí que yo estoy con vosotros (que enseñáis, que bautizáis, que gobernáis la Iglesia) todos los días hasta el fin del mundo"⁽³⁾.

Esto es indudable: los Apóstoles debían tener sucesores en el ministerio y en la predicación, en el gobierno de la Iglesia y en la dispensación de los sacramentos: y estos sucesores deben durar hasta el fin del mundo y entre todos los pueblos.

Además, el Señor ha prometido positivamente su protección especial a este cuerpo inmortal de los doctores, sacerdotes y pastores de su Iglesia, de suerte que estando Cristo con ellos, es su doctrina la que ellos anuncian, es la gracia de Cristo la que corre por los canales de sus sacramentos, conducen hacia Jesucristo a aquellos que les siguen, y esto sin interrupción, sin que haya desfallecimiento posible hasta el fin del mundo.

Lo que ha sido prometido a la Iglesia es un milagro, es la acción persistente y duradera de una asistencia divina, extraordinaria. Aquel a quien todo poder ha sido conferido en el cielo y sobre la tierra, el que tan maravillosamente ha cumplido ya las promesas hechas por El desde el principio del mundo, puede muy bien cumplir esta última promesa y es seguro que la cumplirá.

(3) *Matth.*, XXVIII, 20. La expresión estar con alguno, al lado de alguno forma una locución familiar a la Sagrada Escritura e indica una protección especial, irresistible del Señor y que debe necesariamente asegurar el éxito de la obra para la cual ha prometido su asistencia.

Del mismo modo que la Providencia gobierna a la naturaleza, así Jesucristo gobierna al mundo sobrenatural, al reino de la Iglesia por medio de la jerarquía establecida por El mismo.

Separarse de la Iglesia es separarse del cristianismo: la herejía

De aquí se desprende que jamás ha sido permitido a nadie separarse de la Iglesia, que está unida a los Apóstoles y al mismo Cristo por el triple lazo de la doctrina, de los sacramentos y de la jerarquía. El que se separa de ella se encuentra condenado por su propio juicio, porque ha roto los lazos que le unían a Jesucristo y a los Apóstoles, y cada vez que recitando el símbolo de los Apóstoles, conservado por todas las confesiones, dice: *Creo en la santa Iglesia católica y apostólica*, repite la sentencia de su propia condenación.

Estas separaciones, estas herejías no las evitó el Señor a su Iglesia, sino que El mismo las predijo⁽¹⁾. El Apóstol llega hasta decir *que es necesario que haya herejías*⁽²⁾. Por este medio la Iglesia es en un todo semejante a su Señor, a su Divino Maestro y modelo, que para siempre vive en ella y que es para muchos una piedra de escándalo y una señal de contradicción⁽³⁾. Pero las herejías no quitan nada a la certidumbre que tiene la Iglesia "de ser la verdadera Iglesia del Señor, indestructible y capaz de resistir al mundo conjurado contra ella y de ver caer extenuadas en su presencia a todas las herejías"⁽⁴⁾.

El mero hecho de la separación es una marca que ninguna herejía puede borrar de su frente, marca acusadora que la manifiesta como primer día de su existencia, aquel en que un solo hombre tuvo la audacia de oponerse a toda la Iglesia, en que la parte se sublevó contra el todo, en que la rama se separó del árbol, y el miembro del cuerpo al que hasta entonces había pertenecido.

(1) *Matth.*, XVIII, 7.

(2) *I Cor.*, XI, 18, 19.

(3) *Luc.*, II, 34, 35.

(4) Palabras del Obispo Alejandro de Alejandría [*Epist. ad Alexandr. Constant.*, c. 13] (Principios del Siglo IV.)

Hasta el nombre mismo que lleva una herejía, la recuerda sin cesar a su autor, que no es Cristo, sino un puro hombre, y no el Hombre-Dios. "Marción y Valentín, dice Tertuliano, han aparecido en tiempo del emperador Antoino; antes no eran conocidos." Lo que de aquéllos dice Tertuliano, se aplica a todos los que, en el curso de los siglos, desde el principio se separaron de la Iglesia: gnósticos, arrianos, pelagianos, maniqueos, ninguna herejía, por antigua que sea, puede hacer desaparecer esta marca que la condena, y mucho menos justificar su separación.

El pecado mancha, pues, la cuna de toda herejía, y no hay separación que no sea un semillero fecundo de nuevas divisiones; toda secta engendra necesariamente a otras nuevas. "En efecto, dice Tertuliano⁽⁵⁾, todo valentiniano puede hacer lo que hizo Valentín, y todo marcionita lo que ha hecho Marción." "¡En cuántas fracciones se han desgarrado los que se han separado de la unidad de la Iglesia!" dice San Agustín, hablando de los herejes de su tiempo⁽⁶⁾.

Lo que San Agustín decía a Juliano, jefe de los pelagianos, continúa la Iglesia diciéndolo a cada herejía: "Volved a nosotros; vuestros antepasados no tenían la fe que vosotros hoy enseñáis; os habéis salido de una Iglesia que enseña lo contrario de lo que vosotros enseñáis en la actualidad."

Y éste es el caso del protestantismo, nacido con la apostasía del orgulloso fraile agustino, Martín Lutero, con el pretexto vulgar, común, a todas las herejías, de corregir abusos y errores en la Iglesia, apelando a la autoridad de la Biblia, como único criterio o regla de fe, lo que es herético y semillero de herejías.

La Biblia no es la única regla de la fe. Escritura y tradición

Una opinión que contradice a la enseñanza de la Iglesia, está como tal, y por el hecho mismo, convencida de error. Los Apóstoles han legado a la Iglesia su fe; es, pues, un criterio de verdad el estar de acuerdo con la

(5) *Proscript.*, cap. 12.

(6) *Serm.*, IV, 32.

Iglesia⁽¹⁾; no hay necesidad de una demostración más lata, ni entrar en discusión con los herejes.

¿Por ventura, ha esperado la verdad para aparecer a que hayan venido los herejes? “Entonces, antes que hubiesen venido no había Evangelio ni fe; el bautismo no servía de nada, así como tampoco las obras de fe y los sufrimientos de los mártires”, dice Tertuliano⁽²⁾. ¿Es acaso verosímil que todos hayan errado, y que todos en el mismo error se hayan reunido? ¿Quién se atreve a sostener que se equivocaron los que transmitieron la fe, y que este error reinó hasta que fué destruído por la herejía! ¿La verdad esperaba, pues, a que los marcionitas y valentinianos viniesen a revelarla! ¿Qué absurdo es pretender que la herejía es anterior a la doctrina verdadera, que nos ha anunciado que habría herejías y que nos advierte que las evitemos! Es a la Iglesia, depositaria de esta doctrina, o más bien esta misma doctrina dice a la Iglesia: “Si un ángel viene del cielo a anunciaros otro Evangelio que el que yo os he anunciado, sea anatematizado”⁽³⁾.

“Si existía ya una Iglesia antes que Donato, dice San Agustín⁽⁴⁾, si la herencia de Cristo no se había perdido, lo más seguro era perseverar en la doctrina y en la práctica de esta Iglesia. Pero si no existía la Iglesia, ¿de dónde vino Donato? ¿De qué cielo ha caído?”

San Cipriano se niega hasta a tomar conocimiento de los errores de Novaciano, desde que sabe que no está acorde con la Iglesia⁽⁵⁾, “porque, dice, será lo que quiera, pero no es cristiano, puesto que no está en la Iglesia de Cristo. No ganan nada con citar algunos textos de la Biblia para justificar su apostasía, porque la Escritura no les pertenece a ellos, sino a la Iglesia, que ha recibido con el depósito de la Escritura el espíritu de la Escritura, de la que ellos no hacen más que abusar y desnaturalizarla”⁽⁶⁾, como hoy nacen los protestantes con la Escritura contra la Iglesia.

(1) Tertull., *Praescript.*, c. 20-21 Cf. *Clement. Strom.*, VII, 16.

(2) *Loc. cit.*, cap. 29.

(3) Tertull., *loc. cit.*, cap. 28.

(4) *De Baptism. Contra Donatum.*, III, 2.

(5) *Ep. III ad Antoniam.*

(6) Tertull., *Proscript.*, cap. 20, 36, 38.

La Iglesia, dice San Clemente de Alejandría⁽⁷⁾, existe antes que todas las sectas, y está en posesión de la verdad. No necesita pruebas contra la herejía; su prueba suficiente es su existencia; la doctrina del Señor está siempre viva entre sus discípulos, y la verdadera doctrina de Cristo es un tesoro público, cuyo depósito se halla en la Iglesia.

He aquí por qué la Iglesia no disputa como los herejes, que tienen cátedra de disputas; teniendo conciencia de la divinidad de su doctrina, se contenta con exponerla, cumpliendo así con la misión que le confió Jesucristo: *Id y enseñad a todas las gentes cuanto os he mandado*. Ella es la que debe enseñar al mundo, y no a ella los fieles, como pretenden los herejes.

La fe, que sin desfallecimiento dura y vive en la Iglesia, conservada por la presencia de Jesucristo en medio de ella: he aquí la regla y la medida de la verdad, con la que vence a la herejía. A ejemplo del Apóstol, la Iglesia dice a todo hombre que se subleva contra su doctrina:

“¿Ha salido de vos la palabra de Dios?”⁽⁸⁾. En efecto, el principio que el papa San Esteban oponía a las erróneas opiniones de los africanos: *Preciso es no hacer nada fuera de lo que es tradicional*, era desde el principio, y es hoy todavía, el único camino real por el cual triunfa la Iglesia de todas las herejías.

“Una observación importante es, dice con razón Mœllher⁽⁹⁾, que todos los sectarios reconocen que la Iglesia católica, al proscribir las herejías anteriores, ha sido el infalible intérprete de la verdad: sostienen que los fallos que ha dictado contra los que les precedieron, han sido justos, pero no quieren reconocer los principios que han dictado sus definiciones. Una doctrina así formada y siempre tan exactamente definida, ¿hubiera sido posible sin la idea que tiene la Iglesia de sí misma y fuera de la constitución actual?” Las razones alegadas por los herejes para justificar su separación de la Iglesia, fueron siempre las mismas en todas las sectas, cualquiera que

(7) *Strom.*, VII, p. 764.

(8) *I Cor.*, XIV, 36.

(9) *Simbólica*, 39.

haya sido la diferencia doctrinal. Todos los herejes han reprochado a la Iglesia lo que ellos llaman contradicción evidente de su doctrina y de su culto con la Sagrada Escritura⁽¹⁰⁾. Pero estos no son más que pretextos: la verdadera causa de la separación es otra muy diferente, que ya encontramos consignada en la Escritura⁽¹¹⁾.

Sin la Iglesia no sólo no existiría la Biblia, sino tampoco la fe

Añadamos esta gran proposición: *Sin Iglesia no hay fe*, sino solamente dudas y opiniones individuales. Ahora bien, la fe es el fundamento, la raíz de la justificación, sin la cual es imposible agradar a Dios, el asentimiento a todo lo que Cristo ha enseñado, exento de innovación y puro de toda doctrina extraña⁽¹⁾.

Pero la idea de una fe divina implica la sumisión absoluta de nuestra inteligencia a una autoridad divina, infalible, que excluya la menor duda y sea la razón y el motivo de nuestra fe. Ahora bien, esta autoridad no está ni puede estar más que en la Iglesia, a la cual transmitió Cristo el encargo de enseñar en su lugar, dejó sus promesas, anunció y envió al Espíritu Santo, y encomendó a los fieles⁽²⁾.

¿En dónde encontrar una autoridad que enseñe a entregarnos confiadamente y sin temor al error ni a la mentira?

En la Sagrada Escritura, contestan los protestantes; ella es la norma, la fuente, la regla única en materia de fe y que sola lo puede ser, porque es la pura palabra de Dios, testimonio infalible de la verdad eterna. Hay, pues, un cristianismo sin Iglesia, una fe que sin ministro enseña y que se apoya y se funda en la sola Escritura.

Esto es especioso; pero con un poco de atención se ve que no hay allí más que una falsa apariencia. Ante

⁽¹⁰⁾ Tertull., *loc. cit.*, 17, 19.

⁽¹¹⁾ "Son hombres enamorados de sí mismos." [II *Tim.*, 2.] "Quieren elevarse por encima de los demás, dice San Clemente de Alejandría, y se separan del camino de la verdad." Las herejías son alteraciones del cristianismo, monstruos nacidos del amor propio. [Tertull., *Prescrip.*, c. 40, 41.]

⁽¹⁾ *Hebr.*, 11, 6; *Rom.*, XVI, 17.

⁽²⁾ El que no escucha a la Iglesia, sea considerado por vosotros como un gentil y publicano. *Matth.*, XVIII, 16, 17.

todo, una cosa debe extrañarnos, a saber, que los protestantes han sido los primeros en reivindicar la autoridad exclusiva de la Biblia, en oposición a toda la antigüedad eclesiástica y aún a las primeras sectas heréticas.

Sin embargo, no es más que un sofisma.

Apenas se pronuncia la palabra Biblia, cuando inmediatamente se presenta una cuestión que destruye y aniquila todo el sistema, a saber: ¿Vosotros tenéis una Biblia? ¿y de dónde os viene esta Biblia? ¿Es cierto que este libro, que lleva el nombre de Sagrada Escritura, es en realidad la Sagrada Escritura escrita por los Apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo? Y si es así, ¿cómo sabéis si contiene toda la doctrina de Jesucristo? Aun suponiendo que así sea, ¿cómo sabéis que la Sagrada Escritura está íntegra y no falsificada? Y aún supuesto esto, ¿quién os da la certeza de que el sentido que encontráis en la Biblia sea su sentido verdadero? Vosotros interrogáis a la Biblia, pero ésta no es más que una letra muerta que por sí sola no puede responderos, sino que necesita una palabra oral y viva que le dé el alma y la vida. Oigamos sobre esto a una autoridad nada sospechosa:

Platón hace hablar así a Sócrates: "Los escritos no comunican la sabiduría, sino que no son más que una sombra de ella. Cuando los discípulos hayan aprendido muchas cosas sin maestro, creerán ser unos sabios, cuando no son en la generalidad más que unos ignorantes y falsos sabios, insoportables en el comercio de la vida. Así el que piensa transmitir un arte por medio de la escritura de un libro, lo mismo que el que a su vez cree que en él puede aprender, como si los caracteres pudieran darle alguna instrucción clara y sólida, muestra verdaderamente mucha candidez.

"Torpemente se engaña el que piensa que un libro es algo más que un medio de despertar los recuerdos de aquel que conoce ya el asunto de que trata. Una vez escrito un libro, circula de mano en mano, pasando de aquellos que entienden la materia a aquellos para quienes no se ha escrito la obra, y no sabiendo con quién es preciso hablar y con quién se necesita callarse. El sentido con-

tenido en las palabras es torturado y alterado sin que se note falta; no puede socorrerse o ayudarse por sí mismo, sino que necesita de la ayuda de su autor. Muy diferente es otro cualquier discurso, escrito con los caracteres de la ciencia en el alma del que estudia, que puede defenderse a sí mismo y que sabe hablar o guardar silencio cuando hay necesidad.

—*Phædon*: Tú hablas del discurso vivo y animado que reside en el alma en posesión de la ciencia, y cuyo discurso escrito no es más que un vano simulacro.

—*Sócrates*: Así es⁽³⁾.

Interrogáis a vuestra Iglesia; pero la Iglesia protestante os remite, sin contestaros, a la Biblia. ¿Qué digo? La Iglesia toda entera puede, según vosotros, engañarse, como efectivamente se han engañado, como vosotros pretendéis, hasta aquellos mismos a quienes llamáis los reformadores.

Así, pues, el dogma fundamental del protestantismo implica en sí toda una serie de imposibilidades y contradicciones. El suelo sobre el cual ha intentado edificar, es esencialmente movedizo, y no puede ni aún asentar sólidamente la primera piedra de los cimientos que debían sostener todo el resto del edificio.

Cuando se revelan contra la enseñanza eclesiástica, apelan los reformadores a la Escritura, pero olvidan que ésta, como tal, no encuentra su infalible garantía más que en la conciencia viva y en el constante testimonio de la Iglesia, de cuyo seno ha salido, en la que y por la que ha sido escrita; que la Escritura no tiene autoridad sino por los Apóstoles y por los jefes de la Iglesia misma; en una palabra, que la Iglesia es anterior a la Escritura, y que al darnos aquélla la Escritura nos hace al mismo tiempo conocer su divino carácter y sentido. Sin la Iglesia no hay inspiración cierta ni canon de la Escritura; sin inspiración cierta no hay palabra de Dios; sin palabra

(3) "Los herejes, dice Clemente de Alejandría, no admiten todos los escritos de los profetas, ni en todas sus partes, sino que eligen pasajes equivocados u oscuros que tergiversan en su sentido."

de Dios no hay autoridad infalible; sin autoridad infalible no hay fe, y sin fe no hay cristianismo⁽⁴⁾.

Así el dogma fundamental del protestantismo, la creencia en la sola Biblia como palabra de Dios, no se funda en nada y flota positivamente en el aire.

Esto es lo que Strauss comprendió muy bien cuando dijo: "Desde el momento en que el testimonio de la Iglesia, como testimonio puramente humano, no bastaba para hacer creer en la Escritura como palabra de Dios, resultaba para el protestantismo una dificultad que al principio parecía no tener importancia, pero que al cabo de un siglo apareció como un vicio de constitución asaz grave para poner en peligro la existencia de este establecimiento.

"Efectivamente, una cosa es la dificultad de demostrar la divinidad de un libro, y otra la de una institución tal como la Iglesia. Esta se demuestra por sí misma: ¿qué es la Iglesia? El conjunto de los miembros que la componen, y los miembros de la Iglesia no lo son sino por la suposición de la divinidad de la Iglesia. Los fieles no se adhieren a la Escritura por la misma relación de inmanencia que a la Iglesia; la Escritura no es un organismo vivo que contiene en sí a los súbditos sin poder separarse de ellos; tocante a la Escritura, los que en ella creen están como sujetos a un objeto que les ha sido comunicado. Verdad es que esta comunicación se verifica también entre los protestantes por medio de la educación, y que constituye como el espíritu de la Iglesia.

"Pero mientras que esta comunicación está en el espíritu del catolicismo, contradice abiertamente a la na-

(4) La inspiración de los libros santos, hecho puramente interno y que pasa en el secreto del alma de los escritores sagrados, es completamente inaccesible a la observación. La inspiración no podría, pues, ser comprobada sino por un testimonio humano. La crítica científica sólo puede hacer constar y demostrar que tales libros han sido siempre tenidos por inspirados desde el principio. Pero una fe humana no es una fe divina; si estos libros son realmente inspirados, y si como tales les podemos considerar por una fe infalible y divina, solamente Dios puede revelárnoslo y la Iglesia enseñarlo, fundándose en la tradición.

El antiguo protestantismo está conforme con nosotros. Ya Calvino [*Instit.*, L. 7-4] prohíbe fundar la fe en la Escritura sobre la arena movediza de los razonamientos humanos. La tradición ha sido tomada como regla de fe independiente al lado de la Escritura y aún antes que ésta. Hay algunas tradiciones dogmáticas, tales como la fórmula del bautismo, el bautismo de los niños, la validez del bautismo entre los herejes, la sustitución del domingo por el sábado, etc., que los protestantes admiten con los católicos, sin que puedan alegar ninguna razón más que la tradición misma.

turalidad misma del protestantismo. El protestante, si es consecuente, debe romper este lazo de la educación, sacudir el yugo de la autoridad eclesiástica y colocarse como sujeto independiente enfrente de la Biblia, a fin de cerciorarse por sí mismo de su divinidad. Pero estos motivos, deducidos de los milagros, de la excelencia de la doctrina y especialmente de la fecha y autenticidad de los escritos, de la veracidad de los autores, etc., no pueden, según confesión de los antiguos teólogos, producir más que una cierta probabilidad; sin contar que, según este sistema de prueba, pertenece a la razón humana sentenciar sin apelación acerca de la Escritura. ¿En dónde, pues, fundaremos nuestra creencia en la Sagrada Escritura, si no nos podemos fiar ni de la Iglesia ni de la razón?"⁽⁵⁾.

Los reformadores, sin embargo, creen haber encontrado una respuesta a esta dificultad. "Cuando los papistas⁽⁶⁾, decía Calvino⁽⁷⁾ nos preguntan de dónde nos viene la certidumbre de que la Escritura es la palabra de Dios, puesto que rechazamos el testimonio de la Iglesia, es como si nos preguntasen: ¿Cómo podemos distinguir la luz de las tinieblas, lo blanco de lo negro, lo dulce de lo amargo? Porque tenemos el sentimiento de la verdad de la Sagrada Escritura, no menos vivo que el del color blanco o negro, que el de la dulzura o de la amargura." "Como si, contesta Strauss⁽⁸⁾, no instituyese así un criterio eminentemente subjetivo y vacilante, a propósito para abrir la puerta al más salvaje fanatismo; como si la última decisión no fuese de este modo remitida a cada hombre en particular, puesto que el sentimiento que le hace juez de todo, pertenece a la naturaleza humana!"

No, contesta el protestantismo; este sentimiento no es ni subjetivo ni humano; es la voz del Espíritu Santo,

⁽⁵⁾ "Desgraciadamente, dice Lessing, la certeza de la inspiración y de la infalibilidad de los escritores sagrados, no es más que una certeza histórica: allí está ese foso ancho y cenagoso que no puedo salvar, aunque muchas veces seriamente he intentado saltar por encima de él." [Obras, tom. V, pág. 83] Véanse las notas adicionales al final.

⁽⁶⁾ Los protestantes llaman papistas a los católicos, porque admiten la autoridad del Papa, y en verdad muy acertadamente; pues viene a ser hoy un distintivo característico del verdadero cristiano, ya que el Papa, como lo demostraremos en su lugar, es la garantía de la verdadera Iglesia de Jesucristo. *Ubi Petrus ibi Ecclesia.*

⁽⁷⁾ *Loc. cit.*, XXVII, 2.

⁽⁸⁾ *Glaubenslehre*, p. 134.

que habla interiormente a nuestro espíritu, y que da testimonio de la divinidad de la Escritura⁽⁹⁾.

"El sistema protestante, continúa Strauss, parece, en fin, haber encontrado allí un punto en donde le será imposible hacer hincapié con certeza absoluta, quedando a la vez independiente del testimonio universal de la Iglesia y del fallo subjetivo de cada particular.

"Pero esta posición no se puede sostener, y al querer adoptarla, el protestantismo inevitablemente se resbala a derecha o a izquierda, e irrevocablemente pierde su equilibrio, o bien se desliza en el fanatismo, porque desde el momento en que la Escritura es desde luego reconocida como divina por una revelación interior, no es ya la Escritura, sino la ciencia íntima del Espíritu Santo, la que decide sin apelación⁽¹⁰⁾. Desde entonces, he aquí al subjetivismo más absoluto, elevado a la dignidad de primer principio⁽¹¹⁾, o bien, lo que es todavía más peligroso, el sistema protestante se inclina al racionalismo.

"Si es el testimonio interiormente comunicado por el Espíritu el que me hace estar seguro de la divinidad de la Escritura, no es menester más que una ligerísima reflexión para hacer que surja una cuestión nueva. ¿Quién me asegura que este sentimiento, que esta percepción, ha sido producida en mí por el Espíritu Santo?

"Así permanece abierto el abismo entre lo divino y lo humano. Nada importa que entre la Escritura y el espíritu humano se introduzca el Espíritu divino para dar

⁽⁹⁾ Calvino [*Instit.*, *loc. cit.*, IV.]

Para no agobiar la acción del Espíritu Santo con la ciencia, Carlstadio había declarado la guerra a todas las ciencias humanas, y para fijar el sentido de la Escritura iba a los talleres a consultar con los obreros. Melancthon iba a instruirse en casa de un panadero. Evidentemente no se necesitaba ni Iglesia ni sacramento para iluminarse.

⁽¹⁰⁾ Así lo entienden los cuáqueros; el espíritu, la luz interior, era para ellos la regla de la fe. Barclay [*Apolog. theol. vere christian.*, p. 49. Rechazando los sacramentos y la enseñanza de la Iglesia, no han hecho más que aducir una consecuencia contenida en las premisas sentadas por los reformadores.

⁽¹¹⁾ Este mismo testimonio interior, ha dicho Reimarns [*Fragmentos*, p. 113], que el cristiano dice que siente por la Biblia, hablará en el turco en favor del Corán, lo cual prueba que no hay allí más que una preocupación general que cada uno ha mamado con la leche de su madre.

Michaelis [*Dogmática*, p. 92], declara no haber jamás sentido en toda su vida este testimonio del Espíritu Santo. Para Reinhard, Sember, etc., este testimonio no es más que el sentimiento de la satisfacción religiosa y moral. Holzmann [*Canon y Tradición*, pág. 164], procura reunir el testimonio del Espíritu Santo en la tradición histórica; pero el que posee al primero, puede pasarse sin la segunda. ¿Qué hacer en caso de conflicto entre uno y otro? En la Iglesia no forman los dos más que un todo orgánico.

testimonio en éste en favor de aquélla, por que ¿quién atestiguará la divinidad de este testimonio? En verdad; éste es el talón de Aquiles del sistema protestante.”

Y sin embargo de ser tan imparcial y evidente este razonamiento, los protestantes insisten en defender su sistema, sólo por atacar a la Iglesia en su odio sectario. Pero no tienen razón, y ésta es la más gloriosa vindicación del catolicismo, tributada por sus mismos adversarios.

La sola Biblia no basta. Su interpretación por la Iglesia

En verdad, ningún falso sistema ha dado un tan cruel mentís a sus autores, como el sistema protestante con su postulado: la *Biblia sola*.

El protestantismo se vanagloriaba de custodiar la Biblia después de haber rechazado la Iglesia, siendo así que había perdido la Biblia al mismo tiempo que la Iglesia. La exclusión absoluta de todos los libros de la Sagrada Escritura, unos después de otros, desde Lutero, que calificaba a la epístola de Santiago como *verdadera epístola de paja*, porque no *encontraba en ella nada evangélico*, hasta Strauss y los demás protestantes de la *alta crítica*, cuya devoradora actividad no ha dejado de la Biblia más que el forro del libro: tal es la consecuencia lógica del famoso principio protestante: “la Biblia, nada más que la Biblia.”

Pero no es esto todo. Olvidemos por un instante lo que acabamos de decir; admitamos que el protestante posee la Biblia como palabra infalible de Dios, y ni aún así podrá jamás llegar hasta la fe. Sí; la Biblia es la palabra de Dios, pero lo es en sí misma; la palabra escrita tiene necesidad de ser verbalmente comunicada para que llegue a ser la palabra de Dios para nosotros, es decir, que necesita interpretación.

A esto contestan que la Sagrada Escritura se interpreta por sí misma. “Si se os ataca, dice Lutero, y se os objeta que la Escritura es oscura, responded que eso es falso, y que no hay sobre la tierra ningún libro más claramente escrito que él, porque es la Escritura Sagrada.”

“Pero decir que la Escritura se interpreta por sí misma, replica Strauss, es una manera de hablar asaz impropia... El principio activo en esta materia no es otro que el espíritu humano.”

Cuando el protestante declara que el sentido de las palabras es tal y no otro, ¿cuál es la razón en que se funda? Su propia manera de ver. En el fondo no cree en la Biblia, sino en sí mismo, el que de este modo y no de otro interpreta la Biblia, es decir, que no cree absolutamente nada, porque nadie cree en sí mismo.

Para tener fe, es preciso abandonarse a una autoridad infalible, y la interpretación humana de la Escritura, venga de quien quiera, no puede nunca fundar ni establecer la fe. En cuanto a la creencia del protestante, a menos que sin saberlo crea en los principios católicos, no es propiamente una fe, sino una manera de ver, una opinión humana, esencialmente móvil y vacilante, entregada “a todo viento de nueva doctrina.” El libre examen, pues, de la Biblia no es más que un principio de división en la Iglesia, y sería su disolución completa, la muerte del cristianismo. He aquí por qué la incredulidad y el racionalismo apoyan y alaban al protestantismo, pues es su mejor auxiliar contra la religión cristiana y contra la misma Biblia.

Mas, ¿se dirá acaso que el Espíritu Santo opera la recititud de la inteligencia, y que preserva a la razón de cada uno de la interpretación propia? Entonces volvemos a la cuestión: ¿Qué testigo certifica que este testimonio es el del Espíritu Santo, y que no es su propio espíritu el que el lector toma por aquél?⁽¹⁾ Pero, para demostrar que no existe la tal asistencia del Espíritu Santo en la interpre-

(1) El principio místico degenera por una pendiente natural en principio racionalista. Cf. Neander, *Historia de los Dogmas*, II, pág. 224. Los reformadores reconocieron de buen grado que el principio, “la Biblia, nada más que la Biblia”, no se podía sostener, y que ninguna sociedad eclesiástica resistiría a esta disolución. De aquí la recomendación de explicar la Escritura en conformidad con los principios de fe escritos en los diversos símbolos.

“Si oís expresar una proposición que contradiga las doctrinas del catecismo, estad seguros, dice Melancthon, de que es falsa y de que no está en la palabra Dios.” Cf. *Conf. Helv.*, I, art. 2. Kant confiesa que la Iglesia Católica Romana es más lógica en cuanto a la lectura de la Biblia que el protestantismo. [*Lucha de las facultades*, obra publicada por Rosenkranz, X, pág. 316.]

“San Pedro, dice Goethe, encontraba muchos pasajes difíciles de comprender en las epístolas de San Pablo, y sin embargo, San Pedro era muy superior a nuestros *superintendentes*.”

tación privada de las Escrituras lo prueba el mismo protestantismo en sus múltiples sectas, que a fuer de contrarias entre sí, no han podido ser al mismo tiempo inspiradas por el Espíritu Santo.

Más aún, ¿cuántos hay que son capaces de beber la fe en su origen? Antes de llegar al espíritu y al corazón, la Biblia pasa por una triple mediación: Mediación *lingüística*; es preciso primero traducir la Biblia a la lengua del lector: Mediación *lógico-histórica*; es menester exponer el sentido de las palabras; y Mediación *teológica*, porque la Biblia enseña misterios que el espíritu humano no podría por sí solo comprender ni explicar.

La inteligencia de los misterios no es posible sino por el Espíritu Santo y éste no opera en la inteligencia sino en la Iglesia y por la Iglesia, que tiene la misión de enseñar. De aquí claramente se deduce, que el sistema protestante está en contradicción con la naturaleza de la fe, así como con las necesidades de la humanidad. Es un sistema que quita la religión al pueblo, es decir, a la inmensa mayoría de los hombres y que la hace imposible para aquellos de quienes el Señor ha dicho: "El Evangelio ha sido predicado a los pobres."

Es un sistema falso, porque promete lo que no tiene. En lugar de libertar al fiel de las cadenas de la autoridad eclesiástica, como vanamente se gloria, le agobia bajo el yugo abrumador e indigno de las opiniones humanas, porque la inmensa mayoría de los fieles no tiene ni puede tener la instrucción e ilustración crítica para interpretar y "controlar" la Biblia.

No, el que dice autoridad religiosa, dice Papa.

"Con respecto a sistemas sobrenaturales, decía el racionalista Krug⁽²⁾, no hay más que uno que sea consecuente hasta el fin: el de la Iglesia Romana. Allí y solamente allí se encuentra una trabazón rigurosa y perfectamente lógica."

Pero, hay más; este sistema lisonjea en extremo a la naturaleza humana y a su orgullo, cuando poniéndole la Biblia en las manos, declara al hombre libre de todo lazo de obediencia en el terreno de la religión, cuando permite

(2) *Racionalismo y sobrenaturalismo.*

a cada uno crearse una religión a su modo, cuando le promete un conocimiento más profundo de la Escritura, una gracia mayor y más grandes luces espirituales que las que han sido concedidas a todos los concilios, a todos los Santos Padres, a toda la Iglesia universal.

Pero si, no contentos con oponer este principio a la Iglesia católica, deducen las últimas consecuencias que encierra, tendrán por resultado final y necesario la incredulidad y la más desesperada duda. ¿Cómo esto? Helo aquí.

El niño protestante bautizado, ha recibido el sacramento y la gracia de la fe; es un cristiano, un fiel perfecto aún, según la doctrina protestante⁽³⁾. Llegado a la edad del discernimiento, toma la Sagrada Escritura, que debe ser para él el origen y la regla de las doctrinas que debe creer. Pero ¿qué es la Escritura? ¿La palabra de Dios? ¿Quién se lo asegura? La Iglesia. Pero las iglesias protestantes, toda la Iglesia, todos los Santos Padres y todos los concilios están sujetos a error: necesita, pues, estudiar, probar antes que creer en la divinidad de la Sagrada Escritura. Si no puede creer en la Escritura, no puede tampoco creer absolutamente en nada, porque en aquel libro es donde debe beber toda su fe, y no sabe si es un libro divino e infalible, o un libro falible y humano⁽⁴⁾.

Una investigación de la Biblia se convierte necesariamente en un examen sobre la Biblia. El principio protestante obliga, pues, a todo bautizado, desde que tiene

(3) Martensen, en su libro del *Bautismo*, expone este punto de doctrina contra las sectas anabaptistas; pero los principios que emplea para combatirlos, son principios católicos.

(4) No queremos decir que no hay cristianos creyentes en el protestantismo; lo que ahora juzgamos es su sistema. El pueblo fiel, en el protestantismo, cree en la Biblia a causa de la autoridad de la Iglesia; es decir, por la base del principio católico. He aquí una observación muy justa, hecha por un protestante [Pérthes, *op. cit.*, 213]. Digan lo que quieran nuestros teólogos, el principio de las dos Iglesias es prácticamente el mismo, y la Iglesia evangélica no hubiera podido subsistir si en lugar de considerar a la fe como un acto de obediencia y de sumisión a una Iglesia visible, como lo hacía la antigua Iglesia, hubiera querido realmente fundarle en el examen propio y en la opinión libre de cada uno. Por una parte, pues, la Iglesia protestante, lo mismo que la Iglesia católica, concibe en su seno a cada uno de sus hijos, después le instruye y le forma, abraza y dirige toda la vida del pueblo con sus formas y costumbres, y comunica a todos su propio espíritu; por otra parte, continúa afirmando y enseñando especulativamente que la condición del puro cristianismo es la decisión particular y libre de cada uno, el examen independiente, la elección."

uso de razón, a perder la gracia de la fe, a borrar el sacramento, a expulsar de su corazón al Espíritu Santo, que en el bautismo había penetrado en él: le obliga a pasar por la duda y por la incredulidad antes que salga de ella por el examen y por el estudio, y recobra de este modo la fe y la creencia de que la Escritura es la palabra de Dios y la base de la fe cristiana. La fe cristiana no es, empero, una posesión segura, no es más que un problema.

Ha sido fijada por los protestantes la confirmación como el momento en que el bautizado, hecho adolescente, debe, después de un previo examen y con conocimiento de causa, decidirse a permanecer en la comunión cristiana o a salir de ella⁽⁵⁾. Pero el bautizado permanece en la incredulidad, al menos hasta este día.

Por otra parte, observa Strauss, a la edad de 14 años, época de la confirmación, no puede tratarse de un examen de toda la fe: si se quisiera que esto dejara de ser una vana formalidad, sería necesario esperar a una edad mucho más madura, y aun así la mayor parte vería llegar el fin de su vida antes de haber podido terminar este examen. Pero prescindiendo de estas razones, ¿puede acaso la fe fundarse en motivos humanos, es decir, en el propio examen? ¿Puede, por ventura, lo falible servir de sostén a lo infalible, lo humano a lo divino?

Sólo de la autoridad de la Iglesia procede la certidumbre de la fe

La fe, en el sentido propio y verdadero de la palabra, no podría, pues, existir más que en la Iglesia⁽¹⁾. Esta existía antes de que hubiese Sagrada Escritura, y su fe se conservaba viva en millones de fieles, miembros suyos⁽²⁾. "La Iglesia es la puerta de la vida cristiana;

⁽⁵⁾ Esta doctrina ha sido condenada por el Concilio de Trento, sess. VII, cán. 14.

⁽¹⁾ "En la Edad Media, cuando una Biblia costaba más cientos de francos que centésimos hoy, y cuando toda la vida con sus costumbres, sus fiestas, sus industrias, sus medios de subsistencia, estaba ligada a la Iglesia, la ignorancia de la Biblia y el embarazo para responder a una pregunta de religión eran menores que en nuestros días." [*Gazeta de la iglesia evangélica*, por Henstenberg, pág. 101.] La Biblia, dice Pérthes, sólo es conocida por un número muy reducido de familias.

⁽²⁾ "Yo no os he escrito como a personas ignorantes de la verdad." I Joan., II, 21.

todos los que en ella quieren entrar por otro lado son ladrones y rateros; debemos, pues, evitarlos y guardar cuidadosamente lo que enseña la Iglesia y conservar la tradición de la fe.

"La tradición de la Iglesia es la única regla de fe para muchos pueblos bárbaros que sin papel ni tinta creen en Jesucristo, que llevan la salvación escrita en sus corazones por el Espíritu Santo, que conservan piadosamente la antigua tradición, y creen en Dios creador del cielo y de la tierra. Su doctrina ha sido el motivo de certeza⁽³⁾ en que hombres, mujeres, jóvenes, todos pueden sólidamente fundar su fe"⁽⁴⁾. La Iglesia misma era la que valiéndose de la pluma de sus jefes y doctores, los apóstoles y los evangelistas, componía cuando se presentaba ocasión oportuna, por ejemplo, en caso de herejía, los santos evangelios y las epístolas, sin que por esto haya pretendido nunca transmitir toda su doctrina en estos escritos de circunstancias⁽⁵⁾; yo no sé que haya sido demostrado lo contrario por parte de los protestantes, ni puedan hacerlo jamás.

Digamos con San Basilio⁽⁶⁾: "sin la tradición oral, el Evangelio no es más que una vana palabra; juntas la Escritura y la tradición forman el depósito de la fe, pero si se las separa, la tradición subsistirá sin la Escritura

⁽³⁾ "Pablo y Timoteo recorrían las iglesias y las enseñaban a guardar lo que los Apóstoles y los discípulos habían decretado en Jerusalén", y esto sin añadir bajo condición de que sus decretos estuviesen conformes con la Biblia. *Atc.*, XVI, 4.

⁽⁴⁾ Gress, Apolog.

⁽⁵⁾ "El cristianismo es una religión, no una teoría; una vida, no una sabiduría de escuela. Todo en él vive y se hace por la vida, hasta la manera con que se ha propagado por medio de la predicación oral. La Escritura, como medio de comunicar esta doctrina, es una cosa secundaria, como suficientemente lo indica la forma epistolar de la mayor parte de sus escritos". (Hagemann, *La Iglesia Romana*, Friburg., pág. 649.)

"Los que hacen de la palabra escrita del Nuevo Testamento el principal origen de la fe, dice el protestante Delbruch, le señalan un papel que no puede desempeñar por su naturaleza, que no ha podido estar en las miras del Señor el darle, y que no ha desempeñado [según nos dice la historia] en los primeros siglos, cuando el cristianismo estaba ya en la plenitud de su fuerza y vigor".

Así todo el edificio de la Teología Evangélica descansa en dos principios, material el uno y formal el otro, la doctrina de la imputación y la insuficiencia de la Biblia; pero he aquí que el principio material es abandonado por la exégesis como por la dogmática, y en cuanto al principio formal, suficiencia de la Biblia y condición de esta suficiencia, la inspiración, no se le ha dado nunca ni la apariencia de una demostración bíblica. Tiempo vendrá en que la importancia de este hecho será plenamente conocida. (Dællinger, *op. cit.*, 439; Daniel, *Controversias teológicas*.)

⁽⁶⁾ De Spiritu Sancto, cap. XXVII.

y no la Escritura sin la tradición. No para que se convirtieran los incrédulos fueron compuestos los evangelios y las epístolas apostólicas, sino para explicar y completar la predicación oral en favor de aquellos que habían ya entrado en la Iglesia, a la cual habían sido conducidos por la palabra viva. Así la Escritura ha sido hecha en la Iglesia, y su padre es el Espíritu Santo."

Para sostener su tesis, el protestantismo tiene que probarnos al menos que los apóstoles han tenido intención, cuando componían los sagrados libros, de sustituir en la enseñanza de la Iglesia la palabra escrita a la palabra hablada. El mismo espíritu que ha inspirado a los apóstoles las sagradas escrituras, ha sido prometido también a la Iglesia docente, la ha inspirado desde el principio y continúa inspirándola en todo lo que enseña, especialmente en la inteligencia de los libros sagrados, y por medio de ella dirige a cada uno de los fieles en particular. "Porque, dice el Apóstol, es ante todo necesario que sepáis que ninguna profecía de la Escritura puede ser explicada por una interpretación particular" (*).

Allí está esa *asistencia del padre* que Platón consideraba necesaria en toda especie de escrito para preservar de los abusos de la interpretación. De la Iglesia docente recibe el fiel⁽⁸⁾ la Sagrada Escritura, el niño y el viejo, el hombre del pueblo y el hombre de ciencia, del mismo modo que de ella recibe todo lo que es materia de fe. La Iglesia, que desde el principio ha estado en posesión del símbolo de los apóstoles y del sumario de la fe, ha enseñado siempre a los fieles de viva voz y les comunica la Biblia como un libro inspirado, cuyo sentido les interpreta.

La Iglesia que ha estado desde el principio y que hasta el fin estará con Cristo, les pone entre las manos este libro como un libro divino, y he aquí por qué creen que es la palabra de Dios lo que en este libro leen. No tienen que examinar primeramente lo que hay en el fondo, ni su fe es determinada por la Escritura, sino que precede a ésta; la encuentran confirmada en la Escritura; pero la poseen-

(*) II. Petr., I, 20.

(8) La Iglesia docente es *regula fidei proxima*, la Escritura y la tradición son *regula fidei remota*. Estas son transmitidas infaliblemente a los individuos por medio de aquélla.

rían lo mismo aun cuando no existiera la Escritura⁽⁹⁾. El católico sabe que lo que él cree es creído también por trescientos millones de hombres, y lo confiesan en todas las lenguas "cual una sola alma, un solo corazón y una sola boca", que toda la Iglesia lo cree y lo confiesa desde el principio, que su fe es la de todos los siglos; mientras que el protestante parte del principio de que toda la Iglesia se puede equivocar.

Por muy lejos que un fiel aislado pueda avanzar en el conocimiento e inteligencia de la Sagrada Escritura, no será bastante para quebrantar el principio sentado por San Agustín: "Yo no creería en el Evangelio si a ello no me obligase la autoridad de la Iglesia." Esta fe, este abandono completo a la Iglesia, madre de la fe, es lo que constituye la esencia del cristianismo. "Tu fe te ha salvado", dijo el Señor, y no: "Tu conocimiento de la Escritura."

De aquí esta certidumbre inquebrantable, absoluta, que es el carácter de la fe católica y que no es posible más que en la Iglesia y por la Iglesia. "Yo no he variado jamás en mi fe, dice San Basilio⁽¹⁰⁾; lo que he creído en mi infancia se ha confirmado cada vez más con el progreso de los años. Sin oscilar de una en otra opinión, he intentado constantemente penetrar cada vez más en la doctrina que recibí de mis antepasados. Así como el grano de trigo, por pequeño que sea, crece y se desarrolla sin dejar de ser el mismo en sí y sin cambiar de naturaleza, así ha aumentado mi fe.

"Lo que entonces tiene lugar, no es una transición de lo peor a lo mejor, sino simplemente el cumplimiento de la obra ya comenzada y la fortaleza de la fe por un conocimiento más profundo y más claro."

"En la Iglesia, dice S. Ireneo⁽¹¹⁾, se encuentra la invariable regla de fe que recibimos en el bautismo." Cristo exige la fe en El; la fe es el camino por el cual

(9) Se ve por I Cor., V, 9. y por Col., IV, 16, que dos cartas de San Pablo no han llegado hasta nosotros y permanecieron ignoradas desde la antigüedad.

(10) Epist. CCXXIII. Por eso es que, fuera de la Iglesia católica, apenas se atreve nadie a hablar con certeza cuando se trata de cuestiones religiosas. [Quarterly Review.]

(11) Contr. hœres., cap. I, 1 y siguientes.

debe el mundo marchar hacia la salvación⁽¹²⁾. Los Apóstoles⁽¹³⁾ exigen unánimemente la fe en su enseñanza, porque sin fe es imposible agradar a Dios⁽¹⁴⁾. ¿Acaso el camino de la verdad podría ser para nosotros diferente del de los contemporáneos de Cristo y de los apóstoles? ¿Es posible que se verifique un cambio en este método de la enseñanza cristiana, con tanta frecuencia expuesto en las mismas Sagradas Escrituras, y que tan íntima y estrecha relación tiene con la verdad revelada? Si con el tiempo se ha hecho de la Escritura un uso más amplio, consecuencia necesaria ha sido del desarrollo del cristianismo y de la multiplicación de las herejías, pero que no implica ninguna diferencia, en la manera de concebir o de aplicar el principio constitutivo.

No hay que decir que, inmediatamente después de la muerte de los Apóstoles, sus escritos, herencia común de la Iglesia, fueron destinados a propagar la inteligencia de la palabra de Dios; porque, ¿quién es el que comunicaba la inteligencia de estos mismos escritos? Cuanto más, con el tiempo, la Iglesia se ha alejado de su origen, tanto más se han complicado las relaciones espirituales; más apremiante ha sido para ella la necesidad de mantener el principio de la tradición, y, por consiguiente, menos podía pensar que la Escritura era la única fuente de la fe cristiana. ¿En qué pasaje los Apóstoles, ni una vez sola, han dado a entender que el libre examen sería en lo futuro sustituido en la enseñanza de la Iglesia en lugar de la autoridad viva y oral?⁽¹⁵⁾

Precisamente es lo contrario lo que la Escritura nos enseña. "Lo que tú has oído delante de muchos testigos, dice San Pablo⁽¹⁶⁾, comunícalo a hombres fieles, capaces de instruir a los demás." Nos enseña que la fe procede de la audición, la audición de la predicación, la predicación

⁽¹²⁾ *Marc.*, XVI, 14; *Johan.*, VI, 29.

⁽¹³⁾ *I Johan.*, V, 1, 4, 5; *I Petr.*, I, 5, 8; *Jud.*, XX, 3.

⁽¹⁴⁾ *Hebr.*, X, 38; XI, XXII.

⁽¹⁵⁾ Los que en Berea consultaban las Escrituras para ver si era así [*Act.*, XVII, 11], eran judíos, no cristianos, y seguían la demostración de San Pablo apoyada en las profecías. Se trataba de los motivos de credibilidad y no del fundamento de la fe. Por lo que toca a la Escritura y a la fe en el Mesías, se fundaban en la autoridad de la Sinagoga. Véanse las notas adicionales.

⁽¹⁶⁾ *II Tim.*, II, 1; I, 13.

de la boca de Aquel que ha sido regularmente enviado⁽¹⁷⁾. Habla de los pastores y doctores⁽¹⁸⁾ que Jesucristo instituyó en su Iglesia, a fin de retener por ellos a todos los miembros en la unidad de fe para que no caminen al azar, llevados por vientos de falsa doctrina.

He aquí, a este propósito, un notable razonamiento de un protestante, de Martensen⁽¹⁹⁾: "Si la fe procede de la predicación, ¿de dónde trae su origen la misma predicación cristiana? Todas las sectas afirman que vienen en nombre de Cristo; todo predicador se cree revestido de una misión, cuya importancia conoce: pero ¿cómo un predicador podrá ser órgano de Cristo, si no está ya incorporado al organismo cristiano, la Iglesia? Solamente por el todo está Cristo en relación con cada uno en particular⁽²⁰⁾, toda comunión verdadera con Cristo es una comunión con El, como jefe del cuerpo de la Iglesia; la verdadera predicación es, pues, necesariamente aquella que viene de Cristo por la Iglesia⁽²¹⁾. Debe establecerse el principio de que ninguno sin excepción puede presentarse como órgano privado de Cristo, sino como representante de la sociedad pública establecida por Jesucristo, sociedad viva y que se desarrolla en el gran día de la historia.

⁽¹⁷⁾ *Rom.*, X, 14.

⁽¹⁸⁾ *Ephes.*, IV, 11; *I Cor.*, XII, 28.

⁽¹⁹⁾ *El Bautismo cristiano*, Gotha, 1860.

⁽²⁰⁾ Esto es todavía mucho más verdadero en el orden de las cosas naturales. La sociedad es naturalmente antes que el individuo, porque el todo es necesariamente anterior a las partes. *Polít.*, I, 1, 11.

⁽²¹⁾ He aquí un principio que hace al protestantismo imposible y hace desaparecer hasta el terreno en que pretende sentarse, por lo cual le niega Thomasius; éste dice [*op. cit.*, p. 386]: "Primero es Cristo y la fe que obra su doctrina, después la acción de la Iglesia. Desde que tengo a Cristo en la fe, tengo también en El la comunión con todos los que le pertenecen." Pero ¿de dónde viene la doctrina? Todo esto cae en presencia del razonamiento de Pérthes [*op. cit.*, p. 210]:

"Para la comunión de los cristianos, la Iglesia es una necesidad, como lo es un Estado para la nación. ¿Quién da a dos o tres personas, que quieren reunirse y formar iglesia, la seguridad o la posibilidad de hacerlo en el nombre del Señor? Seguramente una previa enseñanza. ¿Cómo alcanzar este principio constitutivo que forma la Iglesia? Es preciso que desde fuera sea comunicado. Pero ¿quién enseñará y hará recibir la verdad? Para llenar estas funciones para con la humanidad, no bastan individuos aislados, sino que es preciso una institución, una Iglesia. Si la Biblia puesta en las manos de cada uno basta para formar en él a Cristo, enséñese a todos los niños a leer, y déseles en seguida una Biblia a cada uno, a fin de que la lea, la examine y aprenda a dirigir su vida hacia su destino, pero que no se haga más, porque todo lo que se añadiera, dejaría de ser doctrina del protestantismo". Hay, pues, que elegir en el siguiente dilema: o la fe, y por consiguiente, una autoridad que enseñe, o un subjetivismo de una naturaleza racionalista y pseudo-mística; no hay más medio.

“El error de las sectas consiste precisamente en que quieren unirse a Cristo sin pasar por la Iglesia, este gran intermediario visible entre Cristo y cada fiel: los individuos no están sino aisladamente unidos a Cristo, porque no consideran a la Iglesia anterior a los individuos. Las sectas quieren componer el todo, yuxtaponiendo partes y átomos, a pesar de ser el misterio de todo organismo, que el todo preceda a las partes. En lugar de considerar a la Iglesia como a la santa madre de la fe, las sectas la miran exclusivamente como un producto de la fe de cada cual, pero no es éste el orden de las cosas, sino que es la Iglesia la que empieza; es la gran vida común, la vida universal que se propaga al individuo y le comunica la vida individual.

“Mientras el Señor estaba sobre la tierra la creencia de los discípulos en su profunda y pura doctrina se fundaba en la autoridad, porque Jesucristo fué por sí mismo el fundador de la fe. Este origen de la fe ha debido necesariamente permanecer el mismo para todas las generaciones venideras, y la economía de la salvación no puede en manera alguna ser para los cristianos de hoy esencialmente diferente de lo que era para los primeros discípulos.”

¿Qué podrán responder a esto esos predicadores *evangélicos* o *metodistas*, que nos pretenden enseñar el puro Evangelio? ¿De dónde sacan o derivan su misión contra la Iglesia? No faltaba más que Jesucristo hubiese dejado abandonada su doctrina al primer predicador que se nos presentase. ¡Pobre Iglesia, pobre cristianismo, pobre humanidad!

Sin autoridad no hay Iglesia de Cristo

En verdad, la Biblia estudiada aisladamente y fuera de la enseñanza de la Iglesia, no ha sido nunca el camino que conduce a la fe. En todo tiempo aquellos que han deseado la fe, la han pedido a la Iglesia, que les ha dado su símbolo y con él la Sagrada Escritura por ella interpretada, y símbolo y Escritura fueron siempre recibidos y

confesados bajo la autoridad de la Iglesia⁽¹⁾. Sin la Iglesia y sin el Espíritu que en ella vive, la Escritura no es más que un epitafio jeroglífico, sobre cuya significación y sentido se disputa como acerca de las inscripciones egipcias.

La cuestión que aquí tratamos es fundamental, porque todas las controversias entre la Iglesia católica y la herejía protestante van a parar necesariamente a la *cuestión por la autoridad de la Iglesia*. ¿Es la Iglesia la regla inmediata de la fe que directamente comunica a los hombres el objeto de la revelación que garantiza; o más bien, cada uno en particular puede llegar a la fe independientemente de la Iglesia?

La cuestión está ya resuelta en principio, puesto que hemos demostrado la misión que la Iglesia ha recibido de Jesucristo su fundador, así como también la falsedad del principio: “la Biblia, nada más que la Biblia”; y la imposibilidad de aplicarla hasta el fin. Sin embargo, la importancia del asunto y la inmensa extensión de sus consecuencias, exigen que expongamos más a fondo el principio sobre el cual descansa la autoridad de la Iglesia en materia de fe.

“Yo no sé, dice de Maistre⁽²⁾ si se habrá suficientemente notado acerca de esta grande cuestión, como sobre tantas otras, que las verdades teológicas no son más que verdades generales, manifestadas y divinizadas en el círculo religioso, de manera que no se podría atacar a una sin atacar al mismo tiempo una ley del mundo.”

Aplicadas a la cuestión de la autoridad, estas palabras encierran la verdad más completa. Así como no hay cristianismo sin Iglesia, así tampoco hay Iglesia sin autoridad: habiendo Cristo querido una Iglesia, no ha podido menos de quererla dotada de suficiente autoridad⁽³⁾, puesto que solamente con esta condición puede desempeñar su cometido de conductora de los pueblos y de maestra de la verdad.

Sin autoridad no hay Iglesia, sin Iglesia no hay cris-

(1) Agustí, *Hechos notables*, t. II, p. 49.

(2) *Del Papa*, cap. I, p. 1.

(3) Así la cuestión de la verdadera fe y de la verdadera Iglesia no es sino la cuestión de la verdadera autoridad. La fe toda entera descansa en la autoridad.

tianismo: reconociendo entre estas dos ideas la más íntima conexión y sosteniendo que no se concibe una Iglesia sin autoridad ni una autoridad sin Iglesia, no hacemos más que aplicar a la vida sobrenatural un principio que rige todas las instituciones humanas.

La autoridad es el principio social por excelencia: la autoridad con el deber de obedecer, que es su correlativo, es el lazo de los espíritus, el corazón cuyo latido hace vivir a toda sociedad, el centro de donde parten la unidad de vida y la salvación; es el principio constitutivo y regulador de todas las sociedades, desde aquella cuyo círculo es más limitado, esto es, la familia sostenida y conservada por la autoridad paternal, hasta esos grandes imperios en que millones de hombres encuentran la unidad en el lazo de la ley emanada de un poder supremo, de una autoridad soberana de la cual todo depende sin que ella a nada ni a nadie esté sujeta.

Quítese esta autoridad, y no se formará jamás el lazo social, y la sociedad mejor cimentada se disolverá, se dividirá en millones de átomos sin cohesión entre sí, efecto necesario de la anarquía. He aquí por qué la humanidad no ha renegado nunca de la autoridad, sino que está ligada a la vida social por el fondo mismo de su naturaleza, porque sólo en la sociedad puede el individuo llegar a todo el desarrollo posible en la existencia del hombre.

El mundo se ha dividido acerca de estas cuestiones, que se refieren a saber cuál es la razón última de la autoridad, cuáles son sus representantes naturales y legítimos, cuáles las formas y leyes con arreglo a las cuales debe ser ejercida; pero la autoridad misma no ha sido nunca objeto de ninguna contestación. ¿Podía, pues, Cristo negar a su Iglesia, a la sociedad por excelencia, *sociedad internacional*, que abraza al universo entero, negar lo que es la condición vital, indispensable de toda vida colectiva, verdaderamente humana? El, que ha encargado al hombre a los cuidados de la sociedad en todo aquello que concierne a su vida natural⁽⁴⁾, porque solamente en su seno puede desarrollarse y física y moralmente conservarse, ¿cómo es

(4) El hombre, dice Aristóteles (*Politic.*, I, 1, 9), es por naturaleza un animal social, predispuesto y destinado a la vida en común.

posible que se contradiga a sí mismo, le aisle por excepción y le reduzca a sus propias fuerzas individuales, cuando se trata de la vida más excelente, de la vida propiamente dicha?

Cristo, en su cualidad de hombre verdadero, ha habitado entre los hombres, ha cumplido la obra de la redención como Dios y como hombre, ha venido para congregar a aquellos que estaban dispersos, ¿y no hubiera fundado su obra sobre el enérgico principio de la unidad; hubiera instituido la anarquía en lugar del orden, la discordia en lugar de la unidad? Si Cristo ha querido una Iglesia, no ha podido seguramente querer un cuerpo sin cabeza, una sociedad sin principio constitutivo social, una grey sin pastor; no, El ha querido y constituido necesariamente un rebaño con su pastor, una familia con su jefe, una Iglesia visible con un jefe también visible; es decir, dotada de autoridad.

No podía suceder de otro modo, porque sin una autoridad que tenga por objeto comunicar la verdad revelada a todo hombre por el camino más sencillo, más seguro y más corto, que es el de la fe, la humanidad sería, sin distinción de lugar, de tiempo, de edad, ni de civilización, tan miserable después de la venida del Mesías, y estaría tan desprovista de verdad, tan entregada a la duda, a todo viento de doctrina, como lo había sido antes de la revelación.

Los protestantes, así antiguos como modernos, responden como nosotros a aquellos que niegan la revelación, objetándoles la necesidad de una enseñanza positiva dada por Dios al género humano, por la razón de que no hay otro camino para que cada uno pueda pronto y fácilmente, sin temor de ilusión y sin mezcla de error, llegar al conocimiento de la fe religiosa⁽⁵⁾.

Pero entonces "el origen de la fe debe ser necesariamente el mismo para todas las generaciones cristianas, y de la misma manera que ha sido la economía de la sal-

(5) Luthard dice, *Apología*, p. 116: "A esta revelación natural debe agregarse una positiva e histórica, porque es una necesidad natural del espíritu humano que las principales verdades sobre las que descansa el edificio de su vida moral le sean certificadas por una autoridad más elevada que su propia razón; es decir, por una autoridad divina, a fin de desechar enteramente la duda."

vación para los primeros discípulos, tal es preciso que sea para todos los que después de ellos han venido" (6).

Los primeros discípulos se abandonaban a la autoridad viva de su divino Maestro, para recibir de El las doctrinas de vida eterna, y todavía hoy es preciso entregarse plenamente a la autoridad viva de la Iglesia para creer en el hecho de la revelación por Jesucristo, y para apropiarse la materia misma de esta revelación; solamente con esta condición habrá fe. Ni podía ser de otro modo, porque todo reino se conserva por el mismo principio que le ha fundado.

Esta verdad es todavía mayor cuando se trata de la religión revelada, que de otra cualquiera cosa; sobrenatural, misteriosa y que excede la extensión del espíritu humano, es el espíritu de Dios convertido en el espíritu de la Iglesia el que nos la comunica, y de ningún modo la *interpretación individual* (7).

Hemos dicho autoridad viva, porque hasta aquí la palabra muerta y en un libro cerrado no ha fundado ningún Estado, ni le podría hacer vivir dos días. La Biblia sola y sin Iglesia no es una autoridad, sino que, al contrario, necesita del testimonio de la autoridad eclesiástica legítima, que comunicándole una certeza absoluta le da por sí sola todo su precio e importancia.

Sin autoridad no hay Iglesia. La necesidad de la autoridad está tan bien fundada en la naturaleza del hombre, que el protestantismo, que teóricamente la rechaza, la ha conservado en la práctica y hasta ha exagerado su aplicación hasta el despotismo. Los reformadores no se han servido de su principio la *Biblia sola*, más que para justificar su separación de la Iglesia. Una vez verificada la separación, si se trata de fundar una nueva comunión religiosa, se abandona el principio como si no fuera bueno para nada, y hasta se ha vuelto contra aquellos que le habían formulado causándoles más de un disgusto. Lutero se apresura a componer un catecismo de su doctrina, y anatematiza como *hijo de Satán* al que se atreve a creer de otro modo que él (8).

(6) Martensen, *op. cit.*

(7) II. Petri, I, 20.

(8) Walch, XVII, p. 1907.

Calvino impone penas pecuniarias y corporales y hasta la pena de muerte, a los que se permiten pensar de otro modo que él. Las diversas fracciones del protestantismo han puesto por escrito sus dogmas y obligado a sus predicadores a que presten juramento de enseñarlas (9).

"Dos resultados principales ha dado la Reforma, dice M. Guizot: 1º La multiplicidad de sectas, la licencia prodigiosa de los espíritus, la destrucción de toda autoridad espiritual, la destrucción de la sociedad religiosa en su conjunto; 2º La tiranía, la persecución." Vosotros provocáis la licencia, se ha dicho a los reformadores; vosotros la producís, y cuando lo habéis conseguido procuráis contenerla, reprimirla. ¿Y cómo la reprimís? Por los medios más duros, más violentos. Vosotros también perseguís a la herejía, y en virtud de una autoridad ilegítima... El

(9) ¿Cómo explicar con arreglo a los principios del protestantismo estos símbolos que se imponen, esta autoridad de un papa de papel? Cuestión es ésta difícil de resolver; pero se ha encontrado una escapatoria; el predicador está obligado a enseñar el símbolo, pero no a creer en él. Cf. *Gaceta General de Augsburgo*, 1867, II, 141. Dos cosas son de igual evidencia, a saber, que una comunión eclesiástica es imposible sin un símbolo impuesto a todos los miembros, y que la imposición de un símbolo cualquiera repugna a los principios del protestantismo.

"El derecho de examinar lo que se debe creer, es la base del protestantismo. Los primeros reformadores creyeron poder fijar las columnas de Hércules del espíritu humano por sus decisiones. Pero ellos no tenían este derecho, porque se habían sublevado contra toda autoridad de este género en la Iglesia católica." *Stael De la Alemania*, IV, Cap. 2.

"¿Hay necesidad de demostrar latamente que nuestra Iglesia está devorada y aniquilada por una maldición nativa que sobre ella pesa, es decir, el subjetivismo de la creencia? Una Iglesia se encuentra así necesariamente dividida hasta lo infinito y pulverizada, y toda comunidad de fe se hace imposible." Hengstenberg, *Op. cit.*, p. 543.

El principio constitutivo del protestantismo se opone a toda formación de Iglesia y obra a la manera de un disolvente sobre toda Iglesia ya formada. He aquí la inutilidad de todas estas asambleas que tienden, ora a tomar por principio de unidad confesional alguna frase vaga que a nada conduce, ora a hacer brillar el gran día de las oposiciones hasta entonces desconocidas, como sucedió con las reuniones de la *Alianza Evangélica*.

"El objeto de los estudios teológicos no es interpretar la Escritura, sino la Escritura interpretada. Nuestra enseñanza no es otra cosa que el resumen de la Escritura, dice Kahnis [*La causa de la Iglesia luterana contra la Unión*, Leipzig, p. 641]. Schinkel responde [*Gaceta protestante de Berlín*, del 17 de Febrero de 1855]: O la doctrina de la Escritura es bastante sencilla y clara para que todos los intérpretes concienzudos no puedan de diverso modo entenderla, lo cual constituye la opinión primitiva de los protestantes, y entonces carece de sentido el que se insista sobre la Escritura interpretada; o bien la Escritura no es ni clara ni suficiente, y entonces Roma tiene razón, la autoridad eclesiástica debe dar la interpretación, y los reformados injustamente rechazan la autoridad de la Iglesia. ¿Quién les ha autorizado para sustituir con su propia autoridad a la autoridad de la Iglesia?" Por lo demás, diez años después, el mismo Kahnis decía: "Se desea que un teólogo protestante se atenga estrictamente a la sustancia de la fe, y es imposible, claramente, distinguir lo que es sustancia de lo que es accidente". — *Dogm. luterana*, pág. 618.

partido reformado estaba muy avergonzado con estos cargos. Cuando se le reprochaba la multiplicidad de sectas, en lugar de confesarlo, anatematizaba a las sectas; se condolía de ello y se excusaba. ¿Se le acusaba de persecución? Se defendía con algún embarazo, alegaba la necesidad; tenía, según él, el derecho de reprimir y castigar el error, porque estaba en la posesión de la verdad, sus creencias, sus instituciones eran las únicas legítimas, y si la Iglesia romana no tenía derecho a castigar a los reformados, era porque no tenía razón contra ellos.

“Cuando la acusación de la persecución era dirigida al partido dominante en la Reforma, no ya por sus amigos, sino por sus propios hijos; cuando las sectas anatematizadas por este partido le decían: Nosotros hacemos lo que vosotros habéis hecho, nos separamos como vosotros os habéis separado, se veía todavía más embarazado para responder, y con frecuencia no respondía más que con medidas de rigor... La Reforma no se había elevado hasta la última razón, ni descendido hasta las últimas consecuencias de su obra” (10).

El protestantismo, apenas repudió el reino espiritual de los papas, le sustituyó con otro nuevo papado, el de los reyes. Si este nuevo estado de cosas pudo bien o mal sostenerse y durar, lo debió al poder temporal cuya intervención habían de antemano solicitado los reformadores (11); pero el protestantismo pagó siempre y por doquier este servicio con una baja y servil sumisión al Estado declarándolo Jefe de la Iglesia.

(10) *Hist. gen. de la Civil. en Europa*, XII lec.

(11) Lutero [Ad. Menzel, *Nueva Historia de los alemanes*, p. 338] entrega el gobierno de la Iglesia al duque Juan de Sajonia; Zwinglio al consejo de Zurich [Dacshinger, *La Iglesia y las iglesias*, p. 302], los teólogos reunidos en Namburgo con Melancthon a la cabeza, citaron diversos textos de la Escritura para demostrar que era preciso someter la Iglesia a los poderes de la tierra, [Camer., *Vita Melancthon*, p. 319.] A propósito de la ordenanza consistorial de Wimberg, 1542, dice Schenkel [*Estudios y Críticas*, p. 459]: “La disciplina de la Iglesia pasó con un plumazo a manos del Estado, los casos de conciencia fueron en lo sucesivo tratados como cuestiones temporales, la puerta permaneció abierta a una tiranía ilimitada de las conciencias por parte del Estado.” Tal es todavía el actual estado de cosas en Europa.

Sin la infalibilidad no hay autoridad en la Iglesia de Cristo

Sin autoridad no hay Iglesia; pero esta necesaria autoridad eclesiástica, ¿de qué naturaleza es?

Cuando decimos que la Iglesia es infalible, no es un privilegio que pedimos en su favor, sino que solamente reclamamos para ella todo lo que de derecho y naturalmente pertenece a todos los poderes soberanos existentes, los cuales obran siempre como infalibles en el círculo de sus propias atribuciones. Suponer únicamente que se puede contradecir a la Iglesia so pretexto de que se ha engañado o juzgado mal, es decir que no existe; poner en duda su infalibilidad, es suprimirla. ¿Para qué serviría una Iglesia que no puede garantizar su enseñanza? Ni ¿cómo Jesucristo nos podía obligar a creer en ella, si podía equivocarse, y enseñarnos el error en vez de la verdad? En el orden judicial, que no es más que un brazo del gobierno, se necesita absolutamente un poder que juzgue sin que de él pueda apelarse, es necesario que haya uno a quien no se le pueda decir: Tú te has engañado.

Claro está que el condenado no estará jamás contento con la sentencia, y que ni un solo instante dudará de la injusticia del tribunal; pero el hombre de Estado sabe que un tribunal que juzgue en última instancia es necesario (1).

La decisión de este tribunal forma la última instancia que le identifica con el derecho mismo, y que no consiente ulterior apelación, y que es jurídica y formalmente infalible.

La misma ley se encuentra necesariamente en la sociedad religiosa; pero con la diferencia propia de la esencia misma de las cosas. La misión del poder civil se refiere al derecho exterior; allí está su terreno y su límite. El alma del hombre, su fe y su conciencia pertenecen a otro orden de cosas, que es la Iglesia; su reino es el reino de la fe y de la moralidad, especialmente la conciencia es su esfera de actividad, su doctrina ilumina

(1) *Maistre*, Op. cit., cap. I.

nuestra inteligencia, sus preceptos obligan a nuestra conciencia.

Es pues, absolutamente necesario que su infalibilidad sea interior y real; no sólo exterior y formal; es preciso que sea efectiva y no simplemente supuesta, porque sólo la verdad puede obligar a nuestra inteligencia, como la voluntad de Dios mandar en nuestra conciencia.

Una autoridad que no sea infalible en la Iglesia, no es tal autoridad⁽²⁾. Una autoridad suprema sujeta a error en materia de fe y de moral, no solamente sería ilusoria y vana, sino también funesta. Si la Iglesia es falible, en vano vino Cristo; si la Iglesia no tiene razón, reinará la duda y la indiferencia. "Si la divina Providencia no reina en las cosas de este mundo, dice San Agustín, es inútil hasta el hablar de religión. Si por el contrario, la belleza de este universo nos revela un principio eterno de lo bello, que es la fuente de donde emana; si una voz íntima y misteriosa aconseja a los buenos que busquen a Dios y le sirvan, nosotros podemos tener entera confianza de que Dios ha establecido una autoridad capaz de conducir seguramente a El a todos los que quieran seguirla."

También el fundador de la Sinagoga o Iglesia del Antiguo Testamento la había dotado de una autoridad viva, permanente y pública, a la cual una prescripción le-

(2) He aquí por qué ni Lutero ni Calvino podían fundar una Iglesia, y por qué el protestantismo tiene confesiones, pero no iglesia: "¿Cómo podría el protestantismo de hoy hacer lo que Lutero ni siquiera intentó, es decir, fundar una Iglesia?", pregunta Pérthes [*Op. cit.*, 202]. "Con el protestantismo, añade, (pág. 518), no solamente perece la jerarquía papal, sino también la Iglesia. Ni Lutero, ni Calvino, ni Zwinglio podrían conservar la Iglesia existente o formar otra nueva. El establecimiento anglicano no tuvo nunca más que la forma exterior de una Iglesia, carácter que hoy cada vez más se manifiesta. ¿En dónde debía la Reforma buscar la unidad y la autoridad necesaria para instituir una cosa nueva? Evidentemente en la clara doctrina de la Escritura, pero ésta era entonces presa de la crítica de la ciencia humana y no estaba ni sostenida, ni conservada, ni transmitida por una autoridad eclesiástica. Por espacio de tres siglos, piadosos teólogos han luchado para defender los hechos del cristianismo con la doctrina de la Escritura, y todos sus esfuerzos han sido inútiles. La tendencia a destruir todo lo que existe, lo mismo en el Estado que en la Iglesia, ha encontrado eco en el espíritu de la juventud que estudia; grandes peligros nos amenazan para un tiempo no muy lejano. Por ello hay que renunciar a la esperanza de ver formarse una iglesia protestante." He aquí por qué bien pueden existir protestantes, porque para ello basta revelarse contra la Iglesia católica; pero no puede existir Iglesia protestante o protestantismo, con cualquier denominación que sea, Iglesia metodista, luterana, calvinista, etc., porque para formar Iglesia es necesario tener *símbolo, credo común*; y éste es imposible sin autoridad eclesiástica.

gal expresa acompañaba en la enseñanza⁽³⁾. Israel vivía a la sombra de la autoridad de su cuerpo docente, de su sacerdocio, al lado del cual se perpetuaba la enseñanza extraordinaria e infalible de los Profetas⁽⁴⁾, que duró hasta San Juan Bautista y Jesucristo, y jamás se vió al fiel de la ley antigua en cuestiones de fe abandonado a la penosa incertidumbre del libre examen. Hubo siempre una autoridad docente, viva, para comunicar a los hijos de la Iglesia la verdad de la fe. Así sucedía cuando el Señor fundó la Iglesia del Nuevo Testamento. La naturaleza y objeto de la revelación piden que así sea, lo mismo que la esencia misma de la Iglesia, cuyos miembros son *discípulos fieles y confesores*, y no escépticos indecisos o investigadores.

Y así fué hecho: Aquel a quien todo poder ha sido concedido en el cielo y en la tierra, cuya mano dirige los destinos de los pueblos, al mismo tiempo que conduce a cada alma en particular por su propio camino hasta el fin del mundo, de una manera dulce e insensible, pero con una fuerza irresistible e infalible; Aquel que es la verdad eterna, la santidad sin mancha, cuyo ojo permanece siempre abierto hasta el día del juicio sobre todas las criaturas, cualquiera que sea su número; Aquel cuya providencia tan eminentemente brilla en la naturaleza, extendiendo también su mano sobre los Apóstoles y sus sucesores para protegerles y defenderles, conservarles y justificarles. Dan testimonio y publican lo que ha dicho⁽⁵⁾, a fin de que ninguna sombra de error oscurezca el brillo

(3) *Levit.*, X, 110. A fin de que enseñéis a los hijos de Israel todo lo que Dios os comunica por boca de Moisés, Cf. *Deuter.*, XVII, 11; *Matth.*, XXIII, 2. Sentados los sacerdotes en la cátedra de Moisés, deben todos seguir su enseñanza, según la orden de Jesucristo.

(4) *Macab.*, IV, 46; XIV, 41.

(5) *Matth.*, XXVIII, 18, 20; *Act.*, II, 1; *Joan.*, XV, 26; XVI, 17; XIV, 16. Y yo rogaré a mi Padre y os enviaré otro Consolador, a fin de que el Espíritu de verdad permanezca siempre con vosotros; es decir, como lo explica Teofilacto, no solamente por un poco de tiempo como yo he estado, sino por toda la eternidad; *Joan.*, XIV, 29. "El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará lo que yo os he dicho". Mientras que los Apóstoles, órganos de la revelación, tuvieron el don de la *inspiración*, es la *asistencia* del Espíritu la que dirige la Iglesia, en la distinción entre la verdad y el error. Aquellos tenían que dar a conocer al mundo una cosa nueva, al paso que la misión de ésta consiste en custodiar el depósito de la fe.

de su doctrina, y que ninguna mancha de error humano empañe el ideal de vida que nos ha sido dado.

Sí; si la Iglesia no fuera infalible en el terreno de la fe y de la moral en que Cristo le ordenó que reinara, entonces las puertas del infierno hubieran prevalecido contra ella, porque la fe es el alma de la Iglesia, la raíz y la base de toda justicia: el Espíritu que pidió para la Iglesia, y que en el día de Pentecostés descendió sobre los Apóstoles, no sería ya más su espíritu; es decir, el Espíritu de verdad y de gracia. La infalibilidad de la Iglesia es, pues, un efecto de la asistencia particular del Espíritu Santo, una obra de la alta providencia con que Cristo gobierna al mundo sobrenatural.

De aquí viene la misión de los Apóstoles, porque no la tienen por el hombre, ni en la sabiduría humana, ni en su santidad personal descansa la autoridad de su obra, sino en la fuerza de Aquel *que está en ellos*. Así exigen una fe perfecta y sin restricción⁽⁶⁾, y no la investigación y examen para saber si su doctrina es la de Aquel cuyo Padre ha dicho: "Escuchadle"⁽⁷⁾.

Y este precepto que el Padre impuso al mundo en favor de su Hijo, ha sido renovado en favor de la doctrina apostólica: "El que oye a los Apóstoles, oye a su Maestro"⁽⁸⁾; el que no escucha a la Iglesia, esto es, a los jefes de la Iglesia, debe ser considerado como gentil y publicano." La misión de enseñar, que recibieron de Cristo, la transmitieron a sus sucesores. "Lo que tú has oído en presencia de muchos testigos, comunícalo a hombres fieles, que sean capaces de instruir a los demás"⁽⁹⁾.

Los Apóstoles forman una generación aparte en la Iglesia, y han gozado de ciertas prerrogativas extraordinarias que no han sido dejadas en herencia a sus sucesores, tales como la misión inmediatamente conferida por Cristo, la inspiración y el don de los milagros, así como también su pleno poder sobre la Iglesia universal, que

⁽⁶⁾ *Matth.*, XXVIII, 18: haced vuestros discípulos a todos los pueblos.

⁽⁷⁾ *Luc.*, IX, 25.

⁽⁸⁾ *Luc.*, X, 16.

⁽⁹⁾ *II Tim.*, 11, 2; *I Tim.*, III, 1; *Tit.*, 1, 5. El Apóstol señala en este pasaje las cualidades necesarias de los depositarios de la enseñanza ordinaria, la capacidad, la misión legítima y las cualidades morales, y las que pone en parangón con los dones extraordinarios del Apostolado.

eran gracias que exclusivamente les convenían como a órganos inmediatos de la revelación. Pero la triple fundación de doctor, de pastor y de sacerdote, que tuvieron los primeros, siendo una cosa ordinaria e indispensable, debe permanecer hasta el fin del mundo en la Iglesia y Cristo con ella, porque no solamente prometió a los Apóstoles, sino a todos los discípulos, que permanecería con ellos. Los Apóstoles no debían vivir hasta el fin del mundo; así es que la promesa fué hecha a nosotros y a los que después de nosotros debían venir. El río de la verdad corre en su plenitud, desde Cristo y los Apóstoles, a través de todas las generaciones de doctores eclesiásticos, hasta el fin de los días.

Lo que se dice de Cristo, se puede decir también de la Iglesia docente: "No enseñaba como los doctores de la ley, sino como el que posee el poder"⁽¹⁰⁾. Esto da un testimonio brillante de su divinidad; enseña como Cristo enseñaba, y así como El era la verdad infalible y eterna, así también la Iglesia tiene conciencia de ser su única esposa. También continúa expresándose en todos sus concilios, del mismo modo que lo hizo en el primer Concilio de Jerusalén: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros*⁽¹¹⁾. Y toda sociedad religiosa que admite la posibilidad de engañarse, no es la verdadera Iglesia de Cristo; sólo la Iglesia católica se declara infalible desde hace diez y nueve siglos, desde el primer día que predicó la fe, y en todos los concilios celebrados hasta nuestros días.

Millares de sectas contradictorias entre sí, han pasado, todas, unas después de otras, han acusado a la Iglesia de error, como hace hoy el protestantismo; pero siempre las herejías posteriores han experimentado el fallo dictado por la Iglesia contra las herejías que le precedieron. Este derecho que siempre ha tenido la Iglesia, de condenar a las sectas pasadas, y que nadie le disputa, es la condenación anticipada de todas las sectas futuras, y basta para convencerlas de error, porque la razón última de este derecho no puede ser otra que su infalibilidad.

Dando a su Iglesia el don de la infalibilidad, Jesu-

⁽¹⁰⁾ *Matth.*, VII, 20.

⁽¹¹⁾ *Act.*, XV, 28.

cristo ha comunicado a la Iglesia su verdadera grandeza y su dignidad original, y fundó realmente su independencia religiosa. Debemos a la Iglesia el no ser presa de los sofistas, ni doblar la rodilla delante de estos falsos sistemas, ídolos hoy adorados y despreciados mañana, ni estar, como los hijos de tutela, siempre vacilantes y dudosos, y siempre arrastrados por los vientos de mentidas opiniones⁽¹²⁾. Esta es la grandeza incomparable de la Iglesia y de sus fieles: *la libertad del error, la independencia del sofisma*, garantidas por Cristo en su Iglesia.

"Si el cristianismo, dice M. Guizot⁽¹³⁾, no hubiera sido una Iglesia, yo no sé qué hubiera sido de él en medio de la caída del imperio romano: probablemente hubiera sucumbido en medio de la disolución del imperio y de la invasión de los bárbaros... Se necesitaba una sociedad bien organizada y vigorosamente gobernada para luchar contra semejante desastre, para salir victoriosa de tamaño huracán. No creo que me exceda si afirmo que a fines del siglo V la Iglesia, con sus instituciones, sus magistrados, su poder, se defendió vigorosamente contra la disolución interior del imperio, contra la barbarie; la que conquistó a los bárbaros y fué el vínculo, el medio y el origen de la civilización entre el mundo romano y el mundo bárbaro."

Todo esto lo podía hacer la Iglesia, porque tenía en sus manos la autoridad, que era un poder capaz de dominarlo todo, porque era considerada como infalible. Lo que ha sido en lo pasado, el vaso en que su fundador vertió el licor divino que debía custodiar sobre la tierra y que le comunica la inmortalidad, lo será también en lo porvenir hasta la consumación de los siglos. Una cosa hay todavía más peligrosa para el cristianismo que los furiosos asaltos de los bárbaros, a saber: las armas del espíritu, puestas al servicio de una orgullosa razón y de un corazón corrompido, para quien la cruz será siempre un escándalo y una locura.

La autoridad de la Iglesia es la que sostiene a los débiles y reprime a los fuertes, a fin de que todos sean

(12) Ephes., IV, 14.

(13) Historia general de la civilización, etc., 2ª lección.

comprendidos en el seno de una misma unidad: si nos faltase esta autoridad, tendríamos derecho para acusar a la divina Providencia de no haber hecho nada para la instrucción de los sencillos, de haber abandonado a sus hijos en poder de los extravíos de la duda y de no habernos dado la letra de la Sagrada Escritura más que para servir de carrera al orgullo y de alimento a la discordia, como dice Fenelón, y como lo demuestra de hecho el protestantismo, que ha disuelto el cristianismo en sectas innumerables, sin que haya quien ponga paz y unión en su seno desgarrado. ¡Eso no puede ser la Iglesia de Jesucristo!

Terminemos por tanto, con estas palabras de San Agustín:

"¿Podemos dudar en cobijarnos en el seno de esta Iglesia, que por virtud de la sede apostólica en que reside, y por la larga sucesión de sus pontífices, posee una autoridad tan alta y grande, que todo el universo reconoce a despecho de las negras calumnias de los herejes, siempre condenados y confundidos? Y si toda ciencia, aun la más sencilla y menos importante, tiene, sin embargo, necesidad de un maestro que la enseñe, ¿qué orgullo tan infundado no revela el no querer admitir los libros de los divinos misterios explicados por sus legítimos intérpretes?"

NOTAS ADICIONALES

Reflexiones para los doctores protestantes

I

Lessing ha establecido contra Gœtze⁽¹⁾ las siguientes tesis, cuya sola enunciación demuestra la falsedad del sistema protestante: *la sola Biblia*, como regla de fe:

1ª Demostrar por qué las doctrinas contenidas en los símbolos de fe, deberían necesariamente perderse si se perdiese la Biblia.

2ª Por qué estas doctrinas se habrían mucho tiempo ha perdido, si se hubiera perdido la Biblia.

3ª Por qué no podríamos nosotros conocer nunca estas doctrinas, si no hubiera sido por la Biblia.

Después continúa así:

1. El contenido de estos símbolos era tenido por los Santos Padres como *regula fidei*: *regla de fe*.

2. Esta *regula fidei* no ha sido sacada de los escritos del Nuevo Testamento.

3. Esta *regula fidei* existía antes que existiese un solo libro del Nuevo Testamento.

5. Esta *regula fidei*, no solamente contentó a los primeros cristianos, a los del tiempo de los Apóstoles, sino que los cristianos de los cuatro primeros siglos la tuvieron por completamente suficiente.

6. Esta *regula fidei* es la roca sobre la cual está construída la Iglesia de Cristo, no la Escritura.

9. Los legos de la primitiva Iglesia no se atrevían a leer trozos aislados del Nuevo Testamento, al menos sin permiso del sacerdote encargado de su custodia.

10. Fué considerado como un pecado grave por los legos de la primitiva Iglesia, preferir creer en la palabra escrita de un Apóstol mejor que en la palabra viva de su Obispo.

11. Los escritos de los Apóstoles han sido juzgados con arreglo a la *regula fidei*.

(1) Obras, t. VIII, p. 22.

12. La religión cristiana, durante los cuatro primeros siglos, no fué nunca demostrada con la ayuda de los escritos del Nuevo Testamento. No se sirvió de ellos más que incidentalmente como pruebas accesorias.

13. Demostrar que los Apóstoles y Evangelistas han compuesto sus escritos con intención de comprender en ellos toda la religión cristiana, es una cosa absolutamente imposible.

14. Probar que el Espíritu Santo ha dispuesto las cosas sin saberlo los escritores, es una cosa todavía mucho más imposible.

16. Jamás los escritos de los Apóstoles han sido tenidos como el comentario auténtico de toda la *regula fidei*.

17. Precisamente por esta razón la Iglesia primitiva no quería nunca permitir que los herejes apelasen de ellos a la Escritura, ni jamás disputaba con un hereje sobre la base de la Escritura.

II

Del último escrito de Lessing contra Gœtze citaremos lo siguiente:

“El Señor Pastor pregunta si quedarían huellas en el mundo de lo que Cristo ha hecho y enseñado, si los libros del Nuevo Testamento no hubieran sido escritos o no hubieran llegado hasta nosotros”... ¡Libreme el cielo de formarme jamás una tan pequeña idea de Cristo y de su enseñanza, que pueda alguna vez responder *no* a esta pregunta! — ¡Todo lo que por el mundo pasa, deja en él impresas sus huellas... y solamente vuestra doctrina, divino amigo de los hombres, que vos mandasteis no escribir, sino practicar, si no hubiera sido escrita y sí solamente predicada, no había de haber producido ningún efecto capaz de mostrar de dónde trae su origen! ¡Vuestros palabras, para ser palabras de vida, necesitaban ser convertidas en letra muerta!... ¡Dios no hubiera podido, por un efecto inmediato de su omnipotencia, preservar de

toda falsificación la tradición oral, como decimos que ha preservado la palabra escrita!

Se lee además:

4. No solamente la historia de Jesucristo era conocida antes que los evangelistas la dieran a conocer, sino que también toda la religión cristiana estaba ya establecida antes que ninguno de ellos hubiera empezado a escribir.

5. El *Padre Nuestro* era recitado antes de que se leyera en San Mateo. Jesús lo enseñó a sus discípulos.

6. La fórmula del Bautismo estaba ya en uso antes que el mismo San Mateo la hubiera puesto por escrito, porque Jesucristo la había prescripto a sus Apóstoles.

8. Si los primeros cristianos oraban y bautizaban según la prescripción oral y tradicional de Cristo, ¿no hubiera podido ser que se hubiera atendido exclusivamente a esta misma prescripción acerca de todas las demás cosas que son esenciales al cristianismo?

9. O bien, puesto que Cristo había juzgado conveniente hacer de estas cosas el objeto de un precepto oral particular, ¿por qué no hizo lo mismo con todo lo demás que los Apóstoles debían enseñar al mundo, y que el mundo debía creer por su solo testimonio?

11. Como si los autores de las Sagradas Escrituras hubieran jamás pretendido consignar en ella todo lo que Jesús ha hecho y dicho. Como si no hubieran positivamente manifestado lo contrario para dejar, según parece, a la tradición oral un lugar al lado de sus escritos.

15. O tenemos que renunciar a admitir nada, nada históricamente probado en la religión cristiana, o tendremos que admitir que hubo en todo tiempo una fórmula auténtica de fe.

20. Que llevaba en sí misma la credibilidad.

21. Que era la piedra de toque incontestable e incontestada de la ortodoxia.

22. Que todos los herejes debían primeramente confesar antes que se dignase discutir con ellos sobre las cuestiones de fe, sobre la base de la Escritura...

III

“A la autoridad viva de la Iglesia católica, dice Schelling⁽²⁾, el protestantismo ha sustituido la autoridad muerta de libros escritos en lengua muerta también; y como ésta no podía por su naturaleza ser obligatoria, resultaba una servidumbre mucho más indigna, porque sujetaba a los espíritus a símbolos que no tenían para ellos más que un crédito puramente humano.”

“El yugo no sería menos intolerable, dice Gess⁽³⁾, si los ignorantes debieran ser entregados a la discreción de los sabios en cuanto a las verdades eternas, de tal suerte, que la fe debería ser reputada verdadera si los sabios la declaraban verdadera, y falsa, si como tal la declaraban.”

Si la autoridad de la Iglesia es un yugo para M. Gess, no menos que los símbolos y las opiniones de los sabios, ¿qué medio nos quedaría para pasar de la duda a la fe? “El espíritu es el que da testimonio.” Pero, ¿quién atestigua que este testimonio es el del Espíritu Santo y no el del espíritu del hombre? Gess invoca la autoridad de Rothe, el cual dice⁽⁴⁾: “El cristiano sabe con evidencia inmediata distinguir entre su espíritu propio y el espíritu de Dios.” (Y sin embargo, no hay un solo texto de la Biblia acerca del cual no estén desacordes los protestantes desde el principio de la Reforma). “¿El cristiano sano de espíritu no sabe acaso distinguir entre la salud y la enfermedad espiritual, como el hombre sano del cuerpo entre la salud y la enfermedad corporal?” (¿Como si éste no tuviese a su alcance pruebas muy fáciles de tomar; como si, al contrario, el enfermo, por lo mismo que está enfermo, no se engañase acerca de su estado, y no se creyese con frecuencia restablecido cuando está próximo a expirar!) Dorner, también se refiere a la experiencia íntima, no como tal, sino como experimentada y encontrada de acuerdo con la realidad. Pero por este medio de la ex-

(2) “Lecciones sobre el método de los Estatutos Académicos”, IX lección.

(3) Apología, p. 24.

(4) De la Dogmática, p. 153.

periencia íntima, el profeta de los Mormones podría también justificar todas sus indecentes revelaciones.

No incumbe a M. Dorner imponer restricciones al espíritu que inspira cuando quiere.

Phillippi está en un error cuando dice que para saber con entera seguridad si un escrito es la obra de un órgano infalible de la revelación, es preciso considerar si la garantía exterior de la historia concuerda con la seguridad interior del espíritu. Esto sería hacer necesaria de nuevo la tutela de los sabios.

IV

Por lo que toca a la traducción de la Biblia por Lutero, destinada a ser para el pueblo el manantial de la fe, he aquí lo que dice un sabio lingüista⁽⁵⁾: Es una cosa imperdonable que un gran número se atenga en su enseñanza a la versión tan defectuosa de Lutero, especialmente en la parte del Antiguo Testamento, predicando sobre un pretendido pasaje de la Biblia, que no se encuentra en el texto original. En los pasajes proféticos y poéticos del antiguo Testamento, la versión de Lutero es tan defectuosa, que no puede en manera alguna dar el sentido exacto del texto. Es muchas veces incomprensible en las epístolas de San Pablo⁽⁶⁾.

Se ha dicho que Lutero sacó a relucir la olvidada Biblia; nada hay que sea más repetido ni más falso, y prueba de ello es que dieciséis traducciones, al menos, de la Biblia en culto alemán y cinco en bajo alemán, habían

(5) De Wette (*Traducción de la Biblia*, 1831). Pero esta misma traducción no la hubiera podido hacer Lutero si no se hubiera valido de la Vulgata". Michaelis, *Introducción a la Sagrada Escritura*, I parte, pág. 72.

(6) *La sola Biblia*, dicen los protestantes, y sin embargo añaden cosas que cambian el sentido dogmático, v. g. *La fe justifica*, esto es, como a disposición; pero ellos añaden a la Biblia: *la sola fe justifica*. Fué reconvenido Lutero por esta adulteración; pero él contestó: *así lo quiero, así lo mando; sirva de razón mi voluntad*.

Eckio y Hemsor notaron más de mil adulteraciones y todas dogmáticas, en la versión de la Biblia hecha por Lutero. Zwinglio llama a Lutero corruptor y pervertidor de la Escritura; y Bucero afirma que esa versión está plagada de errores. ¿A qué podrían, pues, atenerse los simples legos del protestantismo en cuanto a la versión auténtica de la Biblia?

ya aparecido antes de Lutero, solamente en Alemania, así como diecinueve ediciones de la versión latina⁽⁷⁾.

Geiler de Kaiserberg censuraba ya la lectura inmoderada y sin regla de la Biblia, y Sebastián Brand, dice en su *Bajel de los locos* (1493): "Los libros santos inundan el país." "Los numerosos grabados de madera con que estaban adornadas la mayor parte de estas ediciones, dice Geffcken⁽⁸⁾, dan a conocer que estaban destinadas para uso del pueblo."

La Biblia de los pobres, tan común en la Edad Media, que servía para la instrucción del pueblo, que por medio de láminas ponía delante de los ojos, y unas enfrente de otras, las figuras del Antiguo Testamento y las realidades del Nuevo, suponía para ser comprendida una enseñanza oral muy completa, así como un conocimiento de la religión y de las sagradas letras que no es muy común en el día de hoy.

Cuando acordándose de esta frase *sancta sanctis*, la Iglesia católica no juzga prudente enviar por cargamentos las biblias entre los salvajes, ni hacer de la Biblia completa el libro de lectura de los niños, que aprenderían en ella lo que no debían saber hasta lo más tarde posible; cuando la Iglesia no permite a los legos la lectura de los Sagrados Libros más que en una traducción aprobada por ella, muestra que sabe adaptarse a este precepto del Señor: *No arrojéis margaritas a puercos*.

"La Biblia, dice un contemporáneo protestante⁽⁹⁾, necesita interpretación. El libro de cánticos y el catecismo son la palabra de Dios interpretada. El mismo Lutero no se atrevió a dar, a entregar al pueblo la Biblia tal como es, sin interpretación; la interpretó en los prólogos, en los títulos dados a diversos capítulos, y especialmente en la indicación de los pasajes paralelos. El deseo de una interpretación más completa se deja por doquier sentir en sus escritos.

(7) Cf. J. Nast, Observaciones sobre la traducción de la Biblia en culto alemán, la cual estaba en uso hacia más de quinientos años en los monasterios de Alemania. Kekrein, historia de la traducción de la Biblia en alemán antes de Lutero.

(8) Nathusius.

(9) Cf. Hojas históricas y políticas, t. XVI, p. 1.

Preguntado por el apóstol Felipe si comprendía lo que leía, el intendente de la reina Candacia, respondió: ¿Cómo lo he de entender si nadie me lo explica? Esta es la respuesta que debe dar todo hombre que lee la Biblia.”

V

Adolfo Wuttke⁽¹⁰⁾ mina al protestantismo por su base en un ataque que dirige especialmente contra la secta llamada de los *católicos germánicos*:

“Vosotros establecéis la absoluta libertad de conciencia; yo parto de este principio y rechazo todo lo que en la Biblia no está de acuerdo con los conocimientos que he adquirido. Si tengo el derecho de juzgar la Biblia, soy por lo mismo más sabio que ella, y en todo caso no puede ser la única base de mi fe. La verdadera base de mi fe la llevo ya en mí, cuando me pongo a leer la Biblia; es mi propia razón. ¿Cómo en un sistema que admite el libre examen puede sostenerse que la Biblia es el único manantial de la fe? Vosotros tomáis la Biblia por punto de partida, como si se comprendiese por sí misma, lo cual no es verdad.

¿Qué es la Biblia? ¿Es la palabra de Dios, en la que no podemos menos de fiarnos, o es simplemente un resto de la literatura hebrea, muy interesante para el historiador y para el filólogo? ¿Acaso no es más que una colección de mitos y de fábulas inútiles? Supuesto que la Biblia es la palabra de Dios, desde que permitís a cada uno que a su modo la interprete, su autoridad no es más que aparente. Yo la leo como me agrada, y desecho de ella todo lo que me disgusta.

Leída así la Biblia no es más que un juguete, y la fe no tiene otra fuente más que las preconcebidas opiniones de cada lector. ¿Cómo podríais preservar a la Biblia de toda profana interpretación?”

“Un símbolo, añade, es una autoridad exterior que agobia a la libre interpretación. Responderéis que la in-

⁽¹⁰⁾ El catecismo con láminas del siglo XV. Leipzig, 1855.

terpretación es libre, pero que no es de los vuestros el que no encuentra en la Biblia las mismas cosas que vosotros. Entonces la Iglesia romana tiene la misma libertad de conciencia que vosotros. Pero, añadís, todo esto está tan claramente enseñado en la Escritura, que todo hombre lo puede comprender.”

A lo cual contestamos:

1º Si vuestras aserciones están tan claramente expresadas en la Biblia, ¿cómo es que dan lugar a tantas disputas?

2º ¿Con qué derecho limitáis con la autoridad exterior de un símbolo el libre examen y la libre interpretación, vosotros que permitís establecer que tal cosa es esencial y tal otra accesoria en la enseñanza de la Biblia? ¿Por qué no dejar esta distinción, si debe ser hecha al libre examen de cada uno?

Esta contradicción inconciliable entre los principios del protestantismo, se ha manifestado especialmente en la controversia literaria de Bunsen con Sthal.

Sthal atribuye a los consistorios y a los consejos superiores protestantes toda la autoridad pontificia; habla de una enseñanza precisa y detenida de la Reforma que pone por encima de la libertad individual y general de la comunidad de los fieles; habla de una tradición inmutable, de una institución de la Iglesia, de su poder sobre los fieles, de una verdad revelada divinamente y después de mucho tiempo establecida, del testimonio de la Reforma, de la fidelidad de los predicadores en custodiar el depósito de la verdad revelada, de la fe de los siglos y del respeto a que son acreedores, etc.; trata ásperamente a Bunsen, que declara que éstos son principios católicos. Tiene razón cuando dice que no puede concebir el cristianismo como un error con mil cabezas en que el capricho reina sin estorbo; pero se equivoca cuando atribuye al poder político las prerrogativas que el católico no atribuye a su Iglesia, sino como a un todo ordenado por Dios en el Espíritu Santo.

Por su parte, Bunsen ataca muy lógicamente, según los principios del protestantismo original, la autoridad

de los altos consejos protestantes, la cual considera como usurpada y en contradicción con el espíritu de la Reforma y reivindica la absoluta soberanía de la comunidad y de los miembros hasta negar la esencia del cristianismo. El primero defiende una buena causa con muy malas razones, el segundo es consecuente en sus principios hasta combatir al mismo cristianismo. Uno y otro son los tipos de la inconciliable contradicción del sistema protestante⁽¹⁾.

⁽¹⁾ Jeorg., op. cit., I, p.

II

LA IGLESIA CATOLICA ES LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO

SUMARIO: Jesucristo funda la jerarquía en su Iglesia. — Pedro es el jefe supremo de la Iglesia. — Perpetuidad del primado de Pedro en la Iglesia. — Funciones y poder del Papa en la Iglesia. — Las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. — La Iglesia romana es la Iglesia católica, una y única. — La Iglesia católica, además de única, es apostólica. — La santidad en la Iglesia católica romana. — Ausencia en las confesiones protestantes de los caracteres propios de la Iglesia. — Las sectas carecen de la nota de santidad. — La verdadera y la falsa Reforma. — La Iglesia católica es la gran Iglesia de Jesucristo en todo su esplendor.

Jesucristo funda la jerarquía en su Iglesia

Jesucristo no fundó una escuela o teoría filosófica, consignada en un libro, sino una institución viva del orden espiritual, que llamó *Iglesia*. Ahora bien; al fundar su Iglesia le dió la forma de reino; de manera que la Iglesia es el reino de Dios sobre la tierra, la imagen del reino de los cielos⁽¹⁾. Le ha sido dado un poder soberano, base y apoyo de su unidad, y en los tres órdenes escalonados de obispos, presbíteros y diáconos, una jerarquía. Es decir, una soberanía santa, porque es santo su origen, que es Jesucristo; santa en su objeto, que es la santificación de las almas⁽²⁾, y santa en sus medios, que son la palabra, los sacramentos y la disciplina eclesiástica.

La Iglesia, lo mismo que su constitución, son obra del Señor, que con su mano ha trazado para siempre su plan, en lo que tiene de esencial, pues ha dejado lo demás,

⁽¹⁾ Joan., XVI, 11; XX, 21.

⁽²⁾ Efes., IV, 12.

como era natural, a las exigencias del tiempo y de los hombres.

Jesucristo es el que ha escogido a los Apóstoles, y no los Apóstoles a El⁽³⁾. La jerarquía eclesiástica, por consiguiente, no es obra del hombre, ni el simple resultado de un desarrollo histórico, y menos aún de un pacto o de una usurpación⁽⁴⁾, sino que procede de Dios, como la del Antiguo Testamento⁽⁵⁾.

Así como Jesucristo no ha sido enviado por los Apóstoles, sino sólo por su Padre, para que El después enviara a los demás, así como la familia no elige a su jefe, sino que por el contrario, el jefe funda la familia y le da vida; de la misma manera la gran familia de los creyentes no ha establecido por sí misma sus jefes, sus doctores y sus pastores...⁽⁶⁾.

Ahora bien, como en el principio, toda vocación y toda misión procede de Aquel a quien ha sido dado todo poder, de Aquel que es el Señor, que da su espíritu a sus enviados, y cuyo imperio se perpetúa de generación en generación. Los Apóstoles⁽⁷⁾ no sólo han ejercido este poder jerárquico, sino que le han transmitido a sus sucesores, que han sido establecidos por el Espíritu Santo para dirigir la Iglesia de Dios⁽⁸⁾, para presidir⁽⁹⁾ y en-

⁽³⁾ Joan., XV, 16.

⁽⁴⁾ Este último es el caso del protestantismo, porque o bien reconoce como soberano de la Iglesia al soberano territorial (sistema territorial), o bien le atribuye el poder episcopal como un accesorio del derecho de majestad (sistema episcopal); o bien, por último, aparenta que este poder le ha sido conferido por el pueblo (sistema colegial); tres sistemas sin fundamento alguno histórico, e inventados únicamente para sostener un *césaro-papismo* de hecho, y establecerle de derecho. En América del Norte, donde el principio protestante ha podido desarrollarse libremente, el predicador o el pastor no es en realidad más que un delegado de su comunidad soberana, que con frecuencia le limita su misión a un tiempo determinado, y no le deja predicar sino lo que ella quiere y como quiere. *Joerg, Historia del protestantismo*, II, p. 417, etc.

⁽⁵⁾ Hebr., V, 4; X, 1.

⁽⁶⁾ De aquí no se sigue, como pretende Thomasius, que la comunidad de los fieles no sea en la Iglesia católica más que un simple accidente de la jerarquía; no es un accidente del jefe invisible, que es Jesucristo, sino su cuerpo. Por el contrario, Thomasius es el que, poniendo la palabra de Cristo y la fe en El antes que la Iglesia, hace de ésta un accidente propiamente dicho en la obra de la salvación.

⁽⁷⁾ Cor., V, 3; Cons. II, Cor., II, 10; I Tom., I, 20; 1 Tesal., IV, 2.

⁽⁸⁾ Act., XX, 28, 32; I Tim., IV, 13, 16.

⁽⁹⁾ I Tim., V, 17, 20; Hebr., XIII, 7, 17; Tit., II, 15; III, 10, 11; I Petr., V, 1, 5; Apocalip., I, 12; II, 1.

señar⁽¹⁰⁾ en la Iglesia: no para gobernarla como depositarios del poder temporal, sino para instruírla según la ley de Cristo, su perfecto modelo. Por eso los antiguos Padres de la Iglesia consideran la obediencia a la autoridad eclesiástica, a los obispos, presbíteros y diáconos, como la expresión de la obediencia debida a Dios y a Jesucristo; y los Apóstoles hacen de ella el fundamento y la condición precisa de toda vida eclesiástica verdaderamente pura⁽¹¹⁾.

Sin embargo, no por esto está terminada la obra de Dios. Falta aún lo que podemos llamar la clave, la coronación del edificio de la Iglesia, y a la vez el fundamento visible sobre que descansa, y el centro único y común hacia el que gravita la inmensa esfera de la Iglesia, y que hace de ella un todo compacto y perfectamente unido.

Si la Iglesia es un rebaño necesita un pastor principal; si es el cuerpo visible de Jesucristo, necesita también de una cabeza visible; pues claro está que el Señor no ha negado a la Iglesia lo que la esencia misma de ésta exige. Mientras El permaneció visiblemente entre los suyos, El mismo fué el centro en derredor del cual se agrupaban todos. Habiendo comunicado después a los Apóstoles un poder, un poder episcopal, que debe perpetuarse en la Iglesia hasta el fin del mundo, ha debido elegir, entre los Apóstoles, a alguno para que fuese el fundamento de su Iglesia, fundamento sobre el que todo descansase y con el que todo permaneciese en la más íntima unión y en la más estrecha dependencia. Y en efecto; ha elegido al apóstol Pedro, que había sido el primero en confesar expresamente la fe en su divinidad. He aquí lo que vamos a demostrar.

⁽¹⁰⁾ II Tim., 1, 13, 14; II Tim., II, 1, 3.

Si pareciere profusión de citas bíblicas, recuérdese que es necesario para convencer a protestantes, que pretenden no admitir más autoridad que la de la Biblia; es conveniente asediarlos con armas de su propio arsenal, para que no tenga disculpa la herejía.

⁽¹¹⁾ Ignac. ad Magnes, c. 4. "No basta llamarse cristiano; es preciso serlo en efecto, y no parecerse a esas personas para las que el obispo no es más que un hombre, puesto que todo lo hacen sin él... Yo no les recomendaría más que una cosa; obrar siempre en unión con el Señor, considerando al obispo como a su representante en vuestras asambleas; a los presbíteros, como formando el senado de los Apóstoles, y a los diáconos, objetos de mi predilección, como dispensadores de los misterios de Jesucristo... Así como Jesucristo nada ha hecho sin su Padre, así también vosotros no debéis hacer nada sin el obispo y los presbíteros".

Pedro es el jefe supremo de la Iglesia

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, declara Jesucristo; y a su Iglesia, edificada sobre este fundamento, le ha prometido una duración sin fin, como a la casa que no está construida sobre arena, sino sobre terreno sólido. Y, por si pudiera dudarse de que, al declarar a Pedro fundamento de su Iglesia, lo hacía jefe supremo de la misma, hace a Pedro único dueño de las llaves del reino de los cielos, con poder para abrir y cerrar, para atar y desatar, de tal manera, que lo que atare y desatare sobre la tierra, será atado y desatado en el cielo.

“Considerad, dice San Juan Crisóstomo⁽¹⁾, cómo Jesucristo manifiesta por estas dos promesas, que es el Hijo de Dios. Porque le promete dos cosas, que sólo pueden ser don de un Dios; una, perdonar los pecados, y otra, hacer a su Iglesia indestructible en medio de tantas tormentas, y hacer ver en un simple pecador una firmeza más sólida aún que la de la piedra, y capaz de resistir a todas las agitaciones del mundo.”

(1) In Mat., XVI, 18 y sig. Lo que los cimientos son para un edificio, es Pedro para el edificio espiritual de la Iglesia; Pedro sostiene la Iglesia. El es también el jefe del cuerpo de la Iglesia, y todos los miembros le están sometidos como al que los dirige y conserva en su viviente unidad. Por estar asentada sobre un fundamento sólido y presidida por un jefe inmortal, la Iglesia es inquebrantable, indestructible e imperecedera. Pedro tiene las llaves, es decir, tiene en su mano el poder soberano. Isa., XXII, 22, Apocalip., III, 7.

El protestantismo dice que la piedra sobre la que está edificada la Iglesia, no es el mismo Pedro, sino su fe y su confesión. Olshausen refuta el mismo esta objeción (Coment. de la Biblia, I, pág. 515.) “Estas palabras establecen de una manera decisiva el primado de Pedro entre los demás Apóstoles; ha sido precisa toda la ceguera del espíritu de partido para desconocer lo que en estas palabras hay de demostrativo, o para desnaturalizar su sentido.” Schelling, Filosofía de la revelación, II, p. 301. Recuérdese además que Jesucristo llamó a Simón Piedra, Cefas; de donde en latín le llamamos Petrus, Pedro.

Ciertamente la Iglesia, como dice San Gregorio, no está edificada sobre la persona material de Pedro [super ossa et carnem], sino sobre él como confesor. [De Incarnat., v. 34.] Pedro es el representante de todos los Apóstoles, no tanto por su confesión, como por la virtud de las promesas que le han sido hechas. Además el Señor, designándole como dotado por el Padre con una gracia privilegiada de la fe, hizo de él el principio de fuerza (Luc., XXII, 28) para los otros apóstoles que tenían necesidad de ser fortificados. En cierto sentido representa a los Apóstoles como un rey a su país y como el padre a su familia. Unidos con Pedro, y en comunión con él, los demás Apóstoles han recibido también el poder de atar y desatar, pero no lo han recibido sin él [Mat., XVIII, 18]. Pedro, por el contrario, ha sido el único que ha recibido las llaves; posee la plenitud del poder en la Casa de Dios, y con él como subordinados suyos ejercen sus funciones los demás.

“Lo que se da una vez indefinidamente y universalmente, es irrevocable: el poder dado a muchos lleva la restricción en su partición: en tanto que el poder

Y lo que había anunciado que debía hacer, lo hizo después de su resurrección; porque después que Simón Pedro confesó tres veces que amaba a su Maestro, éste le confió la misión de apacentar sus corderos y ovejas, es decir, le hizo pastor de todo el rebaño y jefe visible en su lugar, al que por consiguiente todos deben obediencia⁽²⁾. Por eso después de haberle concedido tan elevada distinción, el Señor da a ese Apóstol, confiriéndole su nueva dignidad, el significativo nombre de *Piedra, Pedro*⁽³⁾; y por eso ruega por él para que su fe no desfallezca, y para que fortificado él en la fe, fortifique o fortalezca a sus hermanos⁽⁴⁾.

Tan clara era la voluntad de Jesucristo al conferir el primado, que por eso Pedro principia a desempeñar sus funciones inmediatamente después de la Ascensión del Señor; completa el número de los Apóstoles⁽⁵⁾ y predica al pueblo; hace el primer milagro⁽⁶⁾; se presenta el primero delante del Sanhedrín⁽⁷⁾; visita el primero la Iglesia⁽⁸⁾ y es también el primero que lleva a los gentiles el Evangelio a consecuencia de una revelación especial⁽⁹⁾. El preside el Concilio de Jerusalén⁽¹⁰⁾; anatematiza a Simón Mago, el primer hereje⁽¹¹⁾; figura siempre a la cabeza en la lista de los Apóstoles⁽¹²⁾; y es llamado expresamente el primero⁽¹³⁾. El aprueba los escritos de San

dado a uno solo, y en especial y sin excepción, es pleno, y no teniéndole que partir con ningún otro, no tiene más límites que los que le da la regla”. Bossuet, Sermón sobre la unidad de la Iglesia.

Cuando San Pablo [Gal., II, 14] censura a San Pedro por su condescendencia con las preocupaciones de los cristianos de origen judío, esta fraternal amonestación dirigida por un apóstol a otro, no implica la negación del primado de San Pedro, sino que, por el contrario significa que la elevada posición de San Pedro hacia perjudicial esta connivencia. [Bossuet, loc. cit. supr.] La misión que San Pedro recibió con San Juan de ir a Samaria, no está en contradicción sino en conformidad con su primado. Las iglesias de Asia enviaban allí a sus obispos. (Ignat. ad Philadelph, I, c. 10), y los judíos a sus grandes sacerdotes [Josefo Flavio Ascensol, I, XX, 7.]

(2) Juan, XXI, 15.

(3) Juan, I, 42.

(4) Lucas, XXII, 32.

(5) Act., I, 15; II, 14.

(6) Ibid., III, 1.

(7) Ibid., IV, 1.

(8) Ibid., IX, 32.

(9) Ibid., X, 5.

(10) Ibid., XV, 7.

(11) Ibid., VIII, 20.

(12) Marcos, I, 36; Lucas, VI, 14; Act., I, 13.

(13) Mateo, X, 20; Cronológicamente es Andrés el que había sido llamado el primero.

Pablo⁽¹⁴⁾; y éste se traslada cerca de él para recibir el sello de la comunión eclesiástica⁽¹⁵⁾.

Por todas partes en los Evangelios Pedro tiene un lugar aparte; está colocado inmediatamente al lado de Jesús; sirve de intermediario entre el Señor y los demás discípulos, y posee una prerrogativa sin igual. Los principales acontecimientos de la vida de Jesús se relacionan todos en cierto modo con él y sólo con él; y a él especialmente le fué llevada la noticia de la resurrección de Jesús y por orden del Señor⁽¹⁶⁾.

La historia del Nuevo Testamento refiere sus defectos y sus humillaciones con una predilección especial; menciona la fuerza de su fe y de su amor, y la distinción que recibió en recompensa de ellos; pero si tiene cuidado de insistir en la intensidad de su caída, Jesucristo ha consagrado a instruirle y a formarle un especial cuidado, del que ninguno otro ha sido objeto, haciéndole a él sólo confidencias importantes⁽¹⁷⁾, prediciéndole, lo que con nadie más ha hecho, de qué género de muerte moriría, es decir, por el martirio, y esto inmediatamente después de haberle elevado a la más alta dignidad; pues era preciso que fuese semejante a su maestro hasta en la muerte⁽¹⁸⁾.

Perpetuidad del primado de Pedro en la Iglesia

Destinado a fundar y conservar la unidad en la Iglesia⁽¹⁾, el primado concedido a Pedro tiene por atributo necesario la duración y perpetuidad a través de todos los siglos. Su poder, como el de los Apóstoles, le ha sido dado en la Iglesia y para la Iglesia: o, como dice San Agustín, el poder no le ha sido dado a él personal-

⁽¹⁴⁾ II Pedro, III, 15.

⁽¹⁵⁾ Gal., II, 2. Pablo permaneció primero quince días con Pedro, y después entró en el desempeño de sus funciones.

⁽¹⁶⁾ Marc., XVI, 7; Cor., XV, 5.

⁽¹⁷⁾ Marc., V, 37; Mateo, XIII, 1; XVII, 24; Luc., XXII, 24.

⁽¹⁸⁾ Juan, XXI, 18.

⁽¹⁾ Las palabras del Señor y sus oraciones no se referían únicamente a una persona o a un momento en particular, sino que eran palabras de fundación y de creación, y se aplicaban ante todo a la Iglesia y a su porvenir, que el Señor tenía presente ante sus ojos. Por eso, abarcando con extensa mirada todos los tiempos, rogaba por la unión de los miembros de la Iglesia, a fin de que esta unión fuese para el mundo un testimonio siempre patente de la verdad de su divina misión. [Juan, XVII, 21, 22].

mente, sino a la Iglesia por él, y por esta razón no ha podido extinguirse a su muerte.

Si el primado de Pedro es el fundamento de la Iglesia, debe durar tanto como la misma Iglesia; Pedro es el depositario del poder de las llaves, y este poder debe permanecer necesariamente en la Iglesia, mientras la Iglesia viva. Pedro es el pastor de todo el rebaño de Cristo, y por consiguiente, su ministerio pastoral debe extenderse a todos los tiempos y a todos los lugares. Por la institución del episcopado, las iglesias particulares se hallaban dotadas de un poderoso principio de unidad, y la Iglesia universal necesitaba también un obispo de los obispos que impidiese el fraccionamiento del cuerpo del Señor; por otra parte, la Iglesia de los tiempos posteriores no podía carecer de una ventaja que había sido otorgada a la Iglesia de los tiempos apostólicos.

Después de la fundación de la Iglesia de Roma, de la que Pedro fué jefe, esta cátedra episcopal se hizo a la vez sede del primado, que pasó, después de la muerte de Pedro, a su sucesor el obispo de la Iglesia romana⁽²⁾.

Por eso San Ignacio de Antioquía llama ya a la Iglesia romana *la primera en el vínculo de la caridad*; "a causa de su notoria supremacía, todas las demás iglesias deben estar de acuerdo con ella."

"Sobre Pedro, dice San Cipriano, está fundada la unidad de toda la Iglesia; ha transmitido su primacía a la Iglesia romana, que es la cátedra de Pedro, con la que es preciso que todas las demás iglesias estén conformes en la enseñanza y en su conducta. En su conducta, él ha servido de modelo a los demás obispos, y aún a los herejes de los primeros tiempos."

Desde los tiempos del imperio romano, los Papas son ya los guardianes de toda la Iglesia; en todo el universo ellos exhortan y aconsejan, juzgan y disponen, atan y desatan. Suelen levantarse quejas algunas veces contra el

⁽²⁾ Rom., XV, 20, 24. Clem. R. Ep. I ad Cor. c. 5. Ignac. ad Rom., c. 4. Euseb., H. E., IV, 25; V, 6. Iren., Adv. Hæres. III, 1. Tertulian., Præscript., c. 32. La estancia de San Pedro en Roma, y la fundación de la Iglesia romana por este Apóstol, es un hecho tan demostrado y tan relacionado con toda la historia de la Iglesia, que cualquiera que le rechaza como falso, ve a la vez cambiarse toda la historia de la Iglesia primitiva, en un conjunto de ficciones. Cons. Hagemann, op. cit., sup., p. 627. Daellinger, op. cit. sup., pág. 318.

uso que hacen de su poder, se resiste otras, alegando que el Papa ha sido inducido a error; y aun se apela al Papa mejor informado; pero jamás se deja de reconocer su competencia.

Pero hay más; puede decirse que el pontificado es una exigencia natural de la constitución de la Iglesia. En efecto; el primado del Papa se deduce necesariamente de la sola idea de la Iglesia, y no es más que la representación viva, una y personal del gran principio de autoridad, único capaz de conservar la unidad de la fe⁽³⁾, y de dirigir con mano fuerte y segura hacia su objeto soberano, la actividad de todos los órdenes, de todos los miembros de este gran organismo que se llama Iglesia.

“La dignidad que el Señor confiere a Pedro, decía un escritor protestante⁽⁴⁾ no tiene nada de caprichosa ni de personal, sino que descansa sobre una ley vital del reino de Dios. Toda comunidad necesita ser dirigida por una sola persona. La Iglesia está sujeta a esta ley como toda otra asociación humana; desde el momento en que es una sociedad real, una totalidad viviente, es preciso que sea numéricamente una, y que posea un órgano de su unidad.”

La supremacía de Roma en la Iglesia es obra de Dios, y por eso todas las iglesias particulares se han sometido a ella por medio de una libre obediencia. También se ve en ella una mezcla admirable de las cualidades más opuestas: inflexible rigor a la vez que sabia moderación; resolución inquebrantable y rara indulgencia; gran tenacidad para guardar el secreto de la tradición, y mucha disposición para el verdadero progreso. Ella era, por consiguiente, muy a propósito para regir toda la Iglesia, pe-

⁽³⁾ Si no existiese un primado en la Iglesia, las controversias serían interminables, dice Hugo Grotius, como lo son hoy en el protestantismo.

⁽⁴⁾ Lechler, “La doctrina del santo ministerio”, Stuttgart, 1857, p. 130. Lutero mismo ha tributado homenaje al primado del papa. Obras, edit. de Jena. “Sea lo que quiera, yo no quiero saber más sino que la voz de vuestra Santidad, es la voz de Cristo que habla por vuestra boca... Yo pongo a Dios por testigo y a todas sus criaturas que jamás he querido, ni ahora quiero, emprender nada contra el poder de la Iglesia romana y de vuestra Santidad, de cualquiera manera que esto sea. Yo confieso libremente que este poder eclesiástico está por encima de todo, que nada hay en el cielo y en la tierra superior a El, porque Jesucristo es el único Señor de todas las cosas”.

⁽⁵⁾ Hagemann, op. cit., p. 692.

netrándola de su espíritu y para perfeccionarla según la ley fundamental de la unidad⁽⁵⁾.

Era necesario que el poder central se fortificase más y más, y que el poder punitivo de los papas se ejerciese con una energía siempre creciente, a medida que la Iglesia extendía los límites de su imperio y que los pueblos aflúan a su seno. Por eso siempre que las tempestades se desencadenaron con furor, amenazando destruir la Iglesia, hasta en sus fundamentos; cuando el orgullo de arriba o la insubordinación de abajo hicieron inminente el peligro de un cisma, las naciones se dirigieron hacia Roma, ávidas de escuchar la voz de Pedro en la persona del Papa, y que fué siempre la voz de la verdad y del derecho.

Nosotros admiramos la perseverancia de hierro con que la antigua Roma formó su imperio por medio de su política y del valor de sus ejércitos, y cómo colocada en medio de este imperio se engrandeció con el jugo de las naciones; pero la Roma cristiana nos ofrece un espectáculo grandioso por otro concepto, excediendo a la antigua por el heroísmo de su fe, y fundando la Iglesia universal sobre la supremacía de su espíritu eclesiástico y sobre la libre sumisión de los fieles⁽⁶⁾, pues no se impone con la fuerza de los ejércitos.

Si el cristianismo no se ha desarrollado en un oscuro rincón como una secta⁽⁷⁾, si no se ha cristalizado en sus formas como la religión de los indios, si el vigor de los europeos no se ha debilitado en los placeres y en la esclavitud, como ha sucedido en el Oriente, se debe únicamente a este principio de vida y de unidad, de luz y de pureza; es porque la Iglesia forma un todo compacto bajo la dirección de un jefe, cuya mirada abraza el universo, cuya palabra es escuchada por todos, que es el padre y maestro de toda la cristiandad, y a quien Jesucristo ha comunicado todos sus poderes en la persona de San Pedro para apacentar, conducir y gobernar la Iglesia universal⁽⁸⁾.

⁽⁶⁾ Hagemann, op. cit.

⁽⁷⁾ El cisma de los donatistas en el siglo IV, tenía esta tendencia.

⁽⁸⁾ ¿Es o no infalible el Papa cuando propone a la Iglesia una definición dogmática ex-cátedra? Unos dicen que sí, otros que no, y algunos, buscando un término medio, dicen que es infalible cuando es órgano de la Iglesia, porque

Con motivo de la Encíclica de 1864, la soberanía del papado ha sido unánimemente reconocida por voces que representan las más opuestas opiniones. "El papado, dice un diario socialista⁽⁹⁾, es la flor que se abre sobre el tallo no sólo del cristianismo, sino de toda fe y de todo régimen autoritario, del que es el prototipo en Europa... La caída del papado pondría fin al gran combate que se está librando en el seno de todos los Estados civilizados." "En medio de la ceguera universal que ponía al mundo entero de rodillas ante la gloria de los poderosos, de los sabios y de los egoístas, sólo el Papa, dice la *Revista de Berlín*, un anciano desarmado, se ha atrevido a poner el dedo en el mal que aqueja a la sociedad actual, y de aquí la importancia universal de la encíclica del 8 de diciembre... La duda religiosa y el despotismo marchan siempre unidos.

"El espíritu humano, a quien la presunción de una ciencia emancipada lleva de incertidumbre en incertidumbre, concluye por no admitir otra cosa que la posesión de los bienes de este mundo en la que se constituye la felicidad del hombre.

"De este principio nace la anarquía moral, en medio de la cual el individuo ve siempre su libertad presa de un poderoso usurpador. De esta desgracia preserva Pío IX a

ésta no podría errar. ¿Puede hacerse que el Papa sea otra cosa que el órgano por el que se expresa la conciencia misma de la Iglesia, que el jefe se separe de los miembros de la fe, que los miembros se separen de su jefe, y que la unidad de fe, nota de la divinidad de la Iglesia, deje de existir en ella un solo instante? Puesto que la Iglesia no puede perecer, claro está que la unión del jefe y de los miembros, del Papa y del episcopado no podrá desaparecer jamás; lo que equivale a decir que conforme a la promesa, el Papa será siempre el órgano de la conciencia de la Iglesia Universal, que allí donde esté el Papa estará la Iglesia, y que por su parte el episcopado, en su conjunto, no se separará jamás de la doctrina de su jefe. Por otra parte, ¿a qué concederle un pleno poder de decidir en materia de fe, si no ha de estar exento de error? Esto no sería más que una ilusión, un perjuicio para la fe, y una intolerable opresión para las conciencias. Desde el momento que se admite la intervención divina en el gobierno de la Iglesia, no es posible negar la existencia en la misma de una autoridad doctrinal infalible; la infalibilidad doctrinal del Papa no es más que un efecto de este espíritu que habla, tanto en las decisiones de la Iglesia reunida en concilio, como en los decretos del "Pastor de los pastores" [Theodor Stud, ad Leon, III.] En 1870 se declaró dogma de fe, como consta del cap. IV, de la Constituc. dogm. acerca de la Igles. de Cristo, promulgada en la ses. IV, del Conc. Vatic.

(9) Cons. "Hojas de Colonia", 1865, n. 10. Tomás Moro decía ya [Resp. ad Luther., c. 10]: "No hay enemigo del cristianismo que no aborrezca profundamente a la Santa Sede, y no hay enemigo de Roma que más pronto o más tarde no sea traidor a la religión cristiana."

su rebaño por el saludable efecto de la autoridad en materia de fe." "En cuanto a aquellos, decía San Agustín⁽¹⁰⁾, que no estando en la unidad y comunión católica, se glorían, sin embargo, con el nombre de cristianos, se ven precisados a atacar la fe y tratar de conducir a los ignorantes por la sola razón, siendo así que la fe es la que el Señor ha venido a prescribir a los pueblos como un remedio. Se ven en la precisión de obrar así, porque comprenden que su autoridad no podría ponerse en parangón con la de la Iglesia católica. Se esfuerzan en destruir la poderosa autoridad de la Iglesia con el auxilio, o más bien, con el pretexto de la razón. Esta temeridad es la regla de todos los herejes. Pero el benigno jefe de nuestra fe ha encerrado a la Iglesia en una muralla de autoridad con el consentimiento unánime de los pueblos, con las sillas mismas de los Apóstoles; y con el auxilio de un pequeño número de hombres piadosamente instruídos y verdaderamente espirituales, la ha armado con todo el aparato de una razón invencible. El mejor camino que se puede seguir es encerrar a los débiles en la ciudadela de la fe, y después de haberles puesto en seguridad, combatir por ellos con todas las fuerzas de la razón."

He aquí el antiguo pretexto de los herejes, puesto al servicio del protestantismo, invocando la razón individual contra la autoridad de la Iglesia.

Funciones y poder del Papa en la Iglesia

Ya hemos podido comprender toda la majestuosa constitución de la Iglesia, a la que ningún reino de este mundo ha servido de modelo, y a cuya perfección no ha podido llegar ciudad alguna de la tierra. La Iglesia es esencialmente una monarquía, puesto que en su seno hay quien reúne en su mano la plenitud del poder, quien manda a todos y a quien todos obedecen. La Iglesia es también en cierto sentido una aristocracia, porque al lado del monarca está el episcopado, que comparte con él el

(10) EL CXVIII.

gobierno de la Iglesia, y que es de institución divina⁽¹⁾; éste es el senado más numeroso, más venerable y más distinguido por su inteligencia y virtud que jamás se ha visto sobre la tierra.

En cierto sentido es también la Iglesia una democracia, porque en este reino todas las dignidades, por elevadas que sean, hasta la triple corona que adorna la frente del supremo pastor, sacerdote y doctor, son indistintamente asequibles a todos los ciudadanos. De este modo, la Iglesia reúne en su constitución los principales rasgos de las tres formas políticas que la historia ha visto formarse hasta ahora en la sociedad civil.

No en balde los más grandes estadistas han admirado en la Iglesia una institución maravillosa, sin igual; porque en efecto, es divina como creación del Divino Redentor, que quiso fundar sobre la tierra una institución tan digna de Dios como de la humanidad. Gracias al primado papal, la Iglesia posee la fuerza de la unidad⁽²⁾, por la que abraza a todas las naciones con un lazo indisoluble, y ha logrado ser verdaderamente y por un privilegio excepcional, la Iglesia universal, como lo reclamaba imperiosamente la naturaleza del cristianismo, que es la religión del universo, y la naturaleza del hombre que constituye una humanidad, con un solo Dios y una sola religión, porque una sola es la verdad.

Y para ilustrar el gobierno universal, ¿qué cosa más a propósito que la ilustre asamblea de los obispos en la que reside una profunda sabiduría y una experiencia de gran madurez? Así como la igual accesibilidad de las funciones para todos, conserva en la Iglesia una fuente inagotable de renovación, de juventud y de vida. La monarquía de la Iglesia no tiene el carácter de un absolutismo que todo lo paraliza absorbiéndolo; su aristocracia no lleva consigo el exclusivismo, ni la casta hereditaria privilegiada⁽³⁾; y la admisibilidad de todos a todos los cargos, no degenera ni en olocracia ni en anarquía. Por

(1) Mateo, XXVIII, 18; Act., XX, 23.

(2) La unidad guarda la unidad, Bossuet, "Sermón sobre la unidad de la Iglesia."

(3) En la Iglesia anglicana la dignidad episcopal es un privilegio de la clase elevada.

eso, bastante fuerte para sostener en su seno a todos los pueblos, a pesar de la diversidad de sus lenguas, costumbres, cualidades naturales y necesidades, es como una ciudadela inexpugnable, en donde Cristo ha puesto el depósito de su verdad y de su gracia.

No hay obra alguna hecha por la mano del hombre, a la que azotando sin cesar las olas del tiempo, no acaben por minar y arrastrar consigo; la Iglesia resiste, porque el dedo de Dios, para hacerla respetar del tiempo, la ha marcado con su indeleble sello. En vano las fuerzas centrifugas y las tendencias separatistas renacen en ciertas naciones que se forman una Iglesia, según su gusto particular y sus caprichos; la Iglesia sigue su camino; el mayor número le permanece fiel; avanza lentamente, pero con paso seguro, perdiendo a veces terreno, y recorbrándole después hacia su objeto y su fin: la catolicidad absoluta⁽⁴⁾.

Por eso en el mundo no ha existido ni existe institución más grande y admirable que el pontificado, aun humanamente considerada; pues a su lado todas las creaciones políticas y religiosas son pigmeos más o menos insignificantes. Y ese augusto Soberano del orden moral y religioso es la figura más colosal que existe sobre la tierra; y, dondequiera que esté, en las catacumbas, en la cárcel o en el trono, es la personificación de la más augusta majestad, bendecida y acatada en las cinco partes del mundo, aun cuando la impiedad le ponga en las manos un cetro de caña, pues la conciencia cristiana lo convierte en el cayado de oro del Pastor universal de las almas.

Las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica

Tal es la admirable constitución de la Iglesia, la *Gran Carta* que ha recibido de manos del Señor en los últimos días de su vida terrestre, y que la hace fuerte y capaz de desafiar los asaltos del averno y de todos sus enemigos.

Organizada de este modo esta Iglesia, y sólo ella, lleva las cuatro notas conocidas, y en las que resalta su

(4) Döllinger, "La Iglesia y las Iglesias", p. 23.

divinidad: notas ya señaladas en el símbolo de los Apóstoles y en el de Nicea, como decisivas en favor de la Iglesia contra toda herejía o falsa Iglesia, y recitadas en todas las confesiones cristianas: *Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica.*

Estas son las notas de la verdadera Iglesia⁽¹⁾; porque ¿qué otra cosa son sino las cualidades esenciales de la misma revelación, manifestándose en el espacio y en el tiempo, y obrando sobre la humanidad? ¿Qué otra cosa son sino la acción prolongada de Jesucristo, que vive perpetuamente en la Iglesia, que la penetra con su espíritu y la da al mundo como el gran sacramento a la vez visible e invisible de la vida? Toda sociedad religiosa, por consiguiente, que carece de una de estas notas, carece de una cualidad necesaria y esencial a la obra de Cristo, y no puede ser la verdadera Iglesia.

Consideremos este punto más detenidamente. El carácter fundamental de la revelación cristiana es la autoridad de la palabra infalible de Dios, por medio de la cual todos los hombres llegan a la verdad por el camino más corto; su objeto es la unidad de la Iglesia sobre la base de la unidad, de la fe y de la comunión eclesiástica. Porque el prototipo de la Iglesia, un solo Dios en tres personas, es uno⁽²⁾. Cristo es uno solo con su Padre, y uno el reino de los elegidos con Cristo y el Padre. Los que han sido regenerados en El por la Iglesia, deben ser *uno*, como por su nacimiento corporal son *uno* en Adán; ante el Espíritu de Dios toda la humanidad es también

(1) Es evidente que la predicación de la palabra de Dios y la dispensación legítima de los sacramentos no podrían servir de notas distintivas de la verdadera Iglesia. ¿Por qué, cómo juzgar de ella y con arreglo a qué medida? Martensen [op. cit., sup., 322] cree resolver esta objeción, por lo que se refiere a la Iglesia evangélica, diciendo que dirigida por el Espíritu Santo la Iglesia puede independientemente de la sede romana, comprender el sentido del Evangelio y la verdadera significación de los sacramentos, de la misma manera que la Iglesia primitiva, que en sus símbolos ha dado pruebas de su inteligencia espiritual del Evangelio.

Pero ¿cuántos símbolos han inventado de esta manera! ¿Han sido todos ellos compuestos bajo la inspiración del Espíritu Santo? Si no es así, ¿cuáles han sido hechos con la cooperación del Espíritu Santo, y cuáles sin ella? ¿Quién decidirá? El que haga la elección, según la verdadera doctrina la posee ya, y el que posee ya la verdadera doctrina, ¿qué necesidad tiene de que se la enseñe la Iglesia? De la misma manera que la hipótesis de la Iglesia invisible no se sostiene, así también cae por tierra la opinión que pretende que las cuatro notas distintivas no convienen más que a la Iglesia invisible.

(2) Juan, V, 19.

una, formã un organismo dotado de unidad, una sociedad de vida y de amor en Dios; la familia de los elegidos, que habita en el nuevo paraíso terrestre, la Iglesia.

La unidad, es, por consiguiente, el rasgo fundamental de toda definición de la Iglesia; la Iglesia es el cuerpo del Señor⁽³⁾. El Señor vino para reunir lo que el pecado y el error habían separado y dispersado⁽⁴⁾. La unidad fué el objeto de la oración que dirigió a su Padre en el momento de ofrecer su gran sacrificio⁽⁵⁾; a su unidad deberá la Iglesia el ser reconocida por el mundo como la verdadera esposa de Cristo⁽⁶⁾; a su unidad en el cuerpo y a su unidad en el espíritu⁽⁷⁾. El Apóstol exhorta a los fieles a la unidad⁽⁸⁾; quiere que tengan unidad de sentimientos y de creencias, y que no haya cisma entre ellos. La misma palabra Iglesia, hace notar San Crisóstomo⁽⁹⁾, quiere decir unidad y unanimidad. En esta unidad, la Iglesia es bella como Dios, la eterna belleza como el reino del cielo, en donde el pecado no tiene cabida; el pecado, que es el único que divide y desune, porque la división moral precede a la separación nacional y efectiva. La unidad, siendo la causa de la belleza de la Iglesia, lo es también de su fuerza, y la hace invencible.

¿Cuál es el objeto de la revelación, lo mismo que de toda acción de Dios en el mundo, sino la santificación de los hombres, por la verdad?⁽¹⁰⁾ La palabra y la gracia, que vienen del Padre por Cristo, no son para volver a El sin haber fructificado; es preciso que corrijan lo que El ha querido corregir, y que realicen aquello para que han sido enviadas⁽¹¹⁾.

El Espíritu Santo, que ha descendido sobre la Iglesia con la plenitud de su gracia, obra en ella sin descanso. La santidad es, por consiguiente, una segunda nota distintiva

(3) Col., I, 18, 21; Cor., XII, 12; XX, 27; X, 17; Rom., XII, 5; Efes., IV, 4, 24; V, 2, 3.

(4) Juan, XI, 52.

(5) Juan, XVII, 11.

(6) Juan, XVII, 21.

(7) Efes., IV, 4.

(8) I Cor., I, 10.

(9) Hom., I, 1; in Ep. I ad Cor. Ciprian. De unit. pass. Tertull. Pæscript., c. 21.

(10) Juan, XVII, 17.

(11) Isa., LV, 10, 11.

de la Iglesia, de la misma manera que la santidad de la doctrina de Cristo y los milagros de su vida, eran los signos a que El apelaba para probar la divinidad de su misión⁽¹²⁾. Para todos ha descendido a la tierra, y por todos ha muerto⁽¹³⁾. El ha puesto la salvación al alcance de todos los hombres.

La universalidad es el carácter de la religión cristiana, por oposición al judaísmo y al paganismo esencialmente particulares. Luego la Iglesia debe también ser verdaderamente universal, católica; no puede estar encerrada en los límites de la nacionalidad, la que ha recibido la promesa⁽¹⁴⁾ de abrazar en su seno a todas las naciones y a todos los países, la que ha sido plantada como una semilla destinada a crecer hasta transformarse en árbol capaz de dar sombra al universo, y de cobijar bajo sus ramas a toda la humanidad⁽¹⁵⁾.

Es preciso también que haya atravesado todos los tiempos por una duración no interrumpida desde los Apóstoles hasta nosotros, y que permanezca inmutable y siempre la misma hasta el fin de los siglos. De la misma manera que la genealogía de Jesucristo, según la carne, se remonta sin interrupción hasta Adán, así también es preciso que en el último día de su peregrinación sobre la tierra, la Iglesia pueda seguir su filiación espiritual hasta su origen, remontándose por la sucesión de sus padres según el espíritu, hasta el primero de todos, que es Jesucristo.

Rechazar una sola de estas notas distintivas de la Iglesia, es rechazar la misma Iglesia; es destruir el cristianismo, puesto que es quitarle sus elementos esenciales⁽¹⁶⁾.

La Iglesia romana es la Iglesia católica, una y única

Preguntamos ahora: ¿en dónde se encuentra esta Iglesia una, santa, católica y apostólica? Todas las con-

⁽¹²⁾ Juan, XIV, 12.

⁽¹³⁾ Rom., V, 11; Efes., II, 3; I Timoth., II, 4; II, Cor., V, 14.

⁽¹⁴⁾ Genes., XII, 3; XXII, 18; XXIII, 18; Act., III, 25; Gal., III, 9; Ps., II, 8; Matth., XXVI, 13; Marc., XIV, 9; Matth., XVIII, 19; Rom., X, 18; Col., I, 6.

⁽¹⁵⁾ Matth., XIII, 31.

⁽¹⁶⁾ De lo que se ha dicho, resulta que estas cuatro notas son visibles en la Iglesia, como lo han sido en Cristo.

fesiones se creen la verdadera Iglesia de Cristo; pero ninguna se atreve a apropiarse las notas de la verdadera Iglesia, ni una sola. Se llaman Iglesia reformada, luterana, evangélica, pero sólo la que reconoce por su jefe al Obispo de Roma y vive en comunión con él, se llama la Iglesia católica.

Y no es ella sola la que se da este nombre, sino que sus mismos enemigos jamás se lo han podido negar, y siempre se han visto precisados a llamarla así, por no exponerse a no ser comprendidos. "También, dice San Agustín⁽¹⁾, el solo nombre de católico me sostiene ya en el seno de la Iglesia, porque es la única que le lleva en medio de todas las diferentes sectas, y esto no puede menos de ser así por alguna importante razón. A pesar del deseo que los herejes tendrían de llamarse católicos, sin embargo, si llegáis a una ciudad y les preguntáis en dónde está la Iglesia de los católicos, no os indicarán el local en donde ellos se reúnen y oran. Sí, herejes y cismáticos, siempre que hablan con personas de creencias distintas de las suyas, no llaman a la Iglesia católica más que Iglesia católica; porque no serían comprendidos si no diesen a la Iglesia el nombre que todo el mundo le da"⁽²⁾.

Es cierto que por todas partes está la herejía, como está por todas partes la Iglesia católica; pero ésta es una y la misma en todas partes, y aquélla es diferente

⁽¹⁾ Lutero, sin embargo, había tenido cuidado de decir [Aviso a todos los cristianos para que se guarden de la rebelión, 1522]: "Especialmente suplico que se deje mi nombre y no se diga "luterano", sino cristiano. Puesto que la doctrina no es mía... Dejemos los nombres de partido y seamos cristianos, del nombre de aquel de quien es la doctrina." Lo que no quería que sucediese, debía, sin embargo, suceder, porque aquella doctrina era su doctrina.

⁽²⁾ C. Ep. Fundam., c. I, 4. "¿El partido protestante no ha hecho los mayores esfuerzos para llamarnos papistas? Jamás, sin embargo, ha podido conseguirlo. De la misma manera las iglesias focianas no han dejado de llamarse ortodoxas, sin que un solo cristiano extraño al cisma haya consentido jamás en llamarlas así. Si decís, enseñándome la Iglesia ortodoxa, cada cristiano enseñará la suya. Si decís, enseñadme la Iglesia católica, todos responderán: ¡Hela allí, y todos os enseñarán la misma. Ella sola tiene un nombre, en el que todo el mundo conviene... Las iglesias separadas se llamarán: reformada, evangélica, apostólica, anglicana, escocesa, ortodoxa, etc., todos son nombres evidentemente falsos y a la vez acusadores, porque son respectivamente nuevos, particulares y hasta ridículos para todo oído ajeno al partido que se le atribuye." De Maistre, "Del Papa", libro IV, c. 5.

Un antiguo escritor eclesiástico hace notar [en Eusebio H. C. V., 20], con motivo de Artemon y sus adeptos, que ellos dicen que la Iglesia ha perseverado en la verdadera fe hasta el papa Víctor, el décimotercero papa, y que después se ha separado de ella. Vemos, pues el mismo argumento en los herejes del siglo III y en los del siglo XVI.

y contradictoria. Ya en la antigüedad los donatistas, esta reacción violenta del separatismo nacional contra la universalidad de la Iglesia, trataban de tergiversar el sentido de la nota de la catolicidad para poderse atribuir a la secta, pero no pudieron alterar la idea generalmente admitida. "Cristiano es mi nombre y católico mi sobrenombre"; esta palabra de Paciano conserva su valor en todos los tiempos.

La fe de la Iglesia, siendo católica, es siempre y por todas partes la misma en todos sus miembros. La historia del protestantismo no es más que la historia de sus perpetuas variaciones y de sus constantes divisiones. Aun sin salir del orden natural, la universalidad es en las ideas fundamentales de la religión y de la moral una garantía de su verdad, mientras que el aislamiento es un signo de error; lo mismo y con más razón, sucede en el orden sobrenatural: la universalidad es su carácter, forma un gran todo, porque todo reino dividido contra sí mismo perecerá⁽³⁾.

Ninguna de las sectas separadas de la Iglesia romana se atreve a tomar el nombre de católica, y ninguna es designada con este nombre por las demás. No existe por consiguiente más que una sola Iglesia, que extendida por todos los países y reuniendo a todos los pueblos con el lazo de una misma fe, de un mismo culto y de una jerarquía fuertemente constituída, dice, hablando de sí misma en cien lenguas y en cien dialectos: *Yo soy la Iglesia católica*. Aún no han entrado en su seno todos los pueblos; pero ella ha penetrado ya en todos los pueblos conocidos y extiende más y más el círculo de sus misiones y de sus conquistas, mostrándose por todas partes fecunda, excediendo a todas las sectas juntas en el número de sus confesores⁽⁴⁾, y marchando al objeto que tarde o temprano ha de alcanzar, y que no es otro sino el que Cristo esté todo en todos⁽⁵⁾.

Ella sola es católica, porque ella sola es una, llevando

⁽³⁾ Matth., XXII, 25.

⁽⁴⁾ En número redondo la Iglesia católica cuenta más de trescientos millones de fieles.

⁽⁵⁾ Ephes., I, 23; IV, 31.

en su seno el principio de su unidad⁽⁶⁾, la autoridad siempre viva de un cuerpo de doctores con su jefe, el romano Pontífice.

Solamente en ella se encuentra la incontestable marca de Dios y de su verdad, la unidad, en la que únicamente el espíritu humano ve satisfechas sus aspiraciones, y por la que la obra de Dios se manifiesta como tal a través de todos los siglos. La historia de la Iglesia católica casi no es otra cosa más que la historia de la lucha sostenida por la Iglesia, para la conservación de esta unidad contra el espíritu de nacionalidad, y contra los elementos del cisma y de la herejía que sin cesar se dirigen a romperla; y en este combate que no acaba nunca, unas veces la Iglesia logra curar de su hostilidad a los enemigos de su unidad, en la que les hace entrar de nuevo, y otras veces se ve obligada, cuando la enfermedad se hace incurable, a separar ella misma las partes gangrenadas, para mejor preservar las partes sanas.

"Los Estados perecerían, dice Pascal⁽⁷⁾, si no se acomodasen algunas veces las leyes a la necesidad. Pero jamás la Iglesia ha tolerado esto, ni ha hecho uso de ello. Son necesarios o esta transacción o milagros... No es extraño que se conserve acomodándose o adaptándose a las circunstancias, pero que la Iglesia haya sido siempre inflexible, y sin embargo se haya conservado, esto es divino."

"Jamás Roma se ha doblegado ante las herejías, por poderosas o amenazadoras que hayan sido; los emperadores de Oriente, los ostrogodos y los visigodos, los borgoñones y los lombardos eran arrianos: habían amenazado y algunas veces dominado a Roma, y Roma permanecía siempre católica. Ella ha terminado por separar de su comunión a la Iglesia griega, sin que la haya detenido la consideración de que este cisma le quitaba la mitad del mundo."

⁽⁶⁾ Según Thomasius, la unidad de creencias es la esencia misma de la Iglesia. Y sin embargo he aquí lo que dice Ripold [Manual de la historia de la Iglesia moderna, 1867, pág. 328]: "Si se toma por regla la enseñanza teológica protestante del siglo XVI, es preciso confesar que no hay en la actualidad un solo teólogo ortodoxo."

⁽⁷⁾ Pensamientos, II, part. art. 4, 6.

Una y por consiguiente única, la Iglesia es el modelo divino del cristianismo, el cuerpo del Señor que continúa encarnándose y tomando forma en ella y que la anima con su aliento vivificador.

De que sea una y única, se sigue que debe ser y es exclusiva. Por eso reconoce fuera de sí sectas, confesiones y escuelas; pero no Iglesia. Como no puede perder ni renegar de su prerrogativa de esposa de Cristo y de cuerpo del Señor, no puede querer que las sectas sean equiparadas con ella en nada. Es el signo de la verdad, que es única y universal, la misma, siempre y en todas partes.

La Iglesia católica, además de única, es apostólica

Esta Iglesia católica, una y única, presenta aún a los ojos de todos un tercer signo de su divinidad: es apostólica⁽¹⁾.

Fundada por Jesucristo sobre Pedro y los Apóstoles, permanece siempre inmutable, a través de la Historia, para conducir a todos los pueblos de todos los siglos a su Divino Fundador. El es hoy, era ayer, y será en todos los siglos el mismo⁽²⁾, y la Iglesia será también la misma por El.

La fe católica es, en el sentido propio de la palabra, la fe de nuestros padres; trayendo su origen de Jesucristo y de los Apóstoles, ha llegado hasta nosotros por un canal tradicional continuo e incontestable, que forma la sucesión histórica y no interrumpida de doscientos sesenta y un pontífices romanos desde San Pedro hasta León XIII, entre los cuales se cuentan veintisiete mártires y setenta y siete santos.

(1) Todas las Iglesias apostólicas han perecido; Antioquía, Alejandría y Jerusalén; sólo Roma ha quedado. *Fides vestra annunciat in universo mundo*, dijo ya el Apóstol de las gentes escribiendo a los romanos [Rom., I, 8]. ¡Cuán admirable es el cumplimiento de estas palabras, si se piensa que fueron escritas en un tiempo en que la Iglesia de Roma no era aún más que el grano de semilla acabado de arrojar en la tierra! Ellas valen para todos los tiempos y para los últimos más que para los primeros siglos de la Iglesia. Porque mientras en los primeros siglos la Iglesia romana tenía a su lado otras iglesias apostólicas con su tradición, su sucesión de obispos y su gran consideración, hoy es la única Iglesia apostólica que existe en el mundo; ella, por consiguiente ha heredado todo el prestigio de las otras, que ahora se encuentra reconcentrado en ella. Esto es un hecho que da en qué pensar. Hagmann, op. cit., p. 693.

(2) Hebr., XIII, 8.

El último sacerdote que predicará el Evangelio en el último día del mundo, no será otra cosa que el último eslabón de esta gran cadena, que partiendo desde la eternidad, atraviesa todos los tiempos; Jesucristo tiene en su mano el primer anillo, y el último debe unirse al primero al fin del mundo, volviendo todo a Aquel de quien todo ha salido.

El sacerdote católico enseña por delegación de Aquel que dijo: *Id y enseñad a todas las naciones*; y esta orden, lo mismo que el Espíritu que ha inspirado a los doce Apóstoles, se perpetúa en la línea de sus sucesores, pasando de un obispo a otro hasta el fin del mundo.

“¡Qué consuelo para los hijos de Dios! ¡Qué convicción de la verdad, cuando ven que desde el actual Pontífice, que tan dignamente ocupa hoy la primera silla de la Iglesia, se remonta sin interrupción hasta San Pedro, nombrado por Jesucristo príncipe de los Apóstoles, y desde el cual, prosiguiendo por los pontífices que han servido bajo la ley, se llega hasta Aarón y hasta Moisés, y de allí hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué serie, qué tradición, qué maravilloso encadenamiento! ¿Si nuestro espíritu naturalmente indeciso, y hecho por sus incertidumbres juguete de sus propios razonamientos, necesita, en las cuestiones en que se ventila su salvación, ser fijado y determinado por alguna autoridad cierta, qué mayor autoridad que la de la Iglesia católica, que reúne en sí misma toda la autoridad de los pasados siglos, y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen?

“De este modo la sociedad que Jesucristo, esperado durante los siglos pasados, ha fundado al fin sobre la piedra, y en la que San Pedro y sus sucesores deben presidir por orden suya, se justifica a sí misma por su propia consecuencia, y lleva en su eterna duración el carácter de la mano de Dios... Cuatro o cinco hechos auténticos y más claros que la luz del sol, hacen ver que nuestra religión es tan antigua como el mundo. Ellos, por consiguiente, nos demuestran que no tiene otro autor sino Aquel que ha fundado el universo, y que teniéndolo

todo en su mano, ha sido el único que ha podido principiar y dirigir una obra que abraza a todos los siglos" (3).

Puesto que la Iglesia es visible, tenemos en esta serie, igualmente visible, la prenda y la expresión del espíritu apostólico invisible que la sostiene y vivifica, y de su verdad y de su gracia. Lo que Tertuliano decía en el siglo III a los que se gloriaban de poseer la doctrina apostólica con más pureza que la Iglesia, eso mismo se puede repetir siempre a toda herejía. "Y bien, mostradnos el origen de vuestra Iglesia, hacednos ver la sucesión de vuestros obispos, de manera que os remontéis hasta los Apóstoles o hasta algunos de los hombres apostólicos que han perseverado hasta el fin en la comunión de los Apóstoles. Hacednos ver también cómo vuestra doctrina ha permanecido conforme con la de los Apóstoles. ¿Esperaba la verdad, a que los marcionistas y valentinianos viniesen a descubrirla? Como si el Apóstol no hubiese ya predicho las herejías que habían de venir, cuando escribía a los fieles de la verdadera Iglesia: Si viniese un ángel del cielo a anunciaros otro Evangelio distinto del que yo os he anunciado, que sea anatematizado (4).

Siendo la Iglesia apostólica, el apostolado vive siempre en ella, y el Espíritu que ha inspirado y glorificado a los Apóstoles, continúa también inspirándola y fortificándola. Su historia es realmente la historia del apostolado. Fiel en seguir los mandatos del Señor, y confiada en la promesa que le ha hecho de permanecer con ella, no ha cesado desde la primera predicación de San Pedro de llevar el Evangelio a las naciones con un interés que rivaliza con el de los Apóstoles, y con un éxito atestiguado por la historia del mundo.

Esos centenares de pueblos que han aparecido sobre la tierra en el curso de los siglos, han oído todos la predicación de la Iglesia católica, y han visto aparecer en medio de ella santos varones, que sin poder alguno, según el mundo, pero fuertes de espíritu y con la fuerza sobrenatural que resplandecía en ellos, venían con la valerosa

(3) Bossuet, Discurs. sob. la Hist. Univ., II, part, al fin.

(4) La pretensión que tiene la Reforma de haber purificado la Iglesia, es falsa, puesto que no puede defenderse de haber alterado el dogma.

fe de un San Pedro, el ardiente celo de un San Pablo, la autoridad de un Santiago, y la caridad de San Juan, y con el sudor de su frente arrojaron la semilla de la fe, que después regaron y fecundaron con su sangre.

Por ellos el imperio de los romanos fué transformado en el reino divino de la Iglesia, y el fundamento que la unión fraternal de los fundadores de Roma había asentado, se transformó en la piedra fundamental sobre la que la unión apostólica, Pedro y Pablo, fundaron este imperio, que no ha de tener fin. Cuando carcomidos los últimos cimientos que sostenían al imperio romano, crujieron y se rompieron por fin; cuando numerosas bandas errantes se precipitaron cual devastadoras olas sobre las ruinas de un mundo que se desmoronaba, entonces la Iglesia envió sus misioneros; apenas se habían calmado las agitadas olas de la invasión, cuando en seguida llegaron el monje San Agustín entre los anglosajones; un San Fridolino, un San Columbano y un San Galo entre los alemanes; los santos Valentín, Severo, Ruperto, Emerano y Corviniano, entre los bethes y los bávaros; San Kiliano entre los francos, y San Willebrordo entre los frisones; San Bonifacio evangelizó a los germanos; San Sturn en Fulda y San Burkard en Wurtzburgo, continuaron su obra; San Ludgerio convirtió a los sajones; San Cirilo y San Metodio a los búlgaros y moravos; San Ascario u Oscar, fué el Apóstol del Norte, penetrando hasta en la Irlanda y la Groenlandia; San Adalberto de Magdeburgo, San Adalberto de Praga y San Othon de Bamberg, conquistaron para Jesucristo los eslavos y venedas, los prusianos y los pomeranios. No hay un país que no tenga su Apóstol que festejar, y casi todos estos Apóstoles han comprado a costa de su sangre la conversión de su pueblo.

Cuando a últimos de los siglos XIII y XIV, los pueblos bárbaros del Norte, los prusianos, curlandeses y lituanos, humillaron sus cabezas al yugo de la cruz, y los últimos restos del paganismo fueron subyugados, bien pronto, gracias al descubrimiento del camino marítimo de las Indias Orientales, y especialmente de la América, un nuevo mundo salió del seno de las olas. Y desde en-

tonces, es decir, desde los tiempos de Montesino, de Las Casas, y de San Francisco Javier, nunca han faltado apóstoles en este país y por más que en él hayan muerto a centenares, devorados por los ardores de un clima abrasador, atravesados por las flechas de los salvajes, o martirizados por medio de largos y crueles sufrimientos. Las filas del apostolado se llenan sin cesar con una voz recluta, que llevan consigo la palabra nueva de Cristo y de su amor, y a quienes acompaña su bendición.

América compensó con exceso las pérdidas que la apostasía hizo sufrir en Europa a la Iglesia en el siglo XVI. El apostolado mismo recibe toda la virtud de la idea especialmente católica de la virginidad y de los consejos evangélicos. Ella sola le da el espíritu de sacrificio y la fuerza necesaria para combatir al mundo, le hace humilde y obediente, adicto hasta la muerte y firme en su renuncia al mundo. Ella sola explica los sacrificios que reclama la vocación de Apóstol, y comunica la fuerza para soportarles con caridad heroica para con Dios y con las almas, cuya expresión es la perfección evangélica.

La santidad en la Iglesia católica romana

Réstanos examinar una última nota de la verdadera Iglesia cristiana, tal como se manifiesta en la Iglesia católica romana, *la santidad*, es decir, el heroísmo del amor divino y humano, como también las gracias sobrenaturales efectivas que Cristo concede a los suyos para manifestar lo que son a los ojos del mundo. Si alguno hace la voluntad del Padre, conoce que la doctrina es de Dios⁽¹⁾.

Cuando Jesucristo estaba en la tierra, todos, amigos y enemigos, publicanos y fariseos, se inclinaban con respeto ante El subyugados por la inefable aureola de majestad y por el brillo sobrenatural de santidad que rodeaba su divina persona: pues de la misma manera es preciso que su gloria, puesto que lo ha prometido⁽²⁾, brille

(1) Juan, VII, 19.

(2) Juan, XVII, 22, 23.

entre los suyos, al menos entre aquellos en quienes el amor de Dios, su virtud y su gracia tienen cierta intensidad; y el resplandor de santidad y de inocencia con que brillan los imitadores de Cristo, será el perpetuo ornamento e imperecedero adorno de la verdadera Iglesia⁽³⁾. Así como el Señor apelaba a sus milagros como a testimonios irrecusables de la divinidad de su misión, es preciso también que sus discípulos le den testimonio con sus obras⁽⁴⁾. "La verdadera religión, dice Pascal⁽⁵⁾, debe tener por nota el obligar a amar a Dios. Esto es justo; y sin embargo, ninguna otra religión más que la nuestra lo ha mandado. Ella debe también haber conocido la concupiscencia del hombre y la impotencia en que se encuentra para adquirir por sí sola la virtud, y debe haberle proporcionado los remedios de los que el principal es la oración. Nuestra religión ha hecho todo esto, y ninguna otra ha pedido jamás a Dios amarla y seguirla."

Hay más aún: su doctrina debe ser aplicada a la vida, la práctica debe seguir a su palabra y la virtud de la gracia que el Señor derrama sobre él debe producir efectos manifiestos⁽⁶⁾. Una Iglesia que produce santos, dice Bossuet, lleva el sello visible de su origen divino. La santidad no es una concepción fantástica, una ficción sin verdad real fuera del espíritu que la produce, algo que varía según los individuos, los pueblos y los siglos, sino que lleva consigo un carácter de realidad objetiva que anuncia por todas partes su presencia y no deja subsistir duda alguna. El corazón humano, por degradado que esté, conserva siempre el conocimiento del amor heroico hacia Dios y hacia los hombres.

El sentimiento de lo sobrenatural se despierta aún en el alma corrompida por el pecado, siempre que tiene la dicha de encontrar en el camino de la vida un hombre dotado de santidad. Ya había Platón vislumbrado el ideal del justo y había trazado un bosquejo de él, y sin embargo, cuán grande fué la sorpresa de los paganos de la época más corrompida, a la vista de la caridad

(3) Ephes., I, 17; VII, 78; Tit., II, 4.

(4) Juan, XIV, 12; Marc., XVI, 17.

(5) Pensamientos, II part., art. 4.

(6) Matth., XXII, 38.

que los cristianos tenían los unos para los otros: ¡Ved cómo se aman! Todos los bárbaros, hasta los más groseros, desde los hunos y los normandos, hasta los indios de la América septentrional, han sentido el irresistible poder de la santidad. Los más incrédulos y los más extraviados en sus creencias, no han podido menos de decir al ver a un San Francisco Javier, a un San Vicente de Paúl, a una Santa Isabel, a una Santa Teresa, etc.: "Puesto que sois así, sed de los nuestros."

Por más que un santo oculte su nobleza bajo el pobre hábito de la humildad, su heroica caridad le vende y el buen olor de sus virtudes se extiende entre los hombres, de la misma manera que el olor penetrante de un perfume se escapa siempre por muy cerrado que esté el vaso que le contiene. ¿Quién más humilde que el Divino Salvador? Y sin embargo, Pilatos sabe distinguir en El al justo. La Iglesia, en el juicio que ha dado sobre sus santos, ha sido siempre precedida de antemano por los pueblos, y en la mayor parte de los tiempos se ha limitado a ratificar la sentencia pronunciada ya por el sentido popular; ¡tan buen juez es éste en materia de santidad!

El Señor ha dado aún a su Iglesia otra nota visible, destinada a demostrar que es su cuerpo místico en el que continúa viviendo por su gracia hasta el fin de los tiempos. Durante su vida mortal, El mismo daba sus milagros por prueba de su misión divina, y el don sobrenatural de los milagros es aún el signo por el que la Iglesia debe ser reconocida por su Iglesia; y este signo se legó en la hora suprema de la separación, como una herencia durable⁽⁷⁾.

Los milagros, tales son los frutos de la cepa teántrica, y por eso ellos fructifican de una manera digna del tronco de donde proceden. No sin razón el Señor unió inmediatamente al mandato de anunciar el Evangelio la promesa expresa del don de los milagros. Debía a su Iglesia esta carta de crédito, esta demostración palpable de la presencia del Espíritu Santo y de la virtud de lo

(7) Cons. I Cor., XII, 7; XIV, 22.

alto, esta prenda de una confianza indefectible⁽⁸⁾. "Y partieron y predicaron por todas partes con la cooperación del Señor, que confirmaba su palabra con los milagros que la acompañaban"⁽⁹⁾. Toda la historia de los Apóstoles⁽¹⁰⁾ no es otra cosa que la historia del cumplimiento constante de esta promesa.

Pero la historia de los Apóstoles, ¿qué otra cosa es que la historia de la Iglesia en su principio y en los primeros pasos dados por el camino de su propagación entre todos los pueblos? Los Santos Padres, no menos que los Apóstoles, alegan sin cesar las maravillas hechas en la Iglesia por Cristo para la confirmación de la fe. No hay apariencia de que este poder haya cesado a la llegada de San Pablo a Roma, que es donde termina el relato de San Lucas; ¿quién, por consiguiente, señalará el límite más allá del cual Dios ha debido no hacer más milagros y el Espíritu Santo suspender la efusión de sus dones?

Cuando un alma creyente ora, ¿no está persuadida de que Dios la escuchará cuando pide lo que ha de servir a su salvación? ¿Debería hacer un milagro? ¿No es la misión de la Iglesia continuar la redención del género humano, cautivo del pecado, obra que, realizada en principio por el Cristo y terminada por la Iglesia, de poner de nuevo al hombre en posesión de su estado primitivo, restablecer su unión con Dios, y someter de nuevo la naturaleza al espíritu? De este modo, con relación al orden ordinario de las cosas de esta vida, el milagro es indudablemente un hecho sobrenatural, exigido por este orden superior de cosas, y que se ve aparecer en la historia de la Iglesia.

Pero toda la grandeza y sublimidad de la Iglesia católica resalta en todo su esplendor, cuando se la compara con las sectas disidentes, ramas que van secándose a medida que se separan del árbol majestuoso.

(8) Gal., III, 2, 5; I Thess., I, 5.

(9) Marc., XVI, 20.

(10) Por ejemplo: los milagros de San Pedro, de San Pablo y de otros. Cons. I Cor., XII, 28; I Cor., I, 7.

Ausencia en las confesiones protestantes de los caracteres propios de la Iglesia

Si dirigimos una rápida ojeada sobre las confesiones separadas de la Iglesia romana, notaremos fácilmente que no les conviene ninguna de las notas citadas. El protestantismo ha renunciado desde hace mucho tiempo a la pretensión de atribuírselas, cuando ha declarado que sólo pertenecen a la Iglesia invisible⁽¹⁾.

No teniendo Iglesia, trata de ocultar bajo el oropel de sus frases el inmenso caos en que ha caído, y de consolarse o más bien engañarse, afirmando que la Iglesia invisible posee plena y gloriosamente lo que falta a la Iglesia visible⁽²⁾.

Ante todo, lo que falta a estas confesiones, es la nota de la unidad.

La historia del protestantismo no es más que la *historia de sus variaciones* y de sus divisiones, en las que se pulveriza más y más. Era imposible que no fuese así, porque *lo que es permitido a Valentino, lo es también a los valentinianos, y el derecho que Marción se ha arrogado, le tienen también los marcionistas*. Tal es el signo inseparable de la herejía, señalado ya por Tertuliano en el siglo III. Sustituyendo al principio de autoridad, hecho para figurar en el gran día de la historia y para unirlo todo, el del subjetivismo absoluto, las sectas separadas han sembrado desde su origen la división y desmembramiento, y la semilla ha germinado y fructificado en proporción a su malicia.

Por eso el protestantismo ha cesado de vivir como confesión. "Desde este punto de vista las sectas separadas se han visto arrastradas por una rápida pendiente. Los bizantinos habían principiado por decir: Reconocemos patriarcas, que gobiernan cada uno una porción de la Iglesia, pero no Papa, jefe de los patriarcas. Después vino el anglicanismo, que dijo: Ni papas ni patriarcas, sino únicamente obispos. Por su parte, los protestantes del continente declararon que no querían obispos, sino sólo

(1) Thomasius, loc. sup. cit., p. 246.

(2) Cons. Daellinger, "La Iglesia y las iglesias", pág. 27.

sacerdotes, y por encima de ellos los príncipes seculares. Más tarde aún se formaron nuevas sectas protestantes en Inglaterra, las cuales dijeron que no tenían necesidad de sacerdotes, y sí únicamente de predicadores. Por último, aparecieron los *amigos*, los *cuákeros*, con otras sectas religiosas, y dijeron que también los predicadores eran malos, y que cada uno era su propio profeta, su doctor y su sacerdote. Este es el último paso dado hasta ahora en este camino; pero ya se piensa en ir más allá en los Estados Unidos⁽³⁾.

En donde no hay unidad, es imposible la catolicidad. A este sistema de división erigido en sistema, se agrega otro. Por más que el Cristo haya proclamado desde el principio formalmente la distinción de la Iglesia y del Estado⁽⁴⁾ no por eso el *césaropapismo* ha dejado de ser la pretensión y tentación de los poderosos: quieren, con la misma mano con que manejan la espada, definir el dogma, a ejemplo de los Césares de Bizancio; ambicionan el poder absoluto, y comprenden que éste no existe si no se encadenan las conciencias a la vez que se sujetan los cuerpos. La separación por el egoísmo nacional, tal era desde el principio el grave riesgo de una Iglesia universal, que no hubiese sido más que una confederación de iglesias de todos los países, e independientes entre sí.

Para neutralizar tan poderosos elementos de disolución, era necesario en la Iglesia un poder único, central y fuerte, que tuviese sus raíces en el corazón mismo de la Iglesia, de manera que fuesen inseparables de ella; era preciso un primado universal, un papado, para asegurar la duración de la Iglesia. De este modo el protestantismo ha caído en el sistema anterior al cristianismo, de las religiones nacionales, en cuyo sistema las fronteras de un país son también las fronteras de la religión, y ha

(3) Daellinger, op. cit. sup., p. 31.

(4) Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Cons. Act., V, 29. Se debe obedecer a Dios antes que a los hombres. La distinción de la Iglesia y del Estado está basada en la diferencia de su origen, de su fin, de sus medios y de su manifestación en el espacio y el tiempo. La Iglesia, obra de la gracia, es de institución inmediatamente divina; su fin es la salvación eterna de las almas; sus medios son espirituales, y al mismo tiempo sensibles; su esfera de acción es universal, y no conoce límites ni en el tiempo ni en el espacio.

elevado, por consiguiente, entre el *judío* y el *griego*, el muro de separación que Cristo había venido a derribar.

La expresión de Iglesia nacional implica contradicción. Por su naturaleza, la Iglesia se eleva por encima de todas las naciones. Dejar la Iglesia para fundar una Iglesia nacional, es conmover el cristianismo hasta en sus últimos fundamentos. Si toda la Iglesia estuviese dividida en iglesias nacionales, es decir, reducida al mismo estado que el protestantismo, otro tanto sucedería con el cristianismo como ya lo ha hecho notar Leibnitz; no sería ya, como las instituciones civiles y políticas de la Grecia y Roma, más que un objeto de investigaciones arqueológicas, materia a propósito para inútiles teorías y vanas especulaciones, buena para ocupar algunos cerebros místicos, algo que el torrente del tiempo arrastraría y de lo que los poderes políticos dispondrían a su antojo.

Una Iglesia territorial no inspira respeto alguno, ningún amor, ni piedad; el poder de los príncipes y el orgullo nacional son los únicos que la sostienen. El gobierno la protege, porque obtiene por esta Iglesia siempre tan complaciente para los de arriba como inflexible con las de abajo, un notable crecimiento de poder; pero el pueblo la desprecia a pesar de la protección del poder, o más bien por esta misma protección.

La verdadera Iglesia de Cristo es apostólica; el protestantismo no lo es en ninguna de sus confesiones, ni puede serlo. Ninguna de las sectas separadas trae su origen desde los apóstoles; ninguna de ellas ha sido edificada sobre el fundamento asentado por Cristo, sobre los Apóstoles. Ninguna hay que se remonte por una serie continua hasta los Apóstoles, a menos que la Reforma no quiera adoptar para su genealogía, la serie de las mil sectas contradictorias que desde Corinto no han cesado de hacer la guerra contra la Iglesia.

Estas palabras de San Jerónimo, no han cesado de ser verdaderas: "¿Por qué vienes tú, después de cuatrocientos años, a enseñarnos, como si nada hubiésemos sabido hasta ahora? El mundo era cristiano hasta este día antes de haberte oído. Voy a manifestarte en breves

palabras mi modo de pensar. Estamos decididos a permanecer en la Iglesia que fundaron los Apóstoles y que dura aún. Sin embargo, si oyes hablar de cristianos que toman aún los nombres de marcionistas, valentinianos, moncionos, etc., has de saber que no tienen nada común con la Iglesia del Cristo. Por el solo hecho de haberse constituido más tarde, demuestra que son de los que San Pablo ha predicho. Si demuestran su doctrina por la Escritura no hay razón para que por eso sean tan arrogantes, porque el diablo ha hecho demostraciones por la Escritura; lo que importa, no es leer la Escritura, sino comprenderla. En último resultado, también se os podría demostrar por la Escritura que los que tienen zapatos o dos vestidos no pertenecen a la Iglesia"⁽⁵⁾.

No es, por consiguiente, de Cristo de quien el protestantismo tiene su misión; Cristo no ha enviado más que a los Apóstoles y éstos a sus sucesores regulares. Lutero sentía mucho esta falta de misión. Mientras que en 1522 negaba que, para fundar su nueva sociedad religiosa, le fuese necesario una misión especial y personal, poco después sostuvo, contra Carlostadio, que no se debía predicar sin ser llamado, y declaró tener por embusteros y demonios a todos los que suponían descender del cielo en línea recta y haber sido llamados por Dios inmediatamente.

Por último, confiesa que la misión legítima pertenece a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores los obispos, y que así será hasta el fin. "El que quiera, por consiguiente, poner en circulación alguna novedad, debe ante todo ser llamado por Dios y probar su vocación con verdaderos milagros". "Puesto que te prevales de una revelación particular, dice en otra parte⁽⁶⁾, muéstrame un milagro, porque tú te das testimonio a ti mismo y la Escritura me impide creerte, siendo tú solo a testificar en tu favor. Dios confirma siempre con milagros una misión extraordinaria."

(5) "Las sectas, dice Martensen (op. cit., p. 325), han perdido el hilo del desarrollo histórico que les permitía ponerse en relación con los Apóstoles."

(6) En Walch., IX, 197; XIX, 8, 37; VI, 8.

Puesto que el protestantismo no ha recibido su misión de Jesucristo, no goza, por consiguiente, del beneficio de su presencia, que sólo ha prometido a sus enviados. En tanto que la Iglesia católica jamás ha cesado de ser fecunda en apóstoles desde el primer siglo hasta nuestros días, y que cada siglo ve entrar nuevas naciones en el seno de la Iglesia, en tanto que los misioneros católicos imponen por su adhesión a la causa de Dios y del prójimo, respeto y admiración, aún a sus más declarados enemigos, ¿qué espectáculo nos presentan por su parte todas las confesiones separadas? La Iglesia griega, petrificada más y más después de su separación, es como una cosa muerta en manos del poder político, y en su extrema debilidad no es sostenida más que por su odio a la verdadera Iglesia; en cuanto a las conquistas, si se exceptúan las que se realizan por el brazo secular y por la fuerza bruta, como en Rusia, hace ya mucho tiempo que ni aún piensa en ellas.

Por lo que se refiere al protestantismo, un siglo se ha pasado antes que se conociese que las misiones entre los paganos formaban por necesidad parte de las obras esenciales de la Iglesia de Jesucristo. Los sectarios de Lutero se han excusado diciendo que tenían por convertir muchos idólatras cerca de ellos en los países católicos, lo cual equivale a confesar que ponían todo su empeño en hacer lo que hacían ya los herejes, de quienes Tertuliano decía: "¿Qué diremos de su predicación? Ellos no quieren convertir a los paganos, sino pervertir a nuestros fieles; cifran toda su gloria en derribar a los que están levantados, en vez de levantar a los que están caídos. Esto no me extraña; no pueden elevarse sino sobre las ruinas de la verdad, y por eso tratan de destruir nuestra Iglesia para edificar la suya" (7).

Avergonzado al fin de la actividad desplegada en todo el universo por la Iglesia católica en lo más recio de la lucha religiosa, y envidioso de verla propagar sus creencias en Asia y América, he aquí al protestantismo que piensa también en enviar misiones.

(7) De Pœscript., c. 42. Sobre las misiones protestantes, véase Jørg., op. cit., sup. II, p. 440.

Tiene diez veces más recursos pecuniarios que la Iglesia; hace partir a sus enviados bajo la protección de una flota dueña de todos los mares del globo, y sin embargo, todo este gran aparato y esta abundancia de recursos, dan muy pocos frutos. Esta es la prueba de que el Espíritu de Dios no está más que allí donde está la Iglesia, y de que la fe es un don de Dios (8).

Nosotros distinguiremos aún la verdadera Iglesia de las falsas, por los frutos que dan. La razón de esto es clara. El Señor envía a sus Apóstoles "como corderos en medio de los lobos, sin báculo, sin dinero, sin calzado, y con un solo vestido" (9), y "con orden de no saludar a nadie en el camino" (10); es decir, de marchar penetrados del espíritu de abnegación y sacrificio. De este modo, y sólo de este modo, su predicación debía ser bendecida por El. Así es como han marchado los misioneros católicos, desde San Pablo hasta San Francisco Javier, sin familia y sin otra riqueza que la cruz en la mano. Basta dirigir una mirada sobre las misiones protestantes, para convencerse de que están animadas de otro espíritu, como lo expondremos más adelante.

Las sectas carecen de la nota de santidad

He aquí el carácter en que resalta de una manera extraordinaria la grandeza y sublimidad de la Iglesia católica comparada con las sectas protestantes. Rogamos la más seria reflexión en esta materia.

Las sectas separadas no tienen la nota de la santidad. ¿Son santos los protestantes? ¿Tienen ellos la doctrina que produce los santos?

La doctrina luterana del esclavo albedrío (1); la de la incapacidad en que Lutero dice que se encuentra el hombre para hacer el bien; su afirmación de que la fe

(8) Véanse las notas adicionales.

(9) Luc., X, 8; Mat., X, 10.

(10) Marc., VI, 8.

(1) "La voluntad del hombre es un caballo. Si es Dios quien le monta, va a donde y como Dios quiere; si es el diablo, va también como el diablo quiere. Todo se hace por la voluntad invariable de Dios, que no deja libertad alguna al hombre. Dios obra en nosotros lo mismo el mal que el bien; salva sin tener cuenta del mérito y condena sin considerar el desmérito." (De servo arbitrio.) Walch., t. XVIII, págs. 20, 50. Cons. Duellinger, "La Reforma", III, página 24.

es la única virtud⁽²⁾ y la incredulidad el único pecado⁽³⁾, bastarían para paralizar toda tendencia hacia la perfección cristiana, aun cuando no la hubiese reprobado formalmente⁽⁴⁾ y no hubiese declarado expresamente que las buenas obras son inútiles y hasta perjudiciales para la salvación.

El protestantismo ha suprimido por completo las tres virtudes exclusiva y eminentemente cristianas, las tres más hermosas flores de la vida sobrenatural: la humildad, la virginidad y el sacrificio.

Rechazando toda autoridad superior y proclamando la independencia universal, ha hecho imposible la humildad para la humanidad: sus máximas sobre el matrimonio y la virginidad son tales, que un honesto pagano no las hubiera admitido⁽⁵⁾. No sólo autoriza la violación del voto de virginidad, sino que la aconseja y hasta hace de

(2) "Nosotros somos todos santos, y maldito sea el que no se glorie de ser un santo. Desde el momento en que creéis en las palabras del Señor, sois tan santos como San Pedro y los demás santos." (Walch., XII, 1803.) "Nosotros los creyentes nos llamamos santos, porque el Cristo se ha santificado para nosotros y nos ha comunicado su santidad; de modo que entre un hombre y otro no hay diferencia alguna para la santidad." (Walch., V, 726.) Döllinger, página 131.

(3) "No hay más pecado en el mundo que la incredulidad." Walch., XIII, 1840. Pecca fortiter, sed crede fortius. "Nosotros pecamos necesariamente mientras estamos en esta vida; pero el Cordero de Dios quita los pecados del mundo, y el pecado no puede separarnos de Él, aunque cometiésemos al día mil adulterios y otros tantos homicidios." Luter., Epist., ad Hac. Aurifabr. Cons. De Captiv. Babil., t. II, p. 284. "Cuanto más infame seas, más de buen grado te concederá Dios su gracia." [Edit. de Leipzig, XII, p. 128.] Cons. Döllinger [op. cit., sup., t. I, pág. 116.] Esto es abominable.

(4) Falseó lo que dijo San Pablo [Rom., III, 28], añadiendo a la palabra *fe* la palabra *sola*. [Véanse otras tergiversaciones de textos en Döllinger, "La Reforma", III, p. 159.] "Las buenas obras no contribuyen a la santificación ni a la salvación; de otro modo sería preciso decir que el Cristo había muerto inútilmente, y podríamos gloriarnos nosotros, diciendo que Dios no es bastante poderoso para salvarnos sin nuestra cooperación." Cons. Döllinger [op. cit., t. I, p. 91.] "En la fe todas las acciones son iguales y desaparece toda diferencia entre ellas." [Walch., X, 1570.] "El diablo es el que ha imaginado enseñar la necesidad de las buenas obras." [Walch., III, 1193.] "No podría darse escándalo mayor, más peligroso y pestilencial que el de una vida exteriormente buena, llena de buenas obras y de prácticas espirituales. Esto sería abrir a puerta por completo y el gran camino de la condenación." [Walch., XI, 349.] Döllinger [op. cit., p. 128].

"Lutero se negaba en absoluto a reconocer el enlace íntimo, indisoluble y necesario que existe entre la fe y las buenas obras, entre la convicción religiosa y la conducta práctica, y ponía un abismo entre la piedad religiosa y la moral." Schenkel, "El cristianismo y la Iglesia en su relación con la civilización", II, 6. Wiesbaden, 1868, p. 157. "No se puede negar; la ortodoxia de Lutero falta en lo concerniente a la moral."

(5) Cons. Döllinger, op. cit., p. 224. Según él, el atractivo del sexo es de un poder irresistible. Thiersch ("La vida de la familia en el Cristianismo", p. 16) dice: "El Cristo debía nacer de una virgen pura; pasó por los otros estados de la vida y les ha santificado, dando el modelo de ellos; pero no ha dado el

ella un deber⁽⁶⁾. Con esta encarnizada guerra que ha hecho a la virginidad, ha pronunciado el decreto de muerte de su pretendida Reforma; porque nosotros conocemos el árbol por sus frutos, y la verdadera Iglesia por las vírgenes que produce para su celestial esposo. "Esta generación de vírgenes, dice San Agustín⁽⁷⁾, no procede de una fecundidad corporal; no es el fruto de la carne y de la sangre. ¿Queréis saber quién es su madre? Es la Iglesia. Sólo esta virgen santa que se muestra la casta desposada de Cristo, su celestial esposo tiene el poder de producir vírgenes. Las vírgenes de cuerpo y de espíritu son hijas de la que es absolutamente virgen, según el espíritu."

Las consecuencias morales de semejantes doctrinas no se hicieron esperar mucho tiempo. Los mismos reformadores nos han hecho la pintura de ellas⁽⁸⁾. Lutero de-

modelo de la vida conyugal. Sus primeros discípulos siguieron casi todas sus huellas. En el Apocalipsis de San Juan, la virginidad es propuesta, quizás simplemente como un modelo, pero como la más perfecta pureza, y por consiguiente, como un objeto digno de ser admirado e imitado. No se hubiera debido olvidar nunca que hay hombres, cuya vocación es vivir en un celibato sin mancha, y que son capaces de él. ¿Y por qué esta disposición no se había de manifestar por un deseo que tuviese por objeto, no el matrimonio, sino el estado de virginidad, el sacrificio? El célibe, como lo demuestra la experiencia, sufre mejor la persecución y puede dedicarse mejor al servicio del Señor que la persona unida con los lazos del matrimonio. La unión con Jesucristo es generalmente más íntima en el celibato que en el matrimonio. Existen almas en quienes el amor de Jesucristo extingue todas las pasiones de la tierra. Hay una gracia de continencia que poseía San Pablo, y se puede ver que él prefería este estado al del matrimonio, aunque éste fuese irreprochable. Esto es lo que Lutero y sus sectarios han desconocido. En todo el antiguo protestantismo no se ha creído en la posibilidad de un celibato casto. Este es un error, del que ya era tiempo de salir."

(6) De los votos y de la vida espiritual en los claustros, Walch., XIX, p. 797. San Juan Ciróstomo, por el contrario, en su libro "de la Virginidad", principia por este pensamiento: Los judíos desprecian la virginidad; ¿deberemos extrañarnos? Ellos han llenado de ultrajes al Cristo nacido de una Virgen. Los gentiles la admiran y respetan, pero sólo florece en la Iglesia de Dios.

(7) De Virgin., c. 11.

(8) "Los papistas afirman que nada bueno ha salido de nuestras doctrinas, y esto es desgraciadamente cierto; porque los desórdenes de todo género son más frecuentes, y mayores ahora que en otro tiempo." Walch., V, 114. "Yo siento menos la avaricia del pueblo, su lujuria y su obscenidad, vicios hoy crecientes, que el desprecio del Evangelio. Poco falta para que nuestra Alemania, después de haber visto la luz del Evangelio, no parezca poseída del diablo... El temor de Dios ha desaparecido, y por otras partes se ve un diluvio de todos los vicios." [Walch., I, 2451, I, 382]: "Todas las cosas están trastornadas en la actualidad: en vez de la piedad, reina la frivolidad; en vez de la dulzura, el robo y la sacrilega violencia; en vez de la limosna, la rapacidad; en vez del ayuno, la voracidad y la orgía; en vez de las fiestas sagradas, el trabajo incansante y embrutecedor; en vez de la santa castidad, la obscenidad desvergonzada; en vez de los sacerdotes, los predicantes impostores e infieles. El mal es general."

Thiersch confiesa también esta depravación de las costumbres. "Toda la juventud, dice un contemporáneo de Lutero, Sarcerius [Véase Döllinger, II, p. 266],

cía: "Las gentes vienen a oír predicar el Evangelio, como si fuesen discípulos suyos, pero bajo esta apariencia no buscan otra cosa sino el engordar; su único señor es su vientre y su propio interés"⁽⁹⁾, y los siglos posteriores han demostrado cuán verdadero era lo que él decía. Con motivo de la conversión de un eclesiástico anglicano a la Iglesia católica, decía el arzobispo protestante de Cantorbery en una circular⁽¹⁰⁾:

"No es más que uno de los muchos que han dado este paso, y que le han dado en medio de sacrificios. Yo he reflexionado sobre las causas que han producido tal resultado, en hombres instruídos, piadosos e inteligentes."

Y de Maistre escribía esta declaración: "Tenemos una lista de hombres distinguidos por su rango, dignidad y talento, que, desafiando todas las preocupaciones de secta y de educación, han tributado homenaje a la verdad, y han entrado de nuevo en el seno de la Iglesia. Que traten ellos de formar una lista semejante de todos los que han abandonado la Iglesia católica. ¿Qué hallarán?"⁽¹¹⁾.

Lo que Doellinger dice de la iglesia anglicana⁽¹²⁾, demuestra cuánto el cisma de esta iglesia ha hecho disminuir en ella la profundidad del sentimiento religioso, y ha debilitado la fuerza de la vida cristiana. "Lo que especialmente hace recomendable a la Iglesia del Estado,

está hoy tan entregada a la lujuria, que los niños de hoy podrían dar lecciones de esta materia a los viejos de otros tiempos." La Escocia y la Suecia, las dos protestantes, tienen las costumbres más corrompidas de Europa, según afirma un escritor protestante. Lamg., Sweden, p. 108, 141. Cons. Harpole Lecki, "Historia de la civilización en Europa", t. I, p. 305.

"De germen vivificador que antes era, la fe evangélica se ha transformado en planta cultivada, pero seca; en vez de vivir y crecer en el corazón y de dar frutos, ha servido de materia a las investigaciones de la razón. La conciencia ha concluido por descubrir que si la moral estaba protegida y cultivada por la ortodoxia, podía también sostenerse sin necesidad de apoyarse en principios sobrenaturales. El racionalismo se ha formado sobre las ruinas de la ortodoxia. De aquí el lastimoso estado en que hoy ha caído nuestra Iglesia." Reyschlag. "¿Qué necesidad tenemos de predicantes?", 1864, p. 46.

⁽⁹⁾ Walch., VII, 1846: "Toman el Evangelio por una doctrina gastronómica que enseña a embriagarse y a saciarse de comer. Este es el modo de ver actual de todo el mundo, tanto de arriba, como de abajo.

⁽¹⁰⁾ Kreuzzeitung., 1853, N^o 135.

⁽¹¹⁾ Cons. Rosenthal, Retratos de convertidos del siglo XIX; Schaffouse., Hurter; *Recess.*, Los convertidos después de la Reforma.

"De todas las diferentes formas en que se ha cristalizado el dogmatismo protestante, no hay una sola que sea capaz de atraer a sí nada de lo que está fuera de sus propios límites. Todo lo que el catolicismo pierde lo gana el racionalismo." Es un protestante el que habla así, Hartpol Lecky, Historia de la civilización en Europa, tom. I, p. 134.

⁽¹²⁾ La Iglesia y las iglesias, p. 194.

es su modestia, que no se atribuye autoridad alguna un poco elevada, que no molesta las conciencias con sus advertencias, no traspasa los límites de una moralidad general, vaga, cómoda, que no llega hasta la conciencia, y que apenas toca al dogma. Ella se resigna a no tomar en la vida otro lugar que el que le deja el lucro y goce de la riqueza y las costumbres de unos hombres que no adoran más que las comodidades de la vida."

"No puede, según la expresión de un escritor inglés, ni formar los grandes santos, ni convertir los grandes pecadores." "No se creía en la posibilidad para el hombre de llegar a la santidad"; es H. Thiersch el que hace esta confesión⁽¹³⁾; "se había llegado a tomar lo que se hacía por la medida de lo que se podía hacer; se dejaba desaparecer el ideal de los cristianos, que se llama la perfección. Los reformadores, creyendo dar toda la fuerza a la fe, no se la han dado. Que vuestra confianza en Jesucristo llegue hasta creer que os dará la victoria sobre vuestros enemigos, y la fuerza para adquirir la verdadera santidad. Toda la debilidad del antiguo protestantismo se manifiesta en la incertidumbre de sus ideas sobre la santidad, y esta excesiva debilidad extiende su deplorable influencia en todos los sentidos." ¿Qué hubiera sido del mundo si a esta falsa Reforma, que principió en todas las partes en que se manifestó, por derribar el signo del Hijo del hombre, la cruz, no hubiese opuesto la Iglesia su propia reforma, que según la expresión de un escritor protestante⁽¹⁴⁾, "lo renovó todo en el corto período de la vida de un hombre, desde el Vaticano hasta la última ermita de los Apeninos?"

La verdadera y la falsa Reforma

Frente a esta degradación moral, a esta debilidad universal de caracteres, fruto de las doctrinas de esta pretendida Reforma, que declara la gracia incapaz de elevar a la naturaleza humana a las espléndidas cimas de la perfección y de la santidad, vemos aparecer las serenas y

⁽¹³⁾ La vida de la familia en la religión cristiana, Francfort, 1857, p. 18.

⁽¹⁴⁾ Macaulay, Edimburg Review, 1848.

sublimes figuras de un San Carlos Borromeo, de un San Francisco de Sales, de un San Vicente de Paúl, de un San Juan de la Cruz, de un San Pedro de Alcántara, de un San Juan de Dios, de un San Camilo de Lellis, de un Cayetano de Thiene, de un San Ignacio, de un San Francisco Javier, de un San Felipe de Neri, de una Santa Magdalena de Pazzis, de una Santa Teresa, y de la innumerable multitud de sus imitadores y discípulos, personas todas consagradas y santificadas por una caridad y un amor heroicos hacia el Cristo y hacia las almas.

Al amor de Dios con que se inflama su corazón, los santos unen siempre el amor del prójimo, especialmente de los pobres y de los humildes de toda especie; éste es el signo por el que se reconoce a los discípulos de Jesús. Sólo la Iglesia católica ha comprendido y observado estas palabras del Señor: ¡Bienaventurados los pobres! Desde que Jesucristo llevó el vestido de la pobreza, la Iglesia la estima en un precio infinito; porque el Hombre-Dios la ha consagrado y hecho venerable. Sólo la Iglesia ha comprendido y practicado el culto de la pobreza; ha considerado al pobre como un miembro precioso del cuerpo de Jesucristo, y ha hecho de él el objeto de su veneración; ha servido al Cristo sin cansarse, en sus miembros pacientes; con el voto de pobreza y de despojo voluntario, ha creado para el servicio de los pobres y de los enfermos esas numerosas asociaciones que la incredulidad admira, sin poderlas comprender, y de cuya utilidad el mismo protestantismo da testimonio, puesto que se ha decidido a imitarlas, aunque mal, en estos últimos años, con su institución de las diaconisas y con la obra de la misión interior.

“Los pueblos separados de la comunión romana no imitan más que de una manera imperfecta la práctica cristiana del amor al prójimo”, dice el mismo Voltaire⁽¹⁾, y más recientemente una nueva autoridad ha testificado una vez más el mismo hecho.

“Por lo que se refiere al catolicismo, dice B. A. Huber⁽²⁾, podemos afirmar, porque lo hemos visto y porque

(1) Sobre las costumbres, tom. III, p. 139.

(2) Misión del interior, 1864, p. 117.

lo sabemos de buen origen, que las obras de misericordia cristiana se practican en él con un espíritu de devoción y sacrificio, con una munificencia, una riqueza, una profusión y una inteligente caridad, a la que por nuestra parte no llegamos nosotros ni con mucho.”

No queremos decir que haya muerto en el protestantismo todo espíritu de beneficencia⁽³⁾. Sin embargo, que no se olvide la gran diferencia que existe entre un rico comerciante, que cada año toma algunas libras de lo que le es superfluo para entregarlas a las sociedades bíblicas o a las asociaciones de pobres, y una hermana de caridad, que se entrega a sí misma y se entrega y consagra toda ella a una larga vida de sacrificios y de abnegación.

“Quizá, dice Voltaire, no hay nada más grande sobre la tierra que el sacrificio que un sexo delicado hace de su belleza, de su juventud, y con frecuencia de un ilustre nacimiento, para ir a los hospitales a aliviar las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para nuestro orgullo y tan irritante para nuestra molición.”

Y Huber hace notar que se trata de un trabajo enteramente libre y personal, y sin otro móvil que la caridad; porque esos millares de hermanas y esos numerosos hermanos que se dedican al servicio de los pobres y de los enfermos con un amor incomparable en la obediencia, la pobreza y la castidad, están ligados a este género de vida por votos, y los votos son cosas esencialmente libres. Todo el que quiera observar sin prevención estas obras de caridad, no podrá menos de opinar como nosotros, cuando afirmamos que la sola vista del hábito que llevan estas hermanas produce ya en el enfermo, lo mismo que al espectador imparcial, una impresión que calma y produce bien. Nuestra caridad protestante no tiene nada que se parezca a esto; no hacemos la décima parte de lo que se hace en los países católicos... Nuestras observaciones

(3) Lutero, sin embargo, se queja ya de la creciente avaricia de sus fieles. “Como si los vicios se hubiesen transformado en virtudes, la avaricia ha llegado hoy hasta el punto, que no se ve un príncipe, un conde, un noble, un ciudadano ni un aldeano que no sea avaro. Bajo el Papado, las gentes eran más compasivas y daban voluntariamente; pero hoy, bajo el Evangelio nadie da.” [Walch., XIII, 1572, 1582].

nos han hecho ver en todas partes una efusión de caridad cristiana y evangélica, que nada deja que desear⁽⁴⁾.

Nótese de paso que el odio a las comunidades religiosas profesado por el protestantismo ha sido inoculado al liberalismo, los que se mancomunan para perseguirlas y calumniarlas, como se ve en la actual campaña contra las mismas a manera de conspiración universal; pero no prevalecerán, porque son de institución divina.

"En cuanto a obras de caridad y de sacrificio, la Reforma protestante carece de ellas; es una tabla rasa", dice el publicista protestante Tholuck, dando cuenta del libro de Wichner, *La misión interior*.

"Nadie negará, dice otro⁽⁵⁾, que la situación de nuestra Iglesia y el poco celo de sus ministros, son en gran parte la causa del mal estado de nuestros asuntos religiosos y de nuestras obras de caridad. Nuestra Iglesia protestante no ama al pueblo como le amaba la antigua Iglesia; no se interesa en sus sufrimientos y necesidades, y por eso el pueblo se aleja de ella. Sólo por la misión interior la Iglesia podrá regenerarse y entrar de nuevo en el camino de su propia vocación... Nuestra Iglesia no es más que una Iglesia de profesores y de ministros; es preciso que sea una Iglesia del pueblo, y esto es para ella una cuestión de vida o muerte."

Verdaderamente, si Jesucristo volviese hoy a la tierra, hallaría muchas almas santas en las naciones católicas, vería muchos obreros en el campo de la misericordia, muchos imitadores de su amor para con los pobres, y muchas personas animadas de su espíritu. El cruel desprecio del pobre, tal como se ve, por ejemplo, en In-

(4) Obras, t. IX, p. 47.

El amor que se sacrifica no es más que el amor de un corazón que no se ha entregado al mundo, ni a una mujer y que no está dividido, [I Cor., VII, 33.] El triple voto de la vida religiosa no es otra cosa que la expresión del amor divino bajo la forma más sublime que puede tener en la tierra, y tal es el suelo fecundo en donde crece esta admirable flor de la caridad, que es el honor del cristiano. Lutero declaraba que estaba pronto a visitar a los pestíferos si se le presentaba ocasión para ello [Discurso de mesa, Francfort, 1567, p. 641], y cuando la peste de Génova, en 1542, entre todos los predicantes, uno solo hubo, Pedro Blanchet, que llevase los consuelos de la religión a los enfermos. "Si sucediese algún mal a Blanchet, escribía Calvino, temo verme precisado a correr el mismo riesgo." Cuando en 1543, murió Blanchet, todos los predicantes, incluso Calvino, declararon que Dios no les había dado valor para visitar el hospital de los atacados de la peste. Calvino hizo que el Estado le encargase una misión en país extranjero.

(5) Gaceta general de Augsburgo, núm. 170, 1849.

glaterra, país de la Alta-Iglesia, en donde el aspecto del desgraciado ofende la vista de las gentes de posición, en donde el pobre ha perdido por completo el sentimiento de su dignidad de hombre, en donde hasta la Iglesia está para él cerrada, como para un leproso o un paria⁽⁶⁾, en donde continuamente se encuentra amenazado de morir de hambre, y muere, en efecto, a centenares⁽⁷⁾, aquel desprecio es completamente desconocido en los países católicos.

La Iglesia católica ofrece todos los días los misterios del Dios hecho hombre, que se entregó él mismo como una gran limosna al mundo pobre y perdido; la Iglesia católica, impregnando todos los días a sus hijos y a sus hijas con la sangre del amor eterno, hace realmente de ellos una gran familia, de la que Dios es el padre, y Jesucristo el hijo primogénito; hace de todos un solo cuerpo y una sola alma; la Iglesia católica, en fin, ha recibido de Jesucristo la misión de enseñarnos a amar a Dios ante todo; por eso también ha comprendido y practicado el segundo mandamiento, que es semejante al primero, que prescribe el amor al prójimo, y que toma del primero su verdad y su fuerza.

A este altar, en donde ofrece cada día los misterios, a este banquete del Cordero hace llegar a las almas elegidas, almas virginales que se han ofrecido al Cordero libremente y por amor, y allí estas almas renuevan todos

(6) En vez de decir *escuela de pobres*, los ingleses dicen *escuela de perdidos* o de harapientos, [Ragel Schools]: esto es una señal de lo mucho que aprecian el dinero y el poco caso que hacen de la pobreza. [Gac. gener. de Augsb.]

(7) Cobbet, Carta sobre la reforma en Inglaterra carta XVI. Según B. A. Huber [op. cit., p. 71], en los últimos seis años de la decena pasada, murieron de hambre, sólo en la ciudad de Londres, 3.292 personas.

"Nosotros no tenemos celo, dice Kay [Social condition of the people, I, pág. 502] que tenga valor para penetrar sin disgusto en los horribles antros de la miseria, con quien el pobre pueda conversar sin temor y sin embarazo, a quien pueda contar sus sufrimientos, seguro de ser comprendido y de excitar en él interés y compasión. El eclesiástico anglicano es un hombre, a quien su posición y su género de vida alejan tanto del pobre, que éste comprende instantáneamente que un hombre así no puede tener conocimiento de sus necesidades. Por eso los obreros de Lancashire acostumbran decir que en Inglaterra no hay religión más que para los ricos."

Cons. Edimburgh Rev. Quaterly, p. 445. En esta última revista se confiesa que la barbarie actual de las clases pobres excede a la que se ha conocido de la antigüedad. Kay [op. cit.], hace relatos que erizan los cabellos. [Cons. Nicholls, History of the English poor Law, II, p. 108]. Entre los católicos reina siempre la antigua limosna, que es un don inspirado por la caridad y la compasión. Los protestantes no conocen más que la cuota, palabra sin entrañas como la secta.

los días su santa alianza con el Divino esposo, no pidiéndole otro testimonio de su favor que poder ofrecerse en sacrificio con El y como El por la salvación de sus hermanos. "Como un terreno fértil alimenta con sus jugos las raíces de las plantas, dice San Crisóstomo, así una vida santa alimenta a la virginidad con las buenas obras; sí; la raíz y el fruto de la virginidad es una vida crucificada."

Por eso cada día a la llama del sacrificio se enciende de nuevo el sublime y santo amor del sacrificio; porque el amor es sacrificio y se alimenta con el sacrificio. Este santo amor del sacrificio, no sólo ha fundado hospitales para los pobres y abandonados, sino que se ha encerrado con los cautivos en los lugares infestados, y se ha hecho con Sandobal y San Pedro Claver *el esclavo de los esclavos para siempre*. ¿En dónde se ha hallado un infortunado, por miserable, abandonado y repugnante que haya sido, en cuya oscura vivienda no haya penetrado este santo amor del sacrificio, para estrecharle entre sus brazos, para besar sus heridas, y cerca de cuyo pobre lecho no se haya arrodillado la caridad, como una dócil y caritativa sirvienta, para lavar sus pies? Ella, la caridad, se desliza suavemente a la puerta de los ricos, se hace mendiga por el amor de Dios, y lo que recibe se lo da a los que tienen hambre. Ella se hace niño con los niños, para arrastrar los corazones a Jesús Salvador, se hace ignorante con los ignorantes; débil con los débiles; llora con los que lloran; en una palabra, se hace toda para todos, para ganarles para Jesucristo, como enseña el Apóstol.

Descendiendo voluntariamente a las profundidades de la pobreza y de la abnegación para imitar a Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecer a todos sus hermanos, las Hijas e Hijos de la caridad han dado a la pobreza y a la miseria una consagración celestial; han ennoblecido la pobreza y han elevado al pobre a la dignidad de hermano primogénito de Jesucristo⁽⁸⁾.

⁽⁸⁾ Meditad seriamente que si los honores del siglo os elevan por encima de los pobres, el carácter de Jesucristo, que ellos tienen el honor de llevar, les eleva por encima de vosotros. Honrad, sirviéndoles, la misteriosa conducta de la Divina Providencia, que les da los primeros puestos en la Iglesia. con tal

La Iglesia católica es la gran Iglesia de Jesucristo en todo su esplendor

Tal es la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. Una como Dios, como la verdad de Dios, como Jesucristo, en quien sólo se encuentra la salvación, la vida, la resurrección; una e invariable en medio del movimiento y de las vicisitudes del tiempo, como el mismo Dios, que ni cambia ni pasa. Es santa como Dios, es santa en el cielo, como Jesucristo, que la ha santificado en la verdad; como el Espíritu Santo, que ha descendido sobre ella con sus dones, y que no se ha separado de ella; santa a pesar de las faltas, defectos y pecados de muchos de sus miembros, que la contristan; a pesar de los escándalos que deplora y a los que resiste con la fuerza de Jesucristo, que vive en ella, y cuya presencia es para ella, no obstante las debilidades humanas, una fuente inagotable de santidad y rejuvenecimiento.

Ella es católica como Dios, que quiere la salvación de todos los hombres; como el Cristo que es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y que ha muerto para todos; ella habla todas las lenguas, habita entre todas las naciones, y es poderosa bajo todas las latitudes. Es apostólica, porque el Señor la ha enviado cuando envió a sus Apóstoles, y porque al fundar la Iglesia de la antigua alianza, la prefiguró y fundó anticipadamente. Ella, por consiguiente, es verdaderamente la Iglesia de nuestros padres y de nuestros abuelos, y su historia se remonta tan allá en el pasado, como la revelación de Dios en el mundo.

Sí; todo lo que el mundo ha poseído siempre de la verdad divina, desde el principio hasta nosotros, y todo lo que aún se encuentra de verdad y de virtud en las diferentes sectas, se conserva por la dulce y poderosa influencia de la Iglesia.

"Nosotros, que estamos fuera del edificio, dice Marheineke, y que no hemos penetrado en él más que como historiadores, para contemplar su poderosa arquitectura

prerrogativa que los ricos no son admitidos más que para servirles." Bossuet, "Sermón sobre la eminente dignidad de los pobres."

desde los cimientos hasta los caballetes de los tejados, y para examinar todas sus articulaciones y detalles, confesamos no haber visto jamás un monumento doctrinal ya en filosofía, ya en las ciencias, que descansa sobre una base tan sólidamente asentada, cuya estructura muestre tanto arte, lógica y genio, que esté tan bien terminado hasta en sus menores detalles, y en el que el espíritu humano (?) haya desplegado hasta tal punto su fuerza y capacidad."

"Yo no sé, dice Lessing, que exista nada en el mundo en donde se haya ejercitado y mostrado tanto la penetración del hombre, como en el antiguo sistema religioso. No es más que un remiendo de galopines y semifilósofos, lo que se ha querido que sustituya a la antigua religión."

Como, lejos de encerrarse en un orgulloso desdén hacia el mundo, la Iglesia, por el contrario, conoce que su misión es someterse y penetrarse de su espíritu, admite todo lo que es propio de la verdadera naturaleza humana, para consagrarlo, ennoblecerlo y santificarlo.

No ha puesto la naturaleza una idea en el espíritu del hombre, un deseo en su corazón, una aspiración en su alma, a los que la Iglesia no haya señalado su fin propio y no haya asegurado su desarrollo, su ejercicio y su objeto legítimo. El genio encuentra allí espacio para desplegar sus alas y tender su vuelo hacia la verdad; el alma piadosa y tranquila que se contenta con amar en la paz y el silencio, encuentra también allí con qué satisfacerse. El hombre de mundo como el monje, el sabio como el artista, el rey como el humilde artesano, para todos tiene la Iglesia un puesto en su banquete: ella ama la vida activa, sin rechazar la vida contemplativa; todo lo conserva y perfecciona, y no deja que nada degenera.

Pero precisamente porque es la verdadera Iglesia y la depositaria de la verdad, es y debe ser el blanco de las hostilidades de todos los que son extraños a la verdad, o que no han conservado más que fragmentos de ella. Aquellos para quienes la fe es el todo y la razón nada, la acusan de racionalismo, porque reconoce a la razón sus derechos antes, con y después de la fe; mientras que otros la declaran enemiga de la razón, porque sostiene el ca-

rácter sobrenatural de los misterios que están por encima de la razón.

Porque atribuye a la gracia del Redentor todo el bien de que el hombre es capaz, la acusan algunos de enervar la fuerza moral, y otros la tachan de pelagianismo, porque enseña que la salvación, que es obra de Dios, se realiza, sin embargo, bajo la condición del libre concurso del hombre. Porque no rehusa su autorización a la vida interior, a la tranquila contemplación, a un estado de vida más conforme con la perfección evangélica, hay quienes la acusan de favorecer el misticismo, el fanatismo y la inercia⁽¹⁾, y porque prescribe a la vida cristiana leyes, reglas y principios determinados, afirman otros que degenera en un formalismo muerto, en una regularidad puramente exterior y vacía.

No tolera que el Cristo y su ley se adapten a los caprichos de los poderosos, a las opiniones del día, a las pasiones de los hombres, y por eso se la acusa de ser tenaz y de no saber conformarse con los tiempos. No quita jamás todo consuelo; permite, aún al mayor pecador, si se arrepiente, esperar su perdón, y por eso se la acusa de relajación y excesiva tolerancia. Como, sabiendo que es católica, trata de abrazar todos los reinos y de penetrar en todas las situaciones y en todos los estados de la vida humana, ella, que es la sal de la tierra y cuya misión es preservarlo todo de la corrupción, pasa por amar la dominación y ser enemiga del Estado.

Por otra parte, como continúa la predicación del Apóstol y dice: "Temed a Dios, honrad al gobernante", como condena la violencia y la violación del derecho, es acusada también de servilismo. Si admite el desarrollo y el progreso, entonces el cisma griego, desde el seno de su inmovilidad petrificada, dice que los fundamentos de la fe han sido destruídos; y si sostiene las bases inquebrantables de la fe contra la variabilidad del protestantismo, clama entonces éste contra su estacionamiento.

(1) El protestantismo desconoce la vida perfecta, y de aquí resulta el que o la condena extinguiendo de este modo en muchas almas el atractivo del reposo en Dios, o hace de ella una regla general y cae de este modo en el fanatismo y en el misticismo como los cuáqueros.

¿Qué prueban todas estas acusaciones contradictorias? Nada, sino que la Iglesia está por encima de todas estas contrariedades y que es la conciliación viviente en el seno de la verdad eterna.

Y ¿qué diremos de ese diluvio de *libelos infamatorios* contra la Iglesia y sus instituciones? Que Dios perdone a sus infames autores; y en cambio les pedimos mediten estas notables y conocidas palabras, tomadas del célebre escritor protestante Macaulay:

“No hay ni ha habido jamás sobre la tierra una obra tan digna de atención y examen como la Iglesia católica romana. La historia de esta Iglesia forma el lazo de unión entre los dos grandes períodos de la civilización, la antigüedad y la edad moderna. La Europa no posee otra institución más que ésta que nos haga remontar con ella hasta los tiempos en que se elevaba en el Panteón el humo de los sacrificios ofrecidos a los ídolos, y en que las jirafas y los tigres saltaban en el Coliseo. Las más orgullosas dinastías reales son de ayer, si se las compara con la dinastía de los pontífices romanos. Si queremos seguir esta sucesión de papas, nos llevará sin interrupción desde el papa que coronó a Napoleón en el siglo XIX, hasta el que consagró a Pinino en el siglo VIII, y la gran dinastía apostólica se extiende aún mucho más allá de la de Pinino. La república de Venecia, que en antigüedad seguía inmediatamente al papado, era moderna relativamente a él: la república de Venecia no existe y el papado existe; pero no en el estado de decadencia y de ruina, sino, por el contrario, lleno de vida y de grandeza, en tanto que todos los Estados de aquella edad han desaparecido en el polvo hace mucho tiempo.

“La Iglesia católica envía aún sus misioneros a todos los países de la tierra, con el mismo celo con que envió en otro tiempo a los que con Agustín llegaron a Inglaterra a las costas del condado de Kent, y se presenta siempre ante los reyes enemigos con la misma entereza con que León se presentó delante de Atila. El número de sus adeptos es hoy más considerable que lo fué jamás. Sus recientes conquistas han compensado con largueza sus pérdidas pasadas. Desde el Missouri hasta el cabo de Hornos, su soberanía espiritual se extiende sobre inmensas regio-

nes, que antes de un siglo tendrán más habitantes que los que tiene Europa.

“No vemos aparecer signo alguno que anuncie que se acerca el fin de su larga dominación. Ella ha visto nacer a todos los gobiernos y a todas las comuniones eclesiásticas que hoy existen, y no nos atreveríamos a afirmar que no esté destinada a verlos morir.

“En verdad que esta Iglesia es la obra maestra de la sabiduría humana. En el siglo XVIII, el papado se ha visto de tal modo humillado, que en el año 1799, especialmente, los más perspicaces observadores de las cosas humanas creyeron que había llegado la última hora de la Iglesia romana. Aún no habían terminado los funerales de Pío VI, cuando ya se había operado una inmensa reacción que desde hace más de medio siglo no ha cesado de ir creciendo sin cesar. Los días de la anarquía habían pasado. Salió del caos un nuevo orden de cosas con nuevas dinastías, nuevas leyes y nuevos códigos. En medio de todo esto, la vieja religión celebraba la fiesta de su renacimiento.

“Se dice en una leyenda árabe, que la gran pirámide de Gizech fué construída por reyes antediluvianos, y que es la única obra de los hombres que ha resistido al furor de las olas. Esta es la imagen del papado. Había sido cubierto por la gran inundación: pero habiendo permanecido firmes sus cimientos, cuando las olas se han retirado ha reanarecido sola en pie, en medio de las ruinas de un mundo que había perecido.

“Ya no existen la república de Holanda, ni el Sacro imperio germánico; el gran consejo de Venecia, la antigua liga Helvética, la casa de Borbón; los parlamentos con la nobleza de Francia no existen ya tampoco, pero la impercedera Iglesia romana existe siempre.”

III

CONTROVERSIA APOLOGETICA

SUMARIO: El Pontificado en la historia. — Prejuicios y calumnias protestantes contra la Iglesia. — La moralidad de la Reforma y de los reformadores. — Tolerancia de religión. — La Liga de Cristianos. — El triunfo permanente de la Iglesia católica.

Notas adicionales: Vindicación de la Iglesia ante la sociedad moderna. — La propaganda protestante - liberal - masónica contra el catolicismo.

El Pontificado en la historia

Es el Pontificado la institución más odiada y calumniada por el protestantismo, porque es el fundamento indefectible de la Iglesia de Jesucristo; si se les oyera, se creería que es la institución más perjudicial y hasta infame.

Y sin embargo en la *Introducción a la historia del Papado* de Ranke, se advierte, que hoy día son precisamente los escritores protestantes los que restauran en la historia el majestuoso edificio de la Iglesia y del Papado, mutilados y desfigurados por historiadores sin conciencia; y a tal punto llega esa restauración imparcial, que cualquier escritor católico que quisiese escribir una acabada y hasta calurosa apología de ambas instituciones, no tendría que hacer más que, una vez vencida la dificultad de escoger entre la multitud de textos, copiar páginas enteras de las historias de Müller, Baumer, Gregorovio, Leo, Voigt, Hurter y otros de reconocida fama, para salir airoso de su empresa, con el sello de la mayor imparcialidad, dejando esas dos divinas creaciones a cubierto de todo ataque racional y serio.

Así pues, como un ensayo, vamos a trasladar algunos fragmentos sacados, de entre millares que pudiéramos citar, de obras de escritores independientes en que se ensalza hasta con entusiasmo al Pontificado y se consignan y ponderan los muchos y admirables beneficios, que así en el orden moral como material, en el social como en el político, les deben los pueblos modernos y la civilización.

Si Macaulay ha declarado en sus *Estudios Históricos* que el Pontificado es la más admirable de las instituciones que han existido, por ser superior a todas las obras políticas, siendo hoy tan grande y venerada como lo ha sido en la antigüedad, y que puede muy bien ver el fin de todas ellas; el *Quarterly Review* hablando de la obra de Ranke ha hecho las siguientes declaraciones, que puede aceptar como propias con ligeras modificaciones, cualquier escritor católico.

“Hay que rendir, dice, el más sincero homenaje a la más grande de las instituciones, el Papado, que es también la más antigua de todas. A pesar de la uniformidad de miras que presidió durante siglos al gobierno pontificio, y de la rápida sucesión de ancianos sacerdotes (260) que fueron sucesivamente a morir en aquel sagrado trono, ofrece su historia más que la de ningún otro gobierno, interés poderosísimo, inesperadas perinecias y un colorido extraño, debido especialmente a las ideas dominantes en cada siglo. Admírase el notabilísimo empleo de la fuerza intelectual de que ha hecho uso cada uno de aquellos ancianos, dominando al mundo en los mismos momentos en que se derrumbaba el coloso romano y se sucedían las invasiones de bárbaros indómitos. Este solo hecho bastaría para hacer del Pontificado la institución más benemérita de la civilización de los pueblos...”

Pero ¿dónde está el Tito Livio, el Polibio, el Tácito de su historia maravillosa? ¿Quién ha descrito los destinos modernos de Roma pontificia? “La enemistad y el odio, únicos que se han encargado de escribir esa historia, no han profundizado, ni ilustrado nada.” Y sin embargo, es tan grande y maravillosa esa figura colosal de los siglos, que sola e inerme, en la persona de un anciano, sacerdote y rey, ha luchado por la civilización contra todos

los embates de la fuerza bruta, llenando de admiración a la humanidad.

¡Qué hermosa soberanía la que osaron fundar sobre el pensamiento los Inocencios y los Gregorios! Ella pagaba en servicios a la humanidad lo que en independencia le arrebatava (?). Si se imponía a los hombres era para iluminarlos, no para envilecerlos...

Respetadme, someteos, obedeced, decía; en cambio, yo os daré orden, ciencia, unión, fraternidad, organización, progreso, y hasta, en cuanto es posible en determinadas épocas, tranquilidad y paz; y nadie podía dar esas cosas sino ese sacerdote puesto por la Providencia en la ciudad eterna y mantenido por ella contra todos los embates del idólatra, del bárbaro y de las mismas facciones internas para servir de faro y de ánclora de salvación...

Nada de miras estrechas, nada de personal, nada de bárbaro en aquella dominación soberana, que ensanchaba los límites del mundo romano, enviando apóstoles, en vez de legiones, a las comarcas más apartadas; mientras oponía una barrera a la invasión del islamismo, contrabalanzaba por medio de un poder intelectual y moral el poder brutal y sanguinario de los cetros de hierro y de las corazas de bronce. Mientras con una mano luchaba con la media luna, ahogaba con la otra los restos del paganismo enérgico del septentrión; y por un prodigio enorme que rayaba en maravilloso, ese sacerdote que se titula Vicario de Jesucristo, reunía en torno de un punto central, lleno de vida, las fuerzas morales e intelectuales del linaje humano. Sin él, todo hubiera sido el caos; y los déspotas de la fuerza bruta coronada, salidos de la barbarie orgullosa y triunfante, que habían derribado el imperio romano, hubiesen postrado para siempre la civilización de los pueblos.

Era despótica (?), pero a la manera del sol que hace girar en torno suyo el globo terrestre. Cuando la barbarie y la ferocidad universal tendían a desorganizarlo todo, ella lo hacía revivir todo. ¿Decís que insultaba las diademas de los reyes y los derechos de las naciones; que ponía su planta sobre la frente de los monarcas, y que nada existía sin su permiso? Enhorabuena; mas esa do-

minación presuntuosa (?) era un beneficio inmenso, pues salvó a la sociedad... La fuerza del espíritu obligaba a inclinarse ante ella a la fuerza bruta. Su triunfo es, en verdad, el más sublime de cuantos ha logrado la inteligencia sobre la materia" (1).

Es cuanto queda dicho una elocuente apología del Papado; pero ¿no es verdad que se nota al protestante, a pesar de tener vistas tan elevadas sobre la sublime institución del Pontificado? ¿Qué era despótica, que atropellaba las coronas! Cuando no hacía más que defender con energía a los pueblos oprimidos por soberanos perjuros y despóticos, que no tenían más ley que su voluntad, que la satisfacción de sus vicios y ambiciones!... Y ¿no parece un sueño o una visión esa maravillosa personalidad de un sacerdote anciano y débil, hacerse casi siempre superior a todas las dificultades y permanecer inmóvil en medio de continuos embates y tempestades, en perpetua lucha contra la fuerza bruta, vencido y desterrado, pero al fin... siempre triunfante con honor y para gloria de la fuerza moral e intelectual y, por consiguiente, para honra de la civilización?

Si oprimidos muchas veces por las intrigas y las facciones; ¿qué extraño es ver en esa serie de más de 250 pontífices, algunos, muy pocos de entre ellos, víctimas de algún defecto o falta, que en ellos queda exagerada por su dignidad? Pero es indigno que haya escritores de tan estrecho y ruin criterio que pongan en esas excepciones la misión grande, benéfica y gloriosa de los papas. Siete u ocho pontífices reprobables por faltas que fueron mayores en un Alejandro Magno, un Carlo Magno, un Luis el Grande, un Enrique el Grande, sin que la posteridad deje de considerarlos Grandes a pesar de esos defectos, que han sido menores en los papas más dignos de reprensión.

Eso es una injusticia incalificable; porque no hay dinastía que tenga los siglos de duración del Pontificado, ni en la que su inmensa mayoría, por no decir la casi totalidad, han sido irreprobables y personajes excepcionales en su propia época.

(1) Ranke, Historia del Papado. Introducción.

No podrá negarse al Papado la sublimidad y grandeza de la misión que ha desempeñado, y que su triunfo ha sido el más sublime de cuantos ha logrado la inteligencia sobre la materia.

Es raquitismo sectario juzgar al Pontificado por detalles despreciables ante una serie de grandes triunfos y beneficios a la humanidad.

II

Pero continuemos apoyando en historiadores notables e imparciales la vista general que queremos dar acerca del verdadero carácter y de la misión civilizadora del Pontificado. Extractemos desde luego a M. Guizot tomando distintos pasajes de su *Historia de la civilización en Europa*.

"No creo pecar de exageración afirmando que la Iglesia fué la que salvó la civilización. La Iglesia con sus instituciones, sus magistrados, su poder, fué la que se defendió vigorosamente contra la disolución interior del Imperio y contra la barbarie; la que conquistó a los bárbaros; la que fué instrumento, principio y lazo de la civilización entre el mundo romano y el germánico... Fué de una ventaja inmensa la presencia de una influencia, de una fuerza moral en medio del diluvio y de la fuerza material que vino a desbordarse sobre la sociedad antigua. A no haber existido la Iglesia católica, dirigida por el Papado, el mundo entero hubiera sido entregado a la fuerza material... y al mismo tiempo la Iglesia daba principio a lo que debía ser un gran bien para las humanas sociedades, a saber: la separación del poder espiritual del temporal con el Sumo Pontificado universal e independiente.

"No pocas veces se ha dado al cuerpo de magistrados eclesiásticos el nombre de casta. Tal denominación es sumamente inexacta, y no puede en manera alguna aplicarse a la Iglesia... El celibato de los sacerdotes ha impedido que el clero lo fuera, convirtiéndolo por vez primera des-

de toda la antigüedad en una *clase verdaderamente popular*. No solamente no se encuentra el sistema de castas en la Iglesia, sino que, por el contrario, ésta mantuvo constantemente el principio de que los hombres todos, cualquier que fuese su origen, pudiesen ser elegidos igualmente para todos sus cargos, para todas sus dignidades... La Iglesia sacaba una fuerza inmensa de su respeto a la legalidad, a los superiores legítimos y a la igualdad social. Era la sociedad más popular, más asequible, aquella cuya puerta estaba más abierta a todos los ingenios, a todas las nobles ambiciones de la humana naturaleza, y más que de sus riquezas sacaba de esta condición popular todo su inmenso poder.

“Penetrado en el interior del gobierno eclesiástico, y lo encontraréis obrando de una manera distinta de lo que parecen indicar algunos de sus principios. (No se olvide que es un protestante el que habla.) Niega el derecho de examen, pretende negar su libertad a la razón, (ya hemos examinado este principio, que es y hubiese sido la disolución del cristianismo), y sin embargo es la libertad la que en ella domina. ¿Cuáles son si no, sus instituciones, sus medios de acción? Los concilios provinciales, nacionales y ecuménicos, una no interrumpida correspondencia, la continua publicación de cartas y encíclicas, de amonestaciones, de escritos de todo género. Jamás gobierno alguno procedió, tanto como el pontificio, por la discusión y por la deliberación común.

“Mientras el poder temporal era una insoportable tiranía, la Iglesia que se cree infinitamente superior a este poder, era con frecuencia *invitada por los pueblos* a intervenir en su defensa. Cuando el Papa declaraba a algún soberano desposeído de sus derechos, y desligados de sus súbditos del juramento de fidelidad, esta intervención, sujeta sin duda a graves abusos, era con frecuencia y en determinados casos, *legítima y saludable*. En general cuando falta a los hombres la libertad, es la religión la que se encarga de restablecerla.”

Véase sin embargo, cómo a pesar del espíritu sectario del autor, declara legítima y saludable la intervención del Papado en el orden político de la Edad Media, y por más que apunte la posibilidad de abusos, y ¿en qué obra de

hombres no la habría? Cierra la boca a los adversarios declarando su alto grado de legitimidad, *pues era invitado por los pueblos a intervenir en su defensa*; y es sabido que la salvación del pueblo es el supremo título de legitimidad. Y sin embargo esto que hizo del Pontificado la salvación de los pueblos y de la civilización y dió el triunfo a la fuerza moral sobre la material, que es el más sublime y maravilloso, ha servido para denigrar al Papado de parte de escritores vulgares, cuyo odio sectario les impide ver la grandeza saludable de esa intervención en los destinos de la sociedad humana, que él solo pudo salvar.

Pero añade Mr. Guizot: “La Iglesia obraba a su vez con más eficacia todavía en pro del mejoramiento del orden social. No cabe duda que luchó obstinadamente y con tesón contra los grandes excesos de aquel orden, como por ejemplo, contra la esclavitud... Que trabajó igualmente para la supresión de una multitud de prácticas bárbaras, para el perfeccionamiento de la legislación criminal y civil. Esforzóse, en suma, por todos los medios que tuvo a mano, en reprimir en la sociedad el recurso a la violencia, las guerras públicas y privadas. Mas, en cuanto a la moralidad privada y pública, la Iglesia ha ejercido sobre la moral de los pueblos la más grande y benéfica influencia, evitando el peligro de las interpretaciones caprichosas por una regla infalible, en la que se fundaba para anatematizar a los infractores, aunque fuesen testas coronadas. En este ramo, la conciencia universal le rinde el más completo homenaje” (2).

“La Iglesia, dice a su vez Emilio Girardín, es la que ha creado el gobierno representativo y quien ha decretado las dos terceras partes de las leyes civiles de que nos servimos... en una palabra, debemos a la Iglesia católica las dos terceras partes de las instituciones de que tanto nos envanecemos, y la inmensa mayoría de nuestros abogados, tan dispuestos a levantar su voz contra ella, ignoran probablemente que deben al tercer Concilio de Letrán

(2) “Historia sobre la civilización de Europa.” Passim.

(1315) el código de procedimiento civil de que se sirven en el foro"^(*).

Esto dice ese eminente publicista liberal; pero queremos añadir en favor de la Iglesia y del Papado otros dos autores imparciales, Gregorovio y Sismondi, protestante éste y racionalista el primero: "Como concepción ideal, observa el autor de la *Historia de Roma*, el mundo de la Edad Media fué un sistema cósmico perfecto, cuya armonía, unidad y pensamiento filosófico nos imponen la necesidad de admirarlo y de convenir en que la sociedad no ha sabido hasta ahora sustituir aquel sistema, que ya pasó, por una constitución igualmente armónica.

"El mundo de los tiempos medios se parecía a una esfera perfecta, cuyos dos opuestos polos ocupaban el Emperador y el Papa. Los principios por los cuales se gobernaba en aquel tiempo la sociedad, habían tomado, por decirlo así, forma corpórea en aquellos dos personajes, creaciones históricas (recuérdese que lleva la palabra un racionalista) de perdurable renombre, y que es muy dudoso que vuelvan a existir jamás. Eran como a semejanza de dos demiurgos, de dos espíritus, uno de la luz y otro del poder, puestos en el mundo cada cual dentro de su particular esfera, a fin de impulsar su progreso y gobernarlo; creaciones entrambas del pensamiento civil del cristianismo, jamás extinguido, a pesar de las perturbaciones suscitadas contra él por las necesidades terrenas, representando el uno el orden político y el orden religioso el otro."

Y lejos de servir esta alianza para la opresión de los pueblos, el mismo autor declara que "las libertades políticas y civiles hallaron en el Pontificado el aliado más fiel y poderoso en la dilatada lucha que tuvieron que sostener con la *prepotencia cesárea*, y le fueron deudores de la victoria, que puso digno remate a aquella lucha, y gracias a la cual alcanzaron las repúblicas italianas un esplendoroso florecimiento y la Península una segunda civilización y una segunda vida de imperecedero recuerdo."

Otra prueba de que el Pontificado propendió siempre

(*) Es conocida la magistral obra de M. Troplong acerca de los beneficios que en la legislación debe la sociedad moderna a la Iglesia.

a las libertades políticas y civiles de las naciones, que ella formó, lo declara Sismondi: "Hasta entonces, esto es, hasta el tiempo de la Reforma, los Papas contrajeron una especie de alianza con los pueblos contra los soberanos despóticos. Todas sus conquistas fueron hechas sobre los reyes, *únicos por quienes se vieron amenazados*. Su grandeza y sus medios de resistencia estaban basados en el poder de la inteligencia, completamente opuesto al de la fuerza bruta... Los pontífices dieron nacimiento, dirigieron y llamaron con frecuencia en su auxilio a la opinión pública; fueron los protectores de las artes, de las letras y de la filosofía; permitieron a los filósofos y a los literatos moverse en una ancha y libre esfera; favorecieron el espíritu de la libertad y se constituyeron en escudo de las repúblicas, aunque pregonando siempre el respeto al orden y a la verdad sin los cuales la libertad ni es digna, ni próspera"^(*).

Ahora bien; sin necesidad de multiplicar, como podríamos hacerlo, testimonios semejantes de autores imparciales y eminentes ¿no debemos deducir de lo expuesto que el Pontificado es la institución más grande y maravillosa de la historia y al mismo tiempo la más benéfica para la civilización de los pueblos; tan grande, que no puede ser emulada por ninguna otra en cuanto al respeto del orden, de la libertad, de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad y del imperio de la fuerza intelectual y moral sobre la fuerza bruta? ¿Qué caso, por tanto, debe hacerse de esos declamadores y calumniadores vulgares sobre tan benéfica y majestuosa institución, como lo es el Papado?

Lamentar su fanatismo sectario, consolándonos con la justicia que le hacen autores eminentes e imparciales, a quienes es justo atenerse, despreciando las calumnias, que ya dejan de producir efecto en los espíritus rectos e ilustrados.

Prejuicios y calumnias protestantes contra la Iglesia

Aunque no podemos hacer una exposición de las doctrinas católicas impugnadas por el protestantismo, porque

(*) Sismondi. "Las repúblicas italianas".

esto aumentaría con demasía las dimensiones de este opúsculo, queremos sin embargo deshacer algunos prejuicios y calumnias más de moda contra la Iglesia católica. En verdad, demostrado ya que la regla de fe cristiana es la autoridad infalible de la Iglesia, según la promesa de Jesucristo, el católico está seguro de antemano de que su enseñanza es la verdad; mas, para habilitar al creyente a fin de que pueda responder a ciertas objeciones más vulgares, vamos a tomarlas en consideración. Son las siguientes:

1º Que la Iglesia católica afirma ser la única que puede dar la salvación, condenando a todos los protestantes y no católicos.

2º Que los católicos están obligados a aceptar todas las fábulas y necedades que al *infalible* Papa se le antoje prescribirles.

3º Que se puede comprar el perdón de los pecados y de los vicios por medio de las indulgencias.

4º Que en la Iglesia católica se practica un ceremonial y un culto ridículo y hasta supersticioso como el de las almas del Purgatorio.

5º Que la confesión es una invención de los sacerdotes.

6º Que la Iglesia y los católicos abrigan inclinaciones hostiles a la Biblia.

7º Que el culto católico es idolátrico porque los fieles *adoran* a los santos.

8º Que en la época de la Reforma existían en la Iglesia muchos abusos.

Vamos, pues, a demostrar que éstas y otras ideas preconcebidas y propaladas por el protestantismo no son más que preocupaciones y calumnias, que a fuerza de tanto repetir las, llegan a ser creídas por muchos de buena fe.

* * *

I. Dícese que: *la Iglesia católica sostiene que fuera de ella no hay salvación; y esto en el sentido de condenar a todos los protestantes y a cuantos no son católicos. ¿Cómo es posible que tantos millones de personas se condenen por no ser católicos?*

El conocido publicista de Segur, responde: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, significa buenamente que uno está obligado, bajo pena de pecado grave, a creer y a practicar la verdadera Religión *cuando se halla en el caso de hacerlo*. Significa esto que "pecas, y por consiguiente, pierdes tu alma, si rechazas voluntariamente la verdad cuando se te presenta". ¿Hay en esto algo de extraordinario? ¿Hay motivo para declamar contra la intolerancia, contra la crueldad de la Iglesia?

"Un protestante, no se condena por el mero hecho de ser protestante, si es sin culpa suya. Si se halla de buena fe en el error, es decir, si no ha podido por una o por otra razón conocer y abrazar la fe católica, si ha vivido según lo que él creía ser la verdadera ley de Dios, alcanzando, mediante una contrición perfecta, el perdón de los pecados mortales, en caso que los hubiera cometido: entonces, sin duda, tiene derecho a la felicidad del cielo, como si hubiese sido católico."

El célebre Weninger, dice en su conocida obra *Catolicismo, Protestantismo e Infidelidad*:

"La Iglesia católica enseña y ha enseñado siempre, que ella sola es la verdadera Iglesia de Cristo, y por consiguiente, que fuera de su seno no hay salvación. Si la Iglesia enseñase, lo que nunca hará, que puede uno salvarse fuera de su comunión, cesaría ya de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

"Si estuviérais vosotros plenamente persuadidos de que el protestantismo es la verdadera Iglesia de Cristo, diríais lo mismo que nosotros; y cualquiera religión que no lo diga, con esto solo ya conviene en que no es divinamente instituída para la salvación del género humano.

Pero, si se tratase de personas, que han nacido en países protestantes, y han sido válidamente bautizadas, y que por falta de instrucción y oportunidad, jamás han podido conocer que la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Cristo, si no han cometido ningún pecado mortal, o si después de cometido han alcanzado el perdón por medio de la contrición perfecta, unida al sincero deseo de hacer lo que Dios de ellos exigiere, éstos se salvan por el camino *ordinario*, como miembros de la Iglesia católica, en cuyo gremio entraron por medio del bautismo, y de

cuya comunión sólo exteriormente han vivido separados por un error inculpable.

Según la doctrina católica no hay más que un bautismo, el cual es siempre válido, ya sea administrado por un cristiano, ya por un judío, un infiel, un pagano, con tal que observe el rito establecido por Cristo con intención de hacer lo que el mismo Cristo ha instituido: todo hombre bautizado de esta suerte, en el momento de su bautismo, se hace miembro de la Iglesia católica.

Verdad es, que los protestantes son generalmente bautizados, cuando son recibidos en el seno de la Iglesia católica; pero esto se hace porque, fuera de la Iglesia católica, el bautismo es con frecuencia administrado inválidamente. Mas en ningún caso tenemos intención de administrar un segundo bautismo; que conferimos condicionalmente a fin de dar al convertido una plena seguridad de que está verdaderamente bautizado. El bautismo jamás es renovado, cuando no hay duda alguna sobre la validez del primer bautismo... Mas, no olvidéis que todo se verifica en favor de aquellos que tienen una ignorancia invencible de la verdadera Iglesia.

De ninguna manera puede lo expuesto aplicarse a aquella clase de personas, y temo que son en gran número, que tienen ocasión de conocer la verdad, y voluntariamente la desechan; cierran sus ojos contra la luz, ahogan los remordimientos de la conciencia, y, lo que puede suceder, determinan resueltamente morir, fuera de la Iglesia católica."

Por lo demás, el Dr. Martín, obispo de Paderborn, dice: "El error religioso inculpable no es imputado ni aun como falta leve, y mucho menos como pecado que traiga consigo la condenación eterna." Luego es grande el número de los no católicos que se salvan por vivir en buena fe, sobre todo si han nacido en países donde no domina la religión católica.

Todos los demás libros religiosos aprobados por la Iglesia católica, cualquiera que sea su idioma o nación, han enseñado siempre y enseñan en la actualidad exactamente lo mismo; por consiguiente queda refutada la calumnia arriba mencionada.

* * *

II. Dícese que: *Los católicos están obligados a aceptar todas las fábulas y sandeces que AL INFALIBLE PAPA se le antoje prescribirlas.*

A tan tonta calumnia contestamos: Si consideramos al Papa como persona privada, puede errar, como pudiera hacerlo cualquier otro hombre; pero cuando ordena o prescribe algo como Papa y jefe de la Iglesia, no puede errar, y por tanto no puede enseñar fábulas ni sandeces.

¿Dónde se halla esto escrito?

En el Evangelio de San Lucas⁽¹⁾: "Yo he rogado por ti (Pedro) para que no falte tu fe; y tú una vez convertido confirma a tus hermanos."

WENINGER dice muy bien: "Se propala neciamente que los católicos están obligados por su fe a creer, como infalible, todo lo que el Papa dice. Esta idea es falsa, es una preocupación del todo infundada".

La genuina doctrina católica enseña, que la Iglesia juntamente con el Papa, en materias pertenecientes a la fe y a las costumbres es infalible, y solamente, cuando con solemnidad define algún artículo. Cuando escribe o habla, como Doctor particular, es falible; pero cuando como Cabeza de toda la Iglesia, define un artículo de la fe, entonces es infalible. Esta doctrina está basada en la solemne promesa, que Jesucristo hizo a San Pedro. "Yo he rogado por ti, para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma en ella a tus hermanos"⁽²⁾. Además de otras promesas semejantes, hechas a San Pedro, como Cabeza de la Iglesia, y por él a sus Sucesores, según hemos expuesto en la segunda parte.

¿Pero, por qué tiene la Iglesia católica un Papa y éste infalible? Aunque hemos expuesto ya este asunto, queremos confirmarlo con la autoridad de Deharbe en su "Explicación del Catecismo Católico."

"Si debía conservarse en la Iglesia de Cristo la unidad y la unión, es decir, si todos los fieles habían de formar un solo cuerpo, y todas las comuniones cristianas una sola gran comunión o Iglesia, necesariamente debía haber una cabeza, un vínculo común para todas las co-

(1) Luc., XXII, 32.

(2) Luc., XXII, 32.

muniones desparramadas sobre la tierra; de lo contrario habría tantas iglesias distintas, cuantas comuniones cristianas; pero no existiría ninguna de la cual hubiera podido decirse que era la única Iglesia de Cristo”.

Si por otra parte era necesario que no surgiesen innumerables divisiones y discordias en esta única comunión o Iglesia, fuerza era instituir un Juez supremo, a quien todos tuviesen que someterse... En ninguna parte del mundo existe sociedad de hombres que carezca de cabeza visible. La familia tiene su padre, el ejército su general, y un Estado su jefe. Y aunque estamos convencidos de que Dios como regente del mundo conserva incesantemente su mano extendida sobre nosotros y dirige los humanos destinos, no podríamos menos que tachar de insensato al que sostuviese que un buque podría sin timonel llegar a feliz puerto, un ejército conseguir la victoria sin jefe, una nación subsistir y prosperar sin gobernantes.

Del mismo modo, si Cristo como cabeza invisible dirige la barquilla de su Iglesia, no lo hace sin la mano de un timonel escogido: si lleva los suyos a la victoria, no lo hace sin jefe probado; y si conserva, ensancha y gobierna su reino, no lo hace sin representante visible... Así, en primer lugar, Jesús hizo a Pedro la solemne promesa de que, sobre él como sobre una roca incommovible, edificaría su invencible Iglesia; y en segundo lugar, Jesús prometió a Pedro las llaves del reino de los cielos. Mas, entregar a alguien las llaves, por ejemplo de una ciudad, equivale en las lenguas del Oriente a conferir el poder supremo, a dar el gobierno de la ciudad...

Y lo que Jesús prometió a Pedro, eso le dió antes de su vuelta al Padre. Dijo: “Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas”, es decir, apacienta todo mi rebaño, gobierna como Pastor supremo a la cristianidad entera...

Si la Iglesia había de subsistir tal cual la fundara Cristo, necesariamente tenía que subsistir también la roca sobre que fué edificada y el cargo de Pastor supremo que El mismo instituyó para gobernarla. Si era necesaria una cabeza visible, cuando la Iglesia era tan reducida y existían pocas o ninguna doctrina errónea, tanto más necesaria lo fué después, cuando la Iglesia se ensanchó, y los errores y las divisiones aumentaron.

Compárese ahora con la exposición que precede EL TEXTO DEL DOGMA DE LA INFALIBILIDAD DEL PAPA definido en el Concilio Ecuménico Vaticano.

“Enseñamos y definimos, *sacro aprobante Concilio*, que es un dogma divinamente revelado, que el Pontífice Romano, cuando habla *ex Cathedra*, es decir, cuando desempeñando el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define que una doctrina sobre la fe o las costumbres, debe ser acatada por la Iglesia universal, goza plenamente, mediante la asistencia divina que le ha sido prometida en la persona del bienaventurado Pedro, de esa infalibilidad con que el Divino Redentor ha querido que estuviese munida su Iglesia, al definir su doctrina, respecto de la fe o de las costumbres, y por consiguiente que tales definiciones del Romano Pontífice son irreformables por sí mismas, y no en virtud del consentimiento de la Iglesia.”

Pregúntase: ¿Puede el Papa crear doctrinas del todo nuevas? A esto contesta el Concilio: “A los sucesores de Pedro no ha sido prometido el Espíritu Santo para que según su revelación publicasen una nueva doctrina, sino para que con su asistencia guardasen santamente y expusiesen con fidelidad las revelaciones transmitidas por los apóstoles, es decir, el depósito de la fe” (3).

(3) Para comprender mejor este dogma, recuérdese que Jesucristo ha comunicado a su Iglesia la prerrogativa de la *infalibilidad*, es decir, “un privilegio en virtud del cual no pueda engañarse ni engañarnos, en lo que se refiere a la fe y a la moral.”

Efectivamente, Jesucristo dijo a sus Apóstoles: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, id pues y enseñad a todas las gentes que observen todo lo que yo os he mandado; que yo estoy todos los días con vosotros hasta la consumación de los siglos o *el fin del mundo*.” (Mat., 28.)

Se ve por estas palabras que la Iglesia continúa la divina misión de Jesucristo de enseñar a los hombres y que está asistida por El en esa enseñanza: es así como Jesucristo es infalible: luego también la Iglesia. El mismo en otra parte prometió a sus Apóstoles que les enviaría el Espíritu Santo para que les enseñase toda verdad, y para que permaneciese con ellos eternamente [Juan, cap. XIV y XVII]; luego la Iglesia asistida por el Espíritu Santo no puede errar. El divino Salvador dijo también que el que no oyere a la Iglesia fuese tenido por gentil y publicano [Mat., 18, 17]; luego la Iglesia debe ser infalible porque si no lo fuese no estaríamos obligados a obedecer a Jesucristo, que nos manda creer lo que nos enseñare.

Por otro lado, tres inconvenientes resultarían de que la Iglesia pudiera errar: 1º Jesucristo no sería Dios, porque faltaría a su promesa de estar siempre con los Apóstoles hasta el fin del mundo. 2º La Iglesia no sería representante de Dios, porque enseñaría el error que es contrario a Dios. 3º Los hombres no estarían seguros de su fe, ni de la bondad de muchas de sus acciones, puesto que la Iglesia podía engañarse al enseñar los dogmas y la moral. Luego la Iglesia es infalible, porque de otro modo, ni existiría, ni cumpliría su objeto de salvar a los hombres.

III. Dícese: QUE EL PERDÓN DE LOS PECADOS Y VICIOS se compra con INDULGENCIAS.

Esta es una de las calumnias más vulgares y malevolentes del protestantismo. Sin embargo, por caridad daremos las siguientes explicaciones, sirviéndonos del notable escritor Gaume en su conocida obra, "Catecismo de perseverancia".

"La teología llama indulgencia a la remisión de la pena temporal que nos toca sufrir después de perdonadas la culpa y la pena eterna; remisión que se concede separadamente del sacramento de la Penitencia por la aplicación de los méritos de Jesucristo y de los santos".

Para comprender la naturaleza de las indulgencias y el efecto que ellas producen, conviene recordar: 1º que todo pecado deberá ser penado en ésta o en la otra vida; 2º que después de la remisión hecha en el sacramento de la Penitencia, ya del pecado venial, ya del mortal y de la pena eterna que él merece, toca ordinariamente sufrir otra pena temporal, por ser raro que el penitente tenga las disposiciones perfectas de contrición y caridad capaces de excluir toda afición al pecado, y de justificarnos plenamente a los ojos de Dios.

Que al perdonar el pecado y la pena eterna, Dios no siempre perdona la pena temporal merecida por él, es una verdad incontestable, vista la conducta del mismo Dios respecto de los más ilustres penitentes. Los israelitas quedan absueltos de sus murmuraciones y David lo queda asimismo de su doble delito (2. Reg. 11); sin embargo leemos en las Sagradas Escrituras, que unos y otros tienen que sufrir por estas faltas perdonadas ciertas penas temporales (ib.). Adán sucumbe, Dios le perdona su delito y la pena eterna que ha merecido, pero no lo exime de la pena temporal debida a su pecado, y lo sujeta a la dura obligación de comer el pan con el sudor de su frente y a la triste necesidad de padecer y morir, (1 Mos. 3).

En esta conducta, empero, debe reconocerse la inteligente solicitud de nuestro Padre celestial, para que el pecador, según la expresión de San Agustín, eche de ver la magnitud de la falta que ha cometido, y del castigo a que se ha hecho acreedor, permitiendo Dios que el hombre

esté sujeto a ciertas penas temporales, aún después que le ha sido perdonada la eternidad de suplicios merecidos por sus delitos.

La fe enseña que la Iglesia recibió de Nuestro Señor Jesucristo el poder de mitigar estas penas temporales. Constándonos que el padre en su familia y el soberano en su reino disfrutaban de la prerrogativa de poder otorgar gracias, ¿por qué no disfrutará de ella la Iglesia, que es nuestra madre y nuestra reina, respecto a los que somos sus hijos? Además, es indudable que el divino Salvador autorizó a la Iglesia para conceder indulgencias cuando dijo a San Pedro: "A ti daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo y lo que atares en la tierra, lo será también en el cielo."

Esta promesa es general y no admite cortapisas; por tanto, podemos deducir de ella el siguiente argumento: La Iglesia recibió de Jesucristo, en persona de San Pedro su jefe, el poder de abrir el cielo a los pecadores penitentes; luego ella tiene la facultad para levantar todos los obstáculos que impidan entrar en el mismo; y como las penas temporales que nos toca sufrir, después de remitida la pena eterna, son otros tantos obstáculos para entrar en el cielo, a donde no se llega sin haber antes satisfecho hasta el último óbolo a la justicia divina, claro es que la Iglesia recibió la potestad de remitir tales penas, y eso es lo que hace por medio de las indulgencias. En suma: si la Iglesia tiene poder para perdonar los pecados, con mayor razón la tiene para perdonar la pena debida a los mismos pecados.

En los Actos de los Apóstoles vemos otra prueba de que la Iglesia recibió de Jesucristo: facultad de conceder indulgencias. Instruidos por el mismo Jesucristo, ellos hicieron uso de semejante poder, según vemos por San Pablo. Este infatigable obrero acababa de predicar el Evangelio en Corinto y de plantear allí una floreciente Iglesia, pero llevado por su celo a otra provincia, recibe la noticia de que uno de sus neófitos ha cometido un gran delito. Inmediatamente contesta a la Iglesia de Corinto que separe de su seno a aquel culpable; mas cuando aquélla le responde que ya se ha arrepentido, entonces movido a

compasión, escribe una segunda carta diciendo que accede a usar de indulgencia con la oveja descarriada, bien que arrepentida, por temor que un exceso de tristeza no la conduzca a desesperar, y añade: si uso de indulgencia, hágolo por vosotros, y en calidad de representante de Jesucristo.

Se ve, pues, que San Pablo estaba en la convicción de que el Hijo de Dios había dado a sus Apóstoles, y de consiguiente a su Iglesia, la facultad de otorgar merced a los pecadores en consideración a los méritos y preces de sus hermanos inocentes, es decir, el poder de dar indulgencias.

Ahora bien; en cuanto a lo que afirman los protestantes de que se compra con las indulgencias el perdón de los pecados, el citado Weninger responde a esta calumnia de una manera contundente: "La indulgencia nada tiene que ver con la remisión de los pecados: porque no es más que un perdón de la pena temporal debida por los pecados ya perdonados. Por tanto la indulgencia presupone el arrepentimiento, el perdón de los pecados, la gracia de Dios, y un corazón desprendido de todo apego voluntario al pecado.

En efecto, una indulgencia y la dispensa para pecar, son dos cosas tan contradictorias, como la luz y las tinieblas, y es una horrible impostura decir que la Iglesia católica enseña tal opinión. Bien pudiera retorcer el argumento contra vosotros: pues la doctrina primitiva protestante de la fe salvadora, esto es, que la fe sola nos salva, sin buenas obras, sin arrepentimientos, a pesar de todos los pecados imaginables, es ciertamente un permiso para pecar, del cual es una ilación la siguiente escandalosa máxima de Lutero: "Pecad con firmeza, pero creed con más firmeza aún."

* * *

IV. Dícese: "QUE EN LA IGLESIA CATÓLICA EXISTE UN CULTO Y UN CEREMONIAL RIDÍCULO Y HASTA SUPERSTICIOSO, COMO EL DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Respondemos con BOONE: "El hombre necesita de manifestaciones externas y visibles para elevarse a Dios... El culto del verdadero Dios estuvo en todo tiempo acompañado de ceremonias religiosas. ¡Cuántas ceremonias no

prescribía la ley de Moisés! ¿Y acaso Jesucristo en los sacramentos no ha ligado su gracia interior a ceremonias externas o a signos visibles?...

Mucho tiempo ha que los protestantes se quejan de la desnudez de su culto, y en los tiempos modernos en muchos países protestantes se han vuelto a introducir muchas ceremonias católicas, contra las cuales tanto se declamara anteriormente."

Y WENINGER agrega: "Muchos americanos y gran número de ingleses van a Roma para asistir a las sublimes ceremonias de la Semana Santa y a otras magníficas festividades religiosas de entre año. Si alguna de nuestras ceremonias parece a alguno ridícula o absurda, es absolutamente por que no entiende su significado. Antes de juzgar o criticar, debieran informarse o instruirse; pues es indigno de un hombre inteligente el rechazar o ridiculizar lo que no entiende." Y sin embargo, nada más espléndido que el culto católico.

Que el PURGATORIO es un culto inventado para su-gestionar a los fieles y explotarlos, dicen los protestantes en su estilo acostumbrado.

Sin embargo hacía mucho tiempo que estaba admitida la creencia del Purgatorio, no para explotación de cándidos sino de triste, aunque consoladora expiación de ultratumba.

Aun antes de la venida de Jesucristo, en el Antiguo Testamento, el esforzado caudillo Macabeo mandó ofrecer sacrificios por los muertos en la batalla, porque esperaba que los que habían muerto en la piedad podrían aún alcanzar grande favor. *Es, pues, santo, dice la Sagrada Escritura a continuación, y saludable el pensamiento de rogar por los muertos para que sean libres de sus pecados* (4).

Las Escrituras del Nuevo Testamento aseguran igualmente que es fuerza purgar en la otra vida las más ligeras culpas y deudas, hasta el último óbolo (5).

Recuérdense los tiernos cuadros que San Agustín pinta en sus *Confesiones* al ocurrir la muerte de su santa Madre; cómo Evodio le acompañó en los funerales, canta-

(4) II Mach., XII, 46.

(5) Matth., V, 26; I Cor., III, 15.

ron el salmo que la Iglesia acostumbraba en tan tristes casos y ofrecieron por ella el tremendo sacrificio. Pero, ¿qué? ¿si no hay cosa más averiguada por la arqueología y la historia que la antigua creencia en el dogma de la existencia del Purgatorio! Lo cual pide la lógica como necesario, y es el consuelo de los arrepentidos moribundos.

Si; es lo más lógico; pues constituye el término medio entre los extremos: no todos son santos o condenados al bajar a la tumba; la mayoría no son ni una ni otra cosa, para quienes no habría más que cielo o infierno. ¿Adónde, pues, irían si no hubiese un lugar de expiación para las faltas leves o para las penas temporales no cumplidas después de perdonado el pecado mortal?

Los protestantes dicen que se inventó en el siglo IV, desde cuando constaba comúnmente en los escritos de los Santos Padres. Mas la erudición y la ciencia, los verdaderos descubrimientos de la arqueología han sacado a luz multitud de losas sepulcrales y otros monumentos, por los cuales irrefragablemente se ve que la existencia del Purgatorio, demostrada en las Sagradas Escrituras, era también creencia explícita de los primitivos cristianos. Y ¿cómo no si el culto fúnebre por los antepasados es tan querido y natural al género humano y al corazón del hombre? El catolicismo en esto, como en todo, es la expresión más alta de los grandes y puros sentimientos de la humanidad.

* * *

V. Dícese: QUE LA CONFESIÓN ES UNA INVENCION DE LOS SACERDOTES.

El citado Deharbe prueba: "Que ya el Antiguo Testamento prescribía una especie de confesión. En efecto, en el cap. V. (v. 5, 6 y 7) del Libro de los Números, leemos que: "Habló el Señor a Moisés, diciendo: Di a los hijos de Israel: Hombre, o mujer, cuando cometieren alguno de los pecados, en que suelen incurrir los hombres, y por negligencia traspasaren el mandamiento del Señor y delinquieren, confesarán su pecado."

La misma naturaleza de las cosas, por otra parte, exige que el culpable confiese su pecado. Y así el padre perdona a sus hijos sus faltas y omisiones, cuando las

han reconocido y confesado. Es una máxima de la sabiduría divina, aceptada por todos, que "El que oculta sus maldades no será bien dirigido, mas quien las confesare y abandonare, alcanzará misericordia." (Prov., cap. XXVIII, v. 13).

A su vez, Weninger, expone: "La confesión y la obligación de confesarse son tan antiguas como las palabras de Jesucristo: "Recibid el Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y a los que se los retuviereis, les son retenidos, (Juan, XX, 22 y 23)". ¿Cómo hubieran podido los Apóstoles llenar el deber de perdonar o de retener los pecados, si los primitivos cristianos no hubiesen estado obligados a confesarlos? No sabían los Apóstoles todas las cosas, y por consiguiente no habrían podido ejercer la facultad de perdonar o de retener los pecados, si los fieles no se los hubieran confesado. Y si insistís en que la confesión es una invención de los sacerdotes, debéis citar la data, en que tal invención fué introducida, y decir el nombre del inventor. Esto, jamás lo podréis hacer. Los Padres antiguos de la Iglesia hablan de la confesión como de una institución que existe desde el principio del cristianismo.

Tertuliano, que vivió en el segundo siglo de nuestra era, habla de la confesión tan claramente como nosotros lo hacemos al presente. Así dice: "Pienso que hay algunos que huyen de la confesión con peligro de sí mismos, o la difieren de día en día, estando más impresionados de la vergüenza que del deseo de curación, siendo parecidos a aquellos enfermos que, detenidos por la vergüenza, no declaran al médico su dolencia y perecen. (*De Pænit.*, IX y X)".

San Ireneo, San Cipriano, Orígenes y otros muchos de los antiguos Padres hablan de la confesión con la misma expresión y claridad. San Clemente, contemporáneo del apóstol San Juan, exhorta con urgencia a los fieles "a confesar sus pecados a los sacerdotes a fin de reconciliarse con Dios por medio de la absolución."

Los mismos Hechos de los Apóstoles refieren (Cap. XIX, v. 18): "Muchos de los que habían creído, venían confesando y denunciando sus hechos." San Ireneo, a principios del siglo segundo, refiere de pecadores que se

habían convertido a consecuencia de su confesión; mientras que otros, que por el contrario, a causa de falsa vergüenza no confesaron su culpa, habían desesperado.

San Cipriano, del siglo tercero, aconseja a sus fieles la confesión de los más ocultos pecados, y los alienta con el ejemplo de aquellos, "que después de haber abrigado por un instante el pensamiento punible de sacrificar a los ídolos para evadir la pena de muerte, con sencillez y penetrados de dolor se acercaban a los sacerdotes del Señor, les abrían su conciencia, deponían a sus pies el peso que la gravaba, y pedían el santo remedio para ser sanados."

En el siglo cuarto, San Paciano, con mucha insistencia previene contra el grave pecado que comete el que después de haber ocultado sus culpas en la confesión por vergüenza y respeto humano, no teme sin embargo, acercarse a la mesa del Señor con el corazón manchado. ("Amonestaciones para la confesión").

En el mismo siglo, San Ambrosio habló reiteradamente a sus fieles, sobre la necesidad de la confesión, y él mismo es un modelo para todos los confesores. Respecto de la penitencia y confesión públicas, decretó que sólo se hiciesen cuando fuese necesario, "por haber dado el pecador, público escándalo". Su gran discípulo, San Agustín, amonesta a algunos así llamados *espíritus fuertes*, con las palabras siguientes: "Es menester hacer penitencia según las prescripciones de la Iglesia. No digáis pues: "Yo hago penitencia en mi corazón." ¿Acaso ha dicho en vano Jesucristo a sus Apóstoles, es decir, a sus sacerdotes: "Lo que desatareis sobre la tierra será también desatado en el cielo? ¿Acaso ha sido en vano confiado a la Iglesia el poder de las llaves? Vosotros destruís las palabras de Jesucristo" (Sermón 392).

Mucho más numerosos son los testimonios de los siglos subsiguientes, que en obsequio a la brevedad excusamos citar aquí, pues se trata de una práctica tan universal, como moralizadora.

Muy oportuna nos parece la siguiente observación de Weninger: "Si la confesión fuese una invención de los sacerdotes, no se hubieran impuesto a sí mismos una obligación tan repugnante al orgullo humano, sino que la habrían cargado solamente sobre los seglares: sin embargo,

la ley es general, ligando a los sacerdotes, obispos y al Papa, tanto como a los seglares. Todos están igualmente obligados a confesar sus pecados. Si la confesión no descendiese de los Apóstoles, esta innovación, semejante a todas las herejías, hubiera dejado en la historia trazas muy marcadas; un grito universal se habría levantado contra el novador que intentara por primera vez obligar a todo cristiano, incluyendo al mismo Papa, a confesar sus pecados, los más ocultos."

* * *

VI. Dícese: QUE LOS CATÓLICOS ABRIGAN SENTIMIENTOS HOSTILES HACIA LA BIBLIA.

SEGUR contesta que: "Muy lejos de prohibir la lectura de las Sagradas Escrituras, la Iglesia católica desea ardentemente que los fieles alimenten sus almas con perseverantes meditaciones sobre el contenido de las mismas; pero también el ejemplo de los protestantes le ha enseñado que la lectura de la Biblia puede, en ciertos casos, ser peligrosa. Por lo tanto, ha tomado sencillas y sabias medidas precaucionales que no impiden la lectura de la Biblia, sino que por el contrario, están destinadas a obviar las dificultades y los peligros. Manda, por ejemplo, que sólo pueda hacerse uso de determinadas traducciones de los libros sagrados, traducciones que han sido revisadas con cuidado y autorizadas por la autoridad eclesiástica, a fin de que no tomen como libro sagrado, una Biblia falsificada, como muchas de las ediciones protestantes".

De este modo los fieles saben con certidumbre que lo que leen, es la palabra de Dios y no la humana palabra de algún traductor ignorante o infiel. La simple obediencia a esta disposición, basta para hacer reconocer su gran sabiduría; pues ella, no sólo es buena y sabia: es además necesaria. Es, asimismo, una prueba de que la Iglesia dedica mucho mayor cuidado a la santa palabra de Dios, que aquellos audaces innovadores, que, so pretexto de hacerla más accesible a todos, no han hecho sino arrastrarla por el fango y profanarla de la manera más vergonzosa. Sólo la Iglesia católica tributa a la Biblia verdadero respeto; porque sólo ella sabe usarla debidamente.

Para los protestantes, las Sagradas Escrituras son

la única fuente y norma, en materia de fe; pero surge un sinnúmero de cuestiones que echan completamente por tierra su sistema.

Helas aquí, según las expusimos arriba, con el sabio Hettinger: "¿De dónde has sacado la Biblia? ¿Ese libro, que lleva el nombre de Sagradas Escrituras, contiene en realidad los Libros Sagrados escritos por los Apóstoles, bajo la inspiración y dirección del Espíritu Santo? ¿Y aunque así fuese, cómo sabes tú que ese libro contiene toda la doctrina de Cristo? Y aún suponiendo que la contuviese, ¿quién te ha dicho que las Sagradas Escrituras están completas y no adulteradas? Y aunque lo estuviesen, ¿quién te da la seguridad de que el sentido que tú encuentras en la Biblia es el verdadero sentido bíblico? Tú interrogas a la Biblia; pero ella es letra muerta y no te contesta; necesita, pues, de la palabra oral, viva, que la anima y le da vida."

Hasta dónde llegan los protestantes con su Biblia como única regla de fe, después de haber rechazado el infalible ministerio de enseñanza de la Iglesia, nos lo demuestran las siguientes líneas de BARTHE: "Lutero confeccionó una traducción de la *Biblia*, y *Zwinglio*, después de revisarla, declara que altera y corrompe la palabra divina. *Calvino*, a su vez, prepara otra traducción, y *Dumoulin*, aunque calvinista, encuentra que Calvino violenta el texto, altera el orden, y aun agrega pasajes. *Zwinglio* hace una traducción propia, y he ahí que los luteranos le dirigen los mismos reproches que él dirigiera a Lutero. *Oekolampadio* y los doctores de Basel también elaboraron una traducción; *Beza*, sin embargo, declaró que era en muchos puntos impía. *Beza*, entonces, editó una traducción más, que, a su turno, fué tachada de impiedad por los doctores de Basel. Los predicadores de Genf las rechazaron todas por viciosas, y emprendieron una nueva traducción más: *Jacobo I*, en la reunión religiosa de Hamptoncourt, declaró que esta traducción era la peor de todas y la más infiel." (*Verdades rel.*, cap. II.)

Cuán falsa sea la idea de que el protestantismo con Lutero fuese el primero que sacara a luz la Biblia, lo hemos demostrado más arriba. Luego, los protesantes, ca-

lumnian a la Iglesia declarándola hostil a la lectura de la Biblia.

* * *

VII. Dícese: QUE EL CULTO CATÓLICO RENDIDO A LOS SANTOS ES IDÓLATRA.

Contestamos con GOFFINE que: "En primer lugar, los honores que tributamos a los santos, en manera alguna amenguan los homenajes debidos a Dios; porque a los santos no rendimos culto divino, o de *latria*. Sólo a Dios honramos y suplicamos como a nuestro Supremo Señor, mientras que a los santos sólo los honramos como a sus fieles servidores y amigos, con culto de *dulia*. A Dios lo honramos por sí mismo o por las infinitas perfecciones que tiene en sí; a los santos, por los dones y gracias que han recibido del Señor.

En segundo lugar, honramos y apreciamos en los santos a Dios mismo, que en ellos se ha mostrado tan poderoso y misericordioso. El venerar a los santos, no puede, pues, menoscabar la honra de Dios; por el contrario la aumenta." Sabemos, pues, lo que hacemos.

Pregúntase: *Si es permitido pedir a los santos intercesión.*

"Ciertamente que lo es; puesto que es permitido pedir oraciones a hombres padosos que aún están en v.da, como Dios lo aconsejara a los amigos de Job (Job, 42, v. 8) y como lo hiciera San Pablo (1 Tess. 5, 25), ¿qué razón habría para que no fuese lícito pedir su intercesión a los santos que rodean el trono del Señor y que ven su rostro? Por lo mismo ha enseñado siempre la Iglesia católica, que es sobremanera saludable, pedir a los santos su intercesión, y encarecidamente aconseja a sus fieles que lo hagan. Si mientras vivían sobre la tierra podían los santos obtener alguna gracia de Dios, con tanta más razón lo podrán ahora en el cielo, puesto que la muerte no desata los vínculos que nos ligan a ellos por la santa solidaridad moral, la comunión de los santos.

"Y en cuanto a *si es lícito o no honrar las imágenes de los santos, la Santa Cruz, etc.*, contestamos que: Si no es pecado honrar las estatuas y retratos de los héroes y de los ilustres personajes, ¿por qué no ha de ser permi-

tido venerar las imágenes de Cristo y de sus santos? Todos los pueblos consideran que la honra o deshonra de que es objeto una imagen, recae sobre aquel a quien ella representa..."

A las imposturas de escritores protestantes que acusan a los católicos de que adoran a la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, que confían más en Ella que en Jesucristo, que con la doctrina de la Inmaculada Concepción sostienen que María, lo mismo que Jesús, fué concebida por obra del Espíritu Santo, contestamos con Weninger: "Nuestra doctrina es hoy día la misma que se enseñaba en el principio de la Iglesia, y se ha enseñado siempre. Sostenemos hoy todavía lo que San Epifanio escribía contra los herejes del siglo IV: *Nosotros honramos a María, decía este Padre, mas adoramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo* (Haeres, 79). Asimismo, sostenemos, que todo el poder que la intercesión de la Santísima Virgen posee para con Dios, se deriva de los méritos de Jesucristo; de manera que sus oraciones, así como las de los otros santos tienen toda su eficacia de El y por El".

Y en cuanto al dogma de la Inmaculada Concepción, Pío IX ha proclamado solemnemente la antigua, muy conocida doctrina católica definiendo que era una verdad revelada, que María había sido concebida sin incurrir en el pecado original, esto es, que en ningún momento había sido manchada por el pecado de nuestros primeros padres. Estas palabras son muy claras, y no dan lugar a mala interpretación.

Por lo tanto nosotros los católicos, sostenemos que María fué exenta del pecado original, porque no era conveniente que el Hijo de Dios tuviese por Madre a quien hubiese incurrido en la maldición del pecado, y hubiese sido esclava del capital enemigo de Dios. Y esta doctrina está perfectamente de acuerdo con la recta razón... Ah, no hay duda, protestantes. Lutero os ha separado de María Santísima, a pesar de haber Jesús a Ella recomendado a todos sus hermanos en la persona de S. Juan. "Volved a vuestra Madre; ella es la Madre de Dios; su mano compasiva os conducirá a Jesús, y por Jesús al Eterno Padre."

Todos los libros que tratan de religión, aprobados por la Iglesia católica, sostienen idéntica doctrina, y lo contrario, es calumnia protestante.

* * *

VIII. PERO EN TIEMPO DE LA REFORMA, se dice, HABÍA MUCHOS ABUSOS EN LA IGLESIA CATÓLICA, LOS QUE LEGITIMARON LA REBELIÓN DE LUTERO.

DEHARBE contesta: "La Iglesia sólo merecería el reproche, si ella hubiese autorizado y fomentado esos abusos, que están muy lejos de ser tan graves como se pretende. Mas esto nunca ha sucedido: por el contrario, ella siempre los ha condenado, abominado, rechazado y tratado de cortarlos con todos los medios que estaban a su alcance. Para cerciorarse de esto hasta la evidencia, basta leer las resoluciones del Concilio Tridentino, relativas a las mejoras de la disciplina eclesiástica. Para extirpar los males existentes, no se necesitaba la mano de reformadores intrusos, que hubieran hecho bien comenzando por reformar sus propias costumbres: tales hombres no podían sino inferir a la Iglesia heridas aún más profundas y dolorosas, escandalizando a los pueblos.

"Si por fin la Iglesia, por el hecho de tropezar con abusos y escándalos, hubiera dejado de ser santa y por consiguiente verdadera, ¿cómo es que Cristo compara su Iglesia a un campo en que crece el trigo y la cizaña, y a una red que, echada en la mar, allega todo género de peces, buenos y malos? (Mateo, XIII. 25, 26, 47, 48).

"¿Dónde se encontraba entonces en tiempo de los apóstoles la verdadera Iglesia, puesto que a la sazón había escándalos, grandes escándalos, disensiones, discordias, tibieza y otros graves delitos? (I. Cor. V. 1 y 11. 16-30)."

Aún los superiores eclesiásticos de los tiempos apóstólicos, no estaban exentos de tacha, como lo demuestra el Apocalipsis, donde se lee entre otras cosas: "Y escribe el ángel (es decir al obispo) de la Iglesia de Sardis...: Yo, el Señor, conozco tus obras, que tienes nombre, que vives, y estás muerto." Si la ausencia de todo abuso, de toda violación de la fe o de la disciplina por parte de los fieles, fuese una condición necesaria de la Iglesia de

Cristo, de lo expuesto resultaría que ya en el tiempo de los apóstoles, habría dejado de existir, y hoy no existiría en parte alguna, puesto que las mismas comunidades protestantes, no pueden negar que en su seno ocurren muchos males e inmoralidades."

La moralidad de la Reforma y de los reformadores

Mucho se han exagerado los abusos y vicios en la Iglesia; pero ¿cuánto podríamos decir en cambio de las costumbres y moralidad de los pretendidos reformadores y sus adeptos?

El reformador Lutero ha descrito con gran exactitud el resultado de su reforma, en cuanto se refiere a la moral; he aquí sus propias palabras:

"Soy de opinión que los que ingresan al *Evangelio*⁽¹⁾, son peores de lo que eran antes de dar este paso. Desgraciadamente día a día nos apercibimos de que la gente, bajo el *Evangelio*, abriga mayores y más tenaces odios y envidias, y se entrega a la avaricia, al hurto y a la sisa *más que antes*, bajo el Papado"⁽²⁾.

En otra parte agrega: "Leed los libros de los papistas, escuchad sus sermones, y hallaréis que el único argumento en que insisten; que lo único que nos echan en cara con persistencia, es que ningún bien ha producido nuestra doctrina; porque tan pronto como apareció nuestro *Evangelio* y se hizo escuchar, estalló el cisma en la Iglesia y surgieron las sectas —y la honestidad y la disciplina y la educación, se vinieron abajo, y cada cual quiso ser libre como los pájaros y hacer lo que se le antojase, según su humor y capricho, como si no hubiese ni leyes, ni derechos, ni orden, *como por desgracia es demasiado cierto que sucede*."

"El desenfreno de todas las clases sociales en todo linaje de vicios, pecados y abominaciones, *es hoy más grande que antes*, cuando la gente y especialmente la plebe se veía hasta cierto punto contenida por el temor y la fuerza, mientras que ahora, cual caballo desbocado,

(1) Nombre que Lutero daba a su pretendida Reforma.

(2) Obras de Lutero. Ed. Walch., XIII, 2193, 2195.

se lanza y hace cuanto le da gana, sin reparo alguno"^(*). Lo que, sin embargo, es una consecuencia del principio del libre examen, según lo demostramos en otro lugar".

En la explicación del libro V de Moisés, agrega Lutero: "Nuestros *evangélicos* han de ser siete veces peores de lo que eran antes; porque desde que hemos aprendido el *Evangelio* (es decir que para salvarse basta la fe, sin las obras) robamos, mentimos, engañamos, nos hartamos, nos emborrachamos y nos damos a todos los vicios. Se nos ha arrojado fuera un diablo, y se nos han entrado en su lugar siete peores, como puede verse en los príncipes, señores, nobles, ciudadanos y campesinos."

En el año de 1533, llegó Lutero hasta decir: "Merced a esta doctrina, el mundo empeora de día en día y se hace más incrédulo y desvergonzado. Los demonios se les entran ahora a los hombres en legiones, por manera que bajo la clara luz del *Evangelio* se vuelven más codiciosos, más impúdicos y peores que lo que fueran bajo el Papado; pues es cosa manifiesta entre campesinos, ciudadanos y nobles, y en todas las clases, desde los más grandes hasta los más pequeños, cuán vergonzosa y desordenada es la vida que llevan, entregados a la codicia, a la borrachera, a la disolución, y sumergidos en la inmundicia de todos los vicios"⁽⁴⁾.

Muchísimas y muy extensas citas de análogo tenor podría agregar aquí, tomándolas de los escritos de los reformadores y de sus contemporáneos; pero, bastará consultar el tomo I de la obra de Döllinger, titulada *La Reforma*. Pues bien; todas esas citas, ofrecen una clara y evidente prueba de que la pretendida reforma no trajo consigo una mejora, sino una depravación de costumbres.

* * *

Veamos ahora CUÁL FUÉ EL CARÁCTER DE LOS REFORMADORES.

El simple sentido común nos dice, que un instrumento escogido, en manos de la Divinidad, para efectuar gran-

(*) Walch., V, 114.

(4) V. Boost. *Historia de la Reforma*, T. III, p. 204.

des cosas en su nombre, se distinguiría de los demás hombres por la superioridad y excelencia de su carácter. Quien tenga verdadera vocación para reformar, para perfeccionar a otros, debe ser él mismo un ejemplo vivo de virtud y perfección.

Ahora bien, ¿qué cuadro nos presenta el carácter de los reformadores? Nadie puede pintarlo mejor que ellos mismos; y en efecto, se han autofotografiado en sus escritos.

En primer lugar, en cuanto a Lutero, el jefe de los reformadores, su carta a Melancton, de 13 de junio de 1521, contiene las siguientes líneas: "Aquí lo paso sentado sin hacer nada, desgraciadamente orando poco y suspirando aún menos, pues me consume el fuego violento de mi indómita carne. Yo, que debiera arder en la llama del Espíritu Santo, no soy sino carne, antojos, desidia, holgazanería y somnolencia. No sé si, porque vosotros no oráis por mí, Dios se ha apartado de mí..."⁽⁵⁾

Para justificar su conducta, enseñó Lutero que la voluntad del hombre carece absolutamente de libertad, y es incapaz de hacer el bien y hasta que las obras buenas son inútiles sino escandalosas⁽⁶⁾.

Las opiniones de Lutero sobre el matrimonio y la virginidad son tan desvergonzadas, que la pluma se resiste a transmitir las.

Cuando estalló, en 1525, la guerra de los paisanos ¿cuán grata fué a Lutero esta rebelión, que por medio del pueblo debía realizar rápidamente lo que los príncipes, sus amigos, efectuaban con lentitud y timidez!

Pero la rebelión asumió proporciones más formidables que las que Lutero mismo hubiera deseado. Por lo tanto, el reformador cambió de frente y se expresó como sigue: "Atravesamos una época tan extraordinaria, que los príncipes ganan el cielo con más facilidad, vertiendo la sangre de los paisanos y matándolos, que por medio de la oración: no deben por consiguiente tener compasión ni dar cuartel, sino seguir la matanza, y mientras se les mueva el pulso, exterminar a los campesinos a manera de

(5) V. Boost, "Historia de la Reforma", t. III, p. 64.

(6) Véase lo expuesto anteriormente.

perros rabiosos, pues todos ellos están condenados en cuerpo y alma, y son presa del demonio"⁽⁷⁾.

¡He aquí el hombre que pretendió reformar la Iglesia, declarando que las buenas obras era el escándalo más corruptor!

Los vicios y los crímenes jamás pueden ser los medios de que se valga la Divinidad para enseñar la verdad a los hombres, ni es posible que los hombres de corazón depravado y de pervertida inteligencia, sean los mediadores entre Dios y la humanidad. Y sin embargo, el cisma anglicano es engendro de las desordenadas pasiones de Enrique VIII, "el más injusto, el más vil y el más sanguinario de los tiranos que hayan assolado la Inglaterra", según se expresa el protestante Cobbet⁽⁸⁾.

En los primeros años de su reinado, escribió un libro refutando a Lutero, y mereció del Papa el título de "Defensor de la Fe", de que hasta la fecha hacen gala sus sucesores; pero tan pronto como encontró en el Pontífice Romano un obstáculo a sus excesos, se convirtió en el mayor enemigo de la Iglesia y separó a todo su reino de la comunión católica. El hecho que motivó este cambio de conducta y de religión fueron sus relaciones ilícitas con Ana Bolena, dama de la reina Catalina de Aragón, su legítima esposa. Ana aspiraba a la corona, y Enrique VIII no vió más medio que obtener de Roma la anulación de su matrimonio con Catalina. El pontífice Julio II, resistió las pretensiones del Rey: éste, sin embargo, se casó con Ana Bolena, engañando al efecto, a uno de sus capellanes, el Dr. Lee, a quien manifestó que el Papa se había pronunciado en su favor y que tenía el acta en su gabinete⁽⁹⁾.

Lutero mismo, ha declarado que "antes de aprobar el divorcio de Catalina, permitiría más bien al Rey casarse con una segunda reina, y a ejemplo de los patriarcas y de los reyes tener a un mismo tiempo varias esposas o reinas"⁽¹⁰⁾. La pasión por Ana Bolena no impidió que más tarde la hiciera decapitar y se casara al día siguiente

(7) Boost, loc. cit., 110, y Ed. Walch, XVI, 58.

(8) Historia de la Reforma de Inglaterra, c. 6.

(9) Lingard, p. 278.

(10) Luth, ep. Walse, 1717.

con Juana Seymour⁽¹¹⁾. Después de la muerte de Juana se casó con Ana de Cleves, de quien se divorció fundándose en que... ¡no era bastante hermosa! La cuarta mujer de Enrique fué Catalina Howard, quien después de algunos meses fué acusada de no haber sido virgen en el momento de casarse, y sin oírle ni seguirle inicio en forma, fué condenada y ejecutada en 1542⁽¹²⁾. La sexta mujer, Catalina Parr, fué la única que le sobrevivió pues supo apaciguar a su real consorte reconociéndole su infalibilidad en puntos de doctrina. El cuadro ricurosamente histórico que precede nos presenta un reformador de ideas y costumbres, que fué adúltero al casarse con Ana Bolena, y aún incestuoso según Walch⁽¹³⁾, por ser padre de Ana y haber tenido relaciones con su hermana María; que injustificó y quemó a los que no reconocían su infalibilidad: que manchó su memoria y sus manos con la sangre de Tomás Moro, espejo de su siglo⁽¹⁴⁾, y de Juan Fisher, modelo del episcopado⁽¹⁵⁾; que hizo asesinar hárbaramente a los priores de los monasterios⁽¹⁶⁾ y confiscar sus bienes para sí y sus herederos⁽¹⁷⁾; y que por fin murió exclamando: "todo lo hemos perdido, la Iglesia, el reino, el honor, la conciencia y el cielo". ¡Y ésta era el corifeo de los que en Inglaterra pretendieron reformar la Iglesia católica!

Zwinglio⁽¹⁸⁾ al principio de su carrera de reformador, de acuerdo con algunos nuevos partidarios, dirigió al obispo de Constanza y a la Liga "una súplica y solicitud amistosa", a fin de que permitiese la propaganda del nuevo Evangelio y se aboliese el celibato de los sacerdotes. "Nuestra honorabilidad conoce la deshonesto y escandalosa vida que nosotros (no queremos hablar sino de nosotros) hemos llevado... y hasta qué punto esto nos ha relajado y corrompido. Lamentamos nuestra desherencia, porque, a la vez que el Señor no se ha dignado concedernos el don de

(11) Cobbet, c. 2.

(12) Lineard, t. 6, p. 454 y siguientes.

(13) P. 507 y siguientes.

(14) Lineard, *Pisa, Univ. Sander*.

(15) Lineard, Fuller, *Pisa, Univ.*

(16) Lineard, t. 6, p. 313 y siguientes.

(17) Cobbet, *Hist. de la Reforma*, c. 5.

(18) Zwinglio fué sacerdote apóstata y figura entre los reformadores de la Suiza.

la pureza, los hombres nos tratan tan cruelmente que llegan a infamarnos a causa de debilidades que son comunes a todos, como si lo que a todos es lícito no lo fuera para nosotros. *Tened compasión de nosotros*, vuestros leales y fieles servidores, y autorizadnos para casarnos..."⁽¹⁹⁾.

Zwinglio, hablando de sí mismo, manifestaba que "si se dijese que pecó por orgullo, por glotonería, y por impureza, creedlo sin vacilar, porque estoy sujeto a estos vicios y a otros muchos"⁽²⁰⁾.

Respecto de CALVINO⁽²¹⁾, el calvinista GALIFFE, en su obra titulada: *Datos genealógicos*, que apareció en la misma Ginebra, escribe lo siguiente: "Este hombre, tan infame por sus crímenes, enarbó la bandera de la más salvaje intolerancia, de la más ciega superstición y de las doctrinas más impías, apóstol que infundía terror, pues nada escapaba a sus secretas investigaciones, y que en el transcurso de dos años, desde 1558 hasta 1559, hizo ejecutar cuatrocientas catorce sentencias de muerte, entre ellas la del médico Servet"⁽²²⁾.

"Calvino, dice Volmar, su primer partidario, es violento y perverso. ¡Tanto mejor! Es el hombre que necesitamos para adelantar nuestros negocios."

En fin, aunque muchas otras pruebas análogas podríamos aducir, baste decir que el historiador protestante Cobbet formula el resumen de sus estudios sobre los jefes de la Reforma en los términos siguientes: "Jamás vió el mundo reunidos en un mismo siglo tanto hombre perverso como Lutero, Zwinglio, Calvino, etc. El único punto de doctrina en que estaban acordes, era la *inutilidad de las buenas obras*, y su vida ofrece una revelante prueba de la sinceridad con que practicaban ese principio, que justifica todo vicio y depravación"⁽²³⁾.

Y ¡tales hombres se atrevieron a reformar la Iglesia católica y tacharla de inmoral y corrompida!...

* * *

(19) Obras de Zwinglio, tomo I.

(20) Cartas de Zwinglio.

(21) Sacerdote apóstata, también reformador de Suiza.

(22) Galiffe, *Datos genealógicos*, tomo III, p. 21.

(23) "Historia de la Reforma Protestante" C. VII, número 200.

Pero, aún suponiendo que fueron unos santos ¿con qué derecho, fundaron Lutero y los demás reformadores, una Iglesia nueva y enteramente distinta? Una de dos; o en aquel tiempo existía la verdadera Iglesia de Jesucristo o no existía. Si existía, ¿cómo se atreve Lutero a establecer una Iglesia nueva y del todo diferente? Si no existía resultan desmentidas todas las divinas promesas de que Jesucristo y el Espíritu de verdad permanecerían con ella *todos los días* hasta la consumación de los siglos, y que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.

El mismo Lutero sintió la fuerza de este argumento; y como aterrado de la posición que había asumido contra la antigua Iglesia romana, escribe textualmente lo que sigue:

“Hay un argumento que es por demás difícil arrancárselo y destruirlo a los papistas, y que aún a nosotros nos cuesta soltarlo y refutarlo. Es menester concederles, lo que ahora les concedo: hablando en verdad, existe en el papismo la palabra de Dios, el Apostolado, y de ellos hemos tomado las Sagradas Escrituras, el bautismo, los sacramentos y el púlpito. A no ser así, ¿qué sabríamos nosotros de todo esto? Por lo mismo, *la fe, la Iglesia cristiana, Cristo y el Espíritu Santo tienen que estar con ellos*. ¿Con qué objeto predico entonces contra ellos, como el discípulo contra sus maestros? Asaltan a mi ánimo estos graves pensamientos: ahora veo que estoy en el error. ¡Ojalá que nunca hubiera dado el primer paso ni predicado una sola palabra! ¿Quién puede, en efecto, ponerse en pugna con la Iglesia, cuya fe profesamos, diciendo: Creo en una Santa Iglesia Cristiana?

“Y como encuentro a esta Iglesia en el papismo, debo obedecerla: pues si la condeno, incurriré yo mismo en el mayor de los anatemas, y me veré rechazado y condenado por Dios. Difícil es sostenerse y predicar contra semejante anatema”⁽²⁴⁾.

⁽²⁴⁾ Obras de Lutero, Ed. Walch., VIII, 479.

Tolerancia de religión

Como el protestantismo y demás adversarios de la Iglesia nos hablan continuamente de tolerancia, queremos ocuparnos con alguna detención de este asunto, aunque contentándonos con presentarlo desde un punto de vista meramente filosófico. De este modo fijaremos el verdadero sentido de la palabra *tolerancia* de que tanto se abusa, y que tan adrede se ha querido confundir, y veremos en qué concepto es compatible con nuestra libertad de pensar, con la sana razón y con la recta filosofía.

La *tolerancia*, dice Bonald, es de las palabras que más se han sostenido entre las vicisitudes que en la época presente han sufrido aquéllas, así como las sociedades; y se hace necesario explicar los motivos por los cuales se ha sostenido.

La *tolerancia* es grata a las almas sensibles, por las ideas de paz y de indulgencia que ofrece; pero gusta también a los hombres débiles o corrompidos, que reclaman para su conducta la *tolerancia*, que otros reclaman para sus opiniones. Esta tolerancia, pues, única plaza que ha conservado de sus conquistas la filosofía del siglo XVIII había prometido, para cuando reinase sin obstáculo, la felicidad del género humano: mas sólo ha logrado substituir a la caridad cristiana la humanidad filantrópica, y esta humanidad ha sido para ella objeto de años de declamaciones no muy humanas ni tolerantes.

Vamos, pues, a investigar si esta tolerancia que acusa a la religión católica de esencialmente intolerante, tiene el sentido que se le atribuye, y si alguna vez se le ha dado el verdadero sentido.

La tolerancia es absoluta o condicional, o sea provisional. Absoluta es sinónima de *indiferencia*, y ésta es la que combatimos. La condicional o provisional equivale a *sufrimiento, a caridad recíproca y a respeto mutuo social* y también a *urbanidad*; y ésta es la que la educación y sabiduría aconsejan y la religión prescribe, pues la falta de inteligencia recíproca ha sido muchas veces origen de disputas muy poco caritativas y respetuosas.

Esta tolerancia condicional, o respetuosa, debe ejercerse con respecto al error, y aún con respecto a la verdad. Consiste en aguardar el momento favorable al triunfo pacífico de la verdad, y en disimular el error, mientras que no pueda destituírse sin exponerse a males mayores que los que se quieren evitar. La tolerancia *absoluta*, o sea la indiferencia, no conviene ni a la verdad ni al error, que no pueden nunca ser indiferentes al ser inteligente, *obligado* por su naturaleza a investigar en todo la verdad, distinguiéndola del error para abrazar la una y desechar el otro.

La tolerancia absoluta, como la entienden los sofistas, no convendría sino a lo que no es falso ni verdadero, o lo que es igual, indiferente en sí mismo. Mas, como puede asegurarse que nada hay indiferente en los principios morales, religiosos y de la ciencia del hombre y de la sociedad, síguese que la tolerancia filosófica no es de un uso muy extenso; y que hubiera sido muy razonable el definir la tolerancia, antes de declamar con tanta acritud contra la intolerancia.

De aquí se sigue también una consecuencia no menos inesperada que rigurosa, y es que a medida que los hombres se ilustran, las cuestiones se ilustran también, y se deciden a menudo más o menos importantes, cuya opinión parecía antes indiferente a nuestra ignorancia. Así que, a medida que las luces progresan en la sociedad, ha de haber menos tolerancia absoluta o indiferencia sobre las opiniones, porque perfeccionándose la inteligencia en la investigación de lo verdadero o de lo falso, se ha de decidir por la verdad precisamente, y ha de ser menos tolerante con el error. El hombre más ilustrado ha de ser el menos indiferente sobre las opiniones. El estado de duda en ciertas materias es un estado completo de ignorancia, así como en otras la gran ciencia consiste en saber dudar.

Proclama la incredulidad, la tolerancia absoluta en las opiniones morales y religiosas, y sin embargo no la hallamos en ninguna especie ni en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias, ni en las artes.

El hombre, en cuanto al cuerpo, está sometido a ciertas leyes contra las que no tolera la naturaleza infracción alguna: todo está determinado, nada es indiferente en el orden natural, y perecemos si faltamos a las leyes de la templanza sobre los placeres y aún sobre las necesidades. Las leyes humanas son otras tantas declaraciones públicas de intolerancia, prescriban o prohíban, nada dejan al capricho, arreglando todas nuestras acciones civiles bajo penas, de las que la menos severa es la nulidad de los actos que hacemos sin consultarias. Su precaución se extiende hasta nuestras últimas intenciones, las que no respetan sino en cuanto están acordes con su voluntad; y después de haber vivido bajo su dominio, es preciso, por decirlo así, morir en su intolerancia.

Las costumbres son aún más intolerantes que las leyes, y lo que estas no pueden alcanzar, lo someten las costumbres a su jurisdicción. Verdad es que no castigan con suplicios, pero manchan con el vituperio, ridiculizando cuanto se separa de lo que ellas han arreglado como honesto, decoroso, o conveniente, mandando algunas veces cosas irregulares, y aún ilegítimas, pues a menudo las costumbres están en contradicción con las leyes, y el hombre se halla colocado entre dos intolerancias igualmente temibles, la de las leyes y la de las costumbres.

Para este legislador arbitrario nada es indiferente, ni aún lo que parece inútil. La autoridad de las costumbres se extiende hasta el modo de vestirse, saludar y arreglar las formas de los cumplimientos más pueriles.

¿Qué puede haber en el mundo más intolerante que las ciencias? ¿Qué otra cosa son los libros y las cátedras de instrucción sino cursos públicos de intolerancia? La crítica no *tolera* en ellas un principio atrevido, una consecuencia mal deducida, una demostración viciosa, una cita inexacta, una fecha falsa, ni un hecho controvertido. Por medio de los periódicos se publican las sentencias de su tribunal en el orbe literario, y se manifiestan las faltas de los autores.

Las artes ¿son otra cosa que un campo de batalla en el que la intolerancia del buen gusto combate contra un gusto falso o corrompido? No le basta a una obra ser bien ideada, pues no *se tolera* si es mal escrita; ni le basta que

instruya, es preciso que guste; y aun cuando su destino sea únicamente recrear la imaginación del lector, se exige que divierta según ciertas reglas establecidas por el gusto, sancionadas por el ejemplo de los modelos, y cuya observancia es más difícil y la práctica más rara, a medida que es más profundo su conocimiento⁽¹⁾.

Y no obstante ¿qué cosa más indiferente en la apariencia para la sociedad que un mal drama o algunos errores gramaticales o literarios? Y si alguna tolerancia pudiese esperarse de los hombres, ¿no deberían, reservando toda su severidad para los escritos peligrosos, respetar toda producción inocente, aunque débil, como una contianza que el autor les ha hecho de la medianía de su talento, o como una desgracia, cuyo primer motor ha sido el deseo de agradar al público?

Obsérvese también que los escritores que con más vehemencia han reclamado la tolerancia sobre todas las materias, son cabalmente los que más se han excedido en intolerancia.

Así la crítica en manos de Voltaire no ha perdonado ni aun a los buenos ingenios del siglo y ha tomado a menudo hacia los contemporáneos el carácter de libelo infamatorio, y hasta el tono injurioso y grosero del populacho más vil. ¿No ha sido este escritor y los demás de su escuela los que han difundido el gusto y dado el modelo de ese tono burlón, que desflorando el vicio desconcierta la virtud, y que en el fondo no prueba sino una igual indiferencia por uno y otra?

No sólo en las artes de ingenio ejercen los hombres unos sobre otros una continua censura; pues las artes más frívolas no están sujetas menos que las otras a este tribunal, y hasta en las artes puramente mecánicas los que las ejercen suponen en sus trabajos una importancia ridícula, juzgándola recíprocamente cegados por el interés, e ilustrados por la envidia.

(1) En el juicio de las piezas dramáticas es en donde la crítica se manifiesta regularmente más intolerante. En el teatro es donde lleno de angustias y dolores comparece personalmente un autor como un reo, para ser juzgado en audiencia pública; y si a beneficios de algunas circunstancias felices de manejos diestros, logra adormecer la severidad de los espectadores de una pieza mediana, arrancando algunos aplausos del momento; vuelto el público a su intolerancia ordinaria, le hace expiar un éxito arrancado por la sorpresa, castigando con un eterno olvido la satisfacción de algunos instantes.

Es preciso, no obstante, confesar esta intolerancia que ejercemos unos contra otros sobre nuestras opiniones, sobre nuestras acciones, sobre nuestras producciones, y que es el origen de tantos juicios falsos o temerarios, de tantos odios y discordias; esta intolerancia procede de un principio natural al hombre, y aun puede decirse que está en el orden; porque siendo la perfección el estado natural, al que debe tender y le está *mandado*, el hombre es y debe ser intolerante en lo que se separe en todos los géneros de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, que conciba o imagine tal.

Es intolerante en todo, porque en todo hay de verdadero o de falso, bueno o malo, orden y desorden, buena y mala moral, buena y mala filosofía, buena y mala política, buena y mala literatura, oratoria, poética, etc.; bueno y malo tanto en las leyes como en las artes, en las costumbres como en las maneras, en los procedimientos como en las opiniones, en la teoría como en la práctica.

Cuanto más penetrado se halla el hombre de ciertas verdades, conoce mejor en donde se hallan la belleza y la bondad, y más le repugna lo que es opuesto a estos principios.

Verdad es que el hombre desecha a menudo como falso lo que es verdadero, o aprueba como verdadero, lo que es falso, tomando lo bueno por lo malo, y al contrario; pero aún en este extravío obedece al principio universal del ser inteligente, y tan sólo se engaña en su aplicación. Yerra por preocupación de juicio, pero nunca por la determinación de la voluntad; a no ser que por maldad propague el error y el vicio.

Sin embargo, estos mismos hombres tan intolerantes sobre todo otro objeto, reclaman una tolerancia *absoluta* sobre las opiniones o creencias religiosas. Suponen, pues, que no hay en la religión considerada en general y en todas sus diferencias, nada de verdadero ni falso, o que si lo hay en la religión como en las demás cosas, el hombre no tiene medio alguno de distinguirlo; o, finalmente, que la religión sea falsa o verdadera, es igualmente indiferente para el hombre.

Y como la tolerancia absoluta no puede, como hemos ya observado, aplicarse sino a lo que es indiferente,

la tolerancia filosófica de todas las opiniones religiosas ha conducido a una indiferencia absoluta, de todas las religiones: estado el peor de todos, y el más próximo al ateísmo; y es digno de observarse que esta tolerancia absoluta ha pasado a la práctica de las costumbres y desórdenes que otras veces habrían provocado la severidad del poder público o doméstico y que, en nuestros días se toleran con un disimulo que degenera en indiferencia.

Ahora bien; la suposición de que todas las religiones o todas las sectas cristianas son indiferentes, no puede sostenerse en buena filosofía.

En efecto, ¿cómo suponer que no haya nada de verdadero ni falso en religiones opuestas entre sí, cuando en todas partes son la relación verdadera o falsa de Dios con el hombre, y de éste con sus semejantes, la razón del poder, la regla del deber, la sanción de las leyes, la base de la sociedad; cuando hay algo verdadero o falso en todo cuanto los hombres ejercitan su razón o sus pasiones; verdadero o falso en todo, hasta en los objetos más frívolos de nuestros conocimientos y de nuestros placeres? Si hay, pues, verdadero y falso, orden y desorden, bueno o malo, en las diferentes religiones consideradas en general ¿puede suponerse en sana filosofía que Dios, que es la misma inteligencia, no los distinga, o que Dios, que es la suprema verdad pueda permanecer indiferente a la una o a la otra? ¿Y si las distingue, si prefiere la una a la otra, ¿puede pensarse que haya rehusado a los hombres, seres inteligentes, capaces también de conocer y escoger, de amar o de aborrecer, todo medio de distinguir lo bueno de lo malo en las relaciones que tienen con El? ¿Y a qué fin les hubiera dado este ardor desmedido de aprender, y les hubiera permitido el descubrir las relaciones que tienen aún con las cosas insensibles? Y si existe algo de verdadero y falso, de bueno y de malo, en las diversas religiones, como en todo otro objeto de nuestros conocimientos, si el hombre puede distinguirlo ¿cómo suponer que pueda permanecer indiferente a la verdad y al error, cuando no puede ser indiferente con nada, porque en él la indiferencia es el carácter más señalado de la estupidez?

Pero, si todo es indiferente en las opiniones religiosas de los hombres, si no las hay de verdaderas y de falsas, si la opinión de los que creen en un solo Dios, la de los que creen en una multitud de ellos, y las de los que no creen absolutamente en Dios, son igualmente indiferentes, igualmente establecidas (pues no se puede sin inconsecuencia excluir de la tolerancia absoluta una opinión cualquiera que sea) todo es indiferente también en las prácticas de los diversos cultos; y todo lo que emana de un principio cualquiera religioso, es igualmente bueno o igualmente malo. Entonces es preciso sostener que es igual entre sí el ofrecer a la Divinidad una *hostia* inocente, o inmolarse víctimas humanas; el sacrificar, como los chinos, los niños recién nacidos al *espíritu del río*, o ponerles como los cristianos, bajo la protección del bautismo; negar a Jesucristo o creer en su divinidad; el autorizar la esclavitud o proscribirla. Entonces la poligamia, con todos sus desórdenes, es tan buena en sí misma como la unidad de esposa con toda su dignidad y sus ventajas; y la facultad del divorcio, condenada aun por los legisladores que la proponen, no es más imperfecta que la indisolubilidad del lazo conyugal, a la que no puede objetarse sino un exceso de perfección.

Y no obstante, tal es para el entendimiento humano la necesidad de ser consecuente, aún en la opinión más inconsecuente, que los partidarios de la intolerancia se han visto forzados a sostener e insinuar la indiferencia de todos los actos religiosos, o autorizados por las diferentes religiones; y cuando estos actos han parecido tan bárbaros o extravagantes, han acusado de ello a la religión en general, esto es, a todas las religiones indistintamente, atribuyendo de este modo a la religión cristiana horrores que ella desaprueba y ha hecho desaparecer en todos los países en donde se ha extendido⁽²⁾.

(2) Verdad es que en los pueblos cristianos se ha ejercitado muchas veces la intolerancia de opiniones en cuestiones que sólo parecen sutiles o indiferentes. En estas cuestiones en que se ha querido ridiculizar la palabra *escolástica*, es en donde los sofistas, que no penetran el fondo de las cosas, han triunfado sin dejar de hacer ver que nada de semejanza se agitaba entre los gentiles. Pero es justo observar que en los pueblos cuya religión habla solamente a los sentidos y no a la razón, no puede haber disputas de cuestiones intelectuales, del mismo modo que entre los niños o artesanos no puede haber disputas de metafísica; y que en los pueblos ilustrados cuya religión es toda espiritual, las

Mas esta tolerancia absoluta que el liberalismo incrédulo reclama sobre las opiniones religiosas, ¿ha existido nunca en religión ni aún en la filosofía? Es preciso observar que toda nueva opinión es esencialmente intolerante por el solo motivo que es nueva, y que repele las opiniones antiguas.

Cuando Lutero se separó de la Iglesia romana acusó a los fieles hasta de idólatras y groseros, llamándoles *papistas*, *diablos*, *perros* y *cochinos*. Los sofistas del último siglo y los del presente han prodigado a los cristianos entre los cuales vivieron y viven, y con quienes tuvieron y tienen todas las relaciones que dan una patria y habitación comunes, los epítetos de *fanáticos*, de *supersticiosos*, de *retrógrados*, de *hipócritas* y de *tontos*.

Hablando de buena fe, ¿es esto tolerancia? Para los hombres ilustrados y por consiguiente, sensibles, hay cosa más intolerante que las injurias? Para dar ejemplo de esta tolerancia que se pide, Lutero y los sofistas debían haber hablado así a sus adversarios: "Vuestras opiniones son sabias y verdaderas, pero no nos convienen, y por esto publicamos otras diferentes."

Esto, aunque no hubiese sido muy razonable, hubiera sido perfectamente tolerante; pues de cualquier modo que se tome, y por moderación que se emplee para decir a algunos hombres que se engañan, y que han caído en errores groseros, o en vergonzosas supersticiones, es decirles en substancia que son tontos y fanáticos. El solo pensamiento de que un semejante nuestro permanece en el error, es ya un acto interior de intolerancia: mucho más lo será cuando se manifiesta este pensamiento acompañado de actos y de injurias.

La cuestión de la tolerancia ha sido casi siempre presentada con el apoyo de un juego de palabras. Se ha reclamado la *libertad de pensar*, lo cual es un absurdo mayor que si se hubiese reclamado la libertad de la circulación de la sangre. En efecto, ni el tirano más caprichoso, ni el monarca más absoluto pueden atentar en con-

opiniones de este género han debido adquirir una grande importancia porque de las opiniones proceden los dogmas que conducen a los actos, y que si la moral arregla bien o mal la conducta de los individuos, los dogmas solos constituyen la bondad moral de los pueblos: principio de filosofía política que los gobiernos han perdido de vista demasiado.

tra de la una ni de la otra de estas dos libertades; y el mismo Dios que deja a los hombres que piensen de El lo que les parezca, no podría impedir la *libertad de pensar* sin desnaturalizar al hombre, y quitar a sus determinaciones la libertad de merecer o desmerecer.

Mas, lo que los sofistas llaman libertad de pensar es la libertad de pensar a voces, esto es, de publicar sus ideas por medio de los discursos o de la imprenta, y por consiguiente de combatir las opiniones de los demás; siendo así que hablar y escribir son acciones, y aún las más importantes de todas en una nación civilizada. La libertad de pensar, pues no es la de obrar y ¿cómo podría exigirse de un gobierno una tolerancia absoluta de la libertad de obrar, sin hacer inútiles todos los cuidados de la administración para mantener la paz y el buen orden, o más bien sin desquiciar la sociedad?

* * *

Añadiremos una reflexión importante. Una falsa opinión debe ser tolerante, pues si no ¿qué derecho tendrá para condenar las demás opiniones? Mas, los que las profesan son regularmente celosos e intolerantes. Así es, que la religión de Mahoma es tolerante, y los mahometanos han sido muy intolerantes. Al contrario, si la verdad no es un ente de razón, una opinión verdadera debe ser esencialmente intolerante de los errores que se oponen a ella, pero los que la profesan deben ser tolerantes con tanta mayor razón, cuanto más seguros están de que tarde o temprano triunfará la verdad. Mas cuando una opinión empieza en la sociedad, ya sea falsa o verdadera, lejos de pedir ni conceder la tolerancia, se esfuerza por extenderse, aspirando a la dominación. De aquí el espíritu de proselitismo común a todas las opiniones religiosas, políticas, literarias, filosóficas, etc. La guerra empieza, pues, entre la nueva doctrina y las doctrinas antiguas, que están en posesión del imperio, y va avanzando, por decirlo así, con las armas en la mano. Si esta doctrina

es verdadera se extiende y se consolida más bien con la persecución que por la tolerancia^(*).

Si es errónea va ganando terreno hasta un cierto punto, y algunas veces por la contradicción: pero no se detiene y declina hasta llegar a ser muy dominante en la sociedad; mas, una vez conseguido el imperio incesantemente se convierte en retroceso, que oprime su debilidad y manifiesta su impotencia. Entonces suspira por la tolerancia, y quiere componerse con la verdad, y como los litigantes de mala fe intentan un recurso, una composición amistosa, que puede ser definitiva entre los hombres, pero nunca entre principios como éstos.

La doctrina enemiga de todo poder religioso que se ha llamado *filosofismo* y después anticlericalismo, ha sido tanto en sus principios como en sus progresos enteramente intolerante. Usaba *palabras magníficas* para hablar el lenguaje de la Escritura, y prodigaba la injuria y la mofa a sus adversarios, y cuando se vió en el trono de Europa como opinión dominante, no pudo, como otro Faetonte sin abrasar el mundo, soltar las riendas de estas razones fogosas, que la religión trataba con tanta facilidad.

El mundo civilizado estaría más adelantado, y sería más feliz, si tanto ingenio e intrigas, como se han empleado para establecer la tolerancia absoluta de todas las opiniones, que en su caso no es otra cosa que la indiferencia para todas las verdades, se hubiera hecho servir para preparar los entendimientos a una misma creencia, único medio de conciliar los corazones.

Pero si los hombres no han tenido aún el pensamiento de esta unión tan deseable, los acontecimientos más poderosos que los hombres, en virtud de las leyes generales, tienen la tendencia a reducir al orden, que es la unidad, dando cada día pruebas de la necesidad de ello: y así como la diversidad de opiniones religiosas y la división que esta diversidad produce, han sido la causa primitiva de la in-

(*) Así sucedió en nuestra religión augusta. La sangre del Divino Redentor que la fundó fué la primera semilla que no tardó en llenar la tierra de hombres que creyeron en El y fueron salvados. La persecución y la barbarie de los perseguidores extendió más y más el cristianismo en los siglos más florecientes de la religión; y la sangre de los mártires continuó a ser, según la ya sabida expresión de Tertuliano, un semillero de cristianos.

credulidad y diversidad de creencias, la unidad de opiniones, producirá tarde o temprano el grande y último efecto de la civilización universal, que es el culto de un solo Dios, según una misma religión para toda la humanidad.

Pedir a seres inteligentes, *que no viven solamente de pan*, sino de la investigación y del conocimiento de la verdad, la indiferencia absoluta de las opiniones, sean las que fueren, es pedir imposibles y prescribir el reposo absoluto de la materia, que no existe sino por el movimiento.

Pero, si la tolerancia absoluta, o sea la indiferencia, es absurda y es culpable entre opiniones verdaderas y falsas, y por consiguiente, necesariamente exclusivas las unas de las otras, la tolerancia condicional, esto es, el *respeto mutuo* debe existir entre hombres que de buena fe profesan opiniones distintas. Pues de lo contrario, hasta sería imposible la sociabilidad, se fomentarían los odios y las persecuciones entre conciudadanos, con detrimento de la tranquilidad y recíproca benevolencia, como lo demuestra el *Kulturkampf internacional* inspirado por la intransigencia del anticlericalismo protestante liberal con sus diatribas y folletos difamatorios y sus excitaciones a incomodar e insultar peregrinos pacíficos, apedrear e incendiar templos y conventos, negando el más simple respeto y consideración a sus adversarios, que en nada les molestan al trabajar por sus ideales con los medios más cultos y pacíficos.

Y ¿qué mayor intransigencia por parte de los liberales, que valerse de esas leyes de persecución, que ponen fuera del derecho común a las comunidades religiosas, leyes de excepción y de confiscación, propias de épocas retrógradas?

La necesidad de este disimulo y respeto mutuo, si tuviese precisión de ser probada, lo sería con las razones más decisivas, y está sobre todo apoyada en el ejemplo del Maestro de todos los hombres, en moral y en religión; debiendo en esto observarse la diferencia de la tolerancia filosófica a la tolerancia cristiana.

Ahora deseamos probar que hechos indubitables demuestran la falsedad histórica de la tesis que atribuye a

los protestantes el establecimiento de la tolerancia civil en materias religiosas, pues no es difícil probar el fundamento doctrinal de la intolerancia protestante.

He aquí donde está el vicio radical del sistema. La Iglesia católica enseña que por institución de Jesucristo, ella es la única que posee la verdad religiosa absoluta, y que no es posible errar creyendo sus dogmas y adoptando su moral; resérvase, por tanto, el derecho de decidir acerca del sentido de los lugares dogmáticos y teológicos de la sagrada Escritura, y prohíbe la interpretación privada de estos lugares.

Según esto, la Iglesia católica obró lógicamente entregando al brazo secular a aquellos de sus súbditos que se oponían obstinadamente a sus enseñanzas, pues tiene anterioridad y autoridad dogmáticas. Pero el protestantismo rechaza el principio de autoridad y entrega en manos del libre examen y al audaz arbitrio de la exégesis personal el texto mismo de la Biblia, cuya soberanía proclama y a la cual considera como fundamento de su fe. Niega el sentido que le han dado hombres de eminente santidad y profunda ciencia, muchos siglos antes del nacimiento de las herejías luteranas y calvinistas, y reconoce en cada uno de los fieles el derecho de discernir si la enseñanza de los ministros se conforma con la Sagrada Escritura; pero al mismo tiempo confiere al poder y magistrados civiles el derecho contrario de decidir en último recurso en materias de fe; como lo practicaron los soberanos de Alemania, Inglaterra, Suecia, Noruega y demás naciones protestantes de Europa. Esto constituía un repugnante *césaro-papismo* y una flagrante contradicción de principios: el individuo tiene el derecho del libre examen y sin embargo el gobierno puede imponer la religión.

Por eso, no es de maravillarse que el solo comprobar este vicio interno del protestantismo haya conducido al eminente Papin a la religión católica. Sorprendido por la oposición inconciliable que media entre la teoría del libre examen y la intolerancia práctica de los protestantes, este gran hombre, cuya alma era recta y sincera, se hizo a sí mismo el siguiente razonamiento:

“Si es legítimo el principio de autoridad, al cual se atienen los protestantes para oprimir a los católicos, este principio condena el nacimiento del protestantismo, porque los protestantes negaron la sumisión a la Iglesia católica establecida; si es legítimo el principio del libre examen, que abrazaron desde su origen, este principio basta para condenar los procedimientos autoritarios que han inventado para corregir los excesos; aunque, en verdad, se había tomado un camino que conducía a los mayores excesos de la impiedad.”

Mas no se juzgue a los protestantes de otro tiempo por lo que son los de hoy día: al cabo de dos siglos, el racionalismo causó grandes estragos en sus filas, y la indiferencia ha venido a sustituirse poco a poco a su antiguo fanatismo, como sucede en las potencias europeas adictas al protestantismo; por más que a veces aparezca algún *Kulturkampf* a lo Bismarck.

Es cierto que el principio del libre examen les ha conducido a este término, que se deduce lógicamente de sus doctrinas; en este sentido el protestantismo ha sido indirectamente causa, o, hablando con más claridad, una de las causas del establecimiento de la tolerancia religiosa. Pero adviértase que esta conclusión sólo se ha seguido gradualmente y en proporción a la decadencia cada vez mayor de la fe cristiana en el protestantismo.

En suma; la tolerancia en el sentido que ahora se da a esta palabra, es, por lo menos en parte, el fruto de la descomposición doctrinal de la gran herejía del siglo XVI, el protestantismo.

* * *

Por lo demás, es injusto tachar de *intolerantes* a los católicos, porque usan del derecho de rechazar en principio toda doctrina que no esté conforme con la religión revelada y garantida por Jesucristo y su Iglesia. Pues esta tacha es absurda: 1º porque, si la religión revelada es la única verdadera, como la verdad no es más que una, la razón natural dicta que otra religión, cualquiera que sea, debe ser falsa, lo que es muy legítimo en la

región de los principios, por más que esto no implique la negación de la tolerancia personal del mutuo respeto.

2º porque es una inconsecuencia proclamar el pretendido derecho de libertad de pensamiento hasta para negar la palabra de Dios y después quejarse de que los católicos usen de ese derecho para creer en la enseñanza de la Iglesia garantida por Jesucristo como infalible.

Pero, la *Inquisición*, replican los protestantes, ¿no prueba el fanatismo e intolerancia de los católicos y de su Iglesia?

Ante todo, esta objeción es ya hoy día una verdadera vulgaridad. La Inquisición como institución y tribunal eclesiástico, es el derecho que tiene la Iglesia de juzgar acerca de la ortodoxia de las doctrinas: pues ella tiene la misión de enseñar la verdad y destruir el error: *Id y enseñad a todas las gentes*, etc.: de modo que puede variar según las épocas; pero la misión es idéntica en todos los siglos. Y ¿qué hay en esto de intolerancia, a no ser que se confunda con la indiferencia religiosa?

Si en España abusó algunas veces el poder civil de esta institución contra los judaizantes y los herejes, fué su crueldad reprobada por los Pontífices Sixto IV, León X y Alejandro VI: aunque tenía su explicación en razones políticas, más bien que religiosas.

Y además, hoy día, invocar la Inquisición es un mero espantajo para alarmar a gentes simples, puesto que si fué posible en otra época y sólo en España, amenazada por moros, judíos y herejes, en los tiempos presentes ya es imposible una institución semejante.

Sin embargo, más inexplicable que la Inquisición española fué el *reinado del terror* en Francia, organizado por una revolución que proclamaba los principios de libertad, igualdad y fraternidad y preconizaba los derechos del hombre y del ciudadano, para ahogarles después en sangre con el patíbulo y la guillotina, y hoy día con las persecuciones religiosas.

Debe notarse, además: 1º que mucho se han exagerado las crueldades de la Inquisición española, como lo demuestran sus propios adversarios: 2º que en los *autos de fe* jamás intervino la Iglesia, sino el poder civil: 3º que por aquellas épocas, como lo reconoce el mismo Vol-

taire, en todas partes fueron crueles con sus adversarios, y más que en España. No sólo las naciones protestantes cubrieron de persecuciones y de cadalsos su suelo, sino que la misma Revolución Francesa, que tan alto proclamaba la tolerancia y la humanidad, hizo más víctimas con la guillotina en sólo un año que la Inquisición durante los siglos que existió.

4º Por fin, que los españoles, que abusaron de la Inquisición, aunque mucho menos que los soberanos protestantes en sus persecuciones a título de libre examen, no representaban ni a la Iglesia católica ni a los católicos del mundo, para que seamos responsables de aquellos hechos, a las veces crueles y tan comunes entre los protestantes.

5º En todo caso debería invocarse el ejemplo de la Inquisición Suprema de Roma, que a nadie llevó al cadalso por motivos de religión, y más bien se distinguió por su suavidad y por haber absuelto a los que a ella apelaban de las sentencias de la Inquisición de España, con gran resistencia de los soberanos españoles.

La Liga de Cristianos

Queremos ocuparnos de esta Liga, porque es una nueva aparición entre nosotros; aunque, dada la exposición que arriba dejamos hecha acerca del protestantismo, creemos que cualquier individuo, por poco instruido que sea, podrá juzgar, bajo el aspecto religioso, del valor y significado de la denominada *Liga de cristianos*, que lleva este aditamento, *para la emancipación de la América latina del yugo papal*.

He aquí, como si no existiesen bastantes, una secta más entre las innumerables, que usurpan el nombre de cristianas. Dicen los de esa Liga que admiten la Biblia (según el texto de la Iglesia metodista episcopal), como única regla y fuente de la fe cristiana, lo que nada tiene de nuevo en el sistema protestante; pero su misión especial es nada menos que *¡emancipar a la América latina del yugo papal!*

Desde luego, se ve que constituyen una liga de cristianos que tienen vergüenza de declararse protestantes, ya que son éstos los que llaman *yugo papal*, o papismo, a la autoridad del Papa, sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo, ignorando que el yugo papal no es sino *el yugo de Jesucristo*, pues eso representa la Iglesia cristiana, fundada sobre la autoridad del Papa, como garantía contra los falsos profetas y falsos doctores, como ya lo hemos demostrado.

Así, pues, ¿qué clase de cristianos son estos que se proponen apartar a los hombres de la Iglesia de Jesucristo y emanciparlos de su yugo, que es suave y liviano, como declara el Salvador? Volvemos a repetirlo: separarse de la Iglesia católica es salir de la verdadera Iglesia, que reconoce al Papa como jefe visible de la misma, según la institución de Jesucristo, como lo demuestra la misma Biblia y toda la historia del cristianismo.

Pero, he aquí que podemos preguntarles ¿quiénes sois vosotros para emancipar a la América latina de la profesión de la religión católica, pues acaso pretendéis ser los flamantes apóstoles de Jesucristo, suscitados en estos últimos tiempos? ¿Y quiénes sois para sustituirlos al Papa, y hacernos creer en vuestra ciencia infalible para interpretar la Biblia, de manera que nos garantice lo que llamáis el *puro Evangelio y el verdadero cristianismo*, pues que os atribuíis arrogantes la autoridad que negáis al Papa?

¿No veis que, por lo menos, es una pretensión ridícula de vuestra parte? En lugar de un papa, que es la continuación viviente del apóstol Pedro, a quien Jesucristo dió las llaves, esto es, la autoridad suprema en la Iglesia ¿cómo queréis que carezcamos de sentido cristiano para aceptar a todos los autores y corifeos de sectas, a título de que ellos son los que enseñan el puro Evangelio y el verdadero cristianismo, de tantas y tan múltiples maneras expuesto, que constituye una verdadera Babel cristiana?

Más vale ser francos: creer o no creer; pero vernirnos a decir que el cristianismo y la Iglesia de Jesucristo está en vuestras manos, convertida en ese sistema

del examen privado de la Biblia, conjunto de sectas innumerables, que ya no saben lo que profesan o tienen de cristianismo, porque cada uno se ha arrogado el derecho de declarar puro cristianismo lo que mejor le place, según su propia inspiración. Hoy día esto es ya asaz ridículo. El que no quiera creer en el Papa ¿cómo va a creer en vosotros, predicadores sin misión y sin títulos?

Vosotros los que constituís la "Liga de cristianos" invocáis ese nombre en odio a la Iglesia católica, que no conocéis sino por un conjunto de prejuicios vulgares; pero si queréis ser verdaderos cristianos procurad estudiar esa maravillosa Iglesia católica, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, que ha marchado al frente de la civilización con una gloria y majestad que constituyen el orgullo de la historia; y no os convirtáis ridículamente en pontífices sin misión de la religión de Jesucristo; pues ¿acaso os podéis persuadir vosotros mismos de que sois los sucesores legítimos de aquellos a quienes dijo Jesucristo: "Id y enseñad a todas las gentes a observar lo que os he mandado... El que a vosotros oye, a mí me oye". Por más santos, perfectos e ilustrados que seáis, carecéis de misión legítima para que creamos en vosotros.

¡Por Dios! Tratemos con más seriedad y buena fe estas cuestiones tan importantes. ¿Queréis ser cristianos y profesar la verdadera doctrina de Cristo? Escuchad a la Iglesia; porque nadie os lo puede enseñar sino esa Iglesia que recibió de Jesucristo la misión de enseñarla a todas las gentes, y con la que prometió estar hasta la consumación de los siglos: así lo demuestran la Biblia y la historia.

Pero es una triste y ridícula pretensión el presentarnos ante un pueblo católico, que sabe mejor que vosotros lo que es cristianismo, y en son de misioneros y varones apostólicos, y a la manera de los pretendidos reformadores protestantes, declaráis que, no los papas, sino vosotros, sois los que tenéis la misión de enseñarnos el puro Evangelio. ¡Mirad, que además de causar hilaridad, dais suma compasión!

¿Cómo podéis pretender que os veneremos y acate-

mos como pontífices y heraldos de una nueva Iglesia? Según decís, venís a restablecer la verdadera Iglesia de Jesucristo, el verdadero Evangelio, la fe pura de la Biblia. Pero ¿qué sabéis de todo esto y con qué autoridad lo declararéis, si negando la autoridad y misión de la Iglesia, os quedáis con el libre examen bíblico, que no puede producir más que la duda, la diversidad de sectas y por fin la disolución en el escepticismo y en la incredulidad?

Mas ¿qué podríamos esperar de esta novel falange de cristianos? ¿Cómo podrán ellos ponerse de acuerdo en lo que han de creer y enseñar, si no lo han podido los que podríamos llamar próceres del protestantismo? En efecto; pocos años hace, ante el peligro de disolución creciente en el seno de la Reforma protestante, se constituyó la *Alianza Evangélica* destinada a sostener el protestantismo, como cuerpo de enseñanza, por un compromiso o convenio, al menos sobre las verdades necesarias. Celebró cuatro asambleas, que casi podrían llamarse ecuménicas, en Londres, París, Berlín y Ginebra.

Ahora bien; la disolución del protestantismo se hizo más patente; de asamblea en asamblea la profesión de fe era diferente y los artículos dogmáticos más reducidos. En Ginebra la profesión de fe, que era desde luego de nueve artículos, se redujo a cuatro.

En París ya no tuvo más que tres: la divinidad de Jesucristo se enuncia allí tímidamente; pero la Trinidad, el pecado original, la expiación son suprimidas, por más que un gran número reclame en nombre de la Biblia y la historia cristiana.

En la última, en fin, porque muchos se adhieren a la *Vida de Jesús* por Renán, la divinidad de Jesucristo desaparece de la fórmula y la *Alianza Evangélica* se disuelve, cuando el más insigne escándalo al mundo cristiano

La *Liga de cristianos*, sin embargo, proclama la divinidad de Jesucristo; pero, ¿cómo puede compararse con la *Alianza Evangélica* en importancia y significación para sostener la causa perdida del protestantismo?

Pues bien; una pretendida religión cristiana que llega a dar semejante espectáculo ¿es todavía una reli-

gión, un sistema religioso o más bien un sistema próximo a su tumba? ¿A qué viene, pues, la *Liga de cristianos* proponiendo sustituir la gran Iglesia católica, tan joven y energética como el día de su nacimiento, al decir de Gladstone, por un sistema religioso próximo a descender a la tumba?

Sí; el protestantismo es un sistema destinado a perecer desde su origen en el racionalismo por su propio principio del examen privado; si pudo vivir algún tiempo fué adoptando, sin pensarlo quizás, el principio católico de autoridad eclesiástica, ya sea admitiendo una creencia *oficial*, una religión *tradicional* o la Iglesia *hereditaria*, según los países.

Es así como ha podido vivir artificialmente y de prestado; pero cuando el protestantismo, con aplauso del racionalismo contemporáneo, volvió al principio de la Biblia interpretada con la sola luz de la razón particular, despreció toda creencia oficial, tradicional o hereditaria; al ensayar la reconstrucción del inmenso edificio del cristianismo, sólo paupo temblas; y después de una crisis, más o menos larga, de ansiedad religiosa y de dudas crueles, fue a parar a la indiferencia, al escepticismo y a la incredulidad, desorientado y desengañado de su pretendida empresa de reconstruir el cristianismo: he aquí la verdadera tumba del protestantismo. No es un prejuicio de católicos; sus más ilustres adeptos convienen en ello; sus ministros más perspicaces, confiesan que se acerca al sepulcro y que casi está ya sepultado por un racionalismo disolvente.

Uno de ellos, Mr. de Gasparín, ha podido intitular su obra: *La agonía del protestantismo*, y declara, entre otras reflexiones muy sensatas, que "Se notan en el protestantismo tantos síntomas de muerte, que no puede dejar de creerse que ha llegado al término de desarrollo en que la decadencia ha comenzado y en el que terminará, finirá. La hora de su muerte ha sonado."

En Norte América, el doctor Ewer, ministro episcopal, usa de un lenguaje igualmente lúgubre y ha tomado por tema de sus conferencias religiosas predicadas en New-York: *El fracaso* (no éxito) *del protestantismo*, y demuestra con pruebas irrefragables, para apoyar su

aserto, que "por doquiera que el protestantismo ha tomado pie, se ha seguido la incredulidad más radical, porque, dice, su principio fundamental no es otra cosa que el racionalismo aplicado a la Biblia." Y ésta es una verdad que ya sabíamos todos, y es el germen de muerte con que nació la pretendida reforma protestante.

En Alemania, el pastor Dr. Brückner en sus conferencias predicadas en Leipzig, ha demostrado y proclamado *la decadencia del protestantismo* en términos tan enérgicos como el R. Ewer en América o Mr. de Gasparín en Francia.

Y tal es la evidencia de esta descomposición que Mr. Schérer en sus *Misceláneas de crítica religiosa* ha podido decir: "*Los días del protestantismo, como sistema positivo, como institución, ESTÁN CONTADOS*". Mientras en *El Cristianismo* Mr. Doumargue prueba que "la desorganización del protestantismo marcha a pasos avanzados", y Mr. Monnier en *El Protestante* confiesa que ya no existe Iglesia protestante, ya que la fe protestante se divide en una colección de *fées*, y la idea de reformar la Reforma progresa continuamente; sólo vive por intereses políticos.

¿A qué, pues venirnos a proponer un sistema religioso que se disuelve y se está muriendo como tal? ¡Lástima que pierda tan inútilmente su tiempo la *Liga de cristianos!*

En verdad; el destino del protestantismo es disolverse en la incredulidad racionalista o enviar sus restos fatigados al seno de la gran Iglesia católica, siempre antigua, siempre nueva y vigorosa, y cuyos progresos en la época presente son maravillosos, como lo demostraremos más adelante. No hay término medio: los protestantes irán al catolicismo total o al racionalismo absoluto.

Sin embargo, los síntomas más claros de vuelta al catolicismo se manifiestan por todas partes. Ni Inglaterra, ni Suiza, ni Alemania, ni los Estados Unidos de Norte América permanecerán protestantes: la corriente católica es notable y los grandes estudios de crítica religiosa, que hoy se hacen, los llevarán a convencerse de que la Iglesia católica es, como la Iglesia primitiva, la verdadera Iglesia de Jesucristo.

La misma propaganda protestante está alarmada y convencida de que el catolicismo gana con los progresos de la crítica religiosa. Los protestantes arrastran un cadáver, que por antítesis llaman el *puro Evangelio y el verdadero cristianismo*, alarde evidentemente insostenible, desde que la propia regla de fe del protestantismo, cual es el libre examen de la Biblia, llega, como la *Alianza Evangélica*, a negar los dogmas más fundamentales del Evangelio y del cristianismo, tales como la Trinidad y la divinidad de Jesucristo; y eso está muy lejos de ser el *puro Evangelio* y muy próximo a ser el cristianismo *cero*. Pero ellos también lo ven y confiesan con el citado Shérer: *los días del protestantismo están contados*.

El triunfo permanente de la Iglesia católica

Conservamos los datos estadísticos de este capítulo, no obstante sus variaciones muy señaladas con respecto a 1945, porque su valorización radica en las hondas reflexiones del Autor, que tan victoriosas inducciones saca para la invencibilidad y triunfo de la Iglesia Católica. — (Nota de A. E. X.).

I

Hay pusilánimes que temen por la suerte del catolicismo, y sus enemigos no titubean en reiterarle el antiguo anuncio de muerte. ¡El catolicismo se va; se muere! Pero después de siglos de pruebas y pronuncios, ya debemos estar curados de espanto, amén de contar con la promesa divina: "No temáis; yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

La Iglesia católica viene luchando y venciendo continuamente. Todos los poderes humanos la persiguen y se coligan para destruirla; pero de esas pruebas sale más brillante y de esas persecuciones resulta siempre más fecunda.

Según la estadística menos favorable a la Iglesia católica, pues es formada en Alemania por estadistas protestantes, nada amigos ni favorecedores de ella, resulta que su aumento de siglo en siglo es el siguiente, consolador y brillante:

Siglo I	500.000
" II	2.000.000
" III	5.000.000
" IV	10.000.000
" V	15.000.000
" VI	20.000.000
" VII	25.000.000
" VIII	30.000.000
" IX	40.000.000
" X	56.000.000
" XI	70.000.000
" XII	80.000.000
" XIII	85.000.000
" XIV	90.000.000
" XV	100.000.000
" XVI	125.000.000
" XVII	185.000.000
" XVIII	250.000.000
" XIX	305.000.000

Nótese en este movimiento: 1º, que ha sido siempre creciente, sin que una sola vez haya sucedido que en un siglo haya menos que en el anterior; 2º, que en los siglos en que ha sido mayor la persecución, y en los que ha habido mayores defecciones, como en los últimos cuatro, el aumento ha sido mayor y las reposiciones más abundantes.

* * *

Mas, como el protestantismo afirma que el catolicismo pierde terreno, vamos a indicar la expansión maravillosa de la Iglesia católica en el mundo actual.

El eminente publicista Tocqueville, que ha examinado como pocos las instituciones históricas, ha pronunciado estas notables palabras: "Tengo una admiración profunda, más grande de lo que podría expresarlo, por esa admirable potencia moral, la más grande que se ha contemplado jamás, que se llama la Iglesia católica".

Y en verdad, por más que hagan y digan sus adversarios, demuestra la estadística que, en efecto, es la más grande potencia moral que exista en el mundo, en medio

de las naciones conmovidas y agitadas; de manera que ella viene a ser también la gran esperanza de salvación para los pueblos modernos, pues como siempre, la victoria que vence al mundo es nuestra fe; la Religión del Cristo⁽¹⁾.

Tiembla la Europa y el mundo civilizado ante las numerosas fuerzas militares de mar y tierra de los diversos estados, capaces de hacer desaparecer en un momento con sus millones de soldados y las horribles máquinas mortíferas, un sinnúmero de criaturas humanas y destruir pueblos enteros. Estas fuerzas colosales están distribuídas entre diversas naciones, las que, lejos de aspirar a la pacífica unión de los pueblos, parecen preparadas a inferirse un recíproco ataque, contribuyendo con esta bélica actitud a empobrecerles y debilitarles.

La sed de conquistas en unas, el miedo de ser devoradas en otras, el patriótico deseo de justa defensa y también el anhelo de conservar lo bien o mal adquirido en muchas de ellas, hacen prolongar a todas una existencia fatigosa, vacilante entre el valor y el desfallecimiento, consumándose las fuerzas económicas y los hombres por temor a los sucesos futuros.

Esta relativa debilidad moral, que puede ser el origen de la decadencia en el orden político y social, depende de la incertidumbre de ideas en todos fomentada. Los gobiernos y las clases directoras no se elevan más allá del amor de la patria humana, idolatrada, sin basarse en los principios del cristianismo; y mientras más se alejan de los ideales cristianos, tanto más se aproximan a la anarquía, hasta conducir las naciones modernas a un terrible abismo.

En medio de este agitado océano existe, sin embargo, una navecilla que no zozobra y que una visible mano constantemente guía hacia su puerto. Existe entre las naciones agitadas por oleaje impetuoso una fuerza moral, un conjunto de fuerzas más robustas y resistentes que las corazas metálicas de las naves de guerra; un hábil ejército provisto de armas más penetrantes que pasan hasta el alma y, venciendo los obstáculos, llegan hasta los secretos senos del corazón. Esta fuerza de que hablamos es

(1) Reiteramos íntegramente la mayor parte de nuestra Pastoral de 1900.

la Iglesia católica, esa admirable potencia moral, la más grande que se haya visto jamás, al decir del citado publicista.

Nos proponemos, pues, dar a conocer brevemente el valor de esa fuerza y potencia moral admirable, su ideal, su naturaleza y cohesión con las energías subordinadas esparcidas sobre la faz de la tierra, porque ella es la vida de la humanidad, y al decir de Guizot, ha marchado siempre al frente de la civilización enganchando a su carro las fuerzas intelectuales y morales del mundo.

La Iglesia es un poder moral inquebrantable porque el ideal que ilumina la vasta sociedad es uno, fijo e invariable, basado en una doctrina teórica y práctica, la doctrina de la fe y de la moral, el Evangelio, que salva a la naturaleza humana, cuando sigue ésta voluntaria y constantemente la estrella de esa revelación, que mientras ilumina el entendimiento, sostiene la virtud del corazón para nuestra salvación presente y futura.

Puede decirse que para el catolicismo el ideal en el individuo y en la sociedad es *el deber de civilizarse*, entendiendo por civilización el perfeccionamiento armónico y progresivo de las facultades físicas, morales e intelectuales del hombre, ya que ése es el precepto esencial de Jesucristo: *sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*, ideal sublime que jamás agotará el hombre, porque es divino e infinito; es el *sursum corda* de la humanidad.

Mientras la luz que ilumina a la sociedad incrédula es débil, opaca y variable, pues demasiadas pruebas de esta deficiencia ha dado ya la historia de la filosofía, por no poder ofrecer al hombre otra guía ni otro vigor que el de la naturaleza caída, luz y energía expuestas al viento de todas las pasiones y utopías. Por eso no existe en el mapa pueblo civilizado que no lo haya sido inmediata o mediatamente por la Iglesia católica.

Así, no estará de más repetir como el gran historiador y publicista Mr. Taine ha declarado esta necesidad de la influencia moral y social del cristianismo, fundándose en la experiencia de diecinueve siglos: "Hoy día, dice, después de dieciocho siglos, el cristianismo es el

órgano espiritual, el gran par de alas indispensable para elevar al hombre por encima de sí mismo y de sus limitados horizontes... Siempre y por todas partes desde diecinueve centurias, tan pronto como esas alas desfallecen o se las rompe, *las costumbres públicas y privadas se degradan*.

"Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ningún código, ninguna administración, ninguna clase de gobierno, es suficiente para suplirle en este servicio. Solamente él y nadie más puede detenernos en nuestra pendiente natural para sujetar el deslizamiento insensible por el cual incesantemente y con todo su peso original retrograda nuestra raza hacia la decadencia."

He aquí una hermosa lección de filosofía de la historia, que ningún estadista moderno debiera olvidar: nadie puede suplir al cristianismo para impedir la degradación de las costumbres públicas y privadas y detener la decadencia de nuestra raza; y ya se sabe que la más completa y alta expresión del cristianismo es la Iglesia católica, como confesaba el filósofo Cousin.

II

Examinemos ahora la naturaleza de la fuerza moral del catolicismo, esto es, la virtud y energía de la sociedad que se llama Iglesia católica; virtud y energía que resultan de su constitución práctica dada por Jesucristo. Ante todo, hablemos de su organización, sin que sea necesario advertir que el protestantismo no puede considerarse como fuerza moral *organizada*, a causa de su propio principio individualista.

En efecto, a la autoridad suprema de la Iglesia no falta nada de aquello que le es necesario para la vida de la entera asociación, pues tiene en el Pontificado el primado de honor y de jurisdicción; poder universal en la sociedad universal.

Es la autoridad más amplia en lo que respecta a la consecución de su fin sobrenatural, sea en cuanto a la

esfera de los asuntos espirituales como a la duración del mismo poder, esto es, hasta el fin del mundo; y en cuanto a la universalidad de las personas que le están sometidas, son *todas las gentes*; por donde se tendrá una idea exacta de la potestad suprema de la Iglesia.

Por lo que respecta al procedimiento de esta autoridad, es el Pontífice el sumo e infalible maestro de todos los creyentes, el sacerdote y ministro del culto religioso, provisto de la suma autoridad legislativa, judicial y coercitiva; autoridad independiente de todos los príncipes de la tierra, antes bien a cada uno superior por la nobleza y universalidad de su misión, que le hace el verdadero *Rex Regum, et Dominus Dominantium*; pues ninguno como él tiene jurisdicción sobre toda la faz de la tierra en su soberanía espiritual, verdadera primera potencia moral del mundo.

Pero obsérvese también cómo es una sola esta autoridad universal, suma e indivisible, sin que exista en el mundo otra igual ni semejante.

Así, el Pontífice afirma: *Ego, Leo, Catholicæ Ecclesiæ Episcopus*: — Yo, León, Obispo de la Iglesia Católica. Esta autoridad convoca, preside, da fuerza de ley a los concilios o asambleas universales, esto es, a la reunión de sus hermanos, los Obispos, sucesores de los Apóstoles. A él se unen todos ellos, con todos sus sacerdotes y todos los fieles, aún los más humildes; así que su potestad es ordinaria e inmediata sobre toda la tierra, enviando hombres y ejércitos escogidos para manifestar la verdad y llevar la civilización cristiana hasta los últimos confines del universo, ora la autoridad civil les preste su apoyo, ya les persiga y les dé muerte.

La acción eficaz que resulta de esta coordinación de fuerzas compactas y estrechamente unidas en pro de la humanidad, es tal y tan poderosa en su acción, que nadie puede dejar de reconocerlo; y en verdad, que no podía concebirse obra tan admirable, si no tuviera a Jesucristo por autor.

A esta admirable ordenación divina, debe añadirse la acción de la Santa Sede que, uniformándose a ella e imitándola, constituye en las diversas épocas, jerarquías y

corporaciones subordinadas, como las Sagradas Congregaciones de Roma para los asuntos generales, y los grados jurisdiccionales, patriarcados, metropolitans, arzobispados, y en fin, la maravillosa institución de las órdenes religiosas regulares; de manera que, como con otros tantos brazos reúne la cristiandad, vigila sobre la fe, coadyuva al ministerio y suministra personal a las misiones en los pueblos de conquista moral.

Y por esta organización se ve cómo la vida se transmite de la cabeza a los miembros de la Iglesia, y por ellos la misma cabeza adquiere mayor vigor, bastando aquí recordar la imponente acción y los maravillosos resultados de la actividad de las órdenes religiosas, cuya sola historia constituye el más hermoso florón de la fuerza moral del catolicismo en el mundo, y a las que tanto honran con su odio y persecuciones los enemigos de la Iglesia.

III

Si de lo expuesto se ve con claridad la energía de las fuerzas católicas, unidas estrechamente a su cabeza, el Papa, útil será examinar prácticamente la misma cosa, considerando la acción de las mismas fuerzas en cuanto de hecho se difunde bajo el influjo del Pontificado.

Así como la estadística de las fuerzas militares sirve para dar una espantosa idea de los peligros que corre el mundo civilizado y de los daños y perjuicios que de un momento a otro pueden sufrir, de igual modo pueden apreciarse las fuerzas de que dispone la Iglesia católica, y de su acción actual, concebir las esperanzas de un porvenir más halagüeño, y cada vez más próspero, pues no cesa ni disminuye ante las más terribles persecuciones de la fuerza bruta, como lo ha demostrado en todos los siglos y especialmente en los cuatro últimos.

En los reducidos límites de un artículo no puede encerrarse una estadística detallada, como podría hacerse conforme a los recientes trabajos de este género, publicados en los últimos años. Nos contentaremos con apuntar

algunos datos que sirvan para darnos una idea clara del movimiento universal de la admirable organización de la Iglesia.

El mundo entero, desde este punto de vista, está dividido en diócesis de varios grados y de diversos ritos, que llegan a un millar; y en vicariatos y prefecturas apostólicas, que suman unos ciento treinta y cinco centros jurisdiccionales, dependientes directamente de la Santa Sede.

Para mostrar la gran fecundidad del movimiento católico en nuestros tiempos, debe notarse que doscientas veintiséis de las mencionadas diócesis, vicariatos y prefecturas han sido fundados en el presente pontificado.

Por lo demás, entre fundaciones antiguas y modernas, un millar y ciento treinta y cinco son los grandes centros jerárquicos, como otras tantas *provincias* de naciones de esta inmensa sociedad universal; y afortunadamente ningún punto del orbe se sustrae hoy a esta acción benéfica.

Las diócesis y vicariatos se dividen en tantos *distritos* cuantas son las parroquias y misiones. Italia tiene 20.000 parroquias en cifra redonda, 55.000 iglesias públicas, 76.000 sacerdotes y 11.000 aspirantes al sacerdocio. Cada una de las diócesis tiene su respectivo seminario.

España cuenta 17.825 parroquias, 32.000 sacerdotes, con sus respectivos seminarios en cada diócesis.

Portugal 2.353 parroquias y 6.800 sacerdotes.

Francia, incluso las sucursales y capellanías, tiene 41.120 parroquias con el doble de sacerdotes.

Bélgica, entre parroquias y sucursales, unas 3.000 y cerca de 6.000 sacerdotes.

En Holanda, unos 3.000 sacerdotes sirven cerca de 1.000 parroquias.

En Rusia y Polonia enuméranse 5.590 parroquias y 11.023 sacerdotes.

En Grecia, en los países Balcánicos, en la Siria y en la Palestina 1.457 iglesias y 2.109 sacerdotes.

Alemania y Suiza tienen unos 20.000 sacerdotes con 10.672 parroquias.

Austria-Hungría cuenta unas 15.600 parroquias con cerca de 30.000 sacerdotes, y gran número de seminarios.

En el reino Británico Unido existen 2.600 iglesias

parroquiales y de misiones asistidas por párrocos y misioneros en número de unos 8.500.

América presenta ya un conjunto importante a las fuerzas católicas. La región septentrional británica dispone de 2.700 iglesias y capillas, y de 2.716 sacerdotes, con 19 seminarios. Los Estados Unidos tienen cerca de 11.000 iglesias y capillas con 10.649 sacerdotes, y 70 seminarios. América del Sud y las Antillas poseen unos 5.772 distritos parroquiales y 8.262 sacerdotes.

También Australia y Polinesia dan su tributo a esa imponente estadística. Estas poseen, centros parroquiales en número de 1.880, con 1.000 sacerdotes.

Las Indias Orientales tienen cerca de 4.000 entre iglesias y residencias de misioneros, con 1.200 sacerdotes europeos e indígenas, y 16 seminarios. En la Indochina, unas 3.000 iglesias y residencias de misiones, con 800 sacerdotes europeos e indígenas, auxiliados por numerosísimos catequistas. Casi 4.000 son las iglesias y residencias de misioneros del inmenso imperio chino, asistidas por unos 1.000 sacerdotes indígenas y europeos, y 49 seminarios, debiéndose añadir la Corea y el Japón, con 772 iglesias regidas por 149 sacerdotes, asistidos por centenares de catequistas, institución escogida y poderosa, que es de gran auxilio para las misiones.

En el Africa, por fin, la Iglesia católica dispone ya de 1.000 iglesias y capillas, con más de 1.000 sacerdotes.

De lo expuesto resulta que el catolicismo ha extendido ya sobre toda la faz de la tierra una red, la red de San Pedro, que cuenta con 154.172 distritos, asistidos por 369.608 sacerdotes, numeración aproximativa, toda vez que en varias regiones las estadísticas o son insuficientes, en lo que respecta a los distritos, como sucede en muchas partes de la América Meridional, de las cuales poco se puede decir con precisión, aunque se sabe que domina y está organizada la Iglesia católica.

En verdad, estos elementos sólo representan el funcionamiento esencial de las parroquias; pero al movimiento religioso pertenecen los establecimientos religiosos, los centros de educación y la acción enérgica y admirable de las órdenes religiosas, cuyo personal en sólo Francia es de

160.000. No habiendo hecho aún sobre estas particularidades una estadística exacta, no es posible esclarecer esta múltiple y oportuna forma de acción. Mas, para dar una idea de este movimiento en países donde es más adecuada la acción de las fuerzas católicas, diremos una palabra respecto a los Estados Unidos y al Canadá, en donde esta acción se desarrolla más libremente que en otras partes.

Escuelas católicas hanse erigido en los Estados Unidos de la Unión más de *cinco mil*, frecuentadas por casi medio millón de alumnos. Los institutos de caridad, vastísimos muchos de ellos, especialmente orfanatorios, hospitales y establecimientos de educación ascienden a 648. Hablar de las órdenes religiosas que allí prosperan no es fácil: no hay diócesis, de las 86 en que están repartidos estos Estados, en que no existan de 4 a 5 hasta 20 y 30 de estos cuerpos morales, muchos de ellos nacidos en las mismas diócesis o llevados de las inmediatas, a más de las antiguas y grandes órdenes esparcidas por aquellas regiones.

De igual modo, en el Canadá y otros puntos de la América septentrional británica se enumeran unas 600 escuelas con cerca de seiscientos mil alumnos, 132 institutos de caridad y 18 seminarios, establecimientos todos en su mayor prosperidad. Para dar una idea de los institutos religiosos de enseñanza baste recordar que sólo los Hermanos de las Escuelas Cristianas cuentan en todo el mundo 600.000 alumnos y 500.000 los salesianos, que son de ayer.

Ahora bien, de todas estas fuerzas, perpetua es la acción, constante la energía, desmesurados los efectos, perfecta la sumisión y obediencia al Jefe de la Iglesia. ¿No es, en verdad, admirable esta potencia moral organizada, ni existe institución alguna en el mundo que se le pueda asemejar en su influencia civilizadora?

Pero, al poderoso ejército de pastores y de auxiliares, siempre movilizados y en acción continua, deben añadirse en el período moderno las sociedades y asociaciones del laicato católico. Los lazos de unión de éstas son cada día más apretados, los adeptos más numerosos y su acción más frecuente. De ellas pudiera decirse que son la

humanización moderna de feliz iniciativa y de hermoso porvenir.

Antes la difusión de la fe y su conservación obrábase casi enteramente por el clero y por las órdenes religiosas, que pueden decirse el ejército permanente del cristianismo. Ahora, sus mismos adversarios, en fuerza de incansantes vejámenes, han excitado la actividad y energía de los seglares católicos, quienes se han arrojado con denuedo en el movimiento universal. No puede pretenderse hacer la estadística de las asociaciones católicas; son todavía recientes, aun cuando con paso progresivo van fijando su pisada en todas las regiones del mundo.

La bandera es una sola, uno sólo el generalísimo, el Romano Pontífice, y sólo uno su mando.

Si la acción se desarrolla constantemente en el mismo sentido, sus efectos serán colosales para la propagación y defensa de la fe y de la civilización sobre la tierra, en gracia a la grandeza y poder del Pontificado, coloso de diecinueve siglos, incommovible ante los esfuerzos perpetuos del averno que no prevalecerá.

Y qué porvenir halagüeño y consolador, sobre todo si se considera que las herejías y los cismas se han terminado: que en la Iglesia directora existe *una sola alma y un solo corazón*, y, por lo tanto ¿qué maravilla que la poderosísima unión de las fuerzas católicas proclame: *una sola grey y un solo pastor, unum ovile et unus pastor*, según la deprecación profética del Cristo, y constituya así una potencia invencible, sola capaz de posesionarse de todo el universo para gloria de la civilización y de la humanidad, que entrará entonces en posesión de la religión verdadera, *la más religiosa de las religiones*, según expresión del mismo Renán?

IV

Conviene que demos ahora una idea del progreso admirable de la Iglesia católica en el siglo que terminó, a pesar de las casi continuas persecuciones en todas partes del mundo, persecuciones que por divina providencia au-

mentan la energía del catolicismo. Nos basaremos en una estadística bastante exacta del P. Ballus, benedictino de Maredson.

Según ella, había en Inglaterra y Escocia a principios del siglo pasado, sólo unos 120.000 católicos; ahora son 2.000.000 bajo 3 arzobispos, 18 obispos y 2.785 sacerdotes.

En Holanda sólo una quinta parte de la población eran católicos, ahora son *dos* quintos (1.604.179); el doble de antes.

En Alemania ha subido el número de 6 millones a 18 millones (18.671.299).

En la Suiza, de 542.000 a 1.183.828.

En Escandinavia, de 200 a 8.000. En los estados Balcánicos, de 270.000 a 640.000.

En Turquía Asiática, de 400.000 a 658.000.

En Persia, de 3.000 a 10.000.

Norte Africa de 15.000 a 500.000.

En Rusia hay 10.000.000 de católicos no obstante las bárbaras persecuciones de aquel gobierno.

En el Africa Central, Sud, y Oeste no había ningún católico en el año 1800; ahora son casi 2.000.000. Se agrupan éstos alrededor de 30 misiones gobernadas por 280 misioneros.

En Asia, en el Extremo Oriente, el número de católicos, ascendió de 1.000.000 a 6.000.000.

En Oceanía y en las Colonias holandesas e inglesas, tampoco había católicos en 1800; hoy se cuentan 1.500.000.

En Canadá se multiplicaron de 137 a 2.000.000 y en los Estados Unidos de 36.000 a 10.000.000.

Todos estos números se refieren tan sólo a aquellos países, donde el aumento de los católicos es *proporcionalmente superior* al aumento de los habitantes en general. En los demás países de Europa, como Italia, España, Francia, Austria y también en Sud América, el aumento de los católicos ha tenido igual proporción con el aumento de la población.

En todo el mundo existen unos *trescientos millones* de católicos; y si es verdad que hay también algunos *millones* de protestantes, éstos no representan una potencia

moral organizada, pues están divididos en unas *mil* sectas, con nombre conocido, enumerándose en sólo Inglaterra unas trescientas diez; lo que demuestra que no existe protestantismo, esto es, un cuerpo de doctrina, sino simples sectarios protestantes: falta de unidad, falta de verdad.

En todas las épocas han existido herejías, que, después de pasado el interés de sostenerlas, desaparecen; sólo la Iglesia católica es indefectible y tan antigua como el cristianismo, al decir del protestante Gladstone, siempre aumenta y nunca pasa, siendo siempre la misma, como la verdad, y tan universal como la humanidad, según observa el mismo publicista.

Otro triunfo y progreso admirable del catolicismo lo constituye el prodigioso aumento del apostolado universal, la obra civilizadora por excelencia, la Propagación de la Fe; así, a principios de este siglo contaba apenas 300 misioneros; hoy existe un ejército de 70.000, contando además de los sacerdotes, las religiosas, los hermanos y catequistas, habiendo conquistado a la fe católica más de *veinte millones* de prosélitos.

Así pues, aunque todavía hay mucho que trabajar hasta que el reino de Jesucristo sea propagado en todo el mundo, con todo, los católicos podemos estar muy contentos con el resultado obtenido, que es espléndido, a pesar de tantas persecuciones y obstáculos, quedando demostrado en cuanto a vitalidad y energía, que ningún proselitismo es más eficaz que el de la Iglesia católica.

Y aunque es verdad que en la China acaba de sufrir pérdidas, ellas serán recuperadas con creces; la sangre de los mártires siempre ha sido semilla de cristianos.

Hemos crecido, pues, y crecido en medio de las persecuciones, lo que demuestra la energía invencible de esta santa Religión. Y sobre todo, ¡cuán eficazmente desvanece esta elocuente estadística los sueños ridículos de los que vaticinan el próximo fin de la gran Iglesia católica!

Es cierto que existen muchas rémoras y decadencias sociales, morales e intelectuales, que representan la degeneración original, de nuestra raza hacia el mal y el error; pero éstas no son derrotas del catolicismo, como no lo son de la verdad y del bien, y por consiguiente no pue-

den considerarse como triunfos sobre el catolicismo y su Iglesia. Para que esto sucediera, era necesario que pudiera ser sustituido por las conquistas de instituciones aceptables para la civilización; pero ya sabemos que son los triunfos accidentales del mal y del error; tan enemigos del catolicismo como de la civilización de los pueblos: el materialismo positivista, el socialismo y la anarquía, que sólo prosperan con la incredulidad, enemiga de Dios y de los hombres. Mas, el catolicismo vence al fin todos los obstáculos, como lo demuestra una historia de diecinueve siglos, historia que ninguna otra institución puede alegar en su favor.

V

Vamos a terminar esta consoladora revista con las reflexiones muy sensatas e imparciales del famoso diario protestante de Alemania el *Hamburger Nachrichten*, hechas en su sección política con ocasión de la apertura de la Puerta Santa, en la que demuestra que la Iglesia católica debe estar satisfecha de los progresos realizados en el siglo XIX, siendo hoy más fuerte de lo que fué desde los tiempos de la célebre Reforma.

“Casi nonagenario, León XIII pudo abrir el Año santo de la Iglesia católica. Hace la impresión de un hecho maravilloso, ver con majestuosa energía a este débil anciano, fugado apenas a la muerte hacía pocos meses, que ha sabido encantar a millares y millares de gentes reunidos todos alrededor suyo en San Pedro, y cómo ha sabido persuadirles de la importancia de tal acto. El encanto que debía producir este espectáculo en el ánimo de los fieles, puede imaginarlo también uno que no sea católico.

El presentimiento de que también en el siglo venidero, la institución cosmopolita de la Iglesia romana habrá de presentarse cual peñasco inmóvil y firme, que en vano azotan las olas al levantarse y sucumbir de las instituciones del hombre, encuentra una nueva confirmación

en la triunfal ceremonia que logró realizar el venerado pontífice.

En efecto, la Iglesia católica tiene motivo de contemplar con satisfacción al expirante siglo XIX. ¡Cuántas veces se ha opinado que en nuestra edad de las ciencias puras y sin hipótesis, habría de fundirse por necesidad absoluta un sistema fundado únicamente sobre antiguas creencias dogmáticas! Hoy sabemos que no sucedió así, y no hay duda, que la soñada victoria radical de la ciencia moderna dejó de realizarse.

El materialismo desconsolador, que, quizás demasiado ha logrado su fin, o por lo menos la vulgarización del conocimiento científico, se ve en la impotencia de proporcionar satisfacción duradera a la gran masa. No puede negarse que ha habido una vuelta a las antiguas creencias en proporciones nunca presentidas; más aún: lo que la Iglesia católica ha perdido en influencia sobre los intereses materiales, lo recuperó abundantemente por la cultura de los intereses morales.

Desde los tiempos de la Guerra de treinta años, el catolicismo no fué nunca una fuerza política tan poderosa como lo es en nuestros días.

Una comparación con el estado de las cosas desde cien años atrás, cuando bajo los auspicios del siglo de la ilustración parecía quebrantada la fuerza espiritual del catolicismo y derrotada su influencia política por la gran Revolución, es harto capaz para infundir valor y aliento en los secuaces de esta antigua organización religiosa.

El principio del siglo XIX trajo a Alemania el fin del Santo Imperio romano-germánico y fué el entierro de los principados espirituales. Hoy, en el nuevo imperio, aunque bajo formas nuevas, el catolicismo es acaso más fuerte de lo que fué desde los tiempos de la Reforma.

En Austria el catolicismo ocupa su tradicional sitio, que siempre ha tenido bajo la casa de Habsburg, salvo unas interrupciones.

Un síntoma anticatólico de nuestros tiempos, la famosa moción contra Roma, el grito *Los von Rom*, (separémonos de Roma), en que unas naturalezas sanguíneas habían puesto tantas esperanzas, no ha sido más que un

latigazo al agua: las cosas siguen como antes y Austria se queda católica.

Pero con una satisfacción muy especial puede alegrarse la Iglesia católica de los resultados de la propaganda fuera de Europa.

Las misiones se han desarrollado como nunca en los tiempos anteriores.

Sobre todo, la propagación del catolicismo en los Estados Unidos de Norte América representa un fruto muy importante del siglo que acaba.

Cualesquiera que sean las ideas que uno tenga del catolicismo, *"su posición superior y su poderosa influencia son factores importantísimos, y hay que contar con ellos"*.

Gran maravilla, en efecto, es la Iglesia católica. La majestad moral del Papado se ha engrandecido a pesar del eclipse anormal y momentáneo de su poder temporal. Así la mano del Rey de la Iglesia que es Rey de las almas, se hace sentir con más evidencia, puesto que es en el seno de la debilidad más evidente que ostenta la potencia espiritual más admirable, la más extendida, la más enérgica, la más obedecida —la única obedecida— porque no tiene sanción material. Es la continuación del perpetuo milagro histórico, que la vida de la Iglesia ha realizado; de cada uno de sus combates saca una victoria; de cada una de sus humillaciones una gloria y de cada una de sus persecuciones un progreso. Así fué y así será.

Y en verdad; nunca jamás ha sido el Papa más fuerte, ni la Iglesia tan unida; en ninguna época ha hecho mayores progresos que en la presente; mientras al lado de ella, roídas por las sectas que hormiguean y paralizadas por una anarquía de ideas que nada contendrá en adelante, varias religiones rivales ni siquiera pueden ya pretender que se las repute cristianas.

No conocemos nada más elocuente que estos contrastes, que sirven como de sombra y realce a la obra de Dios y la hacen tanto más admirable. Entre tanto, en todas las esferas, los hombres más grandes, antes alejados de Cristo, han inclinado su genio ante El, confesando su divinidad y seguido a su Iglesia, Lamoricière, Ampere y Biot, Cha-

teaubriand y Lacordaire, Tocqueville y Le Play, Littré, Agustín Thierry, Stobben, Newmann, Manning, al lado de los Cauchy, de los Dumas, de los Pasteur, de los Lapparent y otros, que siempre fueron cristianos, compensan magníficamente a la Iglesia por unas pocas apostasías y presagian un siglo en que la ciencia, de nuevo bautizada, oiga decir como Clodoveo: "¡Altiva infiel, quema lo que has adorado, y adora lo que has desconocido!"

NOTAS ADICIONALES

I

Vindicación de la Iglesia ante la sociedad moderna

Hemos demostrado que la Iglesia progresa a pesar de los fatídicos pronuncios de sus adversarios; pero ahora deseamos probar que no se puede impugnar a la Iglesia por retrasada y enemiga de la civilización y de las luces, como pregonan el protestantismo y el anticlericalismo, aunque reiteremos lo dicho en otra ocasión.

El siglo XVIII, de volteriana impiedad, había hecho aplaudir, como una verdad histórica, que la Iglesia era, y había sido, una institución enemiga de las luces, de la civilización y del progreso humano, como aún hoy día lo repiten adversarios inconscientes del virus volteriano que los tiraniza.

Mas ¿cómo podrá compadecerse con la ilustración moderna, tan infundada y calumniosa afirmación, cuando consta todo lo contrario por la historia, y con tal evidencia, que ya no se necesita ser católico para proclamarlo así y muy alto?

No podemos en este momento abrir el libro de la historia para que sea vea en sus páginas confirmada esta declaración, como lo hemos hecho en múltiples ocasiones; mas para rechazar las afirmaciones de escritores sin autoridad, vamos a citar publicistas, cuya competencia nadie puede negar y cuya imparcialidad, al menos en este punto,

es superior a toda excepción, por no militar en el seno de la Iglesia.

Sea el primero, el ilustre estadista Mr. Gladstone, quien a pesar de ser protestante ha hecho esta declaración, tan imparcial como justiciera: "La Iglesia ha marchado siempre y con gloria a la cabeza de la civilización." Vamos a citar sus palabras, para dar de ellas traslado, como una contestación categórica, a los que, sin la competencia ni la ciencia de tan eminente publicista, pregonan que la Iglesia es la causa del retroceso y la desgracia de la humanidad: "Después de los tres primeros siglos de las grandes persecuciones, dice, la Iglesia ha marchado a la cabeza de la civilización, engancho a su carroza, como a corceles de carro triunfal, las principales fuerzas intelectuales y morales del mundo. Su arte, el primero del universo; su genio, el genio por excelencia; su grandeza, su gloria, esplendor y majestad han sido, si no absolutamente, casi en su totalidad, aquellas de que puede enorgullecerse la historia."

Y para que no fuera a creerse que esto sucediera solamente en el pasado, siendo hoy una institución carcomida y en ruinas, como afirman inteligencias miopes, añade: "Y esta maravillosa Iglesia, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy vigorosa y tan fecunda, como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra", esto es, el de su nacimiento.

Y como si esto no bastara, otro historiador eminente, Mr. Guizot, cuya competencia está demostrada en su *Historia de la civilización europea*, y aunque también protestante, declara que ni los mismos católicos han sabido juzgar en toda su grandeza lo que la Iglesia ha hecho por la civilización de los pueblos: "La influencia de la Iglesia, dice, en la civilización moderna es muy grande; más grande de lo que creen no sólo sus adversarios, sino también sus más fervientes adeptos; pues distraídos en la polémica, no han sabido justipreciarla en toda su extensión y grandeza."

Tan hermosa confesión, si es un merecido y justiciero honor para la Iglesia, constituye un doble reproche,

primero para sus adversarios; pero más grande aún para los católicos, que no han hecho lo bastante para saber apreciar toda la grandeza de los beneficios que debe la civilización a la Iglesia católica, ni hacen lo suficiente para salir por el honor de la institución más bienhechora de los pueblos y naciones.

Y como, gracias a Dios, abundan los pensadores distinguidos que, aun en el campo racionalista, saben hacer justicia a la Iglesia, queremos citar otro historiador y escritor eminente, espíritu positivista, pero de una amplitud, de una imparcialidad, de una serenidad e ilustración de criterio, que le han valido el respeto de todos los hombres pensadores; es Mr. Taine, quien, después de expresarse de la manera que hemos visto más arriba acerca de la eficacia incomparable del cristianismo en la moralidad de las naciones y de las personas, hace el más enérgico de los reproches a los expulsadores y calumniadores de las comunidades religiosas, al querer sustituirlas con una administración laica: "Es retrogradar, dice, hacia los bajos fondos, proscribir y hasta aplastar con vejaciones y exacciones los servicios caritativos, gratuitos y religiosos de esas asociaciones, que conservan y mantienen todavía lo que hay de honestidad, de pudor y de dulzura en la humanidad."

II

Y para que todos los testimonios en favor de la Iglesia, además de competentes, sean imparciales, añadiremos el de otro publicista protestante, Mr. Gladden, director de la *Revista Histórica*, donde dice: "Ante la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procaz que deshonra a la literatura y a la sociedad moderna, que encuentra formidables auxiliares en los progresos de la demagogia y en la teoría de la libertad ilimitada de imprenta, nosotros estamos dispuestos a ver en la Iglesia católica la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización."

zación que amenaza borrar el respeto de la pureza de costumbres y hasta las más sencillas nociones de probidad y de honor”.

Y en verdad, no podía un protestante hacer un elogio más grande de la Iglesia católica al declarar que es “la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias”, mientras adversarios vulgares la califican de institución inmoral, sin saber lo que afirman, si no es que quieren calumniar a sabiendas. ¡Hasta cuándo la calumnia soez y vulgar ha de resistir a la verdad histórica, defendida por los más grandes genios contemporáneos!

Y ¿qué decir de la misión de la Iglesia en la solución del gran problema social, que hoy atormenta a la sociedad contemporánea? Queremos que dé la respuesta el reputado economista A. Leroy Beaulieu, que pertenece a la escuela liberal. Después de declarar que, si cree imposible prácticamente una legislación obrera internacional, juzga necesario, sin embargo, que en la reglamentación de la cuestión social, los gobiernos deben estar animados de un mismo espíritu y obedecer a una inspiración común. “Ahora bien, observa, esta inspiración común nadie puede comunicársela mejor que la Iglesia. Las diversas sectas cristianas no tienen un credo, ni un criterio común y uniforme, mientras la Iglesia ha sido y es aún, el agente magno de unificación del mundo moderno. El Pontificado es el único poder verdaderamente cosmopolita; y sólo él por medio de la religión puede, sin inquietudes y sin amenazas para nadie, a fuer de poder moral, realizar el *internacionalismo pacífico y eficaz*, al que tiende la civilización moderna por la fraternidad universal.”

Y el publicista Mr. de Vogüé, también liberal, añade: “Sea que la crisis social se agrave sin resultado, sea que se resuelva en catástrofes, tras las cuales sólo queden quimeras impotentes sobre escombros, llegará el momento en que el mundo obrero, a pesar de sus arraigadas prevenciones, advierta que en el Vaticano hay un árbitro para fallar en sus conflictos, un abogado para defender su causa y un arquitecto para ayudar a reconstruir las ciudades arruinadas.”

Por fin, deseamos completar esta lista de apologistas independientes en favor de la Iglesia con el gran publicista y estadista Mr. Thiers, quien declaraba en una ocasión solemne: “Si yo tuviera en mis manos el beneficio de la fe, lo esparciría a manos llenas sobre la sociedad. Está tan próxima a hundirse, que no encuentro salvación para ella sino en la Iglesia, a la que he combatido cuando no la conocía en toda su grandeza.” Y añadía: “A esta religión es necesario protegerla; pero esto no es bastante, es necesario hacerla florecer para salvación de la sociedad moderna.” (¡Qué contraste con los votos de nuestros anticlericales que sólo desean arruinarla!)

Esta declaración no necesita comentarios, y es la respuesta más autorizada que podría darse a los hombres superficiales, que, ante el desquicio social producido por la incredulidad, lo atribuyen a la Iglesia, y proclaman que es necesario eliminar al catolicismo de las sociedades modernas, porque es el cáncer que las corroe, según su fraseología decadente y sectaria.

Mas, deseamos coronar esta serie de testimonios ilustres con otro texto del citado publicista, librepensador, miembro de la Academia francesa, Mr. de Vogüé, quien en el epílogo de la obra reciente “Los Papas y la civilización”, dice: “Si suponemos a un filósofo meditando acerca del destino del Pontificado y buscando las mejores sendas para la mísera humanidad, concebirá una doble confianza en el porvenir del Papado y en los buenos efectos de este porvenir para la humanidad. Porque en efecto, si ha encañecido en el estudio de la historia y en la observación del siglo en que la suerte le ha arrojado, si ha visto de cerca lo imprevisto de los acontecimientos, la falsedad de las provisiones, el espantoso desorden de la razón abandonada a sus solas fuerzas, la incapacidad de los hombres para decidir sus verdaderos intereses, el egoísmo e ineptitud de la mayor parte de los encargados del público bienestar, la dolorosa impotencia de los buenos para remediar la incurable miseria del mayor número; este filósofo saldrá con una convicción más arraigada aún, y apreciará mejor entonces la necesidad del Regulador de la

civilización, que vigila tantos siglos ha desde la activa soledad del Vaticano." ¡Y los anticlericales afirman que el Papa es el gran conspirador contra la civilización!

III

Ahora bien, si el programa y el propósito de la incredulidad, organizada en lo que se llama anticlericalismo, y que, aun cuando se titula propaganda liberal, constituye, al decir del liberal Leroy-Beaulieu, la vergüenza del liberalismo, ha sido y es combatir a la Iglesia con el pretexto de defender los más grandes intereses de la humanidad, ¿cómo desconocer la necesidad de oponer a esa especie de apostolado sectario el apostolado seglar católico, ya que para los verdaderos intereses de la civilización, del progreso y de la moralidad social, la influencia de la Iglesia es suprema, benéfica y sin émulo, por confesión de publicistas tan distinguidos como imparciales?

Está definida, por tanto, la misión del apostolado seglar, y es tal su legitimidad, que hasta tiene la aprobación del libre pensamiento en sus más ilustres representantes, quienes aunque no han llegado a profesar la divinidad de la religión, no pueden dejar de admirar a la Iglesia por la grandeza de los beneficios hechos a la humanidad.

Si no son creyentes, son sinceros admiradores de su benemérita y civilizadora influencia. Y, como ya lo hemos demostrado, son ellos los que declaran que no es una pretensión sectaria, como lo afirman los anticlericales, proclamar que la Iglesia es la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias y de acabar con esa inmoralidad espantosa, que amenaza borrar el respeto a la pureza de costumbres; que sin cristianismo no hay civilización, ni puede existir la moralidad pública y privada, a no ser por un resto de cristianismo y de una atmósfera cristiana, con imperio inconsciente, que continúa influyendo en los mismos espíritus no-creyentes, que se llaman liberales.

Ya lo hemos visto: en esa misión civilizadora y humanitaria, el cristianismo no tiene émulo ni puede ser sustituido por nada y por nadie; ni por la razón filosófica o científica, como pretende el racionalismo; ni por la cultura artística y literaria, como pretenden los progresistas; por ningún código, ninguna clase de administración y ningún género de gobierno, como lo pretenden los estadistas del positivismo; ni por la moral independiente, con que el liberalismo anticristiano pretende sustituir al Evangelio.

Y si, después de diecinueve siglos, la Iglesia conserva la juventud vigorosa y fecunda del día de su nacimiento, ¿cómo no ha de poder afrontar, serena y segura de su augusta misión, las contingencias del porvenir, marchando gloriosa a la cabeza de la civilización, y realizar el internacionalismo pacífico y eficaz a que tiende la sociedad moderna, ya que el Pontificado es el único poder moral verdaderamente cosmopolita y el agente magno de unificación del mundo moderno?

Es, por lo tanto, un deber y un honor para el apostolado seglar, constituirse en defensor y propagador de una institución que forma el orgullo de la historia por sus beneficios a la humanidad.

Y de seguro, que saldrá airoso en sus trabajos y esfuerzos al sostener y esparcir la influencia de esa gran Iglesia, que ha sabido uncir a su carro triunfal, las principales fuerzas morales e intelectuales del mundo, para gloria y pro de los más caros y altos intereses de las naciones y de los pueblos. Por eso decía el racionalista Youffroy, respecto de la Iglesia: "Es una gran religión; y la reconozco en esta señal: en que tiene una solución para todos los grandes problemas que interesan a la humanidad."

De intento, no hemos querido hacer cita alguna en favor de la Iglesia, tomándola de autores católicos, aunque eminentes, como de Maistre, Chateaubriand, Montalembert y otros, pues no los necesitamos para vindicar a la Iglesia; y, porque era necesario, al levantar sus calumnias de retrógrada e inmoral contra la misma, apelar a publicistas, cuya autoridad y competencia aplasten y anonaden

semejantes calumnias, basta nombrar a un Guizot, un Gladstone, un Thiers y un Taine, para saber que es una vulgaridad desprestigiada, afirmar que la Iglesia es enemiga de las luces, de la civilización y del progreso, pues esos colosos de la historia declaran lo contrario, a pesar de no ser católicos.

El triunfo de la Iglesia no puede ser más espléndido, ya que su apología la hacen sus propios adversarios.

Mas, se dirá ¿cómo se explica esa esperanza de triunfo ante ciertos progresos de la incredulidad, del socialismo y de la anarquía, esto es, del anticlericalismo? ¿No prueban más bien que la *Iglesia se va*, como afirman algunos enemigos? No; de ninguna manera: más bien la Iglesia adelanta y gana terreno con esos desmanes intolerantes e incultos. Lo que prueban es que la Iglesia es necesaria, porque con semejantes doctrinas y principios disolventes, no podría gobernarse la sociedad; se disolvería. Está, pues, más segura que nunca de la reacción sensata, y por tanto, de su triunfo.

Y si se nos pregunta también ¿cómo se explica, siendo la Iglesia la religión verdadera, absoluta, esa lucha perpetua con sus adversarios? O más bien, ¿por qué tiene adversarios? Recordaremos estas notables palabras del célebre poeta y sabio Goethe: "El verdadero, único y más profundo tema de la historia del mundo y de los hombres, y al que todos los demás están subordinados, será eternamente el conflicto entre la incredulidad y la fe."

Así pues, hace tiempo que las potestades del averno están formadas en falanges *cerradas e impenetrables*, como dicen, organizadas hoy por la masonería, el protestantismo y el anticlericalismo; pero el catolicismo aumenta y prospera a despecho de ataques furibundos, desleales e intemperantes por parte de los que, a pesar de proclamar para todos conciencia libre y pensamiento libre, les duele en lo más vivo, que los católicos, o lo que llaman clericalismo, en uso de los derechos de su conciencia y de su pensamiento defiendan las enseñanzas de la Iglesia.

¡Qué lamentable contradicción! Los protestantes y liberales que, siguiendo su teoría del libre examen o de la tolerancia absoluta, debieran ser los más tolerantes respecto a ideas y doctrinas, se ponen hechos unos energúmenos, porque los católicos no piensan como ellos, y llegan hasta el salvajismo y el terror en la persecución a la Iglesia y sus instituciones. Pero no prevalecerán, porque la barbarie no puede triunfar sobre la civilización, a no ser en épocas de retroceso, y esto de una manera transitoria.

Véase por qué con estas convicciones la Iglesia marcha serena, vigorosa y tranquila, aún en presencia del vandalismo destructor de sus adversarios, que dan lástima y compasión a esa eterna y augusta triunfadora de las herejías y de la incredulidad, cualquiera que sea el cariz que tome la lucha.

Ni tienen razón nuestros adversarios, cuando afirman que los católicos con su propaganda no hacen más que causar y producir la división en las sociedades y en el seno de las familias; pues el sofisma es evidente; ¿no somos los católicos la mayoría y la casi totalidad? Luego, con la propaganda lo que procuramos es conservar la unidad, en cuanto es posible, de la gran Iglesia católica, mayor en número de adeptos, que todas las demás sectas juntas. Luego, son ellos los que vienen a dividir las creencias, son sectarios, que se separan de la gran unidad católica, ya que sólo la Iglesia por su naturaleza y esencia puede ser y debe ser la única religión de la humanidad; sólo que Jesucristo ha querido que esto se realice por la convicción y la propaganda y no por imposición, ni por la persecución.

Pero, al fin, triunfará, como ha triunfado siempre, de todos sus adversarios. Su victoria es su fe, que salva al mundo y a la civilización, cualquiera que sea la invasión de bárbaros y la clase de barbarie que invada a las naciones.

Terminamos con la siguiente aclaración para aliento de los pusilánimes. Si la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo ¿por qué la vemos con frecuencia

tan odiada y perseguida? Precisamente, para que se cumpla esta señal profética acerca de sus verdaderos discípulos: "He aquí que seréis calumniados y perseguidos por causa de mi nombre", les dijo Jesucristo. (Mat., X, 22.)

FIN

INDICE

	PÁG.
Carta del Arzobispado de Montevideo	VII
Esbozo de una vida prócer	1
Impugnación sumaria del protestantismo comparado con el Catolicismo	35
Preámbulo	57
I — El Cristianismo y la Iglesia:	
La Iglesia y las iglesias separadas. — No hay más que una sola Iglesia de Jesucristo. Artículos fundamentales. — La Iglesia es la manifestación concreta del cristianismo. — Las pruebas de la divinidad del cristianismo demuestran la divinidad de la Iglesia. — Separarse de la Iglesia es separarse del cristianismo: la herejía. — La Biblia no es la única regla de la fe. Escritura y tradición. — Sin la Iglesia no sólo no existiría la Biblia, sino tampoco la fe. — La sola Biblia no basta. Su interpretación por la Iglesia. — Sólo de la autoridad de la Iglesia procede la certidumbre. — Sin la infalibilidad no hay autoridad en la Iglesia de Cristo. — <i>Notas adicionales:</i> Reflexiones para los doctores protestantes	61
II — La Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo:	
Jesucristo funda la jerarquía en su Iglesia. — Pedro es el Jefe Supremo de la Iglesia. — Perpetuidad del primado de Pedro en la Iglesia. — Funciones y poder del Papa en la Iglesia. — Las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. — La Iglesia romana es la Iglesia católica, una y única. — La Igle-	

sia católica, además de única es apostólica. — La santidad en la Iglesia católica romana. — Ausencia en las confesiones protestantes de los caracteres propios de la Iglesia. — Las sectas carecen de la nota de santidad. — La verdadera y la falsa Reforma. — La Iglesia católica es la gran Iglesia de Jesucristo en todo su esplendor 115

III — Controversia apologética:

El Pontificado en la historia. — Prejuicios y calumnias protestantes contra la Iglesia. — La moralidad de la Reforma y de los reformadores. — Tolerancia de religión. — La Liga de Cristianos. — El triunfo permanente de la Iglesia católica. — *Notas adicionales:* Vindicación de la Iglesia ante la sociedad moderna. — La propaganda protestante - liberal - masónica contra el catolicismo 163

PÁG.

COLECCION "BALMES"

- 1—EL HOMBRE, por Ernesto Hello.
T. \$ 3.50 R. \$ 2.50
- 2—EL SIGLO, por Ernesto Hello.
T. \$ 3.50 R. ,, 2.50
- 3—HISTORIA DE LA FILOSOFIA, por Jacinto Tredici T. \$ 4.50 R. ,, 3.—
- 4—EL ESPIRITU Y LA BESTIA, por A. Bessieres T. \$ 2.50 ,, 1.45
- 5—LAS EDADES DEL HOMBRE, por Tristán de Athayde T. \$ 3.50 R. ,, 2.50
- 6—PSICOLOGIA SIN ALMA, por Hubert Gruender T. \$ 2.50 R. ,, 1.45
- 7—EL HUMANISMO Y LO HUMANO, por F. Charmot T. \$ 7.— R. ,, 5.50
- 8—COMPENDIO DE SUMA TEOLOGICA, por Santo Tomás E. \$ 4.— R. ,, 2.50
- 9—CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO, por Mons. Mariano Soler, arzobispo de Montevideo E. \$ 3.50 R. ,, 2.50
- 10—PALABRAS DE DIOS, por Ernesto Hello E. \$ 3.50 R. ,, 1.95